This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

[redacted]

G868.8 D146D LAC

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
D146d

Digitized by Google

This Book Is Due on the Latest Date Stamped

Digitized by Google

FF-10

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

GODOFREDO DAIREAUX

LAS DOS PATRIAS

BUENOS AIRES
1908

Digitized by Google

VOLU 314 MEN

Digitized by Google

LAS DOS PATRIAS

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

GODOFREDO DAIREAUX

LAS DOS PATRIAS

(NOVELA ARGENTINA)

BUENOS AIRES
TxU 1908

Digitized by Google

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires.

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

BOUND Jul 1 1938

LAS DOS PATRIAS

El 25 de enero de 1866, á las cuatro de la tarde, zarpó de su fondeadero en el Gironde el vapor «Navarre», con destino á Río de Janeiro, donde dejaría á los pasajeros para el Río de la Plata, que debían seguir viaje en el vapor «Aunis». En aquellos remotos tiempos, la América del Sud era muy poco conocida en Europa, y fuera del imperio del Brasil, escasas personas hubieran podido decir con mucha seguridad cuáles eran los Estados de que se componía. Los viajeros eran pocos y las compañías de vapores tenían establecido su servicio principal únicamente hasta la capital de dicho Imperio, debiéndose contentar los pasajeros para Montevideo y Buenos Aires con unos vaporcitos tanto más incómodos para ellos cuanto que salían de vapores relativamente confortables y de mares generalmente más mansos que el de las costas meridionales del Brasil.

Entre los pasajeros con destino á Buenos Aires, iba un joven, Andrés Sterner, de veinte años de edad, más ó menos, mozo de buenos modales y de buen genio, alegre y espiritual, y seguramente muy libre de las preocupaciones que en general embargan el espíritu de los

MAR 2 0 1939

432892

Digitized by Google

que dejan á su patria para ir hacia países ignotos, en busca de mejor suerte. Hijo de familia acomodada, pero demasiado ambicioso para conformarse con la modesta situación que algún día le tocara, le había entrado, después de algunas lecturas, el afán de ir al Nuevo Mundo, á probar suerte. Continuamente oía hablar de fortunas inmensas hechas en América, leía novelas donde siempre aparecían tíos enriquecidos allá, después de haber salido de su tierra en calidad de emigrantes, sin más capital que la ropa puesta y un par de zapatos nuevos, y pensó que si estos hombres sin instrucción y sin capital podían enriquecerse así, él podría hacerlo más rápidamente aún, ya que disponía de capital y que no le faltaba instrucción.

Había convencido á su padre de lo acertado de su plan, y éste, antiguo comerciante, satisfecho de ver á su hijo tan emprendedor y dispuesto, vaciló poco en poner á su disposición un capital de ocho mil pesos, en mercaderías de exportación consideradas como de fácil venta en cualquiera de esos países sin industria que todo lo tenían que recibir de Europa.

Entre las mil recomendaciones que le hicieron, al salir, sus padres, una dominaba á todas las demás: «Sobre todo no te quedes allá más del tiempo necesario para realizar el surtido.» Y Andrés se había embarcado con la idea bien fija de no quedarse en aquel país sino algunas semanas, un mes quizás ó dos, para vender, cobrar y darse cuenta de lo que mejor y más rápido resultado le podría dar en otro viaje.

Con su imaginación de joven mimado á quien la vida no presentara dificultades, soñaba con éxitos nunca vistos; pensaba que en ese país tan nuevo debían hacer mucha falta los artículos que traía y que los habitantes iban á disputárselos, con las manos llenas de

Digitized by Google

oro. No sabía gran cosa de la Argentina; algunos relatos de viaje había leído, pero pocos, pues eran entonces muy escasos y los datos que daban eran algo exagerados, al parecer, ó deficientes. La verdad es que había preferido la Argentina porque sonaba simpáticamente á su oído el nombre de su capital: Buenos Aires. Le parecía augurio de clima templado y de buena salud; debía ser, pensaba, un poco menos caluroso que el Brasil, á pesar de ser considerado, allá, por todos, como uno de tantos «países cálidos.» Además era menos conocido que Río de Janeiro y veía con cierto orgullo agrandarse los ojos de sus compañeros y hasta de las personas mayores, amigas de sus padres, cuando les anunciaba su próxima salida para una región tan lejana, tan lindamente exótica. Por poco se hubiera dado ínfulas de explorador, viéndose ya cruzar en fogoso corcel—era muy poco jinete,—las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, ignorando por completo que la Pampa estuviera absolutamente desprovista de árboles.

En realidad, sus sueños eran algo más prosaicos y tenían burguesmente por objeto habitual la rápida adquisición en país lejano de una de esas fortunas que permiten á su feliz poseedor volver á gozar, en el propio, de vida placentera y lujosa.

A bordo, una vez pasados los primeros días, siempre penosos y desagradables, de mareo y de aclimatación á tan desconocido ambiente, se atraen simpatías, se forman grupos, y de las primeras conversaciones nacen relaciones que sólo durarán muchas de ellas, hasta la próxima escala, pero también á veces, amistades que no se acabarán sino con la vida.

Andrés, con su genio liberal y dado, era algo estético en la elección de sus compañeros, y si bien buscaba

Digitized by Google

con preferencia la conversación alegre de algunos jóvenes oficiales que se dirigían á Dakar, también le gustaba oir los relatos de viaje de un viejo marino que iba á Río de Janeiro á representar una empresa de navegación, recoger los datos prácticos y ciertos—esto se sentía,—que le daba sobre Montevideo y Buenos Aires un negociante francés que vivía allá desde muchos años y conocía bien el Río de la Plata y las costumbres de sus habitantes. En los consejos de este señor Lambert había encontrado Andrés, con la satisfacción que se puede imaginar, la confirmación de sus propias ideas sobre permanencia breve y fortuna rápida. El señor Lambert tampoco iba para quedarse en aquellos países; desde muchos años, iba anualmente con mercaderías que vendía lo más pronto posible y volvía á Francia á hacer nuevas compras. Es cierto que, una vez, una crisis política de las que nunca faltaban entonces, ni tampoco han dejado de ser algo frecuentes en la República del Uruguay, lo había obligado á quedarse muchos meses en Montevideo, y á establecer allí una casa de comercio para dar más seguridad á sus negocios; pero no por esto se consideraba como radicado en el país, y le causaba verdadero disgusto cualquier alusión, aunque fuese en broma, que se hiciera á su posible permanencia definitiva en América.

Algunos pasajeros, conocidos suyos, orientales unos, compatriotas otros, lo «titeaban» al respecto, diciéndole que era manía y que se le pasaría en cuanto se casara, que allá no faltaría alguna criolla que al fin lo amansase.—«Además, le repetía un señor Alvarez, rico estan»ciero del Uruguay, usted, señor Lambert, está equivo»cado si cree poder enriquecerse con su modo de tra-

Digitized by Google

»bajar. En nuestros países del Plata, sólo la tierra da la »fortuna.»

Andrés había notado con extrañeza esa opinión, pero no quedó convencido. En América, según pensaba, se junta plata como en una mina, y ¡abur! Y si el señor Lambert, hombre serio y juicioso como la Ley y los profetas, no había después de muchos años de poner en práctica esas ideas, ganado una fortuna, es que le habría faltado la suerte. ¿Quién se radica en América? los pobres únicamente, los emigrantes como estos vascos de proa que se lo pasan cantando porque á bordo comen, cosa que no siempre podrían hacer en su tierra; se quedan éstos, porque no tienen con qué volver.

El «Navarre» de las Mensajerías Marítimas, era un vapor de los más rápidos en aquellos tiempos, y de los más confortables. De Burdeos á Río de Janeiro apenas echaba 25 días, incluyendo las numerosas y largas escalas en Lisboa, Dakar, Pernambuco y Bahía, pues andaba á veces con la ayuda de los vientos alisios hasta dieciocho nudos; y si todavía no se llevaba el lujo hasta tener elásticos en las camas y si se apagaban á las diez las velas de estearina de los camarotes, los pasajeros no por esto admiraban menos sus comodidades sin número y especialmente las de la mesa, perfectamente servida.

Los mismos emigrantes, en regular número, y procedentes, casi todos, de las Provincias Vascongadas, no podían quejarse del trato que se les daba, pues no les mezquinaban por cierto la comida, y los dormitorios, amplios y limpios, no dejaban nada que desear. Gente espléndida por lo demás, eran aquellos vascos hacia quienes Andrés sentía verdadera simpatía. A menudo iba á pasear á proa; conversaba con algunos de ellos, vascos-

Digitized by Google

franceses, entre los cuales tampoco faltaban bearneses —pues á los demás, á los españoles, poco los entendía, —informándose de sus proyectos, de sus ideas, y veía que casi todos ellos tenían lo mismo que él, el deseo de volver algún día ricos á la patria, pero que no acariciaban la ilusión de poderlo hacer antes de muchos años, resignándose de antemano á sufrir un largo destierro con tal que la vida les fuera llevadera.

Muchos iban con sus familias, la mujer y algunas criaturas, más resignados éstos, no ambiciosos como los jóvenes solteros que siempre van en son de conquista, sino con la inquietud de saber si encontrarán en la patria nueva el medio de mantener á los suyos. Se conocía que para éstos la tierra natal no fué más que una madrastra sin amor y que la abandonaban con poco sentimiento. No renunciaban por cierto á ella del todo, pero se adivinaba que su deseo de volverla á ver era condicional del éxito futuro en la tierra nueva; volverían, sí, pero si lo podían hacer erguidos, como para humillar un poco, siquiera por sus riquezas adquiridas en otra parte y por su misma generosidad en compartirlas con ella, á la patria que no había sabido retenerlos dándoles de comer.

Entre los vascos españoles, muy numerosos, y muchos también con sus familias, el sentimiento era, sino otro, más complicado por lo menos. La mezquindad de la vida entre los peñascos de sus montañas, la exigüidad de los sueldos, la pobreza, en fin, resultaba para ellos agravada por el odio patriótico á los gobiernos conculcadores de sus fueros y que trataban de quitarles los últimos vestigios de su secular independencia. Por esto se iban casi sin mirar atrás—para no llorar,—con la rabiosa resignación del expulsado.

Andrés Sterner no podía, por supuesto, coincidir con

Digitized by Google

esos modos de ver, y sólo le inspiraba piedad que pudiera haber hombres, y compatriotas suyos, en cuya mente cupiese la renuncia, aun temporaria, á la patria, al suelo natal. Habitante de la ciudad, no había visto nunca exhausto aquel suelo; no sabía, nunca había creído siquiera posible, que la tierra llegase á no poder mantener al que la cultiva; nó se daba cuenta de que la tierra es la verdadera madre de la humanidad y que las ciudades sólo florecen cuando en ellas se acumulan los réditos del suelo.

—¡Pobres!—pensaba.—¿Quién sabe cuándo volverán á ver su tierra? Quizás nunca, muchos de ellos. Y pensar en esto aumentaba su afán de volver pronto á Francia. Había momentos en que sentía haberla dejado. ¡Oh! ¡no sería por mucho tiempo!

Los primeros días de la travesía habían sido pésimos; por otra parte, en pleno invierno, el golfo de Vizcaya no podía desmentir su fama de turbulento. En Lisboa, bajo verdaderos efluvios de primavera, los pasajeros pudieron ya admirar, en toda la plenitud de su goce, el majestuoso Tajo, arrollando, apacible, hacia el mar, sus poderosas aguas azules, besadas al pasar por millares de gaviotas gritonas y blancas. Se habían divertido contando por centenares los molinos de viento que rodean el puerto y coronan, atareados, en su perpetuo movimiento de pájaros enormes y mal hechos que aletean sin poder volar, las verdes colinas innumerables que parecen continuación de las grandes olas del Océano. Y pocos días después, días como de convalecencia para todos, días demasiado cortos por el gusto de vivir, suavemente balanceados por la suave marejada del Atlántico tranquilo, en medio de fiestas familiares improvisadas, de juegos y de conversaciones entretenidas, llegó el «Navarre» á Dakar

Digitized by Google

En aquel puerto, que de puerto poca cosa tenía aún, debían desembarcar los jóvenes oficiales, amigos efímeros de Andrés Sterner, y queridos ya por él como si siempre los hubiese conocido. Muy alegres, muy contentos de haber llegado á su destino, no parecía turbarlos en lo más mínimo el aspecto tétrico de la playa baja, gris, á pesar del sol ardiente, con reflejos de arena inundada de luz, de la luz incendiadora del desierto. Les hacían gracia los negros desnudos que de repente saltaban de sus canoas al agua, y como si fueran peces, pasaban nadando debajo del buque, sin miedo á los tiburones voraces que, según dicen, desprecian la carne de color.

Andrés se sentía, al contrario, invadido por una tristeza infinita. Sabía que en esos parajes reinaba en ciertas estaciones, en forma terrible, la fiebre amarilla, y se le había puesto que de todos aquellos jóvenes, brillantes alumnos de las mejores escuelas del Gobierno, llenos de vida y de ambición, que habían dejado en Francia madres, hermanas, y novias, algunos, la mayor parte morirían, víctimas de la cruel enfermedad, pues le había asegurado el viejo marino que casi siempre sucedía así; y al darles el abrazo de despedida, si pudo, á duras penas, contener su emoción, fué por temor de quitarles algo de la soberbia indiferencia para el peligro de que, por honor del oficio, parecían alardear.

Se encontró muy solo á bordo, sin aquellos alegres compañeros de viaje. Ya le empezaron á parecer fastidiosas las anécdotas marítimas del viejo marino y muy, muy larga la exposición de las teorías del señor Lambert, aunque él supiera cortarlas ó por lo menos amenizarlas con algún chiste juvenil que, de repente, todo lo mandaba á volar, dejando por un rato al buen señor co-

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

mo sentado de golpe en medio de las tenues ruinas del liviano edificio de sus convicciones y de sus consejos, tan prácticos al parecer, y tan deficientes en realidad, ya que á pesar de ponerlos él mismo en acción, no había sacado de ellos provecho alguno.

Por suerte descubrió Andrés, al día siguiente de la salida de Dakar para Pernambuco, que aún no conocía á todos los pasajeros del vapor. Fué, por primera vez, á sentarse en los pasadizos de cubierta una familia compuesta de un matrimonio de cierta edad y una joven de dieciséis años. El mareo había ejercido sobre ambas señoras una influencia más duradera que sobre los demás pasajeros, y sólo después de muchos días pasados en el camarote, mejoraron lo bastante para subir á cubierta. Este acto de valor fué pronto recompensado; el calor tropical hecho soportable por el aire marino, el mismo balance suavísimo de las grandes oladas, anchas y poco profundas, de esa parte del Atlántico, hicieron renacer en ellas las ganas de vivir, de ver, de oir, de conversar y hasta de comer.

Seducido por el aspecto á la vez noble y sencillo del que tomaba por padre de la joven, no tardó Andrés en hallar ocasión de ofrecerle sus servicios, y pronto se establecieron entre ambos las relaciones más cordiales. Respetuoso con las personas mayores, atento y servicial, Andrés se conquistó la buena voluntad del caballero, quien lo presentó á su señora y á la joven que los acompañaba.

Eran argentinos. El caballero poseía en la Pampa varias estancias y había querido hacer un viaje á Europa para comprar personalmente los reproductores con que quería dotar sus cabañas de lanares, vacunos y equinos. Tenía varios hijos, pero muy pequeños todavía, y como su viaje debía ser relativamente breve, los

Digitized by Google

432892

dejó en casa de una hermana, llevando, en cambio, para acompañar á su señora, una sobrina, hija de la misma hermana á quien confiara su progenitura.

El señor Matías Alonso, lo mismo que su señora y su sobrina Josefina Zavaleta, habían aprendido á hablar regularmente el francés durante su estadía en Francia, pero se empeñaron en que Andrés Sterner hablase castellano. No les costó hacerle comprender que le sería muy necesario, indispensable en Buenos Aires, y pronto estimó en su justo valor el gran servicio que así le prestaban; hasta se le vió pasar horas enteras en el salón, armado de una gramática castellana, elaborando en un cuaderno los ejercicios que le había indicado su joven maestra, la señorita Josefina.

Los estudios de latín, frescos aún en su memoria, y el hábito que aún no había perdido por completo de lidiar con las dificultades de los idiomas muertos, le hacían liviana la tarea, y pronto hizo en español progresos que encantaban tanto más á sus tres profesores cuanto le daban ocasión de soltar, con pronunciación á veces inverosímil, las más divertidas barbaridades.

Pasaban así, sin hacerse sentir, las breves horas de la larga travesía. Y de ola verde en ola verde, bajo el sol ardiente del Ecuador, llegó el «Navarre» á Pernambuco; puerto bien llamado «*de los arrecifes*» con su barra peligrosa, siempre difícil de pasar pero más aún en el bote del regreso; «imposible,» aseguran los boteros, hasta que apremiado por la hora, se decida el pasajero á aflojar cinco ó diez pesos para no perder el vapor.

Y después de la marejada ingrata de aquel centinela ceñudo del Atlántico, Bahía parece todo un encanto, con su precioso panorama de agua de zafiro, de cielo azul y de opulenta vegetación. La ciudad: una an-

Digitized by Google

gosta faja de tierra sobre el puerto, con un mercado lleno de negras de formas desbordantes que, risueñas y enseñando los dientes de marfil, ofrecen á gritos sus admirables frutas tropicales, naranjas extraordinarias y ananás, monos y monitos, loros y cotorras y pájaros de mil colores; y después de atravesar una ó dos calles, en medio de negros sudorosos que, por yuntas, llevan al hombro, marcando el paso con su canto monótono, de la Aduana á las casas de comercio, colgados de un palo que cimbra, pesados fardos de mercaderías, con gran riesgo de ser atropellado por los tranvías que pasan á todo correr á cincuenta centímetros del frente de las casas, sube uno por un ascensor practicado en la misma barranca, hacia la parte alta, la parte burguesa, limpia, decente, habitada por gente tranquila, y adornada de parques y de villas, con la maravillosa vista del puerto por delante. También se subía, en aquel tiempo, en silla de manos, hasta la región más poblada de la alta y quebrada barranca, donde los tranvías, descienden de pronto las pendientes impulsados por su propio peso, hasta alcanzar las mulas desatadas que los aguardan abajo. ¡Curiosa ciudad!

Se acercaba el momento de la llegada á Río de Janeiro. Los emigrantes portugueses empezaban sus preparativos; iban sacando de los camarotes sus baúles de madera ó de lata pintarrajeados de flores multicolores en fondo azul ó verde, sus canastos de viruta y demás trastos heterogéneos, envases que estorban más de lo que puede servir su contenido; todo en medio de voces guturales que meten bulla en las escaleras y entorpecen el mismo trabajo que quieren dirigir; dos grupos de madres chillonamente ataviadas que, con la mayor serenidad, espulgan á vista de todos, á sus cria-

Digitized by Google

turas, entregándose con siempre defraudada constancia á una inútil caza en las enmarañadas cabelleras, con escupidas en las tablas primorosamente lavadas de la cubierta del buque, con colores que gritan y suciedad que da asco.

Y mientras siguen chirriando las cabrias para sacar de las bodegas los equipajes de los pasajeros, Andrés admira la espléndida entrada á la bahía de Río de Janeiro; las montañas azuladas cuyo conjunto llega á diseñar, según se lo asegura y se lo demuestra el viejo marino, un Luis XVI acostado. Poco á poco se acerca el Pan de Azúcar y de repente se abre ante los ojos de los viajeros admirados, la angosta entrada del inmenso puerto rodeado de montañas cubiertas de vegetación exhuberante entremezclada de flores.

El «Annis» á que debían transbordarse los pasajeros con destino á los puertos del Plata, estaba en reparación y su compostura debía durar tres ó cuatro días. Andrés Sterner y sus compañeros de viaje aprovecharon con placer la oportunidad de instalarse en los hoteles de Río y de allí salir á hacer excursiones por los alrededores. Si la ciudad con sus callejones sin aceras, su ambiente perfumado á café crudo, á bacalao y carne salada, á tufo de negro y demás olores de los *secos y molhados* de toda laya de que están repletos los almacenes, no presentaba á nuestros viajeros la imagen de un paraíso, en cambio sus alrededores les ofrecían imponderables paseos. Las maravillas del jardín botánico, sus plantaciones de vegetación extraordinaria y sus horizontes encantadores; Tijuca con sus faldas cubiertas de flores bajo las cuales corren, cantando burlas al sol que quema, las vertientes heladas; los paisajes de Petrópolis con el panorama de la bahía

Digitized by Google

y de sus islas, bien capaces son de dejar en los ojos que las han visto una vez, imborrable recuerdo.

Durante los paseos que con la familia de Alonso hizo Andrés Sterner por aquellos sitios admirables, pudo apreciar, más aún que á bordo, las eximias cualidades de estos sus compañeros de viaje; cualidades innatas del corazón unas, y seguramente adquiridas otras por la educación.

Cada día, cada hora, desaparecían del espíritu de Andrés algunas de las muchas prevenciones absurdas, fruto de su ignorancia, que mantienen y mantenían mucho más en aquellos tiempos, la mayor parte de los europeos contra los habitantes de los países exóticos. Acostumbradas á dominar el mundo y á imponer su voluntad por la fuerza, las naciones europeas, especialmente las más ricas entonces y las más poderosas, tenían mucha propensión á tratar con perfecto desdén á todas estas nacioncitas americanas cuya existencia política conocían vagamente, confundiendo á veces hasta los mismos estadistas Venezuela con Bolivia, al Uruguay con el Perú, á la República Argentina con el Brasil; y naturalmente no era extraño que los particulares cometiesen errores aún mayores, ni que tratasen de indios á los ciudadanos de países tan ignorados y se los figurasen sumidos todavía en un estado de casi completa barbarie.

Los únicos que sabían algo de tan lejanas comarcas eran los negociantes exportadores, los comisionistas y, por reflejo, los fabricantes de ciertos artículos muy pedidos de repente en alguna de ellas. Por ejemplo, Andrés, en el surtido que llevaba para vender en Buenos Aires, tenía varios cajones de acero para miriñaques, por haber sabido que la moda de la crinolina

Digitized by Google

ya en decadencia en Europa, entraba en todo su furor en los países sudamericanos. Y los datos que sobre estos países podía suministrar esta gente, procedían forzosamente de puntos de vista muy especiales, que de ningún modo tendían á darles prestigio. Sabían que tal ó cual corresponsal pedía tal ó cual artículo, camisas, por ejemplo, sombreros ó calzado, y que lo principal era fabricar esto con toda la economía posible, con pecheras de algodón imitando hilo, forros de cartón imitando cuero y suelas de *papier maché* para que saliese todo lo más barato posible, artículos, en una palabra, «para la exportación.» También sabían los comisionistas que había estallado una revolución en tal ó cual de esos países y que no debían contar, por un tiempo, con remesas de dinero.

Los que sin sufrir directamente del contratiempo, oían hablar de él, confundían en un solo montón la República tal con la República cual, y todas iban juntas al mismo bombo del descrédito perenne.

Cuando daba un paseo por Europa algún ricacho sudamericano, especialmente los procedentes de comarcas mineras, no dejaba, por lo general, de lucir en la pechera ó en los dedos brillantes enormes; faltos de ese refinamiento que opone á la ostentación los límites del buen gusto, quizá creyeran necesario poner un marbete á su riqueza, y resultaban ridículos, atrayendo sobre todos los sudamericanos, hasta los más inocentes de semejante manía, cierta atmósfera irónica que acabó por condensarse en una palabra tanto más hiriente cuanto que carece de sentido.

Andrés Sterner se admiraba de no encontrar ninguna jactancia, ningún rastacuerismo, como se llamó, años más tarde, esa propensión á ostentar lujo de mal gusto, en sus compañeros de viaje. El señor Alonso era todo

Digitized by Google

un caballero, un gentleman capaz de figurar con honor en la mejor sociedad europea, y su señora, doña Edelmira, joven aún y hermosa, parecía no tener tampoco mayor anhelo que el de pasar inadvertida. Sin tener una fortuna colosal—no había todavía en la República Argentina en aquella época, más que embriones de fortunas colosales,—el señor Alonso gozaba de una posición muy desahogada, pero nunca hizo un gesto ni pronunció una palabra que pudiese hacer suponer á Andrés que midiera su valor por el de sus propiedades.

La señorita Josefina Zavaleta que los acompañaba, aunque muy joven, no parecía contentarse con representar ante los ojos de Andrés únicamente la hermosura ideal, en su flor, de las hijas del Plata; también se encargó de dar á esta misma hermosura el realce de su ingenio sutil y risueño, ligeramente burlón pero sin malignidad ofensiva, y de su discreta amabilidad fruto exquisito de un corazón bondadoso y no flor de engañosa coquetería.

Hay en este mundo seres, lugares, objetos cuya misión es seducir; Josefina Zavaleta era suavemente seductora como lo puede ser una rosa ó un ruiseñor; y Andrés Sterner no podía dejar de pensar que una tierra que produce hombres de la distinción de don Matías Alonso, mujeres educadas como su esposa y jóvenes como Josefina, debe ser privilegiada; y se alegraba de haberse dirigido preferentemente hacia la Argentina.

Después de una travesía penosa, durante la cual no hubo corrillos á bordo por falta de asistentes, llegó el «Annis» á Montevideo; ya en la rada, listo para despedirse, el señor Lambert se acercó á Andrés y le dijo:

«Adiós, mi joven amigo; no se deje engatuzar. Mire que estas porteñas son muy diablos y que, si se des-

Digitized by Google

cuida, lo van á hacer quedar en el país y después se arrepentirá. Estos países no son para quedarse en ellos. Haga como yo, haga como yo: juntar pesos y mandarse mudar.

—Sí, para volver á los seis meses—interrumpió el señor Alvarez;—tanto vale quedarse. Mire, señor Sterner, usted lo verá con el tiempo. La América sólo agradece y recompensa á los que vienen á poblarla; no le agradan los comerciantes y no los protege.»

Ni por esto ni por mucho más hubieran cambiado las ideas de Andrés; había venido por poco tiempo, no pensaba quedarse más de lo estrictamente necesario para realizar sus mercaderías; y ni el aspecto triste de las aguas turbias del Río de la Plata, ni el todavía peor de la pequeña ciudad colonial que á la vista tenía, con su cerro pelado y su puerto casi desierto, eran como para inducirle á cambiar de opinión.

En cuanto á la alusión del señor Lambert, carecía completamente de fundamento. Andrés tenía veinte años; era muchacho de mundo, le gustaba la sociedad y el trato de la gente educada; se había acercado á la familia de Alonso, instintivamente, puede decirse, por el gusto de conversar con personas urbanas y variar así un poco sus placeres, pues eran de muy diferente clase las pláticas que podía tener con los demás pasajeros; pero no había entrado, ni por un momento, en su mente la remota posibilidad de más íntima alianza. A los veinte años, bien raras veces se piensa en comprometer en lazos eternos una libertad de que apenas se empieza á gozar, y Andrés estaba muy lejos de semejantes ideas. Le gustaba la mujer—le gustaban todas, en general, como decía una canción muy en boga entonces y que más de una vez había oído tararear á bordo,—pero ninguna rubia le gustaba más,

Digitized by Google

ni ninguna morena tampoco. El matrimonio era para él entonces algo como el fin de la vida; un accidente fatal, que no se podía evitar, pero que, en la juventud, parece muy lejano y que debe tratarse de alejar lo más posible.

La señorita Josefina le parecía sin duda alguna digna de toda clase de felicidades y hasta capaz de contribuir á la felicidad del hombre á quien distinguiese; pero...—y una cantidad de peros hubieran levantado sus cabezas entre él y su sueño, si lo hubiese tenido;—pero, y éste era el principal, no había forjado nunca sueño alguno al respecto.

Empezaban á desembarcar los emigrantes, ya convertidos en *inmigrantes* por el simple motivo de haber llegado á su destino; y mientras desembarcaban del vapor y pasaban á las lanchas, en medio de mil dificultades, por la marejada molesta, los dos jóvenes conversaban juntos, apoyados en la baranda de popa.

—¿No le parece, señor—decía Josefina,—que esa gente debe pasar, en estos treinta días de viaje, por las emociones más variadas, casi más contrarias? Las de la salida, de la separación de su familia, de su patria, que son todas de desgarramiento puede decirse, de desconsuelo y de lágrimas, más aún, es cierto, para los que quedan que para los que se van, pero asimismo para todos muy duras; y las de la llegada, tan llenas de dudas y de temores, por un lado, pero también tan henchidas de esperanzas y de alegría.

—Más serán, creo para ellos—contestó Andrés,—las dudas y los temores que la alegría y las esperanzas.

—¿Por qué? No ve que esa gente encuentra aquí lo que viene buscando: una nueva patria.

—Un destierro—dijo Andrés;—y en tierra de pocos atractivos, según parece—agregó, lanzando una mi-

Digitized by Google

rada circular á la costa gris y baja, á la ciudad sin relieve y al puerto sin animación y casi desierto.

—¿No le gusta nuestro río?

—Primero que no parece río, sino un mar, y un mar bastante sucio y turbio.

—¡Oh! ¡Qué injusto! todo lo critica, todo lo encuentra mal ¿y no le parece bonita la ciudad?

—No la veo bien; estamos lejos; pero me parece muy pequeña, sin grandes edificios, fuera de las iglesias. Tiene más aspecto de villorio que de capital.

—Bueno, eso es algo cierto—consintió Josefina, en su calidad de porteña;—pero usted verá Buenos Aires; esa sí es ciudad.

—¿Sí?—dijo Andrés como quien no se atreve á dudar.

El paseo que dió por las calles y los alrededores de Montevideo no hizo más que convencerle de que se hallaba en una ciudad antigua ya, relativamente, sin duda, pero todavía sin miras de modernizarse, y volvió á bordo bastante desencantado, aunque conservara la esperanza de que Buenos Aires correspondería, siquiera en parte, al entusiasmo de su amable compañera de viaje. Y la reflexión final que hizo, al tenderse para dormir por última vez en la estrecha camilla del «Annis» ya en marcha para el término de su viaje, fué:

¡Bah! de cualquier modo no será por mucho tiempo.

***

A las siete de la mañana cesaron de paletear las grandes ruedas del vapor, treinta y cinco días después de su salida de la patria; había enviado con regularidad cartas á la familia desde cada escala, pero estaba naturalmente sin noticia alguna de sus padres, y pensó,

Digitized by Google

no sin verdadero sentimiento, que aun tenía que esperar quince días para tenerlas por el vapor mensual de la Royal Mail inglesa, y esta escasez de comunicaciones le hizo algo cruel la separación, por voluntaria que hubiese sido. Se encontró muy solo en aquel momento y sus veinte años no eran todavía, al parecer, lo bastante viriles para que su corazón no se sintiese algo oprimido por el pesar, casi el remordimiento de haber abandonado, aunque fuera momentáneamente, á sus padres queridos. Abrió la cartera y besó con ternura infantil las fotografías de su padre, y de su madre; besó dos veces la última, murmurando: «Mamá,» como llamándola en su auxilio al emprender la lucha que quizás por primera vez presentía.

Ya por todos lados, crecía á bordo, la agitación llena de los estrépitos peculiares de la llegada. El mismo silencio de la máquina recién parada ensordecía, haciendo más retumbantes y más desentonados los rechinamientos de las cabrias y las pitadas de los oficiales.

Andrés que se había quedado en el camarote, arreglando sus valijas y vistiéndose, subió entonces á cubierta, para ver, aunque de lejos, pues sabía que el vapor quedaba en la rada, la ciudad de Buenos Aires, fin y término de su viaje, cancha donde iba á probar la suerte, y—esto para él estaba fuera de duda,—hacer fortuna. Quedó muy sorprendido al ver que, á pesar de la claridad del día muy hermoso, apenas se divisaba la ciudad. Preguntó si era cierto que ahí quedaba el vapor, ó si más tarde, después de la visita, se acercaba al muelle; y supo con extrañeza que había que embarcarse en lanchas y hacer una verdadera travesía para llegar á tierra.

En estos momentos salían del salón el señor y la se-

Digitized by Google

ñora de Alonso con su sobrina, y cambiaron con Andrés los afectuosos saludos de siempre. Pero cuando en el natural arrebato de alegría que le causaba la llegada á su querida patria, le preguntó Josefina con toda ingenuidad qué le parecía su tierra, no pudo Andrés contener la risa, contestando: ¿Pero adónde está?

Josefina quedóse medio turbada y algo disgustada de que su tierra natal no le pareciera á todos tan bonita como á ella.

Asímismo, tenía el genio demasiado indulgente para no perdonar á un extranjero su... error, y le dijo:

—Es cierto que de aquí no se ve bien. El puerto es incómodo; pero pronto estaremos en tierra, y verá usted.

—¿Buenos Aires será tan linda como París?—preguntó el joven con una sonrisita entre cortés y burlona.

—Según—dijo la niña;—es otra cosa, pero á mí me gusta más.

—A mí también—confirmó doña Edelmira con toda la formalidad de una convicción profunda.

—Sí, sí; á cada viscacha su cueva—susurró don Matías con un gestito que bien podía sugerir, que, por mucho amor que tuviera á su Buenos Aires, no había quedado del todo indiferente á los encantos de París.

Llegaba ya la lancha de la Sanidad: subieron á bordo los empleados de la Capitanía y de la Aduana, llevando las últimas noticias de la guerra del Paraguay, que empezaba á entrar en su período álgido. Se dió entrada al vapor y empezaron á aproximarse las lanchas que se ofrecían para transportar á tierra á los pasajeros, sacudidas de tal modo por la marejada, en-

Digitized by Google

tre las llamadas de sus tripulantes, que daba pocas ganas de embarcarse en ellas.

Andrés Sterner había tratado ya con una, en sociedad con dos pasajeros más, y se despedía del señor Alonso y de las señoras, cuando á proa se elevaron clamores de angustia, seguidos de un gran vaivén y movimiento á bordo. Al grito: «¡Un hombre al agua!» todos se abalanzaron hacia la borda para ver lo que sucedía. Era uno de los inmigrantes vascos que, al pasar de la escalera del vapor á la lancha se había caído al río. Cuando volvió de la zambullida, le tiraron sogas, salva-vidas, remos etc., pero el hombre había perdido completamente la cabeza y no atinaba á agarrar, ni siquiera á ver los elementos de salvamento con que trataban de socorrerle. Se esforzaba por nadar, por sostenerse, mejor dicho, manoteando; pero la corriente lo llevaba y corría el riesgo de desaparecer otra vez, cuando saltó al agua, cerca de él, un hombre que le puso rápidamente un salva-vida, y le ayudó á volver hacia el bote más cercano, de donde alzaron á ambos.

El valiente salvador era Andrés, el salvado un joven vasco quien, al volver en sí, después del susto, le apretó fuertemente la mano, diciéndole:—Me llamo Juan Elordi, y puede usted contar con un servidor para toda la vida, en lo que le pueda ser útil.

—Hombre—le contestó Andrés;—no es para tanto, pero me gustaría que nos volviéramos á ver.

Elordi era un vasco francés con quien muchas veces había conversado á bordo, que no traía más capital que sus brazos y su fuerza, su juventud y sus ganas de trabajar. Era uno de tantos que, no encontrando en la madre patria cómo adelantar ni aun cómo vivir, se van á otras regiones sin poder asegurar que volverán y sin que tampoco parezca importarles

Digitized by Google

mayormente. Andrés le dió también su nombre, recordando que muchas veces se necesita hasta del más humilde y fué á mudarse, en medio de las felicitaciones de todos.

Al ser saludado por don Matías, oyó que Josefina decía á su tío: — «¡Qué lástima que no sea argentino!»

Se sonrió con orgullo de ese egoísmo patriótico, que todo: lo bueno, lo generoso, lo bello, lo quisiera para su país; sentimiento nato, por fin, en todo hombre, y que durará mientras haya patrias; sentimiento más natural aún en ciudadanos de naciones en formación, que deben fundarlo y adquirirlo todo, ya que no tienen casi pasado ni herencia; sentimientos también que sólo quizás se atrevía á expresar aquella niña, porque, inconscientemente, con él disimulaba otro más personal, más egoísta, si se quiere.

La lancha tuvo que dar bordadas largas y múltiples para llegar al desembarcadero. Durante hora y media, como una gran gaviota de alas desplegadas, voló sobre las aguas cortadas por olitas cabrilleantes, ora empinada sobre una borda hasta tocar con ella la superficie, ora sobre la otra, teniendo los pasajeros, ya por suerte aguerridos, que obedecer á la repetida maniobra del viraje, con el respectivo é incómodo vuelco de las velas. Andrés en todo se fijaba, ávido de impresiones nuevas; los marineros eran todos genoveses, y todas las lanchas llevaban bandera italiana, fuera de algunas con la bandera nacional azul y blanca.

A medida que se acercaba la lancha, podía detallar mejor las particularidades de la costa. La ciudad aparecía, todavía algo lejana, resplandeciendo sus techos, especialmente las medias naranjas azules de sus numerosas iglesias, bajo los rayos del sol de verano. Distinguía, cerca de la costa, un gran movimiento de peque-

Digitized by Google

ñas embarcaciones, de cuyo costado se desprendían, tirados por numerosos caballos, carros que, con el agua más arriba del eje, avanzaban penosamente, manejados, muchos, como desde una torre, por carreros atrevidamente sentados en la cima de la carga. Iban hasta un camino en declive que los conducía á la Aduana, edificada en forma de media luna en el mismo sitio donde estuvo, en otros tiempos, la fortaleza española.

La ciudad era extensa, al parecer, pero los edificios, en general, bajos; poco follaje alegraba el conjunto; fuera de algunos grupos de sauces en la orilla del agua. Pronto se pudo distinguir el largo muelle, continuación de una calle de la ciudad, la de Cuyo, y que se adelantaba como medio kilómetro en el río; pero los marineros declararon que el agua había bajado mucho y que, para llegar al muelle, habría que apelar á los carros.

Y efectivamente, algunos momentos después, Andrés y sus compañeros subían en esos carros anfibios que constituían para el recién llegado una de las peculiaridades más curiosas y menos atrayentes de la tierra. Los carreros, criollos netos, de larga melena negra muy enaceitada y cuidadosamente peinada, con el sombrerito gacho delicadamente puesto sobre ella, levantando el ala delantera, de pañuelo de seda punzó atado al pescuezo con cierta negligencia voluntaria, el cigarro en la oreja, el escarbadientes en los labios, hechos una imagen de la insolencia, se gritaban unos á otros interminables rosarios de provocativos insultos, á cual más hiriente, chistosos también sin duda, pues todos, á menudo, se reían. No los podía entender Andrés, pero pensó que los filosos cuchillos que llevaban en la cintura debían, de vez en cuando, dar al menos espiritual la última palabra.

El muelle, todo construido de madera dura, estaba

Digitized by Google

todavía entonces en regular estado y por él, con la vista enturbiada por la fatigosa sucesión de las tablas oblicuas que formaban su piso, como enrejado, se llegaba al pabelloncito del resguardo donde, más por fórmula que por otra cosa, los empleados de la Aduana registraban, sin mayor codicia, los equipajes de los pasajeros. Era todavía la edad de oro, en que los derechos de aduana, calculados para suministrar modestos recursos á un gobierno algo patriarcal, no habían vuelto á ser, como más tarde sucedió, casi tan aplastadores de la importación como el sistema español ciegamente prohibitivo, cuya abolición fué quizás el objeto primordial de la Revolución de Mayo y de la emancipación del país.

Por lo demás, casi no existía entonces ninguno de los mil impuestos que consigo forzosamente trae la complicación administrativa de una nación definitivamente organizada. Si, con el tiempo y las necesidades que crea el progreso, con las guerras civiles y la amenaza de conflictos extranjeros que obligaron á la República á armarse hasta los dientes; con las crisis causadas por el despilfarro de los bienes públicos y particulares; con el afán, á veces irreflexivo, de dotar al país de los últimos adelantos de la civilización, fueron aumentando continuamente hasta nuestros días, y de un modo abrumador, los derechos de aduana, agregándose á ellos los impuestos internos y muchos otros, no había, siquiera, entonces, ni estampillas postales argentinas para la comunicación con Europa. Y una de las cosas de que debía admirarse más nuestro viajero fué tener que ir á comprar en los respectivos consulados, ó en casas habilitadas para su venta, como cierta mercería de la calle Reconquista, donde hoy están los Turcos, estampillas francesas ó inglesas, según el paquete

Digitized by Google

que salía, pues en la Casa de Correos, instalada en un casucho colonial de la calle Bolívar, entre Belgrano y Venezuela, como quien dice en los confines del mundo habitable, y regenteada por el señor Posadas, no se despachaban más que las pocas estampillas necesarias para la escasa correspondencia del comercio interior.

Desde el primer momento de su desembarco, pudo valorar Andrés Sterner el gran servicio que le había hecho la familia de Alonso, tomándose el trabajo de familiarizarlo con el castellano. Por supuesto que no lo hablaba como el mismo Cervantes, y que tanto su pronunciación como algunas de sus palabras podía inspirar á sus interlocutores momentos de inocente alegría; pero pudo, asimismo, gracias á lo poco que sabía, luchar con energía y acierto contra las exigencias exageradas de los changadores, cocheros y carreros que se habían encargado de llevarlo á él y á su equipaje hasta el Hotel de la Paz, recién establecido por el señor Maréchal, en la esquina de Cangallo y Reconquista, y que entonces era el rey de los hoteles. Situado frente al Café de París, ya famoso, al Teatro Franco-Argentino, uno de los centros de diversión más frecuentados, y frente también á la iglesia de la Merced, el aristocrático templo católico, había conquistado ya la preferencia de los miembros del cuerpo diplomático sin instalación propia, y de los comerciantes y hombres de negocios que ya empezaban á venir á Buenos Aires olfateando el porvenir de este país nuevo, tan lleno de promesas.

Andrés Sterner pudo emplear gran parte de la tarde—pues su instalación quedó pronto terminada,—en visitar algo de la ciudad en que iba á hacer sus primeras armas comerciales. Pudo comprobar que si había sido sacudido como nunca se acordaba haberlo sido

Digitized by Google

antes, en la volanta que lo llevara al hotel, no era por falta de elásticos sino por el estado del empedrado y la forma en que estaba construido, cuya muestra todavía en 1906, se puede ver, aunque muy mejorada, en la calle del Rincón y otras por el estilo. Extrañó ciertas aceras altas de más de un metro, en el centro de la ciudad, comprendiendo sólo su utilidad algunos días más tarde, al sobrevenir en forma de huracán una repentina tormenta de verano que, después de haber envuelto la ciudad en espesa nube de tierra, en un momento, llenó de agua el «tercero.»

Con un señor Poncet, compañero de viaje con quien, por lo apagado que le pareciese, casi no había tratado á bordo, y con quien lo reunieron después las casualidades del desembarco en la misma lancha y en el mismo hotel, recorrió las principales calles de la ciudad. El señor Poncet, después de un primer viaje de exploración, diremos, se decidió á trabajar en la Pampa; había vuelto á Francia á buscar su capital, que, aunque no muy grande, era suficiente para formar un regular establecimiento de campo, en aquel tiempo en que la tierra y los animales casi no tenían valor, y ya venía dispuesto á comprar é instalarse. Hombre sensato y prudente en su audacia, consideraba que la cría de ganado era, ó por lo menos se haría, con el tiempo, el mejor negocio en la Argentina, compartiendo por singular coincidencia, la opinión de algunos argentinos que pocos meses después, fundaban el 10 de julio 1866 á instigación de don Eduardo Olivera, la Sociedad Rural Argentina; pero no era persona de imponer, ni siquiera de indicar una idea á nadie, considerando que cada cual debe saber qué camino le conviene más. No podía, por lo tanto, tener al respecto discusiones con Andrés.

Digitized by Google

Pascáronse por la calle San Martín, pasando delante de la Bolsa de Comercio cuya acera hacían inaccesible los numerosos caballos ensillados de los corredores y negociantes; tomaron un baño en la Casa Universal, la única entonces donde se pudiera hacerlo, y remontaron por la calle Cuyo, bastante edificada ya pero únicamente con casas de familia, donde se cruzaron con un batallón que iba al muelle, á embarcarse para el Paraguay. Doblaron en fin por la calle Florida, viendo en la esquina la botica Imperiale y algunas tiendas y almacenes de cierta importancia y hasta de cierto lujo: la joyería de Fabre, la cuchillería de Chapon, el bazar de Pédarrieu, la paragüería de Jacod, la sombrerería de Manigot, más allá la de Bazille, la tienda de los Iturriaga y varias más, la mayor parte establecidas por franceses.

En la calle de Maypú tenían sus casas por mayor las grandes firmas inglesas, casi las mismas que todavía existen, pero en menor cantidad y con mucho menos capital, naturalmente.

En unas pocas cuadras de las calles de la Piedad, Rivadavia y Victoria, se concentraba el comercio con el interior: registros y almacenes modestos, de negocios todavía muy restringidos, pues el interior era lastimosamente pobre y sus necesidades pocas, lo mismo que sus recursos. En grandes carretas de bueyes, con techo de zinc, se acomodaban los cajones y los fardos, las pipas de vino y los tercios de hierba, y de la plaza Lorea, de la del Once ó de Constitución, emprendían la marcha definitiva, en larga hilera, las tropas lentas, hasta los confines de la República, donde llegarían después de meses de viaje paciente, si tenían la suerte de poder resistir, en el desierto, á las hordas de salvajes siempre en acecho, para volver otra vez, car-

Digitized by Google

gadas con cueros, lanas, minerales, ó cualquier otro producto del país.

Andrés y su compañero bajaron por la calle Victoria donde, en el número 112, entre Perú y Chacabuco, vivía don Matías Alonso. Andrés se fijó en la casa, donde pensaba visitar á menudo, deseoso de conservar sus excelentes relaciones con la amable familia, y pudo ver, á la pasada, que era una casa bastante moderna, con puerta cochera y tres ventanas á la calle, lo que pocas otras tenían, pues, en general, las ventanas no pasaban de dos,.

Se encontraron pronto en la plaza de la Victoria y pudo conocer el histórico Cabildo, con su torre y su reloj, al lado del Departamento Central de Policía, en cuya acera tomaban el fresco, sentados y con el mate en la mano, los oficiales, jóvenes en general, elegantes, pero de una elegancia algo exagerada en sus manifestaciones, de melenas exuberantes, con los kepis atrevidamente terciados sobre ellas, unas bombachas tan anchas arriba cuanto angostas en el pie, encerrado hasta el dolor en botines de tacones altos.

En el otro frente, vieron la catedral, imitación modesta de la Magdalena de París; en el medio de la plaza, el humilde monumento de la Independencia, y frente á la Policía, la recoba vieja con su arco triunfal, por el cual pasaron hasta la plaza 25 de Mayo, paseando un buen rato á la sombra de sus magníficos paraísos, mirando el río, ese inmenso Río de la Plata que es un mar, y la Casa Rosada, asiento del Gobierno nacional, un casuchón grande, feo, mal pintado, sin majestad, lo mismo que la casa del Congreso, frente á los terrenos donde se iba á edificar la Aduada nueva, y más tarde el Correo.

El Teatro Colón, en la esquina de Reconquista, era

Digitized by Google

quizás el monumento mejor de todos los que rodeaban las dos plazas, y en el amplio café que ocupaba todo el piso bajo, pudieron los dos compañeros descansar y refrescarse.

Por la noche, dió otro paseo Andrés y vió que la luz era bastante escasa, las calles tristes, y más entristecido aún por el grito de los serenos que, armados con su lanza y su linterna, daban vuelta á las manzanas anunciando cada media hora, á gritos, el tiempo que hacía, como si pudiera esto interesar á los que duermen.

Cuando, acostado y por dormirse ya, Andrés Sterner resumió sus impresiones, sintióse más que nunca aferrado á la resolución de liquidar lo más pronto posible sus mercaderías para volver á Francia.

Todo lo que había visto, fuera quizás de algunas siluetas femeninas, envueltas en chalones de merino negro con los cuales parecían hacer inútiles esfuerzos para disimular su gracia y afear sus facciones, todo le había parecido anticuado, dormido, sin vida, sin alegría, como entorpecido en una inconmovible vetustez; un país como para no quedarse en él, y menos volver.

***

El día siguiente, se puso en campaña, dispuesto á empezar las diligencias necesarias para sacar de la Aduana sus mercaderías. Primero fué á la casa de J. B. Barral, fuerte negociante francés, á hacerse conocer y presentar la carta de crédito que tenía contra dicha casa. Allí se informó, conversó con el mismo jefe de la casa, hombre emprendedor, inteligente, casado

Digitized by Google

con una porteña, rico ya gracias á felices especulaciones en frutos del país, oportunamente hechas después de la guerra de Crimea, diez años antes, y en vía de pasar la mano á su dependiente principal para volver á Francia y establecer allá una gran casa bancaria. El señor Barral, de alta estatura y anchas espaldas, hablaba fuerte, con esa confianza en sí mismo que da la fortuna, más la fortuna conquistada por el propio esfuerzo ayudado por la suerte; orgullo legítimo al fin, por lo menos excusable, y que si bien fomenta en los demás envidiosos todos, en diversos grados, según el fracaso relativo de sus aspiraciones más ó menos ambiciosas, —una sonrisa tanto más irónica cuanto más teme convertirse en admirativa, es con el bienestar y la vida confortable, el más apetecible premio del éxito.

Andrés Sterner escuchaba con tan devota atención los consejos y prevenciones del señor Barral, que poco á poco, llevado por un sentimiento de creciente simpatía hacia un auditor tan atento, empezó á contarle su vida, sus comienzos; modestos como los que más, algunas de sus operaciones, las más célebres, las más afortunadas, como la de su atrevido acopio en 1856, de más de cincuenta mil cueros de potro, comprados en todas partes, en la campaña, en las barracas, en los saladeros, á precio tirado, algo como cuarenta centavos por pieza, termino medio, porque nadie los buscaba entonces, por su poco valor, y vendidos en Amberes á dos pesos, por haber llegado en un momento en que los cueros vacunos, con el gran consumo que de ellos se había hecho durante la guerra franco-rusa, escaseaban de tal modo que se tenían por fuerza que empeñar los fabricantes de talabartería en reemplazarlos de algún modo.

Naturalmente, el señor Barral insistía más en su ad-

Digitized by Google

mirable olfato de especulador que en la suerte que, sin embargo, por algo había entrado en el buen éxito de la operación á que debía la piedra fundamental de su fortuna. Cierto es que había arriesgado en ella todo lo que entonces tenía, y algo más, bastante más, pues si hubiese fracasado, quedaba el tendal; pero quien nada arriesga nada tiene. Sterner bebía sus palabras; admiraba; así tenía que hacer él; para eso había venido á América. Este era el hombre fuerte, valiente, audaz, feliz; y ya que este señor Barral, llegado sin plata, había, en diez ó doce años, realizado una fortuna tan grande, ¿cómo no iba á hacer él lo mismo, teniendo á su disposición un capital, en dos ó tres años? Así las mariposítas que, al ver al águila remontarse hacia el sol, la quieren imitar, y vuelan hacia la lumbre... que les quema las alas.

El señor Barral ofreció á Andrés su casa, se puso á su disposición, le recomendó á su despachante de aduana, un señor Durand, muy avezado, le dijo, en las picardías del oficio; y leyendo en sus ojos la admiración ingenua que por él y sus obras experimentaba Andrés, no pudo menos que murmurar, después de despedirse de él: «Joven simpático.»

Andrés entregó al señor Durand, despachante vivo, —avezado, había dicho el señor Barral, en las picardías del oficio,—sus papeles, facturas, conocimientos, etc., confiándose en la habilidad de dicho señor para despacharle pronto sus mercaderías, y conseguir de los vistas los aforos más bajos posibles. Andrés, por supuesto, no se daba cuenta de lo que era la aduana. Se figuraba que despachar una mercadería consistía en hacer la declaración de lo que contenían los bultos y de su valor, pagar tanto por ciento de ese valor y nada más. ¡Pobre muchacho! Cierto es que, en aquellos tiem-

Digitized by Google

pos, la aduana y sus operaciones no eran, ni de lejos, tan complicadas como hoy, que los trámites eran más sencillos, lo mismo que los derechos mucho menos elevados; pero había que contar con las picardías del oficio, señaladas, al pasar, por el señor Barral.

Y no eran pocas: puras trampas, por todos lados: las de los comerciantes contra el fisco, las del fisco contra los comerciantes, las de los despachantes contra los comerciantes y contra el fisco. No se trataba para el comerciante, de pagar lo que, según la ley y los reglamentos, pudiese deber, sino de pagar menos, lo menos posible, nada, si podía, y para llegar á ello, había mil medios: el contrabando material, violento; las falsas declaraciones, las substituciones de contenidos en los bultos, ó de bultos por otros; las adulteraciones de los documentos; las confabulaciones y el cohecho con los empleados del fisco. El fisco, por su lado, trataba, por medio de sus empleados, de cobrar del comerciante más de lo que éste en realidad podía deber; el vista, ignorante, en general, por temor de que su ignorancia, perjudicando al fisco, le fuera reprochada, siempre quería aforar al máximum cualquier artículo; y todos los empleados trataban de encontrar alguna diferencia, algún error en las declaraciones, para decomisar los efectos y cobrar multas, con cuya mitad quedaban ellos beneficiados.

La codicia multiforme de que parecía atacada toda esa gente no era, asimismo, tan á favor del fisco que no pudiera ser desviada; con tal de saciarse poco le importaba por quién, y hasta tenía más bien propensión á dejarse saciar por el comerciante, lo que era más fácil, más rápido, y más lucrativo; y el que más terrible parecía, era siempre, por supuesto, el más fácil

Digitized by Google

de conquistar, ya que justamente se hacía el terrible para hacerse llamar cuanto antes á componendas.

El despachante—avezado,—tenía también sus medios y según con quien trabajaba, trampeaba al cliente ó al fisco, y muchas veces á ambos.

Andrés Sterner, inocente joven todavía, que á pesar de sus ambiciones comerciales muy poco entendía de comercio, pues se figuraba que sólo consistía en comprar lo más barato y vender lo más caro posible, y llevar la contabilidad exacta de sus operaciones—confiaba en que el señor Durand despacharía pronto y bien sus mercaderías, y no insistió en acompañarlo á la Aduana, las oficinas y los depósitos, donde le aseguró el otro que se fastidiaría inútilmente, renunciando así á un trabajo que le hubiera permitido observar y conocer muchas cosas de gran provecho, como lo vió, en otras ocasiones. No sabía que cuanto más se deja hacer por otros lo que á uno le interesa, menos se aprende y más cuesta.

Como pasaran los días antes de tener siquiera la esperanza de entrar en posesión de sus mercaderías, y como no había tenido la precaución de traer consigo muestras que le habrían permitido venderlas á entregar, no tuvo más remedio que matar el tiempo paseando, recorriendo cien veces, en todo sentido, un día por un lado, otro día por otro, el monótono damero de las calles de la ciudad. La calle Rivadavia pronto no tuvo secretos para él y la conocía casa por casa, con sus postes de madera dura ó sus cañones viejos en las esquinas, donde ataban sus caballos los que venían del campo ó de los suburbios á hacer sus compras. De la calle Rivadavia tomaba, ora hacia el Norte, ora hacia el Sur, siguiendo hasta donde las aceras se hacían por demás escasas y las calles muy solitarias, ó donde quedaban

Digitized by Google

éstas cerradas por alguna gran quinta de cercos de tuna ó de paredes de adobe. En muchas calles no tenía que ir muy lejos para que así fuera; pero otras, como Artes y Buen-Orden, eran ya centros de mucho comercio, pues allí acudía mucha gente del Sur, en trajes todavía algo pintorescos, campesinos de chiripá y de poncho y vascos ovejeros ó tamberos de los alrededores. Muchos jinetes, poca gente á pie fuera del centro de la ciudad, y menos en carruaje, pues era suplicio atroz, como bien lo había visto el día de su llegada, andar así por el empedrado, no debiendo ser mucho mejor por las calles sin empedrar llenas de un polvo tan espeso que, cuando había llovido, tenían que hacerse intransitables.

Salían galeras de varios puntos de la ciudad para las distintas regiones del país, atadas con un número inverosímil de caballos, con dos cuarteadores por delante; y también ómnibus, de la plaza Victoria para el Once y para Constitución, los dos grandes centros de arribada de las carretas de bueyes que traían frutos del país y venían en busca de flete de retorno. Había, sin embargo, principios de vías férreas: el ferrocarril del Norte salía del Retiro para el Tigre, viniendo los pasajeros del centro, desde la plaza 25 de Mayo hasta la estación, en un tranvía, el primero establecido en Buenos Aires; el del Oeste que llegaba á Chivilcoy y el del Sur, hasta Chascomús.

La plaza Lorea recibía aún carretas de frutos y en sus alrededores empezaba la región de las *barracas* de enfardar lanas; la plaza Libertad era un yuyal rodeado de construcciones rústicas, de caballerizas, etcétera, y para llegar á pie á la calle Callao, era preciso tener cierto valor y muchas ganas de pasear.

A los pocos días, Andrés, viendo que el caballo, era

Digitized by Google

de uso casi universal, en Buenos Aires, recordó que, cuando chico, había tomado algunas lecciones de equitación, y alquilando un caballo en una caballeriza de la calle 25 de Mayo, empezó á dirigir sus excursiones hasta puntos lejanos difíciles de alcanzar de otro modo. Había ido á pie hasta el Retiro y la Recoleta, pero no conocía el paseo de Palermo ni Belgrano, y si bien le gustó mucho galopar fuera de la ciudad, no quedó muy encantado ni por el paseo, ni por el pueblito. En Palermo no había más que sauces y grandes pantanos; el camino era feo, descuidado, casi intransitable. Parecía que de la antigua residencia de Rozas, el tétrico recuerdo del tirano alejase á la gente, especialmente á la gente de buena posición social, de cuyas familias tantos miembros habían caído víctimas de su locura sanguinaria, allí mismo, en los sombríos recovecos de aquella morada y en época todavía no muy remota. En cuanto á Belgrano, era lo más triste que dar se puede, con sus horribles calles pantanosas, solitarias, plantadas de árboles que, en vez de darles alegría, acentuaban más la lobreguez de cementerio de sus inacabables tapiales. Volvió por el camino ó calle de Santa Fe, siguiendo entre los cercos de ñapinday y de pita, las senditas de los lecheros, endurecidas por el pisoteo diario de sus caballos, en medio de los pantanos y de las hondas huellas dejadas por las tropas de carretas.

También anduvo por Flores, arrostrando los riesgos de una travesía por la calle Rivadavia, hecha un pantano vivo, á pesar de su primitivo empedrado, por el continuo tránsito de carros y carretas, y se arriesgó, otro día, á pasear por Barracas hasta la Boca del Riachuelo.

Flores en su parte alta, poblado de quintas pertenecientes á antiguas familias del país, empezaba á adelan-

Digitized by Google

tar algo, gracias, sobre todo, á las facilidades de comunicación que le proporcionaba, desde hacía cerca de diez años, el ferrocarril del Oeste; pero Barracas y la Boca eran barrios abandonados de la mano de Dios y de los hombres; y más de una vez, los pantanos de la calle Larga se habían tragado lecheros con caballo y todo, mereciendo muy bien, cierta calle adyacente, el sugestivo nombre de «Sal-si-puedes».

El Riachuelo era el receptáculo de todos los residuos de los saladeros ubicados en sus dos riberas, enorme foco de infección para el agua del río y para el aire, apestado hasta el mismo centro de la ciudad, por el olor nauseabundo de los huesos quemados y del sebo derretido.

Andrés visitó con más repulsión que interés estos establecimientos tan peculiares de un país donde superabundaba la producción pecuaria, puerta de salida bien primitiva para sus desperdiciadas riquezas; y así pasaba el tiempo amontonando en su memoria, sin que entonces se diera cuenta de ello, cantidad de recuerdos que, no sin admiración y sin ternura, encontraría, muchos años después, para comparar las esplendideces del presente con las penurias del pasado precario. En aquel tiempo, por supuesto, todos estos paseos por los arrabales, á veces no del todo exentos de peligros, no le inspiraban sino bastante fastidio y cierto desdén por todo lo que veía y que no podía, de veras, hacer pensar ni remotamente en lo que pronto sería. Involuntariamente, comparaba, y la comparación no podía ser muy favorable á esta pobre villa colonial, sin nada de atrayente, ni de artístico, ni casi de pintoresco, ni en los trajes, ni en la naturaleza, y más se aferraba en la creencia de que nada, nunca, l podría detener en semejante tierra. En el Hotel de la

Digitized by Google

Paz, donde seguía alojándose y comiendo, y en la casa del señor Barral, había trabado relación con varios jóvenes y hombres maduros, extranjeros en general, por quienes fue presentado en varios clubs y reuniones. Las diversiones eran pocas en Buenos Aires entonces, y menos en verano; no había teatros, pues sólo dos ó tres meses más tarde abriría sus puertas el Teatro Colón; y para ese muchacho que ya había saboreado las delicias de la vida en París, todo esto era bastante aburrido. Su mayor distracción era cuando podía reunirse con el doctor Raynaud, joven médico de la Facultad de París, ya en vías de hacerse en Buenos Aires de muy buen nombre y de muy buena clientela. Pero el doctor Raynaud, muy ocupado por sus deberes profesionales, tenía también que atender á ciertos compromisos que raras veces lo dejaban libre. Mozo de treinta años, rubio como un trigal maduro, de ojos azules, que todo lo decían, de gran salud y de grandes apetitos, alegre y atrevido, había hecho de esta tierra de morochas admirables, cuyos ojos negros y cabellera de azabache formaban tan vehemente contraste con su propio físico, un verdadero paraíso de Mahoma, cuyas puertas se hallaba poco dispuesto á entreabrir á las miradas indiscretas de sus mejores amigos.

El se divertía, pero á su modo, y pues sus placeres eran, como se comprende, algo egoístas, Andrés, pocas noches podía conseguir que se quedaran juntos á conversar de la tierra ó de cualquiera otra cosa, pues entre ellos nunca faltaba tema de conversación, y esto justamente era lo que lo encantaba.

Una vez, el doctor hizo ver á su joven amigo una carta anónima, en la cual lo amenazaban—si persistía en sus asiduidades cerca de una señora muy hermosa, casada y de familia de regular posición,—con hacerlo pa-

Digitized by Google

sar, en cualquier descuido, á mejor vida. Andrés lo miró con inquietud, preguntándole lo que pensaba hacer; pero Raynaud le dijo que no había para qué asustarse, que era cosa del marido, pero que no le tenía miedo y que las cosas estaban demasiado adelantadas para que pudiera ni quisiera retroceder.

A los pocos días de esta conversación, cierta noche de tormenta, iba llegando Andrés á casa de su amigo, cuando al pasar delante de un portón, vió relucir un cuchillo á la luz de un relámpago; se echó atrás, y oyó que en la obscuridad le decía el dueño del arma:

—Paso, no más, patroncito, que no es para usted; mire, sin el rayo, ¡qué chasco!

Andrés, más muerto que vivo, retuvo esa noche á Raynaud, y le aconsejó que tomara sus precauciones y desistiera de conquistas tan peligrosas.

Pero, ¡cuándo! Demasiado enamorado estaba Raynaud para seguir el consejo, y le fué fatal su empecinamiento, pues tuvieron sus amores un desenlace tan dramático que más tarde le bastaba á Andrés recordarlo para que le entrasen ideas... matrimoniales. Sucedió que el marido sorprendió una carta del doctor á su mujer, en la cual, con detalles que no le podían dejar dudas acerca de la situación, le daba cita en su casa. La llevó él mismo á la hora indicada, y poniéndole un revólver en la mano, le dijo:

—Entra y mátalo, si no, entro yo y los mato á los dos. Y la mujer entró, y presa seguramente de un terror loco, sugestionada hasta la enagenación, mató de un tiro á su amante.

Andrés, indignado, hizo lo posible para conseguir siquiera el castigo de los culpables, pero pronto le hicieron comprender que era inútil y que la causa quedaba archivada, enterrada, y que mejor sería para él dejarse

Digitized by Google

de embromar. Esto le dió de la justicia del país una opinión poco lisonjera, y más que nunca sintió deseos de volver cuanto antes á sus pagos. Sobre todo sabiendo que diariamente se producían hechos de sangre, peleas mortales; que se cambiaban puñaladas en las casas de negocio á troche y moche, y que la mayor parte del tiempo, siempre mejor dicho, el único castigo para el matador, cuando se dejaba prender, era que lo mandaran al Paraguay con las tropas de línea. A la verdad, las comisiones reclutadoras, en momentos de apuro, se llevaban á cualquiera, y el mismo Andrés, más de una vez, tuvo que enseñar su *papeleta* para evitar graves molestias. Y todo esto indicaba un grado de civilización todavía harto inferior para darle ganas de quedarse en el país.

Sin embargo, había visto pasar á menudo batallones que se iban á embarcar para el Paraguay, donde la guerra, cada día más cruenta, requería más y más hombres, y había admirado la buena presencia, el aire marcial de todos aquellos hombres trigueños, de facciones nobles y serias, que en mucho se acercaban al del tipo árabe.

La mayor parte eran gauchos, reclutados, como hemos dicho, un poco de cualquier modo, bajo la designación de guardia nacional, mandados por oficiales improvisados muchos, pero de buenas familias; y demasiado sabía también, por los diarios y los boletines que en ellos se publicaban, que todos allá daban prueba de un valor admirable, haciéndose matar cuando parecía necesario, con incomparable denuedo; y esto, por otro lado, hacía simpáticos á los habitantes del país, pues pensaba que donde el patriotismo llega hasta el sacrificio personal, tiene que hacer maravillas, cualquier día, en cualquiera dirección.

Digitized by Google

Llegó el carnaval, y Andrés, á quien habían ponderado mucho las diversiones de estos días de locura, hizo como cualquier hijo de vecino, sus preparativos. No quería ser el último en tomar su parte de ellas, y compró muy caros, pues eran los primeritos que se importaban, muchos pomitos de olor... «para las niñas que tienen calor,» como cantaban los muchachos que más que pomitos vendían «huevos de olor.» También compró algunos de esos para poder, en cualquier caso, repeler los ataques del sexo feo, y se aprontó á luchar. Desde el primer momento vió que los pomitos eran artillería muy débil para llevarse la victoria, y que los huevos eran por demás groseros. Volvió á su casa, empapado á jarros de los pies á la cabeza; pensó que con un día de ese recreo, más brutal que divertido, era bastante, y se quedó en su casa los otros dos, lejos del bullicio de las comparsas y de los candombes aturdidores que componían entonces lo que se llamaba corso.

Asistió, sin embargo, una noche á un baile de disfraz en el Teatro Colón; había mucha gente muy enmascarada, siendo la base de la conversación el espiritual y clásico: «Te conozco, mascarita,» gritado en falsete. Seguramente habría entre las muchas mujeres que ahí estaban, caras bonitas, pero todas estaban tan tapadas que era imposible saberlo, y tan poca confianza inspiraban los caballeros acompañantes, que en una escalera doble que conducía de la platea al proscenio, se habían colocado centinelas armados con sus pesados fusiles de pistón que indicaban á culatazos por dónde se debía entrar y salir. Prefirió marcharse Andrés, pensando con razón que tan belicoso aparato quitaba al baile toda su gracia.

—

Digitized by Google

El verano fenecía; las familias acomodadas que habían ido á pasar en sus estancias ó en las quintas de los alrededores de la ciudad la estación de los calores, volvían á tomar posesión de sus casas solariegas, si no muy cómodas, por su distribución algo simplista en grandes patios con corredores, rodeados de piezas que en su mayor parte, sólo recibían luz y aire por las puertas, á lo menos espaciosas y amplias. El comedor entre dos patios, aunque también sin ventanas, tenía siquiera el privilegio de recibir una corriente de aire, y la sala con su frente y sus ventanas á la calle, ostentaba si no verdadero lujo, muy difícil, por no decir imposible de proporcionarse entonces, por lo menos las ganas de tenerlo cuanto antes. Es que todavía las fortunas de los grandes terratenientes no habían podido desarrollarse. Las escasas comunicaciones con Europa sólo dejaban entrever las maravillas del viejo mundo á algunos privilegiados, que, como el señor Alonso, se resolvían á cruzar *el charco;* pero muy pocos eran éstos, siendo casi todos extranjeros los que iban y venían en los vapores mensuales de las dos líneas regulares, las Mensajerías Marítimas francesas y la Royal Mail inglesa.

En las familias más ricas, la vida era todavía lo más sencilla y patriarcal; los muebles trataban de ser lujosos; no faltaban espejos grandes de marcos dorados, y alfombras de Bruselas, ni cortinados de damasco de seda en la sala, ni sillones y sofaes esculpidos, pero fuera de bien pocas excepciones, raras veces se juntaban en el adorno de las casas—para que resultase verdaderamente rico el interior,—el lujo y el gusto.

Los mismos propietarios de campos extensos y de grandes haciendas, los dueños de crecido número de casas en la ciudad, capital á la vez de la provincia de

Digitized by Google

Buenos Aires y de la Confederación, no hubieran podido comparar el montón de sus fortunas con las de los capitalistas europeos y americanos del Norte; tanto los campos como las haciendas bastante ordinarias y chúcaras que los poblaban, tenían poco valor, siendo de poco rinde todos sus productos, por su calidad inferior, en parte, pero, más que todo, por la falta de salida y los escasos y primitivos medios de explotación de que entonces se disponía; y las casas, edificadas en su mayoría, sobre todo las destinadas á renta, con barro y en terrenos demasiado abundantes para ser todavía muy codiciados, tampoco representaban el valor que pronto les iban á dar la transformación paulatina del país y su progreso pecuario-agrícola fomentado por la inmigración.

El mayor adorno de las casas eran las plantas que con profusión se colocaban en tinas y macetas alrededor de los patios y cuyas flores perfumaban el ambiente.

Luz y sol había en abundancia para hacerlas florecer en aquellas casas sin altos que las obscurecieran; y el algibe conservaba fresca el agua de lluvia para las necesidades de la casa y del riego.

La mesa era abundante, pero sin los refinamientos culinarios que apenas en un restaurant ó dos eran, entonces, montados. El puchero con mucha carne, zapallo, choclos y papas; el asado, cortado en tiras en el costillar de la carne gorda de estancia, la carbonada ó cualquier otro guiso, con base de carne, siempre; un pavo en las grandes ocasiones, y dulce de leche, humita de choclo rallado, duraznos á montones, en la estación, duraznos del monte, duros y amarillos, y sopa en la sopera monumental, demasiado chica siempre para la familia numerosa, de diez, doce, quince hijos, sentados en la gran mesa presidida por *los viejos*, siempre ama-

Digitized by Google

bles y amados, hospitalarios, respetados con familiaridad, y queridos profundamente por su ejército de hijos y de hijas, de yernos y de nueras, encargados no de reemplazar aún del todo, muchas veces, á *los viejos*, sino sólo de ayudarlos á propagar el nombre, para que no se extinguiera.

Cuando Andrés Sterner, por la primera vez, pues el señor Matías Alonso y su señora no habían hecho más que descansar un día ó dos en su casa, al llegar de Europa, antes de reunirse con la familia en su estancia del partido de Mercedes, pudo ir á presentar sus deberes á la familia ya instalada de nuevo en la calle Victoria, quedó admirado de la cantidad de gente que ocupaba asientos en el patio, ó en la sala, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver el agradable espectáculo de varias señoritas tocando piano, ensayando cantos, ó conversando, mientras los hombres en el patio, discutían y charlaban—fumando cigarrillos de tabaco negro que, aunque en realidad apestara el aire, parecía causarles inapreciable gozo,—de las peripecias de la guerra del Paraguay, del precio de la lana, del aumento de las haciendas y de la próxima parición de las majadas.

Don José Vázquez y doña Enriqueta, su esposa, una vez casados todos sus hijos, habían aceptado la proposición de su yerno Matías Alonso, hombre de genio apacible y bueno, de hacer vida común con él. Don José había sido negociante, establecido durante muchos años con un registro que le procuró una regular fortuna, y que le seguía dando, pues había hecho que continuaran con él dos de sus hijos: Antonio y Jaime. El ya no se ocupaba de nada, sino de darles á veces consejos, generalmente acertados, pero que no siempre seguían. La guerra con el Paraguay, una vez pasada la

Digitized by Google

era de perturbación de sus principios, lejos de perjudicar al país ó por lo menos á la capital, en sus intereses comerciales, le había dado momentos de gran movimiento y de verdadera prosperidad. Buenos Aires era el gran centro de abastecimiento de los tres ejércitos aliados, y el oro, el oro sonante en buenas onzas, en libras, en brasileras y cóndores, abundaba.

Los equipos militares, la talabartería, la zapatería y la ropa hecha, las frazadas y los ponchos, las conservas y el pasto, y muchos otros artículos se vendían y mandaban por cargamentos seguidos, haciéndose con los proveedores, y éstos con los gobiernos, contratos que, en general, eran provechosos para todos menos para estos últimos; y la casa de Vázquez hermanos no había sido la última en aprovechar la ocasión.

Doña Enriqueta V. de Vázquez había consentido con el mayor gusto en vivir con su hija preferida Edelmira, y como ésta tenía seis hijos, no estaba de más su ayuda para dirigir la casa, siendo para una un alivio y para la otra ocupación casi necesaria á la conservación de su salud, á la cual hubiera podido comprometer una ociosidad prolongada.

Los hijos de don Matías Alonso poco significaban todavía fuera de la casa paterna, pues el mayor, Matías, del mismo nombre que el padre, según costumbre añeja de los países iberos, tenía solamente trece años y seguía sus estudios en el Colegio Nacional.

Enrique, de once años, acababa en el conocido Colegio Negrotto sus estudios primarios y, Edelmira, Julia, Adolfo y Arturito, de nueve á tres años, animaban la casa con sus juegos infantiles, yendo ya las dos primeras al afamado Colegio de Mme. Frébourg.

Don Matías tenía todavía á su anciana señora madre, doña Mariana Urdanella de Alonso, señora de

Digitized by Google

modales sumamente distinguidos, y por esto mismo, tan libres de toda pretensión que se la podía tomar por tipo genuino de la verdadera aristocracia del país. Descendía, por lo demás, de uno de los primeros adelantados venidos, tres siglos antes, á conquistar el Río de la Plata, y si la verdadera majestad de su fisonomía de gran dama imponía respeto, su sonrisa afable y su proverbial caridad inspiraban cariño.

El padre de Josefina, don Rodolfo Zavaleta, casado con la hermana de don Matías, Antonia, hombre de 50 años ya, más ó menos, era también estanciero, pero menos rico y menos dedicado también que su cuñado Matías á su oficio, si oficio se puede llamar el entregar á sus mayordomos ó capataces los establecimientos de campo de cuyas ópimas rentas se vive en la ciudad. Asimismo, pasaba el verano en sus estancias, muy de á caballo, bastante observador para que su ojo de amo todo lo viera y le permitiera componer lo que andaba mal.

Había, por lo demás, otros estancieros en la familia, para echar una mano en cualquier circunstancia difícil ó indicar alguna medida salvadora, en caso necesario: de los dos hermanos de don Matías, uno, Luis, era el verdadero hombre de campo de la familia. Siempre había sido el brazo derecho del padre para la administración de los intereses rurales, siempre había vivido en el campo y poco le gustaba la ciudad. Tampoco era, que digamos, hacendado muy progresista; no criticaba á Matías por el derroche de pesos que hacía yendo á Europa, en busca de reproductores finos, porque, al fin y al cabo, decía, cada uno es dueño de entender las cosas como mejor le parezca; y hasta se dejaba regalar por él, de vez en cuando, algún torito

Digitized by Google

bueno ó algún borrego hijo de los Rambouillets puros importados, pero no dejaba—entre hombres,—de titearlo un poco á Matías, diciéndole que más iba allá de padrillo, para mejorar las manadas de los gringos que para traer padrillos á las criollas. Se sonreía discretamente don Matías de las salidas siempre algo verdes de su hermano mayor, atribuyéndolas á la vida muy rústica que le había tocado hacer para el bien de todos ellos.

El otro hermano, Alejandro, también tenía campos y estancias; pero, al mismo tiempo, era consignatario de frutos y de haciendas, y la vida activa y de trabajo que llevaba aumentaba rápidamente su fortuna. Como la mayor parte de los consignatarios, más ganaba con las especulaciones á tiro seguro que hacía en el mercado y en las colas de tropas que compraba tiradas, en los corrales para mandarlas á sus invernadas, que con las comisiones de sus clientes, á pesar de ser éstas también algo más que un accesorio.

Misia Mariana había preferido, una vez viuda, vivir con su hija Antonia, á quien poco gustaba el campo; en verano Zavaleta se iba solo ó acompañado de uno ó dos de sus hijos mayores, á visitar sus estancias, sin obligar á su mujer á instalarse fuera de la ciudad, mientras que á Matías le gustaba que fuera siempre con él toda la familia. De los ocho hijos de don Rodolfo los primeros eran mayores que los de Matías, pero también había uno de tres y uno de cinco años, y no había motivo serio para que quedase acabada la serie. A más de Josefina á quien ya conocemos, Rodolfo y Ernesto, sus hermanos mayores, tenían respectivamente 20 y 19 años; después de ellos, venía Antonia con 15, Emilio y Manuela con 13 y 11, y por fin, Concepción, una monada de cinco años y León un hermoso

Digitized by Google

diablito de tres. Estos personajes y niños estaban todos presentes y diseminados en la sala, como grupos de adorno, más cinco ó seis amigas de Josefina, vecinas, que habían venido á saludarla.

Andrés Sterner creyó, cuando penetró en la casa, haber caído justamente algún día de gran recepción, pues la reunión le parecía muy numerosa para ser de puros miembros de la familia.

Don Matías y su señora presentaron su joven compañero de viaje á misia Mariana, á los señores Vázquez y Zavaleta y á los muchachos y niñas allí presentes. A todos y á cada uno apretó individualmente la mano, según la costumbre nacional que ya había tenido que adoptar, notando en algunas caras verdadera simpatía, en otras cierta recelosa curiosidad, y en los lindos ojos de las muchachas de quince años arriba, amigas ó parientas de Josefina, algo como picarescas indagaciones, mudas preguntas indiscretas, y hasta respuestas prematuras sobre las gratuitas suposiciones que, por instinto y ganas de divertirse, edificaban en sus graciosas cabecitas.

Todos, ó casi todos, se prestaron con gentileza á facilitar á Andrés Sterner la conversación. Había estudiado bastante, durante sus largas horas de ocio, y practicado algo el castellano; pero no podía, en menos de dos meses, haber aprendido gran cosa, y lo que sobre todo lo desesperaba, era no poder cazar al vuelo una palabra de cion, de las que, con extrema volubilidad cambiaban, entre risas, las muchachas.

Con las personas mayores, le era bastante más fácil y cuando éstas le hablaban con reposo, casi entendía todo y alcanzaba á contestar bastante bien. Pudo así recibir de los señores Antonio y Jaime Vázquez, la seguridad de que lo ayudarían en lo posible para la rá-

Digitized by Google

pida y provechosa colocación de los artículos que había traído; escuchó, sobre el comercio de frutos del país, de boca de don Alejandro, datos que mucho lo interesaron, pues siempre recordaba la suerte que tuvo el señor Barral mandando, en vez de letras que siempre pueden correr el riesgo de no ser pagadas, cueros que le habían valido una fortuna.

Con quien menos simpatizaba Andrés era con don Luis, el otro hermano de don Matías, algo rústico, muy rural por lo menos, con su barba espesa y ensortijada de gaucho, que le llegaba hasta los ojos y de tal modo parecía casarse con las cejas y la cabellera que no le quedaba casi ni frente, ni mejillas. De los labios algo gruesos y muy colorados, armados continuamente con algún pucho de cigarrillo negro, bastante mal oliente á pesar de ser de marca de «La Catedral», parecía salir siempre alguna chuscada, cuando no alguna escupida; y si éstas salían sin rumbo, no debía suceder lo mismo con las chuscadas que por las risas y sonrisas más ó menos reservadas y contenidas con que las celebraban todos, seguramente tenían que ser espirituales, y también algo hirientes quizás para el que las entendiera. Pero Andrés no las entendía; no estaba todavía bastante familiarizado con el idioma para poder apreciar las sutilezas del lenguaje, y no dejaba esta alegría burlona de incomodarle bastante, obligándole á pensar que él y nadie más debía ser el eslabón de que don Luis se valiera para sacar tanta chispa.

Esa falta de educación, en medio tan selecto, le causaba penosa impresión y se agregaba á muchas otras cosas, para quitarle hasta las ganas de considerar jamás á este país como otra patria posible; pues sentía que don Luis era, en aquella casa, el representante

Digitized by Google

más genuino de las ideas criollas y que esas ideas eran en el fondo, más bien hostiles, ó por lo menos contrarias á los extranjeros.

Asimismo, tomó mate y confesó que lo encontraba sabroso; y como Josefina le preguntara si había probado choclos y zapallo, también dijo que sí y que mucho le gustaban; y todos aplaudieron, asegurándole que ya no se iba del país, y que si se iba, volvería en seguida. Se rió; no era supersticioso; hizo por lo demás grandes elogios de Buenos Aires, con los labios, es cierto, más que con el corazón, y sencillamente por cortesía; pero la cortesía engendra la simpatía y la simpatía casi siempre se vuelve recíproca.

En resumidas cuentas, salió Andrés Sterner de esta reunión familiar, habiéndose granjeado muy buenas amistades, y pensando respecto á don Luis, que lo mejor que tenía que hacer era tratar de entenderlo para poderle contestar pronto y llegar á retribuirle chiste por chiste. Aunque muy joven, no ignoraba que si la ironía es eficaz reformadora de las costumbres, la burla social no tiene más resultado que el de alejar gente que se hubiera dispensado mutuamente, conociéndose, el mayor aprecio. La burla es casi siempre, aunque no lo parezca, arma defensiva más que ofensiva; es como un escudo que tuviera en el medio una punta afilada, más útil, con todo, para atajar un golpe que para dar un verdadero lanzazo; arma de tímido que se quiere hacer el guapo y que, para evitar lo hieran, se apresura á pinchar; pero el pinchazo le vale á menudo una estocada, y en vez de la amistad que le hubiera conquistado un poco de benevolencia, su sonrisa irónica basta para fomentar sensibles desavenencias.

Digitized by Google

***

A los pocos días hallóse, por fin, Andrés en posesión de sus mercaderías. Había tenido que resolverse á dar personalmente algunos pasos para apurar el despacho en la Aduana, pues ya le hacían suponer ciertas reticencias y explicaciones algo atravesadas que lo estaban por aprovechar. Fué á visitar al señor Barral y á pedirle algunos datos sobre los trámites de Aduana; pero este señor estaba, al parecer, poco al corriente de dichos detalles, pues se contentó con manifestarle que avisaría al señor Durand y lo apuraría. Andrés fué entonces á ver á sus nuevos amigos, Antonio y Jaime Vázquez, los importantes negociantes, cuñados de don Matías. Estos, puestos al corriente de lo que pasaba, confiaron el asunto á su dependiente de Aduana, quien fué con Andrés á ver lo que había; se encontraron con Durand; éste explicó las cosas á su modo, hablando de dificultades mal definidas que se habían presentado y que aseguraba haber allanado; lo cierto es que en pocos días se puso todo en regla.

Andrés había podido darse cuenta de que sólo lo que hace uno por sí mismo está bien hecho; había visto la necesidad de sacudir la apatía nativa que cada uno de nosotros lleva en sí; sentía, no sin cierto orgullo, nacer en él la voluntad, y con ella la energía para encaminarse hacia el fin apetecido, y comprendía que para afirmar y desarrollar su personalidad, sólo le habían faltado las dificultades de la lucha. En su tierra, nunca había tenido ocasión de aplicar las cualidades que, como cualquiera, tenía latentes.

Los señores Vázquez habían puesto á su disposición

Digitized by Google

una pequeña parte del gran depósito en que tenían su registro en la calle Rivadavia. Pensó primero en pedir ese servicio al señor Barral que tantas demostraciones le había hecho, pero de las primeras palabras que al respecto le insinuó, parecieron surgir tantas dificultades, tantos obstáculos, tantos probables gastos que dejó para mejor oportunidad la conversación y se dirigió á sus nuevos amigos. Ellos tenían mucho movimiento de mercaderías, pero también mucho espacio y no paraban mientes en algunas varas cuadradas más ó menos; en el acto consintieron, haciendo desocupar para Andrés algunos estantes y un gran mostrador.

Este arreglo presentaba para él otras ventajas y quizás mayores todavía que la de no tener que pagar alquiler; muchos comerciantes de la campaña iban á surtirse en casa de los señores Vázquez, y esto le podría sin duda facilitar la venta de muchos ó por lo menos de algunos de sus artículos que ellos mismos colocarían entre su propia clientela, en muchas ocasiones. Quizás buscarían en ello su propia ventaja, porque el negociante nunca sacrifica sus intereses, pero aunque les vendiese á ellos con algún descuento, todavía le haría esto más cuenta, por las mil comodidades de todas clases que en su casa encontraba.

Empezó á sacar de los cajones el surtido comprado en París un poco al tun-tun, con ayuda de su padre, hombre de mucho crédito y de regular fortuna, ex-comerciante de buenas relaciones, pero poco versado en compras para la exportación. Habían tenido que fiarse de las indicaciones más ó menos interesadas y más ó menos bien fundadas de los fabricantes especiales para los países sud-americanos, y, naturalmente, no todo les había podido salir muy bien. Buenos Aires era todavía

Digitized by Google

poco conocido; era mercado muy nuevo, y la mayor parte de los fabricantes basaban sin vacilar sus datos en lo que sabían... del Brasil... y de Méjico. El señor Sterner, padre, pudo, por suerte dar con una persona que había estado durante algún tiempo en el Río de la Plata y que modificó sus ideas, haciéndole ver que la Argentina no era lo que se podría llamar país cálido, dándole algunas indicaciones acertadas, aunque no comerciales, sobre lo que más se usaba.

Y los Sterner habían hecho un surtido que, fuera de algunas desgraciadas excepciones, constaba de artículos de venta bastante corriente en cualquier país del mundo, y especialmente en Buenos Aires. Tuvieron que prescindir de artículos que no fueran de los de industria francesa, dejando á un lado los algodones en los cuales no podían tener rivales los ingleses; pero el aceite Monpelas y el de la Sociedad Higiénica, para dar lustre por ejemplo á las melenas lacias y abultadas, entonces de moda, tanto entre los compadritos como entre *la gente bien*, eran de venta segura y fácil. Había traído Andrés una buena partida de botines de prunela negra y de color para calzar, sin que les doliera, á las elegantes porteñas, no acostumbradas todavía á las botitas de atrevido taco Luis XV, peligroso por lo demás en calles tan mal pavimentadas y en aceras tan primitivas como las de Buenos Aires. Para adornar con poco gasto las orejas bien formadas y los opulentos pechos de las campesinas, había todo un cajón de aros y prendedores, de última moda, artículo de París, de dublé, cada cual en su estuche, como si fuera de oro y piedras preciosas.

Otro cajón encerraba magníficos pañuelos y chalones, imitación de la India, con grandes y fantásticas

Digitized by Google

palmas coloradas y doradas, entremezcladas de flores desconocidas pero del más suntuoso efecto; era una luz, un sol, un resplandecimiento de colores. Había pasado ya, en París, la moda del cachemir de la India, de gran precio, joya indispensable, durante años, y capital de toda «Corbeille» en los grandes casamientos; pero cundió bajo forma de imitación, en los más humildes matrimonios de la pequeña burguesía, y natural era que su última evolución fuese hacia su transformación industrial en artículo para la exportación.

Pero no todas las mujeres pueden ó quieren lucir chalón imitación de la India, y Andrés había completado su tentador surtido de prendas para señoras con pañuelos y chalones de merino negro, siempre de venta corriente en países hispano-americanos, como, con razón, se lo habían asegurado, lo que, desde su llegada, había podido comprobar, ya que todas ó casi todas las mujeres, señoras ó señoritas, ricas ó sirvientas, iban por la calle con el pañuelo ó chalón en la cabeza.

También se había arriesgado á traer algunos tapados, comprados en saldo, en las grandes tiendas de París; le resultaron prematuros y fué trabajosísima su colocación; pero lo que le salió clavo de remache, uno de esos clavos que á los comerciantes experimentados les arrancan gritos de alegre estupor cuando los ven en casa ajena, fueron unas gorras para señoras, unas «*Pamelas*», ¡señor! de última moda en París, y hasta quizás algo precursoras de la próxima, emplumadas unas, con flores y cintas otras, pero todas muy lindas y de muy buen gusto—allá,—y caras como el diablo. Fué todo un éxito; las tuvo Andrés que volver á encerrar en el cajón para librarse de titeos, y tuvo que convencerse que lo mejor, lo único sería devolverlas á Francia cuanto antes para venderlas allá, perdiendo fletes, dere-

Digitized by Google

chos y algo más, la mar. Buenos Aires no estaba todavía para *pamelas*, señor don Andrés Sterner.

Por suerte había traido también muchos otros artículos nobles, de muy fácil venta, aunque por esto mismo de moderada utilidad, pero siempre algo más provechosas que las benditas gorras. Por ejemplo, vendió con la mayor facilidad varios cajones que tenía de merino negro de varias clases y algunas piezas del mismo género color carmelita y color celeste para las devotas de San Francisco y la Virgen de Luján. Su muselina de lana se fué como pan, lo mismo que un regular surtido de botones de hueso y de nácar para ropa blanca, y algunos cajoncitos del famoso acero para miriñaques.

Tuvo bastante éxito con las camisas de vistas de hilo, bien aplastadas en sus cajas de á seis, con cuellos parados y puños anchos; también salió ganando con los sombreros felpudos, de pelo largo, imitación nutria que eran entonces para el paisano argentino el último grito de la moda; pero salió muy clavado con unas tricotas de lana para hombre que no supieron apreciar los argentinos sino varios años después, y salió á gatas de ciertas tiras bordadas destinadas á calzoncillos calados que ya muy poco se usaban, teniendo que venderlas para fundas de almohadas.

La perfumería fina le resultó muy cara; los corsés le salieron muy angostos y el calzado para hombre de empeine muy ajustado. Un poco tarde veía que para comerciar con éxito en un país, es preciso primero conocerlo bien y en todos sus detalles; los gustos, las costumbres, los modos de ser, físicos y morales, cambian mucho de una región á otra, de una á otra época, también, y si algunas chapetonadas tuvo que pagar Andrés, mucho peor le hubiera podido salir la fiesta con menos suerte que la que, al fin, tuvo.

Digitized by Google

Lo habían ayudado efectivamente mucho ya y lo ayudaron todavía bastante para la venta á buenas manos y á buenos precios de sus mercaderías; pero asimismo tuvo él también que hacer esfuerzos personales y seguidos para salir de todo y conseguir un modesto resultado. Pues, en suma, modesto era y lejos, muy lejos de la media fortuna con que, antes de salir de su tierra, había soñado.

Primero, había pensado poder vender todo al contado. Los hermanos Vázquez le aseguraron qua era imposible, pues las costumbres de la plaza se podían resumir en pocas palabras: todo lo que vendía el hijo del país, estanciero, productor, acopiador ó elaborador de frutos, de cueros, sebo, lana, etc., lo vendía al exportador, extranjero, siempre á oro sellado y al contado; todo lo que el hijo del país, comerciante en la capital ó en las provincias, compraba del importador—extranjero siempre,—ló pagaba á seis meses de plazo, á papel y sin pagaré. Desorientado Andrés en presencia de semejante desigualdad, se acordaba de las palabras de su compañero de viaje, el estanciero uruguayo señor Alvarez, quien, á bordo, le decía que «la América sólo protege á los que la vienen á poblar.» Había creído en una simple figura de retórica, como efectivamente lo era en la intención del señor Alvarez, pero, por los hechos, veía que también en la realidad salía muy cierto.

Cuando vió que si se contentaba con esperar á los clientes, pasarían los meses antes que pudiese volver á Francia, tomó la resolución de ir en su busca, y con una lista de las firmas á quienes podía vender sin recelo, se largó con sus muestras á la calle. Esto de entrar uno en una casa donde nadie lo conoce, para ofrecer mercaderías que quizás no se precisan, en un len-

Digitized by Google

guaje bastante dudoso todavía, parece lo más sencillo á quien nunca lo ha hecho y también á quien ha nacido y vivido sin conocer la reserva que impone la educación. Andrés no era tímido, pero el modo bastante áspero con que lo recibían en ciertas casas le chocaba en grande y necesitaba apelar á toda la energía que le infundía el deseo del pronto éxito para seguir con la tarea. Por otro lado, es cierto, encontraba la satisfacción de ver apreciados á menudo sus buenos modales, y, en ciertas casas se hizo no sólo de clientes sino de verdaderos amigos; tanto que muchos años después, tuvo más de una ocasión de sonreirse maliciosamente, cuando uno tras otro, le hacían recordar el ex-tendero Carballo, el ex-registrero García, y Casal, y Olivero, y Rey, y también Echegaray, que había sido *su primer cliente.*

La verdad es que ese inocente ardid de hacerles creer á todos y á cada uno que si algo le compraban sería la primera venta que conseguiría hacer, le había valido otros tantos protectores improvisados, que para seguir mereciendo ese suave título de protector, lo favorecían en cuanto podían, comprándole de todo... lo más barato posible, por supuesto.

Había renunciado pronto á querer vender al contado; hasta había renunciado también á conseguir de los clientes más que un simple conforme, con promesa verbal de pagar á los seis meses, y siguió con empeño dedicando todos sus esfuerzos y toda la constancia de que era capaz á liquidar su factura. Y este esfuerzo de todos los días, esa lucha continua del vendedor que ha de vender por medio de palabras y gestos envolventes, de discursos hábilmente ponderativos, de concesiones paulatinas, de falsas salidas y de vueltas repentinas con ademanes de desamparado que todo lo tiene que dar

Digitized by Google

tirado, cuando todavía se gana su buen 20 por 100, todo esto elaboraba en Andrés, poco á poco y sin que de ello se diera cuenta, todas las cualidades del hombre de negocios. El que compra domina la situación; está como un ejército en una altura, si no inexpugnable, por lo menos muy bien defendida; el vendedor ataca, tiene que asaltar la posición para apoderarse de ella, y si no es audaz, vivo y tenaz, si se cansa, si cede ó no sabe ceder en un punto para hacérse más fuerte en otro, resbala y queda vencido. Andrés supo vencer; y si el éxito material fué poco, como que su ensayo era hecho sin suficiente preparación, había, por otra parte, nacido al trabajo, al esfuerzo, tomando en sí cierta confianza alentadora, al mismo tiempo que matizada de ciertas dudas muy útiles para impedir su exageración.

Lo que sentía era tener que dejar tras sí intereses sin liquidar. Con los seis meses de plazo... verbal, era cosa de nunca acabar y como, por otro lado, á su gran deseo de volver á su patria se agregaba el llamamiento de sus padres extrañados ya de que no hubiera acabado todavía sus quehaceres en esos países, resolvió dejar en manos de los hermanos Vázquez las cobranzas atrasadas ó sin vencer, y principió á hacer sus preparativos de viaje.

*
* *

Empezaba ya el mes de octubre:

Ocho meses y algo más había pasado en la República Argentina; el tiempo, apenas, de echarle un vistazo superficial. ¿Cómo hubiera podido darse cuenta, en tan poco tiempo, tan joven y como tal de tan poca experiencia, del verdadero espíritu de su pueblo y de su latente potencialidad? no había podido ver más que

Digitized by Google

pequeños detalles. Por lo menos, no se iría sin llevar algunos recuerdos agradables, pues durante los ocho meses de permanencia en Buenos Aires, había tenido ocasión de pasar muy buenos momentos, de ver cosas pintorescas, de asistir á espectáculos poco comunes y á reuniones donde supo apreciar en su conjunto la sociabilidad argentina. Durante el mes de su llegada, febrero, la única familia argentina que conociera, la de don Matías Alonso, estaba ausente, en el campo, y pudo, hasta que pasara el Carnaval y volviera don Matías, penetrar en la verdadera sociedad. Se había contentado entonces con formarse algunas relaciones entre sus compatriotas, yendo á pasar parte de sus noches en el Club Francés, situado entonces en la calle Maipú, esquina Rivadavia, en los altos de una de las innumerables casas de la familia Anchorena.

Presentado por el señor Barral, presidente de la Sociedad Filantrópica de reciente formación, pero que ya poseía su pequeño hospital en la calle Libertad, había conocido en el Club á varios miembros importantes de la colonia francesa: el señor Lemoine, barraquero y comprador de lanas, gran especulador en frutos; el señor Regnier, el principal introductor de vinos franceses, objeto entonces de un comercio cada día más importante; el señor Labarre, importador de tejidos, ropa y calzado; el señor Deville, cuya sombrerería y tienda de artículos para hombres prosperaba; el señor Desmoulins, armero—cuyo principal negocio, decían, no era vender escopetas Lefaucheux para cazar, aunque fueran éstas entonces una gran novedad, sino fusiles á los revolucionarios pasados, presentes y futuros,—y á más los dueños y principales empleados de las casas francesas de artículos de fantasía y otros, que anteriormente hemos tenido ocasión de nombrar.

Digitized by Google

Todos estos señores ganaban bastante dinero; los negocios andaban regularmente y todos tenían las mismas ideas con que había venido Andrés Sterner: trabajar fuerte, ganar pesos cuanto antes, realizar y volverse á su tierra, ricos, á gozar de la vida; y ninguno de ellos, por nada de este mundo, hubiera desviado de sus negocios algunos miles de pesos para comprar la casa en que tenía establecido su negocio, pagando por un casucho mal edificado pero bien situado, alquileres relativamente muy subidos.

Consecuentes con esa idea de no radicarse en el país, todos vivían acampados en él, más que instalados, con familias improvisadas, de estas familias ocasionales, efímeras, que duran... la eternidad. El billar, los naipes, el pito y también las elecciones para renovar el comité directivo del Club ó de la Sociedad Filantrópica, para las cuales se daban cancha las ambiciones más febricientes, eran las principales distracciones de todos estos hombres, desterrados momentáneamente á su parecer, en un país donde iban haciendo fortuna ó por lo menos tratando de hacerla, y al cual perpetuamente criticaban como si le hubieran hecho realmente inmerecido honor en venir á pedirle hospitalidad.

Y no era el último Andrés Sterner en mezclar su voz, si no de desprecio, por lo menos de burla espiritualmente incisiva, á las de sus nuevos compañeros, compañeros de destierro, pensaba él también, por corto que debiera ser el suyo. Todo lo criticaban, todo lo encontraban mal, inferior, torpe, obra de gente mal civilizada, con especial disposición á tratar á las autoridades de «tas de sauvages,» por poco que la aplicación de algún decreto viniese á limitar en alguna forma su natural propensión á considerarse como superiores á las leyes de todo país que no fuera el propio. La excu-

Digitized by Google

sa que al obrar así podían tener era su misma falta de reflexión que les impedía comprender que un país nuevo, apenas organizado, recién salido de un largo y terrible período de inevitables convulsiones políticas, no podía compararse con naciones unificadas desde siglos, muy pobladas, y dotadas de los elementos de progreso material y moral acumulados por mil generaciones. No veían más que el momento actual, el día en que vivían, sin sospechar siquiera, ni por un rato, el porvenir portentoso de la tierra que sólo consideraban buena para hacer rápida fortuna en ella, algo como un presidio voluntario y temporario para ambiciosos.

Sólo el señor Poncet, el callado, el reservado, el apagado señor Poncet se abstenía de criticar el país y sus costumbres. Tampoco las defendía; escuchaba y callaba, generalmente. Por lo demás, poco iba al Club, pues vivía en el campo, en su estancia de Las Flores, donde había comprado al Gobierno por poca plata, hacía algunos meses, tres leguas que se ocupaba en poblar; sólo iba de vez en cuando, á pasar en la ciudad algunos días, cuando así lo necesitaba para sus negocios, haciéndolo algo más á menudo desde que el ferrocarril del Sud llegaba á Chascomús.

Andrés conocía á pocos miembros de las demás colonias, poco numerosas entonces por lo demás; sin embargo, iba de vez en cuando á pasar un rato, jugar un partido de ajedrez ó de whist, y leer los diarios europeos, en el Club de Residentes Extranjeros donde el señor Barral lo había hecho admitir como transeunte y que frecuentaban especialmente negociantes ingleses y alemanes.

Cuando, después del Carnaval, volvieron á Buenos Aires las familias que habían ido á pasar el verano en las quintas de los alrededores y en las estancias, las

Digitized by Google

diversiones se hicieron más frecuentes y variadas, aunque por la guerra que iba siendo cada vez más encarnizada en el Paraguay y causaba víctimas numerosas, enlutando á muchas familias, no podían ser muy concurridas, y Andrés tuvo ocasión de observar la sociedad y el país bajo otras fases.

La Semana Santa le permitió comprobar cuán profundas huellas había dejado impresas la dominación española en las costumbres porteñas, y que si la revolución de 1810 había sabido sacudir el yugo político, sobre la población entera pesaba todavía el de las más atrasadas supersticiones, con adoración pública y hecha obligatoria por la présencia de fuerzas de línea nacionales, de monigotes horribles, sanguinolentos, grotescos, que más parecían ídolos africanos que emblemas de una religión importada de países civilizados. Cuadraban bien, sin duda, y lo mismo que los candombes del Carnaval, esas estatuas con los numerosos negros, restos de la servidumbre esclava de otros tiempos, que iban á adorarlas extáticamente bajo la recoba del Cabildo, y las seguían, en comparsas, durante la procesión alrededor de la plaza; pero daba lástima ver tanta delicada niña, preciosas criaturas de Dios, inclinar sus elegantes mantillas y bajar sus hermosos ojos ante tan groseros y repelentes muñecos, personificación, no de Cristo, sino de la barbarie inquisitorial, compañera de la ruda y brutal conquista castellana.

Desde el jueves por la tarde, hasta el sábado á las diez, cesaba por las calles todo movimiento de rodados; era prohibido andar en carruaje y por las aceras y calzadas se deslizaba silenciosa la multitud enlutada de los fieles, haciendo las visitas reglamentarias de iglesia en iglesia. El tiempo hermoso del otoño incipiente

Digitized by Google

daba á esta multitud, á pesar del riguroso luto imperante en el vestir de hombres y mujeres, con sus largas levitas negras unos y sus mantillas bordadas ó sus pañolones negros las otras, un aspecto de fiesta reñido con la decoración tétrica interior de los templos, donde se apiñaba la gente para cumplir con los deberes impuestos por la costumbre y la curiosidad más aún que por el culto.

¿Qué hubieran dicho de una niña que hubiese dejado de hacer en esos días sus siete visitas, elegantemente aderezada, con mantilla á la española, adornada de encajes, que tanto brillo da á los ojos curioseadores, de guantes y de abanico, la cara empolvada hasta más no poder, cuando no realzada hasta el escándalo con afeites y pintura?

¡Hermosas! ¡no hay que hacer! ¡Son hermosas las porteñas! Andrés no se cansaba de admirarlas; hallaba, por supuesto, criticable que se compusiesen la cara sin discreción, pero tenía que confesar que ni esto les quitaba del todo sus atractivos; y también encontró, fijándose, que muchas de ellas tenían, desgraciadamente, la terrible excusa de llevar en la cara visibles huellas de viruela. Una proporción enorme de ellas quedaban marcadas, pues en aquellos tiempos todavía era excepción la persona vacunada, lo mismo que era excepción encontrar una rubia.

Lo que no era excepcional—lo pudo ver Andrés en ese desfile, como ya había podido verlo en sus excursiones por la ciudad y sus alrededores, y en todas partes, era dar con familias de ocho, diez y doce hijos, una abundancia tan exuberante de criaturas, que ni la de los duraznos que también en su tiempo le había llamado la atención, podría compararse con

Digitized by Google

ella. El país era poco poblado, pero siguiendo así, no había duda que, en pocos años, se llenaría de gente.

Parecía ser, por lo demás, peculiaridad de la Argentina, la de producir con extremrda abundancia todo lo que más bien tenía tendencia á escasear relativamente en Europa: la carne y los niños, por ejemplo. Justamente fué Andrés á cazar, algunos días después, en Morón, con algunos amigos. En la estación, tomaron un carruaje y se hicieron llevar hasta un cañadón muy despoblado todavía, y empezaron á cazar. Andrés, al rato, se sorprendió de ver á pocos pasos de él, inmóviles como si ningún peligro la hubiese amenazado, una bandada de pájaros de pico largo y que le parecían á primera vista becasinas. Pero le pareció también imposible que las becasinas, en Europa tan ariscas que nunca jamás se puede ver una posada entre los juncos, y que para matarla hay que ser un tirador excepcional, por la rapidez con que vuela huyendo, se mantuviesen tan tranquilas á pocos pasos del cazador. Estaba aislado de los compañeros; si no, antes de gastar pólvora en aves que probablemente no debían ser comestibles, hubiese preguntado; se decidió á tirar, y con un tiro al suelo y otro al vuelo, mató ocho de aquellos pájaros inocentes, y eran becasinas, no más, de las vanamente codiciadas en Europa por todos los cazadores, y gordas, grandes, magníficas. Volvieron á la noche con doscientas de ellas, una caza que habría pasado allá por fabulosa.

El 25 de Mayo se acercaba y para celebrar dignamente fecha tan esencialmente nacional que alrededor de ella se apaciguaban los rencores viejos y callaban las ambiciones nacientes, la plaza de la Victoria llenábase de gallardetes y banderas, un poco de todas las nacionalidades, porque no hubieran alcanzado

Digitized by Google

para adornarla toda, las muy contadas banderas argentinas que poseía entonces en sus depósitos el popular señor Picard, empresario de fiestas públicas, á quien se veía ir y venir por todas partes á la vez, desplegando una actividad al parecer incompatible con su corpulencia.

Se preparaba también la iluminación con gas de la Casa Rosada, del Congreso, del Teatro Colón, de la Catedral, del Cabildo, de la Policía y de la pirámide de Mayo, alzándose en la plaza 25 de Mayo, frente á la Casa de Gobierno, los esqueletos misteriosos y tan prometedores de los fuegos artificiales. Desde el 24, cesaba en la ciudad todo trabajo, no teniendo ya todos, chicos y grandes, otro interés que los preparativos en la plaza.

En la noche del 24 daba el Club del Progreso un gran baile al cual asistía siempre la gente más selecta. Andrés Sterner consiguió, por intermedio de don Matías Alonso, una invitación como transeunte; tenía gran curiosidad de asistir á una reunión plenaria de la verdadera sociedad argentina. Fué de frac, pues ni se le ocurrió que se pudiese ir de otro modo; y casi sentía no haberse contentado con la levita, pues los fracs se podían contar con los dedos, siendo todos de diplomáticos, y llamaban la atención. El frac era entonces casi universalmente desconocido en Buenos Aires, mientras que la levita, por el contrario, era el traje corriente en muchas ocasiones, como entierros y funerales por ejemplo, á los cuales nadie hubiera asistido sino de levita, de sombrero de copa y de guante negro, y los empleados del Gobierno no iban á sus oficinas sino de levita.

Josefina, naturalmente, fué la primera convidada por Andrés y bailó con él y paseó de su brazo largo

Digitized by Google

rato, presentándole á muchas de sus amigas, de modo que no pudo descansar ni un momento en toda la noche. Aprendió á bailar en alfombras, lo que nunca había hecho, pues en Europa no se acostumbra, y también á bailar la habanera que le pareció lo más graciosa. Por lo demás, á decir verdad, Andrés estaba encantado; había hecho ya muchos progresos en castellano y gozaba sin reserva de todos los placeres que podía ofrecer semejante fiesta á su afición á lo bello y las elegancias de la vida. Los hombres con quienes tuvo ocasión de conversar fueron todos tan amables y tan afectuosos para con él como si lo hubiesen conocido de tiempo atrás; las mujeres, no siempre quizás ataviadas con impecable gusto, por falta de elementos y de buenas consejeras, exagerando, muchas veces la moda ó aplicándola sin ciencia, no por esto dejaban de formar, en su conjunto, el más hermoso ramo de flores humanas que hubiera visto en su vida. Esta vez, se le habían acabado las críticas y no podía sino confesar la superioridad absoluta de la hermosura femenil argentina sobre la de... otras tierras.

De las cualidades morales no podía atreverse á formar juicio: el alma humana es complicada y la tarea del psicólogo tan ardua y tan eterna, si no tan inútil, como la de las Danaides. Según el viento que sopla, la misma nube toma formas y colores tan distintos, que queda desconocida de los mismos ojos que, sin cesar, la han observado; lo mismo el alma, al soplo de las pasiones, sobre todo el alma de la mujer, más impresionable aún que la nube. Allí, todo era alegría, juventud y placer, ingenuidad y confianza; Andrés no podía ser aún gran psicólogo y se contentó con dejarse mecer por el embeleso de una hora. Risueñas, amables, espirituales algunas, bondadosas todas, al parecer... ¿co,

Digitized by Google

quetas? quizás un poco, ¡pero con tan poca preparación! le habían gustado todas, en general—¡qué muchachos estos!—Josefina, al salir, le preguntó:

—¿Qué tal? señor Sterner, ¿se ha divertido usted?

—Como nunca en mi vida—contestó, con toda sinceridad.

Y aunque tuviese mucho sueño, era capaz de discernir todavía que Josefina le gustaba más.

«No se deje envolver; mire que esas porteñas son muy vivas,» le había dicho, á bordo, M. Lambert. ¡Bah! no había peligro; pronto se iría para no volver, probablemente, y ni se acordaría: original el baile, no hay duda, con sus caballeros de levita, sus pisos alfombrados, sus mujeres vestidas con tan poco gusto, bonitas, eso sí, pero... ¡bah! Renacía en sus labios la crítica, la ironía, arma de débiles, más defensiva que ofensiva.

El Teatro Colón había reabierto sus puertas; fué, por supuesto, Andrés, y asistió á una representación del Trovador que lo dejó convencido de que se trataba apenas de una compañía de tercer orden, bastante chavacana, con cantores de teatros de provincia, bailarinas feas y viejas—un residuo,—decoraciones de ocasión, apropiadas á cualquier cosa menos á la ópera que se representaba, trajes ridículos, un Trovador con casco y capa como para correrlo á papazos, y ciertos coros tan grotescamente ataviados que á duras penas contuvo la risa cuando hicieron su aparición.

¿La sala? muy linda, con sus palcos tan bien poblados, su cazuela tan original, y un conjunto de bellezas tan sugerente...

***

Andrés, acabados de arreglar todos sus negocios, tomó pasaje para el vapor que debía salir el 30 de octu-

Digitized by Google

bre. Faltaban todavía quince días, y cuando dió la noticia á don Matías, éste le aseguró que no podía irse sin hacer un viaje ó dos al campo para darse cuenta de lo que era la Pampa. Poca gracia parecía causarle al joven esta proposición; no le interesaba la campaña y quiso alegar algunos quehaceres para evitar el compromiso; pero don Matías insistió tanto, le prometió que sería tan interesante el viaje y tan corto, que Andrés no podía negarse sin hacer un desaire al que había sido para él tan excelente amigo, casi un bienhechor, y cedió.

Don Matías Alonso tenía varias estancias, entre ellas dos ó tres campos extensos en el Sud; pero el Sud no era entonces muy seguro todavía y siempre se podía temer alguna incursión, algún malón de los indios, por lo menos del Azul afuera; el 25 de Mayo ya pueblito, el 9 de Julio todavía casi simple fortín, el mismo Bragado solían ser amenazados, y más con la guerra del Paraguay que privaba las fronteras de casi toda su guarnición. Pero don Matías poseía también más cerca de Buenos Aires, al Oeste, sobre la primera línea de ferrocarril construida por el esfuerzo de un núcleo de capitalistas, y más que capitalistas, patriotas argentinos, una estancia de dos leguas cuadradas en el partido de Mercedes. Esa estancia, de campo admirable, era ya una verdadera joya; era la predilecta del señor Alonso; allí juntaba los animales finos que compraba en Europa, allí tenía, por consiguiente, sus mejores haciendas, el plantel de donde sacaba reproductores para sus campos de afuera.

Era viaje de pocas horas, cuatro apenas—el tren en aquel tiempo no era tan atrevido ni tan apurado como hoy,—con un tren por día tanto de ida como de vuel-

Digitized by Google

ta, de modo que no podía siquiera tener pretexto Andrés para negarse á hacerlo. Y fueron.

Andrés ya conocía parte del trayecto por haber ido hasta Morón á cazar. Volvió á embarcarse en la estacion del Parque, á cruzar la plaza y la calle del mismo nombre, hasta la callecita curva que hoy se llama Rauch, calle de una sola cuadra, por la cual desembocaba el tren en la calle Corrientes, si se puede llamar calle lo que entonces, de aquella altura en adelante, no era más que un informe terraplén de tierra amarilla en el cual corrían los trenes, y á cada lado callejones pantanosos con veredas de tierra de un metro de alto, en los pocos sitios donde algún pobre se había atrevido á edificar su casita.

En el Once, la estación era una casilla de madera en la esquina de la calle Ecuador, si calle se puede llamar lo que ya era campo; y después venía Almagro, estacioncita apenas rodeada de algunas quintas; centro vascongado entonces, casi exclusivamente, con sus canchas de pelota, varias curtiembres y tambos en los terrenos adyacentes; Caballito, un bajo anegadizo, cruzado por la vía en terraplén, casi un despoblado, y por fin Flores, que ya era suburbio de alguna importancia, antiguamente poblado. En la Floresta, hoy Vélez Sarsfield, empezaba la campaña con chacras que, por su extensión, eran casi estancias, como la de Olivera, de cuatrocientas cuadras, donde se estaba fundando ya la famosa cabaña de «Los Remedios». Y seguía el tren hacia la estación de San Martín, que así se llamaba la de Ramos Mejías, cuna en «Tapiales»—que, como indica su nombre no debía ser entonces estancia de mucho lujo, — de los tarquinos, descendientes de Tarquino, primer toro Durham importado al país; todos los tambos, y eran y son todavía muy numerosos por allá,

Digitized by Google

tenían la ambición de poblarse de *tarquinas*, última palabra para los vascos lecheros del refinamiento vacuno. Morón empezaba á ser pueblo de verano, el más buscado después de Flores; pero ya raleaban las poblaciones; se hacían más extensas las propiedades; eran chacras todavía pero que pronto se volverían estancias, con uno que otro rancho solitario, puesto de ovejero, sin árboles alrededor, la Pampa, por fin, desierta y triste. Por lo menos así lo parecía á Andrés, y aunque don Matías tratase de hacerle admirar la majestuosa poesía de aquellos campos sin límite, y don Luis que los acompañaba de hacerle comprender la diferencia entre los de pasto tierno, como eran éstos, y los de pasto duro que se encontraban más afuera, quedaba indiferente á tanta belleza, acostumbrado á ver en Europa montes de grandes árboles y de mucha sombra, campiñas esmeradamente cultivadas, colinas, montañas y valles pintorescos, y negaba su admiración al trébol silvestre por verde que fuese, y al cardo asnal, considerado en Europa como planta nociva que tienen los vecinos obligación de perseguir.

Pasó Merlo, pasó Moreno, otro pueblito de cierto porvenir, y el tren corriendo un poco más ligero, entre nubes esposas de tierra, acabó por llegar á Luján. Allí le explicó don Matías el famoso milagro de la Virgen, objeto de la veneración del pueblo de la localidad á pesar de deberse, según la leyenda, á su empecinamiento fortuito la mala situación del pueblo, en un bajo, negadizo é insaluble. Entre Luján y Mercedes no había más que la estación Olivera, sin mayor importancia, pues ya era región de puros establecimientos grandes de pastoreo. De vez en cuando se veían majadas numerosas de ovejas, bastante ordinarias todavía, sin ser ya del todo criollas; grupos de vacas de astas largas

Digitized by Google

y cuerpo pequeño y huesudo, y manadas de yeguas de todos colores. Andrés pudo pensar que no debía ser muy penoso el trabajo de los gauchos encargados de cuidar las haciendas, pues siempre corría el tren por muchos kilómetros antes que se viera en el campo uno solo de ellos cruzando, al galopito, por los pastizales.

Llegaron los viajeros á Mercedes á la hora de almorzar, lo que hicieron en una fonda de la plaza, pudiendo Andrés observar que si en la ciudad era más abundante la carne en la alimentación que la verdura y las legumbres, era mucho más acentuada aún en el campo la carencia de estas últimas.

Dos leguas separaban de la villa la estancia de don Matías y las hicieron en un coche bastante cómodo, pero muy pesado para los caminos algo deshechos y de suelo blando que tenían que seguir. Andrés no dejó de admirarse de que la tierra no contuviera piedra alguna y pensó que si, para la firmeza de los caminos, era un inconveniente grave, también era ventaja de cuenta para la fertilidad del suelo. De todos modos, como no había ni rastro de agricultura, poco debía importar que fuese más ó menos fértil la tierra, y á la pesadez de los caminos se oponía la cantidad de los caballos, atados en tropilla al vehículo, montados y sin montar, y tirando algunos al pecho y los demás á la cincha.

Cuando llegaron á la estancia, los saludaron con sus ladridos una docena de perros; perros de razas indefinidas, bastardos de bastardos, pertenecientes al establecimiento, á los puesteros, á los peones, á todos y á nadie, probando por su número que la carne era realmente, en este país, un producto de bien poco valor.

Don Matías hizo visitar á su huésped, en todos sus

Digitized by Google

detalles, el casco del establecimiento. La casa era de material, con una galería alrededor, sencilla como las mejores casas de campo de entonces, que, casi siempre, eran simples ranchos con techo de paja. Había galpones bastante amplios, en los cuales se cuidaban carneros y toros importados hacía poco, pero de muy buena clase y de gran precio. No dejó de enseñar don Matías á Andrés, con cierto orgullo, medio kilo de manteca hecha en el establecimiento por la mujer del suizo encargado de los toros á pesebre; y aquello era entonces efectivamente una verdadera curiosidad, siendo la grasa de vaca lo único que se gastase para cocinar. Había una cuadra de alfalfa, lo que también era considerado como muestra sobresaliente del espíritu progresista del dueño del establecimiento, y dos peones se ocupaban de sembrar maíz en un pequeño alambrado. El monte de duraznos estaba en flor, rompiendo con su nota rosada y alegre la monotonía de la llanura que por todas partes se extendía.

Don Luis, mientras tanto, hacía ensillar caballos para dar una vuelta por el campo, y también un poco para probar al *gringuito*, como solía decir hablando de Andrés, entre dos bocanadas del horrible humo de su tabaco negro. La simpatía entre ellos no era muy grande todavía, que digamos, y cuando don Matías lo ponderaba las cualidades de su joven amigo, don Luis se encogía de hombros y le decía:

—Déjame con ese gringo; si no sirve para nada.

Asimismo, no podía dejar de reconocer que era discreto, trabajador ó por lo menos muy dedicado á sus negocios, inteligente y bien criado.

Pero justamente todas estas cualidades eran de poca monta para él, y hasta lo indisponían con An-

Digitized by Google

drés, porque el hombre casi siempre odia en otro los dones que él mismo no posee.

Andrés ya andaba bastante bien á caballo, pues todos los días, en Buenos Aires, daba un paseo que era su gran distracción; pero el recado, con todas sus prendas y sus bastos duros y abiertos, le pareció primero un instrumento de tortura; y cuando hubo andado algún tiempo en él, preguntó á don Luis:

—Pero ¿por qué diablos usan aquí semejante montura?

Don Luis le explicó entonces la utilidad de cada una de las piezas de que se compone esa cama del jinete, y en cuyo conjunto da galopes largos como en un sillón, pudiendo con él cuartear, enlazar, etc. Y admitió Andrés que, si el recado no era la montura ideal, tenía mucho bueno, ya que el gaucho más pobre lo podía ir haciendo y componiendo todo con los mismos recursos que en el campo encuentra á mano, lo mismo que puede el paisano rico adornarlo y completarlo con todo el lujo que quiera.

Se interesó mucho en los trabajos de lazo y de boleadoras, que en su presencia mandaron hacer, admirando de veras el arrojo, la fuerza y la destreza de estos hombres en sus enlazadas, pialadas y pechadas. Vió carnear una res á campo, y el espectáculo tan nuevo para él de esa escena pintoresca le gustó sobremanera, lo mismo que la domada de un potro que presenció.

Los gauchos de quienes había oído hablar con cierto temor por los extranjeros conocidos, como de gente muy sanguinaria, fácilmente criminal y traicionera, y con bastante desprecio por los mismos hijos del país que los empleaban en el campo, como de haraganes viciosos, no le parecían tan fieros como se los

Digitized by Google

habían pintado. Eran serios, dignos, obedientes; contestaban complacidos á sus preguntas, y aunque fueran algunas de estas forzosamente ingenuas, por su ignorancia completa de las cosas del campo, como lo supo después por las burlas algo toscas de don Luis y las sonrisas del mismo don Matias, no pudo notar en los labios ni en la mirada de los gauchos á quienes las dirigía, expresión que no fuera de condescendencia y de respeto.

—Puede ser, pensaba, que una vez entre sí y tomando mate alrededor del fogón, hayan celebrado á carcajadas mi inocencia, pero no por esto dejan de tener por instinto lo que llamamos educación y tacto, ya que, muchas veces, consiste justamente esto en disimular oportunamente el pensamiento, cosa que muchas personas muy civilizadas no son capaces de hacer.

Físicamente los encontraba mil veces superiores á los campesinos de su tierra, pesados y sin elegancia, atribuyendo con razón esta superioridad á la diferencia de trabajo y de vida; pues no era raro que hombres que no tenían otra tarea que la de lidiar con animales, con su habilidad y astucia continuamente puestas á prueba, tuviesen una desenvoltura imposible de adquirir para los que siempre viven agachados en los pesados trabajos de la tierra.

Don Luis aprovechó su entusiasmo para ver si lo convertía:

—¡A ver hombre! hágase gaucho usted también, pues, ya que le gustan tanto. Ponga estancia, en vez de volver al país de los gringos. Quédese con nosotros; ¿qué vá usted á hacer allá con esa gente inservible? Aquí le enseñaremos á cuidar ovejas. Mire que no hay mejor oficio; no hay un irlandés que con ellas no se haya hecho rico.

Digitized by Google

—¡Dios me libre! — contestaba Andrés;—vivir un mes aquí y me muero. Y además, ¿qué hace uno con cuidar ovejas?

—Fortuna.

—¡Qué fortuna, ni qué fortuna! cuatro pesos en diez años. No; yo he venido á América para ganar plata ligero y mandarme mudar otra vez á mi tierra.

—¿Le fué tan bien con el surtido que trajo?—le preguntó don Luis, con aire socarrón.

—¡Oh! eso no era más que un ensayo; ahora que conozco el país, podré hacer otra cosa. Hay especulaciones seguras.

—Mire, señor Sterner - le dijo entonces algo paternalmente don Matías,—en ningún país hay especulación segura; pero en todo país, para salir bien, hay que buscar en qué reside su verdadera riqueza. Pues, en la República Argentina, por ahora, no hay más riqueza que en la tierra y en sus productos; fuera de esto, no hay nada seguro; usted lo verá con el tiempo.

—Puede ser—asintió Andrés;—pero no he nacido para pastor. ¿Qué quiere? no me alcanzaría la paciencia.

—¡Ah! ¡juventud!—exclamó don Matías;—nunca ve las cosas como son.

—¡Lástima!—dijo don Luis;—pues para ser gringo, es bastante de á caballo y hubiera podido ser un buen estanciero.

—Puede ser que lo conviertan las barrancas del Paraná. Tenemos todavía tiempo de llevarlo á San Pedro, antes de que se vaya.

Andrés ya no se oponía á hacer el nuevo viaje. Había visto que para pasar unos días en buena compañia y en estancia relativamente confortable, la Pam-

Digitized by Google

pa no era ningún infierno y con tal de quedarse allí, no le tenía miedo. Aceptó, pues, el paseo á San Pedro, donde tenían los hermanos Alonso, á más de otra estancia, un matadero y una grasería, que, como los saladeros para la hacienda vacuna, representaban la única y primitiva forma de beneficiar el enorme sobrante de las majadas.

El viaje á San Pedro era, por lo demás, muy pintoresco é interesante. Se embarcaron los tres viajeros en el ferrocarril del Norte, y recorrió Andrés, por la primera vez, toda esa costa del río, sombreada de árboles en muchas partes, poblada de quintas y con pueblitos ya importantes, como San Isidro y San Fernando. La primavera engalanaba toda la comarca con los ramilletes rosados de los duraznos y las hojas verde tierno de los sauces y de los álamos. En el Tigre, subieron á bordo del «Capitán» vapor recién traído para la carrera hasta el Rosario, y empezó un viaje encantador, entre las islas del Paraná. Andrés allí encontraba algo de los países exóticos soñados antes de salir de su tierra; le parecía ver el caos lleno de promesas de un paraíso terrenal en formación con sus mil arroyos y ríos, sus arboledas exuberantes de vegetación, pobladas de pájaros y de picaflores, cubiertos algunos de flores perfumadas, de azahares y de magnolias.

Y cuando al salir del dédalo de los arroyos que culebrean entre las islas, entró de repente el «Capitán» en el mismo Paraná, Andrés quedóse sin palabras para manifestar su admiración por la majestad del poderoso *Padre de las aguas*.

Llegaron muy de noche frente á San Pedro, y después de la difícil operación del desembarco, al pie de la barranca, en una obscuridad mal combatida por un farol único, en una tabla bamboleante, fueron á pasar

Digitized by Google

la noche en la casa que tenían los señores Alonso en el mismo pueblo.

El día siguiente, á la madrugada, salieron en coche para el matadero; el trabajo había empezado ya cuando llegaron, y Andrés pudo ver otro espectáculo impresionante. En los corrales se apiñaban miles y miles de capones: en medio de balidos ensordecedores, pasaban de brete en brete hasta llegar á la estrecha manga donde, con facilidad, los agarraban de una pata, haciéndolos caminar en las otras tres hasta el gancho fatal del cual los colgaban del jarrete. A lo largo de la hilera de animales pataleando, otros hombres pasaban, cuchillo en mano, y los degollaban; esto era rápido, silencioso y rojo; de las gargantas anchurosamente sajadas manaba á borbotones la sangre, corriendo en arroyuelo continuo por la canaleta, desde lo alto de la barranca al río, perdiéndose con ella, como en países demasiado ricos se pierden tantas otras cosas incomparables elementos de fertilidad.

En un abrir y cerrar de ojos, gauchos hábiles, verdaderos virtuosos del cuchillo, desollaban las reses, resbalaban el cuero, y, sin cesar, iban al estaqueadero las pieles, al tacho la carne; tacho inmenso donde cabía todo un rebaño, y de donde salía por la llave de abajo, corriendo, como el vino de la uva en fermentación, el sebo líquido á las pipas, pipones y bordalesas.

La carne, los huesos, en montones pestilenciales, servían para alimentar el fuego de esta cocina primitiva, derrochadora de riquezas incalculables.

Andrés y sus compañeros, impregnados hasta los sesos del hedor horrible de la grasería, fueron á pasar el resto del día en la estancia situada cerca del matadero, y si en Mercedes, el joven había visto

Digitized by Google

campos buenos, pudo don Luis hacerle, por comparación, comprender que éstos valían más aún. Andrés, á pesar de no querer interesarse, se puede decir, en la tierra, como si ya hubiese temido que fuera ella la única capaz de detenerlo en el país, tuvo, asimismo, que confesar que en Europa había visto pocas tierras tan fértiles. Los pastos naturales venían en ellas con una lozanía tal que se perdían entre el trébol los animales, y no era cosa de extrañar que de semejante fuente saliera el inagotable manantial de riqueza de que le había hablado don Matías.

Y el paisaje, aunque montaña alguna cortara la línea pareja del horizonte, no dejaba de tener su esplendor. El cielo, de una pureza inmaculada, el suelo tapizado con una alfombra verde reluciente y espesa, salpicada por las manchas grises de las majadas sin esquilar todavía, porque la lana tenía tan poco valor que á nadie preocupaba que se llenase de carretilla, y de las manchas multicoloras de la hacienda vacuna; la inmensa napa cerúlea del Paraná dormido, al parecer, al pie de las altas barrancas cubiertas de una vegetación semi-tropical de nopales y cácteas, el vuelo de las gaviotas que blanquean y se ciernen gritando sobre los residuos de la matanza, todo esto era digno del más delicado pincel. Cuando llegó la noche, noche de luna, estrellada á más no poder, don Matías propuso á Andrés un paseo á caballo por el campo; y fueron los tres, trotando y conversando, bañados en luz, no sólo por el ambiente creado por los astros, de los cuales parecía desprenderse una lluvia de polvo luminoso, sino por una cantidad enorme, inverosímil de luciérnagas brillantes que cruzaban la atmósfera en

Digitized by Google

todo sentido, buscando, con sus faroles encendidos, lo que buscan todos los seres, en la primavera, el amor.

No tuvo que insistir mucho don Matías para conseguir de Andrés que se quedase tres ó cuatro días en parajes tan hermosos, y se hubiese quedado más tiempo todavía, de buena gana, si ya no se acercara tanto el día de la salida del vapor para Europa. Por cierto que Andrés no hubiera consentido por ningún precio en quedarse á vivir ahí, á pesar de todo, pero comprendía que empezase á venir de Europa gente pobre, campesinos, á poblar estas tierras, á buscar en ellas la vida fácil, siquiera. Y hasta extrañaba que no llegara en mayor cantidad y de todas las comarcas europeas, donde tanta miseria había.

***

Ya no le quedaba á Andrés Sterner nada que ver que le pudiera interesar, y esta vez de veras, empezó á arreglar su equipaje y á poner en orden sus negocios. Esto era fácil y aquello poco complicado. Los señores Vázquez Hermanos irían cobrando poco ó poco lo que quedaba sin vencer ó sin arreglar, remitiéndole letras de buenas firmas á medida de las entradas. No se trataba de cantidades muy fuertes ya, apenas el importe de las utilidades que había podido hacer sobre el total de sus ventas.

Pero no se podía ir del país, que muy probablemente nunca volvería á ver, sin llevarse algunas curiosidades y algunos recuerdos. Compró, pues, varios álbumes de litografías bastante mal dibujadas pero que, justamente por su misma ingenuidad, eran interesantísimos: vistas de los principales monumentos de la ciudad, monumentos coloniales macizos y feos, que no te-

Digitized by Google

nían realmente de tales más que el nombre, pues eran todos de construcción lo más ordinaria y lo menos artística, pero que no por esto constituían menos un precioso recuerdo; vistas de las principales calles y plazas, con los tipos populares más conocidos, el lechero vasco á caballo con sus tarros, el panadero también á caballo con sus inmensas árganas, el vendedor ambulante de mazamorra, un gaucho viejo de aspecto solemne que recorriendo las calles al tranco, iba cantando: ¡mazamorra la cocida, mazamorra á la mesa! industria genuinamente local cuyo pregonero criollo debía, pocos años después, desaparecer desesperado ante la jardinera manejada por un italiano que anunciaba su visita con una corneta; el ciego Lezica, tembleque y doblegado sobre un largo bastón, con su sombrero de copa alta; el negro pastelero, «¡Está tapado! — ¡son de hoy!» corrido, durante años, por veinte generaciones de muchachos que le gritan en el mismo tono: «¡son de ayer!»

También había escenas campestres: un almuerzo bajo el ombú, con el asador parado, el mate, los jinetes corriendo por el campo, el rancho pajizo y, en el umbral, tocando la guitarra, el payador del pago.

Se veían paradas de rodeo, trabajos de lazo, la matanza en un saladero, bailes gauchos con lindas décimas abajo; en una palabra, y aunque entonces no desempeñara gran papel en esas cosas la fotografía, el surtido era bastante completo; hasta había figuras anticuadas, ya pasadas de moda y hasta caídas en el olvido, como las peinetas de carey de una vara de ancho, escenas de sangre y batalla del tiempo de Rozas, etcétera. No había olvidado una gran vista del puerto, más bien dicho de la rada, con su muelle de madera, sus desembarcos en carretas, y sus lanchas; y también

Digitized by Google

un panorama de la ciudad, tomado desde el rio y que la abarcaba toda, con la Aduana, el Paseo de Julio y sus lavanderas, su murallón y su Recoba.

Andrés Sterner no podía irse de Buenos Aires sin llevar también algunos objetos que patentizasen su estadía en el Río de la Plata. Compró un arco con flechas de los indios del Chaco, una lanza de los indios de la Pampa, un magnífico lazo trenzado, un juego de boleadoras, un par de botas de potro, uno de espuelas nazarenas, un rebenque, un tirador todo bordado de monedas de plata, un poncho pampa de fondo azul con crucecitas blancas y coloradas y otro, arribeño, todo colorado, con flores verdes y amarillas, de lana muy gruesa, para dar allá la nota de la industria indígena; y no se olvidó tampoco de llevarse un recado completo con los estribos de cuero, otros de plata, las riendas trenzadas con el freno, y todas las demás prendas de un buen apero.

Con esto, no dudaba de que pronto tendría verdadera fama de explorador y produciría en sus relaciones y amigos de París un efecto bárbaro.

En los últimos días que pasó Andrés en Buenos Aires, hizo casi diariamente visitas á casa de don Matías ó á la del señor Zavaleta. En ambas lo recibían tan bien, tan afectuosamente, que se había dejado cautivar por un singular sentimiento. Casi llegaba á figurarse que era su propia familia á la que iba á dejar. Se había hecho muy amigo con los hijos del señor Zavaleta, Ernesto y Rodolfo, casi de su misma edad y que estudiaban, el primero para abogado, el otro para médico. Estos muchachos, relativamente instruidos, habían encontrado en Andrés un compañero precioso para conversar de muchas cosas que vagamente conocían y que él había estudiado más á fondo, como se estudia

Digitized by Google

en Europa, donde los alumnos de los colegios, aún los menos brillantes, tienen á la fuerza que aprender algo por la cantidad enorme de trabajo, y de trabajo personal, que de ellos se exige. Sus negocios le habían dejado muchas horas, muchos días libres, durante los cuales, ayudándose recíprocamente, se habían perfeccionado en sus respectivos idiomas. Andrés á quien gustaba sobremanera la lectura, les había inculcado su amor á los libros, convenciéndolos de que una buena biblioteca es para un estudiante serio y que quiere llegar, la primera de las necesidades.

Había mediado entre ellos tan continuo y tan íntimo cambio de buenos procederes y de sentimientos afectuosos, que un verdadero cariño hacia él había nacido en el corazón de los dos jóvenes. Ellos, por supuesto, manifestaban á menudo el gran deseo y la firme voluntad de ir á conocer, algún día, á Francia, cuyo prestigio era entonces, en el Plata, quizás superior al de cualquier otra nación. Los ingleses ya tenían algún capital empleado en varias obras y en negocios bancarios; los italianos, aunque todavía relativamente poco numerosos y ocupándose especialmente de cosas marítimas, empezaban á hacerse conocer; pero el prestigio de Francia era todo intelectual: las principales librerías eran francesas, los textos, en las facultades, eran franceses casi todos, los mejores profesores, el mismo rector del Colegio Nacional, Amadeo Jacques, eran franceses, y todos abrían á las ideas francesas, á las más nobles, á las más liberales ideas de su tierra natal, jóvenes cerebros argentinos, formando toda una generación de hombres de valor á la cual debe mucho el progreso del país. De modo que si bien en algo los entristecía la próxima salida de Andrés, la consideraban como una separación transitoria, momentánea y hasta

Digitized by Google

seguramente, de poca duración, sea que volviese Andrés—aunque siempre decía él que no volvería,—sea que fuesen ellos á visitarlo en París.

Es más que probable que la gran estima que para Andrés profesaba Josefina, estima que, muchas veces, en la intimidad de la familia y en ausencia del joven, translucía á pesar suyo, había contribuido bastante á fomentar esta amistad de sus hermanos para con él. Pero á pesar de su juventud, Josefina era persona seria, reservada y de mucha reflexión. No quería abandonarse á ilusiones irrealizables, y ya que tantas veces y con una sinceridad, una convicción que no dejaba lugar á dudas, Andrés Sterner había manifestado su inquebrantable resolución de no radicarse en el país, trataba enérgicamente de apagar los primeros albores de un sentimiento más profundo que la estima y difícil de vencer cuando se deja uno dominar por él. Para no tener pesares que hagan sufrir, hay que evitar los sueños que embriagan, y Josefina rechazaba de su vida los sueños que dan pesares. Sentía de veras que Andrés Sterner no fuera argentino; ¡qué lástima! como lo había dicho, en cierta ocasión, á sus tíos. Pero no lo era. Además, nunca se había fijado siquiera en ella más que en cualquier otra... Asimismo ¡qué lástima!...

Se despedía Andrés de la familia de Zavaleta. Los hombres le habían palmoteado los hombros á cual más fuerte, augurándole buen viaje... y pronta vuelta, agregaban, sonriéndose:

—Dudo, dudo mucho—decía Andrés.

—¡A que vuelve!—exclamó el señor Zavaleta.

Y todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, gritaron:

—¡A que vuelve!

Digitized by Google

—¿Quién sabe?—decía él;—no lo creo. Pero, en fin puede ser. .

—¡Mire, Andrés!—le dijo don Luis,—si usted no vuelve, voy á creer que está enojado conmigo.

—¡No! ¡no! don Luis, nada de esto; y llevo de usted el mejor recuerdo.

—Señor Sterner—le dijo con bondadosa gravedad misia Mariana;—siempre se vuelve á este país; de ello he visto mil ejemplos.

Andrés no contestó; y siguió tendiendo la mano á las señoras y señoritas presentes. Doña Antonia le dijo en forma de despedida:

—Nos hemos de ver otra vez.

Josefina le ofreció silenciosamente un hermoso jazmín del cabo, y se despidió de él con afectuosa y melancólica sonrisa, consiguiendo evitar que se le humedeciesen los ojos

***

Andrés Sterner, de vuelta en Francia, á pesar de sus ambiciones todavía sin llenar, pues el resultado de su primera campaña comercial, sin ser del todo malo, tampoco era muy halagüeño, más pensó en divertirse y gozar de las delicias de la gran capital que en emprender en seguida otro trabajo; y el torbellino de los placeres no tardó en alejar de su mente el recuerdo de su permanencia en Buenos Aires. Sin embargo, era para él una gran satisfacción poder contar, cuando tenía oportunidad, lo que había visto durante su viaje; pues esto le daba importancia llenándolo de gusto. En cuanto á su opinión sobre el país y sus recursos, sobre su estado de civilización—no llegaba á hablar de cultura,—y la vida de allá trataba de no ser injusto, por-

Digitized by Google

que demasiado le constaba que la República Argentina no era el *pays de sauvages* que se figuraban sus compatriotas, con el desprecio nato del sedentario hacia todo lo que no es su casa, sino al contrario, un país lleno de elementos de progreso, con una sociedad afable en grado sumo, y muchas otras condiciones excelentes de orden, de patriotismo, de administración y de sociabilidad.

No habia quedado, es cierto, encantado con las costumbres comerciales de Buenos Aires, ni parecía creer que fuese todavía un mercado como para realizar, en poco tiempo y sin mayores riesgos, la fortuna que anhelaba, y en cuanto á los recursos naturales de la tierra, los ponderaba poco, por no haberse dado cuenta bien exacta de la enorme riqueza latente que podían representar; de modo que si, como turista, hubiese, hasta cierto punto, recomendado la República Argentina, no trataba en modo alguno de fomentar hacia ella la emigración de capitales. Quizás, si algún campesino pobre le hubiese pedido su parecer al respecto, le habría aconsejado embarcarse para el Río de la Plata; pero era la única clase de gente á quien, según él, podría convenir irse allá, para quedarse, se entiende.

El padre de Andrés, después de haber estudiado con él los resultados de su viaje, le aconsejaba que repitiere la prueba. Ahora que estaba enterado de lo que allá se vendía mejor, y de otros pormenores importantes sobre la expedición, el flete, la aduana, la clientela, podía operar con toda seguridad. Consideraba que en todo negocio, una ganancia razonable es lo que se debe buscar y trataba de destruir en el espíritu del joven las ideas falsas, las ambiciones peligrosas de que estaba lleno; pero como Andrés por un lado no parecía muy

Digitized by Google

dispuesto á volver á América y por otro, siempre citaba como su dechado al señor Barral, enriquecido por una especulación en frutos del país, el padre trató y acabó por conseguir que entrara como dependiente voluntario, para aprender el oficio, en una casa del Havre, que recibía consignaciones de lanas, de cueros, sebo y demás frutos del Río de la Plata.

Andrés, trabajó en dicha casa, por supuesto, como dependiente aficionado rico y sin sueldo, es decir, muy poco. Pero aun sin querer, aprendía á conocer de veras y en sus detalles industriales, diremos, las materias brutas que allá, en el país de origen, había mirado apenas. Estudió de cerca, aunque un poco superficialmente quizás, pero prácticamente, con los mismos fabricantes que elaboraban en sus usinas esos productos, las diferencias de rinde y de aplicación de una lana á otra, el valor distinto de los cueros entre sí, según su preparación primordial de secos ó de salados, y mil detalles que pronto le parecieron sumamente interesantes por los resultados tan diversos que en la fabricación producían. Aunque en Buenos Aires no se hubiese ocupado de frutos, había visto trabajar en los mataderos y saladeros, había visitado las estancias de los señores Alonso, su grasería; había visto cómo se preparan los cueros, el sebo, etc., y los pocos detalles que podía, por su parte, proporcionar á sus patrones y á los fabricantes, estrechaban entre ellos las relaciones merced á un cambio incesante de ideas tendientes á implantar en la campaña platense mejoras productivas para todos, para el productor argentino y para el fabricante europeo.

En Europa, haber estado en un país algo desconocido y lejano, de donde se reciben á cada momento cargamentos de materias primas de mucho valor, constituye

Digitized by Google

en una persona de aptitudes comerciales, un mérito inestimable para los que necesitan dichas materias, y no tardó Andrés en ser solicitado por casas importantes que mucho deseaban tener en el Plata un representante ó siquiera un corresponsal que les remitiese directamente los productos.

Estas propuestas produjeron en él inmediato efecto. Acariciaban su amor propio, y todos saben, por lo que han podido experimentar en sí mismos ó estudiar en otros, que las caricias al amor propio son capaces de hacerle hacer á uno mil cosas que, según el éxito, se tratarán más tarde de locuras ó de rasgos geniales.

Empezó, casi sin pensar, á profundizar el estudio que hacía de los productos del Plata, pues vió en ellos el instrumento posible de la fortuna rápida que codiciaba; y ya admitió la idea de volver á Buenos Aires para especular—trabajar decía él,—en la compra de frutos del país, cuando hubiese completado sus conocimientos y reunido elementos que le permitiesen operar como lo pensaba hacer, en grande.

Pronto, á fuerza de concentrar su pensamiento en la ciudad lejana, no podía hacer menos de acordarse—y lo hacía con cariño,—de todos los afectos que en ella había dejado. No sentiría quizás, verdadera impaciencia en volver á ese país en el cual menos que nunca, ahora que creía tener pronto los medios de realizar su sueño de enriquecimiento rápido, tuviera idea de quedarse, pero experimentaba cierto gusto en pensar que no tardaría en visitar de nuevo á los que tan afectuosa hospitalidad le habían ofrecido en tierra extraña, y lo habían tratado, á él, extranjero, como miembro de la familia.

De vez en cuando, había escrito á sus amigos Ernesto y Rodolfo Zavaleta, recibiendo de ellos noticias de

Digitized by Google

la familia y de lo que le podía interesar; estaba también, naturalmente, en correspondencia con los hermanos Vázquez, encargados de sus cobranzas, y por ellos no tardó en saber que las cosas andaban bastante mal.

Poco tiempo antes de su salida para Europa, el 22 de septiembre de 1866, había tenido lugar el sangriento combate de Curupaity; se seguía mandando refuerzos al ejército del Paraguay, y los mismos jóvenes estudiantes empezaban á temer que algún día les tocase el turno. En marzo del año siguiente, hizo su primera aparición el cólera, llevado á Corrientes por enfermos del ejército aliado, y de allí al Rosario de donde se difundió por la campaña, principalmente en el norte de la provincia de Buenos Aires. Estas noticias, como se comprende, detuvieron á Andrés, ya pronto para salir, y enfriaron por un tiempo sus deseos de volver al Plata. A mediados de junio había cesado ese primer ataque del cólera y ya se creían todos libres de él, cuando en diciembre volvió con una fuerza terrible, invadiendo toda la República, hasta la frontera misma de la provincia.

Esta vez hizo varias víctimas entre la peonada de la estancia de don Matías, en San Pedro, donde había ido á veranear con toda la familia, y fué casi un milagro que no sucumbiese ninguno de los suyos. Mientras tanto el Gobierno había hecho un llamado á las estudiantes de medicina para que fueran á prestar sus humanitarios y patrióticos servicios al ejército del Paraguay, pues no bastaban los médicos militares allí presentes para cuidar de los heridos y los enfermos. Rodolfo Zavaleta, con un rasgo de noble generosidad. fué el primero en hacerse inscribir y, á los pocos días, salió para Corrientes con algunos compañeros que su

Digitized by Google

viril ejemplo había arrancado á la vida fácil de la ciudad para hacerles arrostrar los peligros de los hospitales militares, repletos de coléricos.

Ernesto, en una carta conmovedora, comunicó á Andrés este acontecimiento que, como es natural, había entristecido profundamente á los padres y hermanas del abnegado mozo. Aconsejábale, en la misma, que demorase su vuelta, ya que, como lo había manifestado, tenía intención de volver. Le pintaba la situación con los colores más negros: el cólera no había dejado sin enlutar á una sola familia en Buenos Aires, casi se podría decir en la República. Era una desolación, y lo peor es que no se sabía cuánto tiempo iba á durar, pues por todas partes iba cundiendo, multiplicando las víctimas de un modo horroroso.

Andrés esperó dos meses, y como ya no recibía cartas y había acabado por sentir impaciencia de aprovechar sus relaciones y los conocimientos adquiridos, aprontó su viaje. Hasta cierto punto, quizás él mismo extrañaba esa impaciencia por ir otra vez á un país azotado por tan terrible epidemia y en que por ésta y por la guerra, no debían andar muy bien los negocios. Su madre, inquieta por las noticias anteriores, quería que postergase su viaje hasta tener otras más tranquilizadoras.

Nada ni nadie lo apuraba para irse; tenía tiempo; los compromisos con dos ó tres casas que le habían dado su representación en el Plata, no eran compromisos á plazo fijo. El mismo señor Sterner, padre, aunque calculara que el cólera debía haber desaparecido ya y que en tiempo de guerra, á veces, es cuando se hacen los mejores negocios, no lo incitaba á salir antes de saber cómo andaba todo. Asimismo, Andrés parecía poseído de la idea fija de irse, y cuanto antes; hasta

Digitized by Google

buscaba pretextos: alegaba que los señores Vázquez Hermanos no podían cobrar ciertos créditos que había dejado entre sus manos, y que su presencia en Buenos Aires era necesaria.

La verdad es que en el fondo de su ser, de su cerebro y de su corazón, sin que se diera bien cuenta de ello, sentía como una atracción irresistible, á la cual cedía casi gustoso, hacia el país nuevo donde había nacido al trabajo activo, empeñoso, á la lucha por la vida; donde se había despertado su personalidad, donde los horizontes eran extensos, sin límite, como los de la juventud, donde había encontrado, en la vida de todos los días, una independencia, una amplitud de ideas que le hacían parecer algo mezquinas las que encontraba en su propia tierra. Y también recordaba sus largos paseos á caballo, las cacerías milagrosas que casi en los suburbios de la ciudad se hacían; veía como en panorama lejano el campo verde donde pacían á millares las ovejas y las vacas, el Paraná y sus islas, las noches encantadoras de sus barrancas, iluminadas por miles de estrellas y millones de luciérnagas...

De lejos, todo le parecía digno de volverse á ver, hasta las cosas que, por comparación, y mientras las había tenido bajo los ojos, no le inspiraron más que sonrisas irónicas y muecas de desprecio, como el Carnaval con su lucha grosera y su desfile grotesco por las calles mal empedradas, ó el Teatro Colón con sus pequeñas ridiculeces provincianas, y las ceremonias de la Semana Santa, y las ingenuas decoraciones de las fiestas nacionales; y le parecía que no podía pasar más tiempo sin todo aquello, que formaba ya como una necesidad de su vida, o mas bien un conjunto del cual formaba él parte y con el cual no podía dejar de confun-

Digitized by Google

dirse otra vez, siendo poco, para ello, navegar tres mil leguas.

Navegar también le parecía, por lo demás, otra necesidad ineludible de su existencia; ansiaba ser sacudido otra vez por las olas magnas del Atlántico, poderoso conocido, y más que todo, necesitaba sensaciones exóticas: precisaba hablar español, ver desfilar batallones de tez morena, tomar mate, comer choclos y zapallo—y se acordaba con una sonrisa de las predicciones de doña Edelmira, pues, á pesar de todo, no pensaba que fueran ciertas, y que no por volver allá otra vez, corriese peligro de quedarse; y hartarse, con don Luis—ese criollo con quien habían acabado casi por quererse,—de duraznos amarillos y jugosos. Hasta tenía ganas de comer un puchero, ¡así! en pleno París, él, parisiense: entre las sabias combinaciones de la cocina más refinada, le titilaba el olfato al aroma lejano del vulgar cocido criollo; y, cosa más particular aún, casi saboreaba, en la memoria, el olor fuerte á cigarrillo negro que personalmente, raras veces, se había atrevido á probar, pero que era parte de la atmósfera, en toda casa porteña.

En su soledad familiar de hijo único, veía, evocadas como en un sueño que pensaba con júbilo trocar pronto en realidad, las reuniones amables y numerosas de cierto tinte patriarcal, en la semiobscuridad apacible de los grandes patios ampliamente abiertos al aire fresco de la noche, con la sala resplandeciente de luz, resonante de risas juveniles, de bulliciosos tecleos de piano y de trémulos rasgueos de guitarra, acompañando cantos de alegría ó súbitos vuelos y remolinos de muselina y de cintas. Y todo esto lo envolvía entonces, como nube paulatinamente creciente en la memoria, dominándolo un perfume sutil, penetran-

Digitized by Google

te, tierno, voluptuoso de jazmín del cabo. Le ofrecía la hermosa flor exótica, silenciosamente, con una sonrisa afectuosa que no se sabía si era de pesar ó de esperanza y melancolía, Josefina Zavaleta.

***

Andrés salió de Burdeos el 25 de diciembre de 1866, y dió la casualidad que su llegada, el 1.° de marzo de 1868, después de un viaje prolongado por averías en la máquina del vapor, coincidió con el *Te-Deum* cantado en la Catedral de Buenos Aires para celebrar la desaparición de la epidemia del cólera. Aquella misma noche, por decreto municipal, cantaron por última vez en las calles adormecidas de la ciudad, las voces roncas ó agudas ó tremoladoras de los serenos, anunciando el estado del cielo, marcándose así un paso más hacia las ideas modernas ó por lo menos hacia ideas algo menos coloniales.

Andrés fué recibido por las familias de Alonso y de Zavaleta con gran alegría. Triunfaban, pues, todos los que le habían predicho que volvería; algunos ruidosamente, como si aquello hubiera sido apuesta; otros con la sonrisita discreta de la perspicacia satisfecha; á doña Mariana le parecía muy natural y á don Matías muy sensato; para Josefina era la inconfesada realización de una esperanza con mil recelos acariciada. El se defendía, afirmando que menos que nunca venía para quedarse, que sus nuevos compromisos comerciales lo obligarían á viajar á menudo, una vez al año por lo menos, y esto hasta completar la ganancia deseada. Es cierto que no indicaba cantidad ó lo hacía tan vagamente que lo mismo podía durar diez años la campaña... como cincuenta.

Digitized by Google

Nadie, por lo demas, pensaba ni por un rato que fuera cierto lo que decía; había vuelto una vez, y si por casualidad se marchaba otra, volvería de nuevo; de esto no cabía la menor duda.

Los que con mayor alegría festejaban la vuelta de Andrés, eran los más chicos de ambas familias, y Edelmirita, Julia, Adolfo y Arturito Alonso, lo mismo que Manuela, Concepción y León Zavaleta, habían quedado embelesados primero y después entusiasmados al ver las muñecas, los soldados, los caballitos y otros juguetes que les llevaba. Todavía casi no se sabía en Buenos Aires lo que era un juguete, y fuera de algunos cajones de juguetitos alemanes que se vendían para la campaña ó las provincias, nadie pensaba ni que pudiera existir semejante cosa. «¿Para qué sirve?» hubiera sido la contestación probable del cliente al vendedor si alguno se hubiese atrevido á ofrecer tal artículo. Cosa extraña que en una población tan prolífica, en un país donde la producción de niños parecía la ocupación principal de la gente, nadie hubiese pensado todavía en darles el gusto de poseer y romper juguetes.

Andrés no se había olvidado, por supuesto, de los demás miembros femeninos de la familia, y llevaba no sólo algunas amables chucherías de Francia, sino también todo un cargamento de uistitis ó monitos del Brasil, de pajaritos muy lindos, y de adornos de flores hechas de pluma, uno de los productos más preciosos de la industria brasileña.

Tan cariñosamente lo recibieron todos que se sentía más que nunca envuelto en la atmósfera familiar que en parte le faltaba en su tierra; pues la familia, si bien tiene por base los padres, no la constituyen solamente ellos; los hermanos y sobre todo las herma-

Digitized by Google

nas, los tíos y tías, los primos y demás parientes forman entre sí la misma red que los tiene ligados con ese sentimiento de solidaridad tan difícil de romper entre gente de la misma sangre; y no hay espectáculo más atrayente que el de una familia numerosa, unida de tal modo que ni las mismas cuestiones de interés puedan prevalecer contra esa unión, en la cual, los que en ella entran por alianza, quedan tan incorporados que parecen pertenecerle de nacimiento. Es cierto que cuanto más aumenta la civilización, el refinamiento de una sociedad—si se puede llamar refinamiento y civilización el alejamiento paulatino del estado patriarcal hacia la restricción voluntaria del círculo de la familia y el aumento de la progenitura,—tanto más escaso se hace ese espectáculo. Para Andrés, hijo único, más que para nadie, era atrayente en sumo grado; y como parecía que tácita, inconscientemente, casi por simpatía recíproca ó por la misma atracción que había experimentado él hacia ellos—y cuyo agente ignoto, ó por lo menos nunca nombrado, podía muy bien haber sido Josefina, verdadera encarnación en ese caso de la República Argentina que, como sirena, detiene, seduciéndolos, á los hombres que han pisado su suelo,—todos lo habían considerado como de la familia, aceptaba y desempeñaba con la mayor naturalidad y sin pensarlo siquiera ese papel improvisado.

—¿Y sus padres?—le preguntó una vez doña Antonia, quien en su calidad de madre de Josefina, se sentía secretamente interesada en conocer las verdaderas intenciones que pudiese tener Andrés.—¿Cómo vivirán allá sólos? Estarán muy tristes.

—¡Oh! no hay duda; pero saben ellos que es por poco tiempo y que pronto volveré.

Digitized by Google

Y esta contestación no dejaba de inquietar á doña Antonia; había adivinado el carácter del sentimiento que Josefina, á pesar de no haber hecho á ello nunca la menor alusión, podía experimentar hacia el joven extranjero, y pensaba con razón que, mientras éste tuviera á sus padres solos en Francia, no podría nunca pensar en radicarse en el país. Y también pensaba: «¡Qué lástima que no sea argentino!» Pues lo quería mucho y lo estimaba, y su egoísmo de madre se sintió algo aliviado al oirle decir que sus padres, como muchos otros en Francia, estaban acostumbrados á vivir separados de sus hijos, por el sistema muy generalizado allá del internado en los colegios y que no se entristecían mayormente con su ausencia.

Andrés Sterner había encontrado poco cambio entre sus otras relaciones. El señor Barral se iba á Europa, dejando definitivamente el país, para fundar allí un banco cuya base de operaciones sería siempre Buenos Aires, donde dejaba intereses importantes, pues su casa seguía, con otra razón social, bajo la dirección de sus más antiguos dependientes, y habilitada por él.

Los demás seguían como siempre, recibiendo mercaderías y comerciando, persiguiendo con afán—en negocios no siempre del todo seguros, pero siempre apartados de las verdaderas fuentes de riqueza del país,—una fortuna que parecía muy difícil de alcanzar. Las quiebras, los malos pagadores, los plazos largos, los derechos y gastos subidos, los clavos inevitables, la competencia cada día mayor, todo se juntaba para impedir que el comercio de importación diera á sus adeptos grandes utilidades.

El señor Poncet, parecía más satisfecho. Se iba acostumbrando á la vida del campo, más confortable ó por lo menos soportable de lo que se podía creer. No

Digitized by Google

daba mayores resultados la cría del ganado, porque los animales tenían todavía reducido valor y sus productos escasa salida; pero, asimismo, aumentaban los rebaños, y tanto las majadas como los rodeos poblaban poco á poco todo el campo, mejorándolo. Y el señor Poncet creía que, sin hacerse ilusiones, podía contar con que algún día, todos aquellos campos valdrían más, lo mismo que las haciendas, pues con la seguridad ya completa de que los indios no podían pasar del Azul, se poblaría mucho la campaña.

Andrés, al oirlo, lo miraba con cierta compasión. Había admirado, como turista, los paisajes pampeanos que viera, pero no por esto consideraba que tanta tierra despoblada pudiese nunca valer algo ni poblarse mucho.

Y su compasión aumentó cuando Poncet, con aire resignado, le anunció que estaba por casarse con una argentina, porque en el campo, se hacía difícil vivir solo y era una necesidad formar familia. Su novia era hija de un estanciero vecino suyo, que tenía bastante campo, varias leguas, y mucha hacienda, y también muchos hijos, pero alcanzaba la carne para todos.

—Entonces—le preguntó Andrés,—¿usted no piensa volver á Francia?

—En mucho tiempo, no, seguramente—le contestó Poncet;—y hasta creo que si me va bien, haré venir á mis dos hermanos, los únicos parientes que me quedan. Son agricultores y no les va muy bien; creo que aquí hay más esperanza.

Sorprendíase Andrés de que se pudiese tener semejantes ideas de destierro. No recordaba haber deseado intensamente, él mismo, volver al país; creía sinceramente que sólo había vuelto llevado por el deseo de enriquecerse pronto y no atraído por las mil invi-

Digitized by Google

sibles fibras que lo tenían atado. No se daba cuenta, ahora que todo lo tenía á mano, de la falta que le había hecho esto mismo, cuando estaba en su propio país; ni tampoco se daba cuenta de que cada día quedaba más ligado á esta tierra nueva por las mil costumbres que en ella, sin querer, adquiría, por los pequeños y múltiples hábitos que adoptaba.

El señor Lemoine, barraquero y gran comprador de lanas, cuando supo que llegaba con órdenes que llenar, le hizo mil agasajos. Habían simpatizado algo durante el primer viaje de Andrés, pero como no había entre ellos relación alguna de negocios, poco se veían. Esta vez cambió de aspecto la cosa. Lemoine veía abrirse todo un horizonte de comisiones y trabajos de barraca, enfardelaje de lanas y cueros, y también buenas ganancias en algunos lotes comprados baratos y vueltos á apilar en la barraca con cuidados especiales para darles vista.

Apenas hubo acabado Andrés con los hermanos Vázquez el arreglo, fácil por lo demás, de sus cuentas anteriores, Lemoine trató de acaparar á su nuevo cliente. Andrés había traído también esta vez, un surtido bastante grande de mercaderías, pero mientras se diligenciaba su despacho en la Aduana, tenía desocupadas todas sus mañanas y las empleó en visitar el mercado del Once, donde el barraquero tenía su establecimiento, cercano á la plaza. En la misma plaza acampaban las carretas de bueyes que venían de la campaña, echando semanas para llegar, pero trayendo la lana mejor acondicionada que la que transportaba el ferrocarril; ésta manoseada, enlienzada, cargada y descargada varias veces, perdía siempre mucho de su vista; la apilaban mal que mal en los pequeños y obscuros galpones del ferrocarril, donde se reunían por la mañana com-

Digitized by Google

pradores y consignatarios, discutiendo, examinando, tratando de palabra negocios ingentes, á veces, pero siempre ejecutados como si hubiesen sido objeto de contrato solemne.

En la plaza, entre las carretas, circulaban también, sacando de los buches entreabiertos los blancos vellones, cortando el hilo el comprador, mirando, oliendo, sompesando, buscando defectos que le permitiesen despreciar con énfasis la mercancía, afectando por algunas carretillas enroscadas en una barriga ó por haberse pinchado con un abrojo, no atreverse ya á ofrecer precio alguno por toda la partida.

Familiarizado Andrés con la moneda del país que después de mil transformaciones causadas por los mismos sacudimientos políticos, había llegado á fijarse en el peso papel de ocho reales, equivalente á cuatro centavos oro, después de haber valido todo un patacón, tenía ahora que ponerse al corriente de la arroba y de sus 25 libras españolas para calcular el precio exacto de los frutos que comprara. Bien aconsejado por don Alejandro, hermano de don Matías y consignatario, antes de hacer negocios, había resuelto dedicarse á estudiar bien las costumbres del mercado y sus condiciones, para darse cuenta de los gastos inherentes á la manipulación de los diferentes frutos. Pronto vió que no era todo comprar, sino que había que tratar, al mismo tiempo, el flete y el cambio, y que los detalles de una operación resultan muchas veces lo que la hacen buena ó la echan á perder.

En los Bancos que empezaban entonces á multiplicarse, sin que sus capitales fuesen todavía de gran magnitud, pues sólo trabajaban los Wan-klyn, Carabassa y otros, Andrés encontró facilidades para colocar sus letras, gracias á las cartas de crédito que tenía

Digitized by Google

y al crédito personal que no tardó en adquirir, como lo adquiría entonces tan fácilmente, en este país nuevo, todo hombre inteligente y dispuesto á trabajar.

Como la misma base de este crédito era el capital que tenía en mercaderías, se ocupó con actividad, en cuanto llegó el momento oportuno, de su despacho en la Aduana y de su realización. Esta vez, estaba poco dispuesto á recurrir á la costosa ayuda de intermediarios, convencido, más que nunca, de que no hay cosa mejor hecha que la que hace uno mismo. Empleó á su antiguo conocido señor Durand para la tramitación de los manifiestos, pensando con razón que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, pero le vigiló de cerca y personalmente discutió con el vista los aforos, tratando de conquistar por sus buenos modales y demás medios adecuados, la simpatía tan provechosa de este funcionario, de cuya buena ó mala voluntad puede depender para el comerciante todo el éxito de sus negocios. Así consiguió pagar el mínimum posible de derechos y otros gastos, poniendo en práctica la máxima sencilla, que tantas veces había oído á su padre, de que la primera utilidad es la economía en los gastos.

Para no incomodar á los señores Vázquez Hermanos que, lo mismo que la primera vez, le ofrecían un sitio en sus almacenes, y porque traía muchos más cajones que entonces, alquiló una casa en la calle Potosí 83, entre Bolívar y Perú, donde pudo acomodar bien su depósito, su escritorio y su vivienda.

Y de allí salía á visitar á sus antiguos conocidos, Casal y Rodríguez, Carballo y compañía, Rey Hermanos, Olivero, García, Echegaray, haciendo recordar á todos y á cada uno que había sido «su primer cliente,» lo que le valía un renuevo de protección y de buena

Digitized by Google

voluntad. Por lo demás, no necesitó para colocar el surtido, desplegar tanta energía, ni tanto empeño como en su primer viaje, por la sencilla razón de que todo lo que traía eran artículos nobles, de gran consumo; si no de primera necesidad, bien elegidos, bien comprados y de venta facilísima por su precio razonable.

Sin embargo, no pensaba que valiese la pena hacerse mandar por su padre, como le hubiera sido fácil, más mercaderías para vender. Le parecía esto de lento éxito, y ahora que conocía los mercados de frutos y estaba al corriente de las operaciones que en ellos se podían hacer, le parecían éstas más apropiadas á la realización de sus anhelos de siempre. Presentaban terreno más amplio para especular, y la especulación era lo que seducía á Andrés. Le parecía que el trabajo continuo, asiduo y bien ordenado, pero sin una puerta abierta al azar, á la suerte, no podía dar la fortuna con que soñaba, y empezó á frecuentar las plazas del Once y de Constitución, eligiendo y comprando los lotes que le parecían más adecuados por sus condiciones á las necesidades de sus corresponsales europeos.

No dejaba de tener hasta cierto punto razón obrando así; pues bien veía que, siguiendo las costumbres del mercado, como antes, era casi imposible, con los plazos inacabables, no sufrir algún día pérdidas como para quedar tullido. Veía que las casas importadoras mejor surtidas y más sólidas adelantaban poco y siempre estaban en peligro de no poder sostenerse.

En las operaciones de frutos del país, también se corrían grandes riesgos, y más de uno había zozobrado, pero siquiera ofrecían la compensación de mayores y más rápidas ganancias que las de importacion, forzosamente reducidas, en un país cuyo primer censo aca-

Digitized by Google

baba de acusar una escasa población de un millón novecientos mil habitantes.

Y Andrés, joven y lleno de las ilusiones de su edad, no veía más que las ganancias posibles, sin pensar siquiera que también se pudiese perder; y, sobre todo, conocía bien los frutos, por haberlos estudiado en Europa, antes de volver, y en los mercados, después, desde su llegada.

Y hasta fines de 1869, trabajó con mucho acierto, utilizando los buenos oficios de Lemoine, sin dejarse engañar por él, y acrecentando su capital de tal modo que una vez que se encontró con Poncet en el Club Francés, y como le dijera éste que no estaba muy satisfecho por las inundaciones que había habido en el Sud y le habían hecho perecer muchas ovejas, casi se burló de él y de sus ideas atrasadas, diciéndole que no había entendido lo que era este país; que en él no debía uno radicarse jamás, que sólo la especulación, y especialmente en frutos, podía darle á uno con qué irse á lucir en París y dejarse de trabajar por el resto de sus días.

—¡Mire! ¡criar ovejas! ¡hacerse pastor! Aunque sea á caballo y en mucho campo, no es oficio para gente civilizada. De aquí á diez años, estará usted criando ovejas todavía, mi querido Poncet, y yo estaré allá gozando de la vida.

Andrés visitaba siempre á las familias de Alonso y de Zavaleta y todas seguían con interés la marcha de sus negocios y de sus ideas. Bien veían que el país le gustaba y que, á pesar de algunas bromitas hechas de vez en cuando sobre alguna costumbre ó circunstancia, le tenía cariño. Pero, con todo, también era fácil ver que ese cariño era más amistoso que filial; siempre parecía á punto de volver á Francia, y don

Digitized by Google

Luis exclamaba:—Es de balde; gringo ha nacido y gringo morirá.

Andrés se reía:—Cállese, gaucho—le contestaba;—¡claro que me voy á ir! ¿Qué voy á hacer en este país de indios? Deje no más que haya hecho algunos buenos negocios más, y verá si dejo salir muchos vapores.

—No sea zonzo—le decía Luis.—Cómprese una buena estancia, déjese de negocios arriesgados, y quédese aquí: no faltan muchachas bonitas en Buenos Aires, usted mismo conviene en ello. Y don Luis, al hablar así, guiñaba de rabo de ojo hacia un rincón de la sala, donde un grupo de niñas, entre las cuales estaba Josefina, conversaba del noviazgo de su hermana Antonia, de 18 años de edad, pedida por un hijo del señor Echegaray, uno de los «primer cliente» de Andrés. Josefina, también, había sido festejada varias veces, y por mozos de buenas familias. pero nunca dejó que tomasen vuelo dichas tentativas. No daba más motivos, cuando le preguntaban por qué rechazaba ciertos conatos muy aceptables, sino el de que no le gustaban, ó el de que todavía no quería casarse.

Doña Edelmira le recordaba que ya tenía veinte años y que haría mal en fiarse de las disposiciones de... no lo nombraba; nadie lo había nombrado nunca, pero nadie tenía dudas sobre los sentimientos de Josefina hacia Andrés. Este, por su lado, nunca había dado motivo para que se le pudiesen atribuir ideas matrimoniales. Nunca había cesado de declarar que volvería pronto á su país; que no quería de ningún modo radicarse en la República Argentina, y, varias veces, había manifestado que, si se casaba, nunca sería antes de los 28 ó 30 años, una vez hecha su posición. Jamás dió á

Digitized by Google

entender á Josefina que sus sentimientos hacia ella fuesen otros que de sincero afecto, casi fraternal, es cierto, pero ni una palabra suya, ni una mirada, ni un ademán podía interpretarse de modo distinto.

Parecía estar en guardia, como si oyese todavía el consejo del señor Lambert, de no dejarse engatusar; pero no, nada de esto había; no pensaba en casarse aún y nada más; tenía apenas 25 años, la vida le brindaba todos los placeres que, joven y rico, podía disfrutar. El día que se cansara de Buenos Aires, regresaría á París, por una temporada, ó para quedarse definitivamente, si quería. ¿Por qué pensar siquiera en casarse, y en casarse en país tan lejano? Y sin embargo, cuando maquinalmente acompañaron sus ojos á los de don Luis hasta el alegre y bullicioso grupo de las niñas en medio de las cuales parecía Josefina, con su perfil recto de medalla y su afectuosa sonrisa, una personificación ideal de la sensatez, de la amabilidad y de la hermosura, se quedó mirándola, pensativo, como si de repente soñara en todo un porvenir de apacible felicidad, en compañía de una esposa como ella, rodeado de muchos hijos... ¿Dónde? El país, nido de su dicha, quedaba sin precisar en su mente; sólo pensaba de un modo vago que allá, en Europa, los esposos no tienen muchos hijos, y al mismo tiempo se sentía como envuelto en el penetrante perfume, no ya sutil sino violento, de los jazmines del cabo que florecían allí cerca, en el mismo patio.

***

Hacía más de año y medio que Andrés Sterner había vuelto á Buenos Aires. Sus padres, en todas sus cartas, le preguntaban con cierta ansiedad cuándo iba á

Digitized by Google

volver, y si no insistían por demás es que sabían que sus negocios andaban muy bien, que las casas del Havre con las cuales trabajaba estaban muy satisfechas de sus compras, en fin que parecía haber encontrado el verdadero camino de la fortuna.

Había estado á punto de irse á dar un paseo á Europa, pues también en esta ocasión sintió una especie de nostalgia, muy explicable por supuesto, ya que esta vez se trataba de su patria; pero casi súbitamente, aplazó el viaje; seguramente la nostalgia se desvanecería de pronto, pues sus negocios no lo obligaban absolutamente á quedarse. Todos se alegraron, al conocer su resolución, y don Luis, con el tono medio socarrón de siempre, lo felicitó, diciéndole:—Hace bien, amigo; quédese, pues en su tierra de gringos, no va á encontrar una muchacha como Josefina.

Andrés no halló palabra que contestar. Quedó como si, en una obscuridad completa, lo hubieran encandilado colocándole de repente una luz entre los ojos. Comprendió que los demás, los que alrededor suyo vivían, conocían mejor que él los recovecos de su propio corazón; y miró á don Luis, medio asustado. Don Luis se sonreía, prendiendo á grandes y ruidosas bocanadas su cigarrillo negro, pegando golpecitos con la uña del dedo pulgar en el fuego recalcitrante, y Andrés buscó con la vista á Josefina para preguntar á sus ojos si era cierto. Y los ojos de Josefina le contestaron que sí.

***

El 2 de enero de 1870 fué para la patria argentina día de gran júbilo. Volvían del Paraguay y hacían en Buenos Aires su entrada triunfal las tropas, vencedoras del tirano Solano López.

Digitized by Google

Larga y sangrienta había sido la lucha. Desde el 13 de abril de 1865, día en que los paraguayos se apoderaron alevosamente de la «25 de Mayo» y del «Gualeguay» buques argentinos, en el puerto de Corrientes, hasta la toma de Peribebuy, último reducto de las últimas fuerzas paraguayas, el 10 de agosto 1869, por el bizarro coronel Luis M. Campos, jefe del famoso 6.° de línea, las batallas y combates habían sido innumerables y encarnizados. Los paraguayos incitados al heroísmo por el temor que les supo infundir su tirano de que, si caían en manos de los aliados, serían cruelmente sacrificados, y por la seguridad de que, si retrocedían, los haría martirizar el mismo López, pelearon como tigres. Este valor, artificialmente exacerbado, produjo á veces milagros, especialmente en algunos ataques llevados á cabo con toda audacia por paraguayos montados en balsas y canoas contra los acorazados brasileños. Varias veces estuvieron á punto de sucumbir éstos, á pesar de la extrema diferencia de fuerzas, y cuando, recuperada su serenidad momentáneamente quebrantada por el susto, los marineros brasileños volvieron en sí y aniquilaron á sus contados adversarios, no les faltaban, en las proclamas de sus jefes y en los comentarios de los diarios fluminenses, los encomiásticos períodos tan abundantes siempre en el retumbante idioma portugués.

Solamente al año de la violación del territorio argentino por los paraguayos, en abril del 66, pudieron invadir á su vez el Paraguay los tres jefes de los ejércitos aliados: Osorio, Paunero y Flores.

Poco después tuvieron lugar la batalla de Tuyuti y el combate del Boquerón, preludios de los sangrientos asaltos de Curupaity, mandados por el general Mitre, en septiembre del 66, y en los cuales de los 18.000 ar-

Digitized by Google

gentinos y brasileños que los dieron, murieron 4.000. Allí recibió Rivas, en el campo de batalla, los entorchados de general. Desgraciadamente mal sostenido el esfuerzo de estos valientes, el general Flores se retiró con las tropas orientales; el general brasileño Polidoro, con su cuerpo de ejército, se quedó en el campamento, y los cañonazos del almirante Tamandaré partían de muy lejos para surtir efecto.

Siguiéronse numerosos ataques, encuentros y combates, marchas entre los esteros, y penurias, y fatigas, y enfermedades, hasta que en agosto del 67, el Conde d'Eu y Luis M. Campos, con la toma de Azcurra, obligaron á Solano López á internarse, y la escuadra brasileña, alentada por la patente debilidad de las baterías de Curupaity se decidió á forzar el paso.

En enero del 68, el general Mitre había tenido que entregar al Marqués de Caxias, general brasilero, el mando supremo de los ejércitos aliados, para volver á asumir la presidencia efectiva de la República, vacante por muerte del vice-presidente en ejercicio del poder, doctor Paz. Pero también dejaba muy adelantada la tarea de reducir al enemigo, aunque todavía quedase por tomar la fortaleza de Humaitá, la que sólo se rindió, más bien dicho, quedó abandonada, el 24 de julio del mismo año. Sus heroicos defensores, en número de 1.300, mandados por el general Martínez, emprendieron sigilosamente la retirada; y no se rindieron, en Laguna Vera, los pocos que quedaron, sino después de haber combatido, sin comer, durante cuatro días, bombardeados por once cañones y dos mil infantes.

Poco después, los generales Gelly y Obes y Rivas daban al ejército paraguayo el golpe de gracia apoderándose de Itá-Ioate. Angostura capitulaba el 30 de diciembre de 1868, y el 31 podían los brasileros saquear

Digitized by Google

á su gusto la Asunción, en lo que no quisieron meter mano los argentinos. Y por fin, el 1.° de marzo de 1869, Francisco Solano López á quien después de haber hecho matar 150.000 de sus súbditos, en cuatro años, no quedaban más que 600 hombres y dos cañones, era cercado por 4.000 brasileros en Cerro-Corá, y lanceado.

Las tropas habían llegado al puerto el día anterior, primero del año, pero demasiado tarde para desembarcar, y el pueblo tuvo que contener su impaciencia veinticuatro horas más. Por todas partes ondulaba la bandera patria; y todas las calles por donde debían desfilar las tropas para ir del muelle hasta el cuartel del Retiro, dispuesto para alojarlas, estaban embanderadas profusamente, tapizadas las paredes y alfombradas las calzadas con ramas de árboles y con hojas odoríferas de hinojo.

Del muelle venían las tropas por el paseo de Julio hasta la plaza 25 de Mayo, desembocando de ésta en la plaza Victoria por el arco de triunfo de la Recoba vieja, frente al modesto estrado de madera levantado allí para las autoridades nacionales. Presidía la ceremonia el presidente Sarmiento, y esto sólo bastaba para imprimir á la fiesta la melancólica nota que siempre en sí encierra toda vuelta de tropas, por triunfal que sea. Entre los que no volverían había quedado su propio hijo el capitán Sarmiento, segado como tantos otros jóvenes de la sociedad y del pueblo que no habían vacilado en ir á cumplir con su deber de patriotas. La multitud aclamaba y cubría con una lluvia de flores á los batallones, saludando con entusiasmo las banderas hechas jirones por las balas, algunas á sablazos, en luchas cuerpo á cuerpo, vitoreando por sus nombres á los oficiales, á los jefes, casi todos estos últimos ascendidos á grados superiores en el campo de batalla, á raíz de

Digitized by Google

rasgos de valor que tanto menudearon en aquella guerra encarnizada de cuatro años, y en la que, por cierto, no pudieron ser premiados todos, sin contar los innumerables que no tuvieron más premio que la gloria póstuma.

La feliz terminación de la guerra del Paraguay, el mismo recibimiento de las tropas nacionales en la capital de la provincia de Buenos Aires por un presidente de la República sanjuanino, marcaba en la marcha hacia adelante del país un paso irrevocable. Habían combatido juntos contra un enemigo exterior, hijos de las catorce provincias argentinas, bajo la misma bandera creada por Belgrano en uno de esos arrebatos geniales que fundan las patrias, y esto bastaba para crear entre todas las provincias, de nacionalización todavía tan vacilante y confusa, una solidaridad definitiva que ya nada ni nadie podría amenguar.

Muchos guardias nacionales, especialmente de las provincias del interior, habían ido de muy mala gana á pelear tan lejos contra un enemigo desconocido. Pelear de provincia á provincia, de partido á partido, para tal ó cual caudillo contra tal ó cual otro, esto se entendía, era cosa de todos los días; pero ir uno de Mendoza ó de Jujuy á embarcarse en Buenos Aires ó en el Rosario para correr en defensa de los correntinos contra los paraguayos parecía á muchos un disparate. La idea de patria, incompleta en aquellos cerebros ignorantes, se reducía para ellos á un localismo estrecho, receloso de los vecinos inmediatos, á pesar de ser también argentinos, indiferentes á los demás.

Al sufrir, al combatir, al morir bajo la misma bandera, empezaron á quererla con el mismo amor, viniendo así la guerra del Paraguay, si no á completar, por lo menos á afianzar mucho la unidad de la República.

Digitized by Google

Queriendo ó sin querer, ó queriéndolo á medias y con segunda intención, todos los jefes de partidos, simples caudillos ó grandes estadistas, habían trabajado en crear ó en afirmar la unidad argentina: Urquiza, al derrocar á Rozas, Mitre al vencer á Urquiza, y más quizás aún al permitir, con una abnegación política de que no hubieran sido seguramente capaces muchos porteños, que subiera sin luchar al sillón presidencial un provinciano, habían abierto la vía á la nacionalización, á la unificación nacional,—el mayor servicio que pueda prestar á su país un estadista.

Con Sarmiento, por supuesto, no podía más que progresar moral y materialmente esa tendencia instintiva de toda nación predestinada á ser nación, y progresó efectivamente de tal modo, tan bien entró y penetró en la mente de la mayoría, que al fenecer su presidencia en 1874, bien se vió que el país no admitiría ya más que una sola provincia impusiese á las demás su voluntad; pero tampoco ya nadie en el país entero se hubiese atrevido á pronunciar la palabra separación.

Hasta 1870, los progresos materiales, especialmente las vías de comunicación rápida, los ferrocarriles, no habían empezado todavía su gran obra de civilización y de unión de provincia á provincia; sólo en mayo de ese mismo año tuvo lugar el primer viaje de la locomotora de Rosario á Córdoba, para seguir hasta Tucumán en 1876.

Sarmiento tenía que ocuparse primero de lo más apremiante y necesario, la instrucción del pueblo y el crédito exterior de la República. Desgraciadamente los movimientos revolucionarios de Entre-Ríos, y las dos epidemias seguidas de fiebre amarilla que azotaron la capital en 1870 y 71, dificultaron su tarea.

Para Andrés, los acontecimientos políticos no tenían

Digitized by Google

interés mayor, y apenas podía ser para él tema de conversación la misma muerte de don Mariano Escalada primer arzobispo de Buenos Aires, acaecida en 27 de julio de 1870.

Cuando los hijos del país entre quienes contaba muchos amigos, discutían los respectivos méritos de Mitre, de Sarmiento y otros personajes cuya importancia empezaba á despuntar, y sobre todo cuando las opiniones divergían domasiado y la discusión tomaba visos de disputa, retirábase prudentemente prefiriendo la conversación de Josefina á retahilas partidistas de las cuales entendía poco.

Con Josefina, desde la embestida atropelladora de don Luis, ciertos puntos en duda, los principales, se iban aclarando cada día más; por ejemplo, habían tenido que confesarse mutuamente que la recíproca simpatía sentida siempre por uno y otro se había vuelto, con el tiempo—y quizás sin él, pues buscando bien, se podía creer que así era desde el día que se conocieron, —el más completo amor. Pero este amor, tácitamente aceptado desde hacía mucho por las familias de Zavaleta y de Alonso con la mayor conformidad, y sobre todo su declaración formal que había llenado de gusto á todos y particularmente á Ernesto y á Rodolfo, vuelto ya este último, hacía tiempo de Corrientes, tenía que tener forzosamente como sanción el casamiento de los dos jóvenes. Y aquí asomaban ciertas dificultades, que sin ser insuperables, por lo menos podían demorar el concertado enlace.

Josefina que ya había estado en Europa, y especialmente en París, no se negaba por supuesto, y más bien al contrario, á volver allí, pero de ningún modo para quedarse; y por otro lado, Andrés no pensaba tampoco

Digitized by Google

en renunciar para siempre á su patria, ni aún en el desgraciado caso de perder á sus padres, ya viejos, pero de buena salud todavía.

Cuando—y esto sucedía con frecuencia,—caía la conversación en ese punto, hasta los mismos políticos dejaban sus discusiones para embromar á Andrés, diciéndole que ya no había escape, que tenía que quedarse en el país, que lo más que se le podía permitir sería un viajecito de bodas, que Josefina no era prenda como para que la Argentina renunciase á ella, y que respecto á él tampoco lo podía soltar, ya que había tenido la suerte de adquirir á tan distinguido ciudadano.

—Bueno, déjenlo—acababa por decir Josefina;—que, de cualquier modo, juntos, hemos de vivir bien en cualquier parte.

Lo dejaban, pero con todo, nada se resolvía, y no faltaron circunstancias inesperadas que alejaran sin término conocido el día tan anhelado.

Al poco tiempo de volver las tropas del Paraguay, se declaró en Buenos Aires una epidemia, desconocida durante algunos días, pero que pronto se supo que no era otra que la fiebre amarilla. Se habían hecho en el hotel de Roma, calle Cangallo, entre Maipú y Esmeralda, refacciones en el subsuelo, y según parece, se había formado allí mismo un terrible foco de infección, pues murieron en el hotel varios de sus moradores, y la peste mató como cuarenta personas en la calle Cangallo hasta llegar á Suipacha, donde se paró y acabó.

El susto fué grande, pero duró poco, y se tomaron muy pocas medidas para impedir la vuelta del flagelo; debía volver.

Andrés y Josefina habían acabado por fijar para la primavera próxima la fecha de su enlace. Aminoraría

Digitized by Google

él, en lo posible y con tiempo, sus negocios, y podrían así hacer su viaje de bodas con toda tranquilidad. Los padres de Andrés le habían mandado su consentimiento, pero expresando el formal deseo de que su futura nuera fuera á establecerse con su marido en Francia para gozar, antes de morir, de la vista de sus nietos.

No podían admitir, ni por un momento, que su hijo tuviera la más remota idea de quedarse definitivamente en país tan lejano, y á decir verdad, casi ni se les ocurría que pudiese ser así.

Al pensar que Andrés no renunciaba á su patria, no se equivocaban y de ello tuvieron casi en seguida una prueba patente.

En julio, cuando Andrés ya había liquidado casi todos sus negocios, y quedado libre de compromisos que lo pudiesen detener, empezaba la cruenta guerra franco-alemana. Los que viven muy lejos de la patria, encaran, en semejantes casos, los acontecimientos con más calma, con menos entusiasmo que los que de cerca los presencian, y, por esto mismo los juzgan con más exactitud. Sin creer, ni por un momento, que los alemanes obtendrían sobre Francia las aterradoras victorias que, por cien motivos posteriormente conocidos, pudieron alcanzar, ningún francés, en la República Argentina, se hubiera atrevido, como lo hacían allá ciertas turbas, á gritar: «¡A Berlín!» Pero cuando empezaron á llegar, transmitidos al público por intermedio de los sucesivos boletines lanzados en medio del estruendo de las bombas, por el diario de los Varela. «La Tribuna», cuyas pequeñas oficinas de la calle Victoria—donde está ahora, más ó menos, el pasaje Roverano,—eran asediadas por el público, ávido de conocerlas con todos sus detalles, las noticias de los primeros de-

Digitized by Google

sastres franceses, quedaron todos profundamente conmovidos.

Y no sólo los franceses tenían oprimido el corazón, sino la gran mayoría de los mismos argentinos que sentían, en aquellos tiempos, hacia el noble y gran país latino, una simpatía que, desgraciadamente, con el tiempo, hicieron disminuir algo sus mismos reveses; porque siempre es así la humanidad, que siempre se inclinará, aunque no quiera, ante el éxito, aun ante el éxito de la fuerza bruta, aun ante el éxito de una raza de la cual pueda temer algo sobre una raza hermana.

Muchos franceses se aprontaron á partir; muchos partieron. En medio del entusiasmo algo ficticio, por lo forzosamente platónico de las reuniones patrióticas, en varios teatros, en el Teatro Colón, en el mismo Alcázar de la calle Victoria, cita entristecida ya de la juventud, y donde hasta esos días, y después también, sólo se oían canciones alegres y piececitas de género chico francés, resonaron patrióticas exhortaciones, improvisaciones arrebatadoras del poeta Carlos Guido y Spano, de Héctor Varela, de Lucio Mansilla, muy queridos los tres, muy populares entre la colonia francesa, y de varios ciudadanos franceses, oradores algunos, improvisados al calor del patriotismo dolorido. Llenaba la Marsellesa, en coros atronadores, de sus gritos de guerra y de odio, el ámbito del pequeño Teatro, asombrado de oir una música tan diferente de la que solía alegrar á sus habituados, y de allí se salía medio alentado, medio convencido de que pronto iba á cambiar la faz de las cosas, coronando de nuevo la victoria á las águilas francesas.

Pero cada vapor que llegaba traía noticias más abrumadoras, y Andrés resolvió obedecer á la voz de la pa-

Digitized by Google

tria que llamaba á todos sus hijos, aun á los exentos y exceptuados por leyes anteriores. Comprendió, sin analizar, por lo demás, sus sentimientos, pues más aún se dejaba arrebatar por su corazón que por su conciencia, que á sí mismo se despreciaría si no cumpliese con aquel deber supremo. Pensaba con amargura en el dolor que su resolución iba á causar á Josefina, pero ni por un momento pensó en cederle si, lo que no creía, hacía esfuerzos para detenerlo, seguro de que si no le resistiese, algo perdería en su estimación. Asimismo, desconfiando, no de su propio valor, sino de su debilidad para sobrellevar penas ajenas, se apuró, antes de verla, al tomar su pasaje y aprovechar la oportunidad, pues el vapor salía á los cuatro días.

Cuando Andrés, si no había ido á comer, llegaba por la noche á casa del señor Zavaleta, no tardaba la conversación en caer sobre los acontecimientos de la guerra franco-prusiana; era la preocupación general, única, y si, en todas partes, sucedía lo mismo, con menos razón se podía hablar de otra cosa con Andrés, en casa de sus futuros parientes. Después de las primeras batallas, muchos pensaban que la guerra se acabaría pronto, y á las primeras veleidades demostradas por Sterner de irse á Francia, todos le decían que sería inútil, que llegaría después de firmada la paz y que lo mejor, por consiguiente, era quedarse quietito, en la Argentina.

—¿No le parece, Josefina?—solían preguntar los que así hablaban, buscando el apoyo que más eficaz creían, al mismo tiempo que lo consideraban como el menos dudoso, el más fácil de conseguir, el más pronto á sostenerlos.

Josefina contestaba de conformidad con la pregunta; no podía ser de otro modo, y sin embargo, no lo hacía con la calurosa convicción que hubieran podido

Digitized by Google

esperar de ella. Quizá consideraría como tan natural el fácil sacrificio hecho por Andrés de la patria dolorida, su provechoso abandono, en medio del peligro mortal que la amenazaba, á la pacífica dicha de que con su novia gozaba, lejos de todo riesgo y de todo sufrimiento, que no creía necesario insistir en ello.

También podía ser que quisiese, en caso tan delicado, dejar á Andrés absoluta libertad de acción; no quería, probablemente, que algún día le pudiese echar la culpa de haberle hecho faltar á sus deberes de patriota; ó era, para ella, la esperada y temida resolución de Andrés como una piedra de toque de su amor. De muchos modos podía el joven interpretar el semi silencio de Josefina; y preguntarle por su verdadero y secreto pensamiento, hubiera sido querer conseguir, con poco trabajo, un consentimiento, una absolución que el amor nunca negó á la vileza de que saca provecho, sin renunciar por esto, al derecho de echársela en cara, después de la fiesta.

Andrés no trató de saber lo que al respecto pensara Josefina en el fondo del alma. Quiso que no tuviese más que conformarse con el hecho cumplido por él, en todo el ejercicio viril de su voluntad; por cierto, la quería mucho, su amor por ella era profundo, exclusivo, pero de repente había sentido que por encima de este amor había otro, el de la patria, latente mientras ésta no lo necesitaba, imperativo en el día del peligro de la odiada invasión. Y también sintió que no podía haber entre ambos amores cuestión de celos; Josefina se inclinaría, no lo ponía en duda. Era demasiado noble para que de otro modo fuera.

Con el corazón firme, ó por lo menos afirmado, llegó esa noche á casa del señor Zavaleta; se sentó aparte

Digitized by Google

con Josefina, después de saludar á todos, y sin más preámbulos, la dijo:

—Mi querida Josefina, tengo que darte una noticia grave.

Josefina clavó sus ojos en los de Andrés, leyó en ellos lo que le iba á decir, y en su rostro se pintó toda la serena confianza que en el alma tenía de que su elegido no podía haber resuelto nada que no fuera el cumplimiento de su deber.

—Me voy á Francia, Josefina—agregó;—no puedo dejar de ir. Puede ser que llegue tarde; en tal caso, volveré en seguida, te lo juro. Si todavía, lo que creo, dura la guerra cuando llegue, iré adonde me manden, y volveré... cuando pueda.

Josefina seguía mirándolo. No podía hablar; la embargaban una emoción, una tristeza profunda á la par que intenso orgullo. Una lágrima asomaba en sus ojos como perla de cristal, engrosando poco á poco, hasta caer, y apenas pudo murmurar:

El Dios de los buenos te protegerá.

Quedaron mucho tiempo juntos, con la mano en la mano, mirándose á ratos, tristes, nada más que tristes, profundamente, pero resueltos, él á persistir en su resolución, ella á no hacer un gesto para impedirlo, resignada.

Josefina no había querido que anunciase él mismo su salida á la familia. Se reservaba para hacerlo ella en oportunidad, evitándole reprensiones, observaciones, burlas, luchas en fin. Hizo bien, pues, apenas húbose ido Andrés, cuando don Luis que estaba de visita, le preguntó:

—¿Qué tenía ese gringo hoy, Josefina, con su cara de viernes santo? Parecía más triste que noche sin luna. ¿Sería por las noticias de Francia?

Digitized by Google

—¡Y cómo no!—contestó el señor Zavaleta.—Es por demás natural. Póngase usted en su lugar.

—Sí—dijo Josefina;—parece que llaman á las armas á todos los hombres válidos de su edad, y...

—¿Y?... ¿piensa ir? ¡Que no sea bárbaro! ¿y vos?

—Yo, ¿qué quiere que le diga? cada cual conoce su deber.

—Pero, de veras, ¿se va?

—Sí, se va; de aquí á tres días; ya sacó pasaje.

—Pues, amigo; buena porquería es lo que hace. No se puede ir; no tiene semejante derecho ¿Cómo te va á dejar así plantada? ¡Pues no faltaría más! Lo voy voy á ver yo.

Y don Luis ya tomaba el sombrero é iba á salir, cuando Rodolfo le dijo:

—Pero tío Luis, déjelo. ¿En qué se va á meter usted? ¿Por qué no quiere que se vaya? ¿Acaso no fuí yo á enrolarme para el Paraguay, cuando llamaron á los estudiantes de medicina?

—¡Oh! pero esto no era lo mismo; no te ibas á batir.

—Mira, Luis - interrumpió doña Antonia,—no le rebajes el mérito á ese muchacho, pues estoy segura de que cuidar coléricos en los hospitales era quizá más expuesto que los mismos campos de batalla.

—Bueno, puede ser; pero esto no quita que lo que va á hacer ese Andrés es una mala acción. ¿Qué tiene que ver él ahora con Francia, que está tan lejos, cuando se está por casar con una argentina? ¿Cómo va á dejar á esa pobre muchacha, así, abandonada? ¿Y si lo matan? y después de todo, es una pavada; ¿no ven que esa guerra ya pronto se va á acabar? ¿Que van á resistir ya los franchutes? ¡si ya no pueden!...

—Tío Luis—dijo Rodolfo; — si los brasileros nos atacasen, invadiesen nuestro territorio, ¿usted nos

Digitized by Google

detendría? ¿impediría que Ernesto y yo fuésemos á pelear?

—¡Cállate!—exclamó don Luis;—¡voy yo también!

- ¡Y entonces!—dijo Josefina;—déjelo á Andrés que cumpla con su deber.

Don Luis no contestó. Quedaba vencido por su mismo arrebato y Josefina aprovechó la ocasión para ensalzar la resolución de Andrés, para aprobarla ella misma, por extremadamente penosa que le fuese, y pedir á toda la familia que lo felicitaran por ella, para mostrarle que los argentinos tenían tan desarrollado el sentido patriótico como cualquier otra nación, ya que en otros lo sabían apreciar.

Y así fué; y se embarcó Andrés, dejando agobiada de dolor á Josefina, pero con el consuelo de pensar que no había entregado su corazón y prometido su mano á un hombre indigno.

***

—Ahora sí, puedes decir: ¡qué lástima que no sea argentino!—exclamaba don Luis dirigiéndose á Josefina, al volver del muelle donde había acompañado á Andrés.—Así se te hubiera quedado aquí.—Y agregó emocionado: ¡Pobre muchacho! ¿Quién sabe cómo le irá?

Josefina, seguía con ansiedad en los diarios las noticias de la guerra franco-prusiana. Pocos días después de la salida de Andrés, había llegado la noticia del desastre de Sedán, y durante algún tiempo esperó que pronto llegarían noticias de paz; parecía imposible que se prolongara una guerra tan sangrienta. Los reveses sufridos por Francia eran tales que debían de estar agotados sus recursos; no tenía ya más ejército que el

Digitized by Google

de Bazaine, encerrado en Metz y que no podría resistir sino durante un tiempo muy limitado, pues nadie podía acudir en su ayuda.

Y Josefina, á pesar de su parcialidad instintiva á favor de Francia, hubiera de buenas ganas regalado á los alemanes unas cuantas provincias con tal de que la paz estuviese firmada antes de llegar Andrés á Burdeos.

Pero no fué así. Josefina contaba sin la energía de Gambetta y el patriotismo del pueblo francés, adormecido en veinte años de envilecedora tiranía, pero no muerto del todo. De cada escala del vapor había tenido cartas de Andrés, y á los dos meses de su salida recibió otra cariñosísima, por no decir más, anunciándole su enrolamiento en el ejército del Este, que pronto iba á entrar en operaciones contra los prusianos; y desde el día en que recibió esta carta vivió Josefina en perpetuas alarmas. Esperaba siempre con ansiedad la llegada de los paquetes, pero no ya con la ansiedad mezclada de esperanzas de los primeros tiempos; ya sabía que la guerra iba á seguir, más cruel que nunca, exacerbados los ánimos de los vencedores por las inesperadas dificultades con que chocaban y los de los vencidos, cuyos ejércitos, aunque bisoños, ya no eran de pretorianos, con jefes capaces de capitular con tal de salvar á la dinastía, sino de ciudadanos dispuestos á morir en aras de la patria.

¡Si todavía por los diarios que traían inacabables detalles sobre los movimientos de los ejércitos, sobre las batallas y los combates librados, hubiese podido adivinar dónde peleaba Andrés! Pero no sabía siquiera en qué cuerpo de ejército estaba, y siempre se lo figuraba en el que más tenía que sufrir, siguiendo en un mapa de Francia los avances y las retiradas del ejército del

Digitized by Google

Esto. De Andrés, personalmente, nada; ni una línea; la obscuridad completa, las tinieblas de la noche. ¿Estaría herido, cautivo, muerto? ¿O sólo era por deficiencia de las correspondencias postales que no tenía noticias suyas? Aunque nunca se quejara, no faltaban á su alrededor palabras de aliento: sus hermanos y sus hermanas la rodeaban de su afecto de modo más estrecho aún del que hasta entonces lo habían hecho. Su padre, su madre, don Matías y su esposa y sus hijos, ya grandecitos algunos y muy amigos de Andrés todos, no perdían ocasión de hacer sobre su suerte conjeturas halagüeñas; estudiaban en todos los diarios los más minuciosos detalles de la guerra con el solo propósito de probar á Josefina que Andrés estaba en salvo, inventando demostraciones, bastante estiradas por cierto, y que no la convencían, pero que en algo aminoraban sus penas.

Con todo, la inquietud respecto á Andrés Sterner era general. Todos lo querían y lo apreciaban, y saber la suerte que pudiera haber corrido les interesaba doblemente, desde que para Josefina era cuestión vital.

Ella había escrito á los padres de Andrés para tratar de conseguir por ellos alguna noticia, pero no había recibido contestación, por la sencilla razón de que estaban sitiados en París y no recibieron la carta sino después del armisticio, á principios de marzo de 1871. Y casi en la misma fecha, recibía, por fin, Josefina, una carta de Francia, en cuyo sobre conoció la letra de Andrés. Encerrada en su cuarto para disimular su extremada emoción, le corría prisa conocer el contenido de la carta y no se atrevía á abrirla. Sus manos temblaban, latía su pecho, sus ojos se nublaban; no podía leer, no entendía, hasta que le saltó á la vista la palabra: herido. Y leyó entonces con avidez, y poco á

Digitized by Google

poco corrieron sus lágrimas, lágrimas de compasión, de dolor, de esperanza, de alegría, de amor.

Andrés le contaba todas las peripecias de la larga y dura campaña, y le anunciaba que en uno de los últimos días de la retirada del ejército del Este hacia Suiza, retirada terrible, mortífera, cruel por el frío espantoso, por la nieve, por las penurias de todas clases, más cruel aún por la circunstancia de que el enemigo se apresuraba á matar porque sabía que ya estaba firmado el armisticio, lo que aun ignoraban los perseguidos, había recibido un balazo en el hombro. Por suerte, pues muchos quedaron abandonados, no lo habían dejado morir allí; lo llevaron á un hospital de sangre establecido en una aldea vecina y fué atendido en seguida. La herida, en esas condiciones, aunque de cierta gravedad, se había curado bastante pronto y, á los pocos días, podía llegar á Besançon, de donde la escribía. Su convalecencia duraría todavía un mes, y pensaba poder, muy poco después, volver á embarcarse.

Había podido escribir, antes, dos cartas, breves, nada más que para dar señal de vida, pero, según parece, no habían podido salir ó, por lo menos, llegar á su destino, lo que no tenía nada de extraño, vistas las dificultades de todo género que entorpecían entonces, en Francia, los servicios públicos.

Josefina fué calmándose poco á poco; los grandes peligros habían pasado ya para Andrés y sólo le quedaba tener paciencia, algunos meses, para volver á verlo y realizar sus anhelos de muchos años.

Cuando volvió á la sala, la encontró llena de gente. Al llegar la carta, estaba sola con su hermana Manuela, ya toda una señorita, para quien no tenía secretos; le había enseñado la dirección, diciéndole turbada: «¡De Andrés!» Y se había retirado á leerla. Manuela no

Digitized by Google

perdió un momento y llamó á sus padres y á todos los de la casa, y mandó á su hermano Emilio á casa de don Matías Alonso para pedirle que fuese con toda la familia. No era indiscreción de parte de Manuela; pensaba, con mucha razón, primero que ya que era carta de Andrés, esto era prueba de que no había muerto; pero también podía ser, después de tan largo silencio, que trajera dicha carta alguna mala noticia, desastrosa quizás, y que Josefina necesitase consuelo. Si no traía la carta más que buenas noticias, de cualquier modo, ¿no era de todos la alegría?

Josefina tenía en la mano la carta abierta, y quedó un momento sorprendida al ver tanta gente; pero no tardó en conocer que sólo había personas de la familia, y como nadie se atreviera á preguntarle nada, aunque en su sonrisa se pintase toda la alegría de su corazón, y sus ojos no anunciasen desgracia alguna, arrojóse como único medio de comunicar á todos lo que sabía y sentía, primero en brazos de doña Antonia y luego en los de doña Edelmira, cubriéndolas á ambas de besos y exclamando diez veces:

¡Qué suerte, mamá! ¡qué suerte, tía!

Una vez calmada la emoción, Josefina leyó á los presentes la carta de Andrés, saltando solamente, de vez en cuando, algunos renglones, cuya lectura quizás la hubiera puesto todavía más colorada de lo que se ponía al saltarlos. Todos la felicitaron, la abrazaron; se conversó un gran rato y cuando ya se iba agotando el tema, don Matías Alonso, cambió de conversación, y dijo, después de haber solicitado la atención de todos:

—Ahora ya no tenemos por qué quedarnos en Buenos Aires; las noticias que lleguen á Josefina no serán de tanto interés que no las pueda esperar dos ó tres

Digitized by Google

días más, y es absolutamente indispensable que, mañana mismo, por los primeros trenes, salgamos todos para nuestras respectivas estancias.

—¿Por qué todos?—interrumpió doña Antonia que tenía horror al campo.

—Sí, ¿por qué todos?—insistió misia Mariana.

—Sencillamente porque hoy ha habido doscientos cincuenta muertos de fiebre amarilla, y lejos de disminuir, el flagelo va en aumento y amenaza acabar con todos los habitantes de la ciudad.

—Pero, matará únicamente á los que viven en los conventillos; dicen que en los barrios de la Concepción y San Telmo muere mucha gente, pero gente pobre, sin higiene, que vive amontonada. En las casas del centro, ha habido pocos casos.

—Empieza á haber bastantes—dijo don Matías,—y no debemos perder un momento en mandarnos mudar.

—¡Y si viene la fiebre al campo, será peor!

Hoy he conversado con mi amigo el Dr. Quinche, y me aseguró que la fiebre amarilla desaparece, puede decirse, fuera de la ciudad. Del Once afuera no hay epidemia, ni habrá, y si, por casualidad, algún atacado de fiebre sale al campo durante el período de incubación, casi nunca muere, y si muere él, por lo menos muere solo; mientras que en la ciudad, si en alguna casa se enferma uno, todos sus habitantes corren gran riesgo de enfermarse también; si muere el enfermo, todos corren riesgo de morirse. Miren que no es juguete, y no hay pretexto para quedarse en Buenos Aires.

Convenciéronse todos de que don Matías tenía razón, y los menos afectos al campo no se resistieron más á hacer, y ligero, sus preparativos de viaje. Algunos pasaron la noche bastante inquietos, pareciéndoles, á ratos, sentir en la cintura el dolor fatal, precursor de

Digitized by Google

próxima muerte. En resumen, nadie murió, pero todos empezaron á respirar con más desahogo, una vez pasadas las primeras estaciones de sus respectivas líneas.

Don Matías y la familia iban á Mercedes, el señor Zavaleta á su estancia de Dolores. Antes de separarse, don Matías agregó á sus consejos principales algunas instrucciones secundarias, pero cuyo cumplimiento estricto recomendó á todos encarecidamente. La principal era volver á la ciudad lo menos posible, y sólo en casos de absoluta urgencia, y sobre todo no dormir en ella bajo ningún pretexto.

Efectivamente, la experiencia había demostrado que durante la noche era cuando se producía el contagio, y que los que volvían del campo, después de algunos días de ausencia, ó llegaban de Europa, casi siempre eran atacados y con mucha fuerza. No sabía nadie todavía, entonces, que los mosquitos fueran los únicos agentes de la inoculación mortífera; hoy que está esto probado experimentalmente, lo comprueba cualquiera fácilmente, con sólo mirar la cara de algún recién llegado del campo ó de Europa después de su primera noche en la ciudad, en estación propicia á la pululación de los mosquitos.

Toda la población pudiente y semi-pudiente de Buenos Aires empezaba á dejar la capital. Los médicos y las autoridades eran los primeros en fomentar este pánico salvador, y los trenes se iban llenos.

Fué una suerte la magnitud del éxodo y salvó muchísimas vidas. Una comisión popular se había organizado para luchar por todos los medios á su alcance contra el flagelo, cuidar á los enfermos, enterrar á los muertos, ayudar á los pobres, recoger á los huérfanos, organizar campamentos fuera de la ciudad, etc. y más de uno de los generosos miembros de dicha comisión,

Digitized by Google

como el Dr. Argerich, el Dr. Roque Pérez y otros, merecieron por el sacrificio de la propia vida, la admiración y la gratitud eterna de la ciudad de Buenos Aires.

¡Buenos Aires! mentía realmente ese nombre en aquellos días luctuosos, y puede que el único rincón donde no haya habido muertos, ni siquiera enfermos, fueran las dos cuadras tan castigadas el año anterior en la calle Cangallo, de Maipú á Suipacha; habían quedado como vacunadas.

En los pueblos de la campaña, sobraba gente; no había en ninguna fonda una cama, un catre, una silla por alquilar; hasta en los billares dormían; comían lo que podían, pero raras veces faltaba carne; los pozos tenían agua y si había pocas comodidades, se gozaba de absoluta seguridad, y no era ésta poca ventaja, mientras en Buenos Aires, cuya población de cien mil almas se había reducido á 25.000, mermaba cada día en algunos centenares, aumentando siempre la fúnebre lista hasta llegar, el martes de Pascua, 11 de abril, á ochocientos, más ó menos.

Por carradas, llegaban á los nuevos cementerios del Sud y de la Chacarita los ataúdes, apilándose y enterrándose como se podía, marcados de prisa con errores ó sin errores—¿quién iba á reclamar?—y llenándose, en pocas semanas, los enterratorios, hoy jardines hermosos y frondosos parques; la tierra ha sido bien abonada.

¡Cuántos pobres enfermos habrán sido enterrados un poco antes de tiempo! ¡Cuántos colchones quemados, lo habrán sido después de bien registrados por manos codiciosas, que quizás no hayan podido aprovechar las economías ajenas sustraídas, por no haberlo permitido la muerte siempre en acecho! Epoca de horror, que ha

Digitized by Google

dejado á los que la presenciaron un imborrable recuerdo.

Después del 11 de abril, bajó rápidamente el número de víctimas cuotidianas: de á cincuenta, de á cien por día, y empezaron á cobrar esperanza los sobrevivientes. Pero todavía era tan subido el número de defunciones que, al mismo tiempo que la esperanza de salvación, crecía para ellos el terror de quedar incluidos en la hecatombe. En mayo, con las primeras heladas matutinas y la consiguiente merma y desaparición de los mosquitos, habían llegado las nomenclaturas á diez, doce muertos por día, y pronto se dió cuenta el público de que tan pocos muertos bien podían haber tenido derecho de morir de otra cosa que de fiebre amarilla. Con todo, las estadísticas oficiales prolongaron la epidemia hasta el 21 de junio, siendo, según ellas, 13.614 el número de las víctimas del flagelo, en sus 145 días de duración.

Sin precipitación, por cierto recelo muy comprensible después de tamaño susto, pero con ganas de reintegrar sus cómodos domicilios urbanos, volvieron á Buenos Aires las familias emigradas. Las casas de comercio que habían acabado por cerrar del todo sus puertas, en su mayor parte, se abrieron de nuevo y muy pronto se reanudó la vida en todas sus manifestaciones, comercial, social y política.

Con la guerra del Paraguay, las dos epidemias de cólera y las dos de fiebre amarilla, pocas familias habían quedado sin algún luto; pero parece que estas grandes calamidades dejan á los que sobreviven nuevo ardor de vida, y que cuanto más numerosos son los muertos, más ligero se van. Sea por la enorme cantidad de sucesiones repentinamente abiertas por la catástrofe, sea

Digitized by Google

por la necesidad de reaccionar contra rutinas de vida por demás colonial y de modernizarse para luchar con éxito contra nuevos avances de la suerte, sea por esta ó por otra causa, ó quizá por cien más, puestas en movimiento por tan tremenda sacudida, lo cierto es que la desaparición de la epidemia fué el principio de un movimiento comercial y especulativo extraordinario. Parecía que nunca y de ningún modo pudiese volver á amenazar á este país otra calamidad igual ni parecida, y que justamente por las pruebas que había pasado, debían todos tener en su progreso más fe que nunca.

Los tranvías urbanos de Lacroze habían empezado á correr en 1869, del paseo de Julio hasta el Once de Septiembre por Piedad y Cangallo, metiendo, con sus coches precedidos de un muchacho á caballo que en cada esquina tocaba su corneta, un movimiento y un bullicio desconocidos hasta entonces en aquellas calles semi-desiertas. Era toda una revolución en la vida bonaerense; nadie vacilaba ya en dar una vuelta hasta las lejanas regiones del Once, y viejas matronas porteñas que sólo salían, de vez en cuando, á dar un paseíto á pie por Florida, envueltas en sus pañuelos de merino, se arriesgaron á subir con majestuosa lentitud, en los coches públicos, no muy aseados siempre que digamos, pero que también corrían sobre sus rieles, burlándose de los enormes socotrocos reservados por la pavimentación municipal á los simples carruajes.

Después de la fiebre amarilla, entró la fiebre de los tranvías y pronto no hubo una calle que no tuviese sus rieles y no fuese cruzada en muchas de sus esquinas por otros, viéndose por todas partes á los postillones con sus grandes ponchos, parados y tocando la cor-

Digitized by Google

neta, como si la llegada de los coches de tranvías, tirados por dos escuálidos mancarrones, fuese, para los escasos peatones y los pocos carros, un peligro terrible. Reinaba entonces, sin competencia posible, sobre los corazones de todas las sirvientas de la ciudad el mayoral, el mayoral compadrito, criollo, de gorra ladeada en la melena lustrosa, iniciador del oficio y primo hermano, algo más pulido, del carrero.

Al mismo tiempo que los tranvías, iban tomando vuelo los ferrocarriles; á todos los rumbos de la campaña alargábanse sin cesar; el del Sur hasta las Flores y el Azul, y el del Oeste hasta el Bragado. Y, después del gran latigazo de la fiebre amarilla, se llamaba á Bateman para dotar á la capital, que apenas tenía agua para beber, de cloacas y de aguas corrientes, por lujo.

***

Andrés Sterner habría querido apresurar el regreso á Buenos Aires como se lo prometía á Josefina en su carta, pero le fué del todo imposible. Su convalecencia tardó algo más de lo que pensaba, y cuando estuvo del todo sano y lo dieron de alta, antes de conseguir su baja definitiva, debió pasar todavía un mes en el ejército, detenido bajo las armas en previsión de perturbaciones internas, siempre posibles mientras duraba en París la Comuna. Mientras tanto recibió la contestación de Josefina y también noticias referentes á la fiebre amarilla, con orden terminante, perentoria, á pesar de todo el ardiente deseo que se tenía de verlo de vuelta, de no embarcarse antes de la terminación completa del flagelo.

Cuando, en julio, libre ya de todo compromiso patriótico, iba Andrés á preparar su viaje, recogiendo en

Digitized by Google

el Havre las órdenes de sus corresponsales, su padre, después de algunos días de enfermedad, murió.

El señor Sterner, de origen alsaciano, tenía en aquella provincia de Francia la mayor parte de sus intereses. Representante en París, durante muchos años, de una gran fábrica de tejidos alsaciana, había colocado en ella, como socio comanditario, un regular capital, al retirarse de los negocios. Durante la guerra, la fábrica fué incendiada, y á pesar de algunos arreglos y transacciones tardíamente consentidos por las compañías de seguros, el desastre comercial resultó completo, llegando él á perder casi todo su capital. Profundamente conmovido por los reveses de la patria y particularmente por las desgracias sin remedio de su provincia natal; debilitado por los largos sufrimientos del sitio de París, no había podido resistir aquel golpe de la fortuna. Su salud quedó muy quebrantada y cuando Andrés volvió á reunirse con él, pareció reaccionar y componerse algo; pero duró poco la mejoría y no tardó en sobrevenir el desenlace fatal.

Andrés no podía por supuesto dejar sola á su madre; tenía que desenredar la testamentaría paterna, y organizar la vida de la señora Sterner en condiciones que le permitiesen esperar tranquilamente su vuelta, después de casado con Josefina, pues no dudaba que ésta consentiría en acompañarle. Pero pronto vió que iban á quedar en un estado vecino á la pobreza, lo que no sólo dificultaba las combinaciones, sino que hacía momentáneamente imposible, á su modo de ver, el casamiento.

Cuando pidió la mano de Josefina, no lo guiaba ninguna idea interesada; obedecía únicamente al irresistible impulso de sus sentimientos hacia ella. Sabía que el señor Zavaleta tenía dos estancias

Digitized by Google

en el sud de la provincia, pero como nunca personalmente había atribuido mayor valor á la tierra ni á sus bienes, en la Pampa, y por otra parte, Josefina tenía siete hermanos y hermanas, y nada se oponía á que tuviese más, ni por un momento pensó en hacer lo que en su tierra se llamaba *un beau mariage*. Emprendedor y activo, dueño del pequeño capital que le había confiado su padre, ambicioso pero no vilmente codicioso, las ideas de dote y de herencia, fundamentales en su tierra para casi todos los jóvenes de ambos sexos, estúpidamente fomentadas en ellos desde la niñez por los mismos padres, sus primeras víctimas, y en detrimento de la natalidad, inconmovible base de la grandeza patria, no le inspiraban más que el profundo desprecio que merecen, considerándolas indignas de todo hombre capaz de ganarse la vida con su trabajo.

Pero, por otro lado, tampoco se creía con el derecho de imponer á Josefina una vida precaria á su lado, y cumplió con lo que consideraba su deber, poniéndola al corriente de todo, anunciándole la ruina y la muerte de su padre, pintando la situación en que quedaban él y su madre, pidiéndole permiso de quedarse en Francia todo el tiempo necesario para llenar sus deberes filiales, é insinuando que tendrían que demorar la hora feliz de su casamiento hasta que, de vuelta en Buenos Aires, hubiese restablecido, siquiera en parte, á fuerza de trabajo y de suerte, su posición en buen pie.

Le daba los detalles que hubiera dado un marido á su esposa, haciéndola saber que asegurada la vida relativamente holgada de su señora madre en París, le quedarían por todo haber los catorce ó dieciséis mil pesos que tenía invertidos en sus negocios, importe

Digitized by Google

de lo que le había confiado su padre y de lo que había ganado; y que no consideraba suficiente esa cantidad para fundar sobre base firme la tranquilidad material de su hogar.

Cuando recibió estas cartas de Andrés, Josefina que, á pesar de su seriedad nativa, era incapaz de un cálculo por no haber tenido nunca ocasión de hacerlo, recurrió á su padre, asesorado de don Matías, para convenir con ellos lo que debía contestar. Conocían ambos y apreciaban á Andrés; sabían que no faltaría á su palabra, pero temían no poder vencer algunos de sus escrúpulos y que esto demorase quizás indefinidamente el casamiento, pues si la fortuna va y viene ligero, también muchas veces, cuando se ha ido, no vuelve nunca; temían que el amor filial y las obligaciones ineludibles que le creaba la triste situación de su madre viuda y sola, á pesar de los arreglos que con otros miembros de su familia pudiera convenir para hacérsela más llevadera, lo detuviesen tanto tiempo que, poco á poco, volvería quizás á imperar definitivamente en su ánimo el amor á la patria, tanto más cuanto que acababa de sufrir por ella y la había visto en todo el horror de sus desgracias.

Mientras duraba la conferencia y exponían á Josefina sus dudas y sus esperanzas basadas únicamente en lo que conocían de noble y de grande del corazón de Andrés, entró don Luis y, con el *sans-gêne* que lo caracterizaba y su desfachatez habitual, se entrometió sin ser llamado, pero también sin que nadie á ello se opusiera. Escuchó con atención. El también quería y estimaba á Andrés, y se habían hecho muy amigos; le gustaba á don Luis que ese gringo, como siempre decía, se hubiese acriollado tanto, pero en el fondo, á pesar de todo, siempre le quedaba como una pequeña

Digitized by Google

hez de insuperable desconfianza hacia el extranjero. Su naturaleza más primitiva y sin complicación, de criollo empedernido, casi de verdadero gaucho, y, como tal, poco accesible á todo lo de afuera, dispuesta á rechazarlo por instinto, si bien llegaba á conceder grandes cualidades á Andrés, su amigo, no consentía en admitir que no tuviese también Andrés, ese extranjero, sus tapujos. Y, como siempre, empezó chusqueando:

—Habrá encontrado por allá á alguna gringa buena moza y nos estará contando cuentos. Así son esos diablos.

Ya ni se acordará de volver acá. Mirá, che, lo mejor es que le contestés que se puede quedar en su tierra, que aquí no lo necesitamos y que hay bastantes criollos lindos para hacer felices á todas las criollas de la República.

—¡Tío Luis! no sea usted así—se limitó á contestar Josefina.

—Soy así porque así es—dijo don Luis.

Don Matías, sin hacer mayor caso que Josefina á las salidas de su hermano, aconsejó á ésta contestase á Andrés que su capital le parecía muy suficiente, manejado como seguramente lo manejaría, con habilidad, para vivir muy bien en Buenos Aires y hasta para hacer, de vez en cuando, un viajecito á Francia; que esperar, para casarse, á ser rico... y viejo, era un gran error; que ella no necesitaba lujo, que no estaba acostumbrada á tenerlo; que la vida material era muy barata en la República Argentina y que, aunque tuvieran una caterva de hijos, no los iban á dejar morir de hambre, pues siempre alcanzaría para todos la carne de la estancia.

—Dile también—agregó don Matías,—que el mo-

Digitized by Google

mento es espléndido para ganar plata aquí; que estamos en una era excepcional de prosperidad y de tranquilidad; y le puedes dar como prueba el éxito de la Exposición de Córdoba; que el crédito es fácil y que si se apura en venir podrá aprovechar la ocasión.

—Agrégale también—dijo don Luis,—que si no se apura, va á encontrar á Josefina casada ó, por lo menos, con otro novio.

—¡Tío Luis!—protestó Josefina escandalizada.

Pero don Luis se reía á carcajadas, contentísimo de su gracia.

Josefina escribió á Andrés en el sentido indicado por don Matías, para convencerle de que si volvía su fortuna estaba segura; discretamente le habló de muchas otras cosas y se guardó muy bien de agregar lo de don Luis.

El tiempo iba pasando. Andrés había podido, por fin, arreglar todos sus asuntos, dejar á su vieja madre—muy desconsolada la pobre, pero resignada, sabedora de que los hijos, una vez criados, vuelan,—en casa de unos parientes muy buenos y que la querían mucho; había recibido amplias órdenes de compra de frutos del país; se llevaba cartas de crédito como para fundar un Banco, y en agosto de 1872 se despidió de su mamá vieja, jurándole, entre sollozos mal contenidos, que antes de seis meses estaría de vuelta.

Era sincero. Su ambición de enriquecerse no había menguado, pero con los elementos puestos á su disposición, la experiencia adquirida, y lo que le mandaba decir don Matías por Josefina de la situación del país, ¿cómo no soñar con el éxito rápido, americano, siempre deseado, fugitivo hasta entonces, sólo por motivos inesperados? Pero, ya no se embarcaba para Buenos Aires con las mismas ideas

Digitized by Google

de antes. Pensaba volver, por supuesto, y pronto, naturalmente; pero sus promesas ya no eran de vuelta definitiva. Como lo presumía don Matías, quería más á su tierra después de haber sufrido por ella, pero su afecto hacia la tierra donde había encontrado á la que sería compañera ideal de su vida, ya era también, por su parte, indiscutido y sin reserva. A la patria nativa la quería hasta morir por ella; tenía para la otra un cariño de hijo adoptivo. No alababa todavía todo en ella; todavía se permitía encontrarle algunos defectos, pero ya no se reía de ellos, ni siquiera los criticaba, y muchas veces los excusaba.

Casi no podía separar en su corazón ni en su mente la imagen de Josefina de la imagen de la República Argentina.

Juntas en una sola, las veía amables, hermosas, bondadosas, atrayentes. Le llamaban ambas con afectuosa sonrisa... y, sin vacilar, iba.

***

Llegó Andrés á Buenos Aires en septiembre de 1872. Dos años hacía que había salido para ir á defender el suelo de su patria; dos años, durante los cuales quedaron interrumpidos cruelmente sus sueños de dicha; dos años llenos, en vez de la felicidad al parecer tan próxima, de sufrimientos físicos, materiales y morales de todo género; de acontecimientos á cual más luctuoso, de muertes, de ruinas, de separaciones hechas más dolorosas por calamidades públicas inauditas en ambos países; dos años también que si no pudieron destruir sus proyectos conyugales, tenían, por fuerza, que haberlos hecho inconmovibles.

Así lo entendían todos, y cuando al poner el pie en

Digitized by Google

el muelle se encontró Andrés frente á frente con Josefina, y llevados de simultáneo ímpetu cayeron en brazos uno de otro, á nadie, ni al más recatado, se le hubiera ocurrido velarse la faz.

Andrés tenía entonces 27 años; estaba en el apogeo de su virilidad, hecho todo un hombre por la misma vida accidentada que acababa de pasar. Su espíritu de empresa se había desarrollado con la misma paralización comercial en que tuvo que pasar aquellos dos años; su ambición había crecido, ó mejor, se había hecho más intensa, con la ruina de su familia y su deseo de proporcionar á Josefina, el día que se casasen, la vida confortable que para ella anhelaba. Por esto, explicando al señor Zavaleta y á don Matías su situación financiera y comercial, insistió en demorar la boda hasta que algunas operaciones felices la hubiesen asegurado. Josefina, por su parte, no presentó dificultades; se sentía demasiado feliz con haberlo vuelto á encontrar para querer otra cosa de lo que quería él.

Andrés fué recibido por toda la familia con el regocijo que se puede suponer, y en la misma noche de su llegada hubo en casa de los señores Zavaleta una alegre tertulia, á la que no faltó ninguna de las numerosas amigas de Josefina.

Aunque ya Andrés poseyera regularmente el castellano al ausentarse del país en 1870, su prolongada falta de práctica hacía que no siempre le fuera fácil entender todo lo que decían las muchachas. Hablaban todas en tropel, muy ligero, entre risas y de mil cosas distintas á la vez, de modo que su oído algo desacostumbrado al idioma no alcanzaba á seguir semejantes gorgoritos. Ypor supuesto se burlaban alegremente de él las niñas al ver los esfuerzos que hacía para tratar siquiera de adivinar con los ojos y el oído

Digitized by Google

el sentido general de lo que con tanta volubilidad salía de sus sonrientes labios. Desesperaba Andrés de llegar á discernir algo de tan confuso palabreo, y se daba cuenta de la mentira que por lo general cometen inconscientemente las personas que confiesan no poder hablar un idioma, pero afirman que lo entienden.

Algunas palabras pronunciadas de vez en cuando más pausadamente por una de las personas mayores le permitían suponer siquiera que se trataba de tal ó cual cosa, pero se quedaba en ayunas la mayor parte del tiempo.

Era preciso que de lástima y para que no acabase por aburrirse y quizás resentirse, acudiera de cuando en cuando Josefina en su auxilio y le explicase que en los dos ó tres minutos últimos se había hablado de todo, menos de cosas serias, de la fiebre que tenía Panchita, la última hijita de doña Elvira, hermana de la señora de Sánchez, á quienes por lo demás no conocía Andrés, fiebre de dientes, no más, decía el médico; de la visita que había hecho Antonia, la novia de don Alberto Gutiérrez á lo de Mme. Lafforgue para elegir un tapado de terciopelo; y como Andrés tampoco conocía á Antonía, ni á Alberto, ni á Mme. Lafforgue, lo que sobremanera extrañaron todas las compañeras de Josefina, ni entendía mucho de tapados, fácilmente se explicó cómo no había podido adivinar nada. También habían hablado de gorras y de las que acababa de recibir Anita, la modista de la calle Florida, y Andrés recordaba haber oído una exclamación de misia Mariana á quien aconsejaban sus nietas que comprase una:

—¡Yo, una gorra! ¡con plumas y flores! ¡qué esperanza! No, hijitas; que ustedes se atrevan á ponerse en la cabeza, semejantes horrores, todavía pasa porque

Digitized by Google

son jóvenes; pero yo, una vieja eterna: no, no; ¡me quédo con mi pañuelo!

Y también algo habían dicho del atentado de los hermanos Guerri contra el presidente Sarmiento, y de la estatua de Belgrano, todavía rodeada de andamios en la plaza Victoria y que pronto se iba á inaugurar; y durante un rato, cuando Andrés pudo notar cierto pasajero efluvio de melancolía, era que habían hecho referencia al fallecimiento ya algo lejano de los viejos señores Vázquez, ocurrido á los pocos días uno de otro, durante su ausencia. Y de repente sonaba con furor el piano, preludiando un aire popular, y sin mayor resistencia, sin hacerse inútilmente de rogar y para dar gusto á todas apuellas muchachas locas—decía,—Josefina algo tímidamente, con su vocecita sin pretensión pero muy afinada y con un leve acento que le agregaba un encanto más, celebraba con exótica gracia, en inocentes versitos franceses, la *cuerda sensible* que cada mujer posee, y que según afirmaba la vieja canción, hace vibrar un hombre el día menos pensado.

Todos, como es natural, se alegraban de ver realizarse las profecías de vuelta segura que habían hecho á Andrés en otros tiempos, pero nadie se atrevía á hacérselas acordar, temiendo que con sólo pensar que se venía ligando cada vez más con el país, quisiese romper á cabezazos los barrotes de la jaula, por tiernas que fueran las ligaduras. Es preciso saber triunfar silenciosamente, pues los triunfos ruidosos casi nunca son duraderos.

Estaba, por otra parte, muy lejos de darse por vencido. Claro es que habiendo elegido á su futura esposa en Buenos Aires, abrigaba hacia el país y sus habitantes sentimientos de verdadero cariño, pero no por esto pensaba en radicarse en él. La mujer sigue á su mari-

Digitized by Google

do, y ya que tenía él en Francia, la patria, á su madre á quien prometiera volver á los seis meses, no había motivo para creer que hiciese de otro modo; se llevaría á Josefina, y nada más. Tampoco la llevaría para siempre; volverían, volverían á pasear, á ver á los viejos, á los hermanos y primos y tíos, á todos por algunos meses, y aquello era lo mejor.

Lo primero que tenía que hacer era trabajar, trabajar bien, mucho y con acierto.

—Ideas de francés rezongaba don Luis;—¿para qué necesita tanta plata para casarse? ¿Acaso precisan vivir como emperadores? ¿Y si llega á perder lo que tiene entonces, no se van á casar nunca? Está fresca Josefina: ya tiene 24 años; pronto será tiempo que vista de monja.

A menudo volvía la misma conversación entre don Luis y Andrés Sterner.

Un día, poco tiempo después de haber vuelto éste, el 25 de diciembre, al oir á su hermano hablar con semejante entusiasmo de casamiento ajeno, dijo don Matías:

—No hay como estos solteros viejos para predicar el matrimonio. ¡Qué palabra tan convincente! será para tapar lo que tiene de poco convincente el ejemplo. Pero, con todo, Luis tiene razón. La vida es corta y hay que apresurarse á aprovechar las horas de felicidad que le pueda á uno proporcionar, y si no, miren á esos pobres del «América»; ¿han visto? ¡Qué barbaridad! ¡Cuántas vidas repentinamente cortadas en plena alegría, en pleno goce!

—Dicen que ha sido una cosa espantosa; y así tiene que ser. Un incendio en un vapor cargado de pasajeros, entre ellos muchas señoras y niños, en plena no

Digitized by Google

che, es una de las catástrofes más aterradoras con que pueda uno soñar.

Y cada cual citó á algún conocido, algún amigo desaparecido en el desastre, maldiciendo, quizás injustamente, al comandante del vapor que se había salvado; ponderando el valor sereno del señor Roll, quien tirando al agua una mesa del comedor había salvado en ella á toda su familia, mujer é hijos; y la abnegación heroica de don Bartolomé Viale, un soltero ejemplar, ese, al sacrificarse para salvar á la joven señora de Marcó del Pont. Se citaba al señor Larrazábal que estuvo á punto de embarcarse y que por no haber llegado un amigo á quien esperaba, por suerte para él, perdió el vapor.

Pero, volviendo á discutir su caso, protestaba Andrés, diciendo que sin una posición bien asentada, no se quería casar; y don Luis lo seguía peleando, diciéndole que era una estupidez, pues una vez casado trabajaría con más sosiego, y mejor.

Empezó Andrés sus operaciones de frutos del país. Compraba lanas y cueros en grande escala, como lo tenía que hacer, por las muchas órdenes importantes que había traído y como se lo permitía el crédito de que gozaba. Como siempre después de las grandes guerras europeas, estaba diseñándose una gran suba, especialmente en los cueros vacunos; y acordándose de cómo el señor Barral había empezado su fortuna después de la guerra de Crimea, compró por su propia cuenta dos cargamentos de cueros salados del saladero de Carbó en el Paraná. La operación era magna; importaba alrededor de ciento cincuenta mil patacones, pero la hizo con fe y los bancos de Wanklyn, de Carabassa y el Banco Nacional, recién fundado por acciones, se la facilitaron, tomando sus letras en condiciones muy li-

Digitized by Google

borales. Pero en toda especulación hay que contar con la suerte, y aunque los cálculos sean buenos, muchas veces salen al revés del mismo sentido común.

Pudo cargar, despachar y vender á entregar en Europa el primer cargamento con una utilidad de 25 por 100. El segundo quedaba fácil de colocar en las mismas condiciones, con tal que llegase un mes después del otro, á más tardar. Andrés comunicó á Josefina la feliz nueva, anunciándole que bastaba esto para fijar muy pronto el feliz día de su enlace. Contaba el pobre sin López Jordán.

¡López Jordán! uno de los últimos y también uno de los más temibles de esos caudillos que en su semiignorancia de las cosas del país, todavía casi confundía Andrés con los caciques indios, siempre prontos á entrar en campaña contra los poderes constituidos, bajo cualquier pretexto, para poder á su gusto, recorrer el campo con el gauchaje, robar hacienda, arruinar al estanciero, estorbar el progreso. Y esta revolución de 1873 no era la primera, ni tampoco sería la última suscitada por él. Ya el 11 de abril 1870, había hecho asesinar por un grupo de soldados al general Urquiza, á quien debía la República Argentina el haber sido librada de la tiranía de Rozas, vencido por él, en Caseros, en 1852. El presidente Sarmiento, á pesar de las protestas del asesino, no vaciló entonces en hacer intervenir en la provincia así amenazada de anarquía, el poder nacional. Pero la lucha fué larga; el paisano entrerriano es como el oriental, descendiente de los charrúas, los indios más bravos de toda esta parte del continente; le gusta empuñar la lanza; ama la pelea, el entrevero, las cuchilladas, el degüello: es cruel y le agrada verter la sangre, aun la del hermano; y bien se ve todavía en la Banda Oriental, en donde basta

Digitized by Google

que alce el poncho un gaucho compadrón, titulándose caudillo y también general, para que lo siga el paisanaje en repetidas guerras sin cuartel asoladoras de la misma patria.

López Jordán, se había apoderado en 1870 de la ciudad del Uruguay y de Gualeguaychú; lo venció después Rivas, en Santa Rosa, con gran mortandad de ambas partes, pero sin poderlo reducir; y sólo en 1871 el entonces comandante Julio A. Roca, que el año anterior, ya había deshecho felizmente una montonera en Salta, completó la derrota que en Ñaembé le infligía el general Baibiene, tomándole, con su batallón, los cañones á la bayoneta.

La intentona de 1873, la que nos ocupa por el perjuicio que causó á Andrés Sterner—y que como dijimos no fué la última, pues antes de morir asesinado á su vez, en las calles de Buenos Aires, por un descendiente de su ilustre víctima Urquiza, iba á sublevarse otra vez en 1876,—duró felizmente poco, aplastada que fué por el general Levalle en Don Gonzalo, pero duró, asimismo, bastante para causar á Andrés irreparables perjuicios.

Efectivamente, cuando estalló el movimiento, el Gobierno nacional, para impedir que los revolucionarios recibiesen armas, cerró los puertos, y, sólo después de un mes entero de empeños diplomáticos, pudo conseguir Andrés autorización para mandar el buque que de antemano tenía fletado; y antes de que llegase á Paraná y pudiese recibir los cueros del saladero casi desierto, y después de un largo viaje, fondease por fin en Amberes, se había derrumbado el mercado, y perdía Andrés con el cargamento el doble de lo que había ganado con el anterior.

Don Luis tuvo la crueldad de titearlo más que nun-

Digitized by Google

ca y de decirle que si no se casaba ya, todo lo iba á perder y no se casaría nunca; no que no lo quisiera Josefina lo mismo pobre que rico, sino sencillamente -- decía,—porque nunca iba á acertar en sus negocios y á ser feliz en ellos sino después de casado.

Y á la verdad, un momento vaciló Andrés con esa nueva sacudida de la suerte. Empezaba á comprender que el dinero no es todo en la vida, que no por la fortuna se mide la felicidad, y que no por no poseer aquélla en la forma que uno quiere, debe pasarlo sin ésta. Pero las ideas que, desde criatura, habían cultivado en su cabeza, se oponían á que se atreviese á arrostrar con sangre fría la formación de una familia sin una posición ampliamente asegurada; no tenía la bajeza de esperar esa posición de su mismo casamiento, como la gran mayoría, por no decir la casi totalidad de sus compatriotas, pero le faltaba valor para imponer á su compañera una vida mezquina, precaria, pobre, y menos que nunca hubiera cedido en aquella ocasión.

Josefina quedaba, como siempre, resuelta á esperar con absoluta paciencia todo el tiempo que desease Andrés, dejándolo dueño de fijar la fecha que quisiera para el enlace. Pero, viendo que pasaban los meses y que de inconveniente en inconveniente, podría suceder que se les escapase la primavera de la vida sin anidar, siguió los consejos que, sin descanso, le daba su tío Luis, en forma generalmente cáustica, pero corroborados ya por la opinión de don Matías y del señor Zavaleta. Todos estaban contestes en que debían formalmente aunar sus esfuerzos para convencerle de que su fortuna era muy suficiente para fundar su hogar y que no debía esperar más. Doña Antonia fué la

Digitized by Google

encargada por la coalición de tener con él una conversación al respecto.

—Andrés—le dijo,—va á ser preciso que ustedes se casen de una vez, sin mirar atrás. Anden como anden sus negocios, no deben esperar más tiempo, ya que están de acuerdo. Esto de seguir de novios veinte años está bueno, y todavía ¡quién sabe! para los que realmente no tengan en qué caerse muertos; pero ustedes, al fin y al cabo, aunque se queden arruinados del todo, lo que no es el caso según tengo entendido, no deben temer nada. Josefina, por supuesto, hará lo que usted mande y esperará el tiempo que usted quiera, pero yo, como madre, me permito aconsejarle que deje usted á un lado toda clase de consideraciones y acabe con una situación que ningún bien puede producir á nadie.

Andrés, que ya estaba más ó menos convencido de lo cierto de estas ideas, no opuso mayor resistencia y sólo pidió á la señora de Zavaleta dos meses ó tres para acabar de realizar unos negocios que tenía en tratos, y que, según aseguraba, lo iban á enriquecer.

Cuando doña Antonia transmitió á don Luis, á don Matías y á su esposo la contestación de Andrés, estuvieron todos de acuerdo en que había que exigirle la formal promesa de que, aunque á los tres meses no hubiese terminado dichos negocios, ó no hubiese ganado con ellos lo que pensaba, ó hasta hubiese perdido todo lo que tenía, el casamiento, de cualquier manera, tendría lugar sin más prórroga.

No había en todo esto más que un empeño puramente amistoso; nadie pensaba en obligar á Andrés á ir en contra de sus propósitos, pero nadie tampoco veía que hubiese necesidad de prolongar tanto su noviazgo. No faltaban en la sociedad ejemplos de noviazgos

Digitized by Google

larguísimos, pero la gente sensata los encontraba absurdos, y con razón, y la familia de Josefina era gente sensata.

Consintió Andrés. 1872 tocaba á su fin y prometió, juró que de cualquier modo que terminasen los negocios emprendidos, el primero de abril de 1873 tendría lugar la ceremonia.

***

Los negocios que tan bien le debían ir eran especulaciones en tierras. El gran movimiento comercial, la era de prosperidad á que diera principio la terminación de la fiebre amarilla, se habían manifestado de distintas maneras: la importación de mercaderías había aumentado en una medida fenomenal, la inmigración se tornaba invasión; no daban abasto los vapores á pesar de haber duplicado sus viajes las líneas principales y de haberse creado varias más, con itinerarios directos á Buenos Aires, ya sin trasbordo en Río de Janeiro.

Una de las señales más peculiares de esta prosperidad había sido desde el principio la subida de los terrenos urbanos y suburbanos de Buenos Aires. Después de tantas epidemias, todos se habían convencido de que el mejor medio para evitar sus peligros era de ir á veranear fuera, y como todos trataban de tener para ello una quinta en los pueblos que circundaban Buenos Aires, empezó á tomar valor la tierra; á más abundaba el dinero por haberse vendido muy bien los frutos del país y seguir en alza, y empezó también á subir la propiedad de la ciudad.

La fundación del Banco Hipotecario de Buenos Aires había contribuido mucho á fomentar esta suba,

Digitized by Google

y la emisión cada día mayor de cédulas, la facilidad para venderlas en la Bolsa, á precio bastante elevado por las garantías que presentaban, pronto iban dando á la tierra un valor que, poco á poco, también tenía quizás algo de ficticio. Pero no faltaban razones para demostrar que no sólo las bases del alza de precios eran inconmovibles, sino que llegaría ésta á cifras inauditas; no había más que ver la inmigración tan numerosa que seguía llegando, el precio de las lanas y de los cueros, cada vez más solicitados en Europa, para comprender que el país todo iba á ser inmediatamente un emporio de riquezas. Los que así pensaban eran especuladores que no se daban cuenta cabal de los recursos y de la producción actuales del país, viendo, como si fuera cosa del presente, el progreso que se debía realizar entre mil vicisitudes en treinta años más. Encandilados por una prosperidad pasajera, llegaban á figurarse que no iba á alcanzar la tierra para tanta gente que acudía y la que iba á seguir, y creían que de un día por otro tenía que duplicar, triplicar su valor.

Andrés, siempre deseoso de realizar rápidamente una fortuna, algo desanimado por el mal resultado de su última gran operación en frutos, pensó que especular en tierras sería lo mismo que especular en lanas y cueros, que esto no era radicarse en el país, ya que uno compraba hoy y vendía mañana, con utilidades enormes. Había hablado de tres meses para liquidar sus negocios y casarse, y realmente pensaba no necesitar tanto tiempo.

Como tenía mucho crédito, lo aprovechó comprando en varias partes de los suburbios de la ciudad terrenos grandes para repartirlos en lotes, y sus primeras operaciones resultaron tan felices que sin

Digitized by Google

reparar en ciertas advertencias desinteresadas que le hicieron varios amigos, y en particular don Matías, se lanzó cada día más en especulaciones, que pronto se hicieron vertiginosas.

Había explicado á don Matías sus ideas sobre dichas especulaciones con un entusiasmo que á éste le llamó mucho la atención.

—Entonces—le había dicho éste,—¿ahora tiene usted fe en el país?

—¡Cómo no! con la inmigración que viene, la tierra tiene que ir tomando valor muy rápidamente, en la ciudad, sobre todo, por la gran cantidad de inmigrantes que en ella se quedan.

—¿Y no cree que los campos también tomarán valor, y más aún, en proporción, que los terrenos de la ciudad?

—No hay duda de que, poco á poco, con el aumento de la población, se han de valorizar; pero el temor á la soledad, á los indios, la poca seguridad que hay para el extranjero en la campaña, harán que se demore mucho esa valorización.

—Pero, Andrés; si todo lo que cuentan son exageraciones; la campaña, en toda su parte poblada, está muy segura y no hay, en vivir en ella, el menor peligro. Dígame ¿cuánto vale en Europa una cuadra de buena tierra?

—En Francia, valdrá una hectárea—no una cuadra, que es mucho más,—entre doscientos y seiscientos pesos, según su situación y lo que pueda producir.

—Y, dígame, entonces por qué no llegaría á valer mucho más de los dos ó cuatro pesos que viene á ser ahora por hectárea, el precio de una legua de campo flor? Yo creo que el día que en Europa sepan lo poco que vale aquí todavía la tierra de pan llevar, han

Digitized by Google

de venir á comprárnosla centenares de miles de inmigrantes.

—Pero—preguntó Andrés,—¿usted cree que realmente servirá aquí la tierra para sembrar trigo?

—¿Y por qué no va á servir?—contestó don Matías, pero sin mayor convicción;—el maíz se da muy bien aquí; no veo motivo para que algún día no hagan la prueba. Y hasta le diré que segun creo hace ya más de diez años que en el Baradero lo han ensayado unos suizos; lo que sí, no creo que les haya dado todavía gran resultado.

—Sí; no debe ser muy buena la tierra, pues de otro modo seguramente se hubiera poblado mucho más.

—Pues, con todo, creo, Andrés, que usted, ya que compra tierras, no debería comprar sólo propiedades en la ciudad, sino también algún campo. Me parece de más porvenir.

—¡Oh! pero yo no compro para el porvenir - exclamó Andrés;—compro para volver á vender en seguida.

Don Matías no insistió; pero quedó muy inquieto sobre el resultado final de las especulaciones de Andrés. Para él, estanciero é hijo de estanciero, acostumbrado á considerar la tierra como la base sagrada del bienestar de la familia y de su fortuna, imbuido del gran precepto paterno, mil veces oído y mil veces repetido por él á sus hijos: «Compra casa lo que puedes ocupar, compra campo lo que puedes ver,» consideraba que por ningún precio se debía vender campo, fuera de absoluta necesidad; y por otro lado, no comprendía que pudiese ser objeto de comercio ninguna clase de propiedades. Esto de comprar terrenos para venderlos en seguida le parecía una anomalía; el bien raíz en su concepto, no era ni debía ser asimilado á un mueble que cambia de manos con la mayor facilidad. Aunque

Digitized by Google

le hubiesen ofrecido un millón de pesos papel la legua, por sus campos de Mercedes y de San Pedro, no los hubiese vendido; le hubiera parecido un sacrilegio vender una partícula de ellos; y sin embargo un millón de pesos era como para tentar: cuarenta mil pesos oro, ¡algo como 15 patacones la hectárea! Pero no tenía para qué defenderse, pues por muchas locuras que hicieran los especuladores, no había peligro de que ninguno le ofreciera semejante barbaridad.

Otras personas trataban de disuadir á Andrés de meterse en tantas especulaciones. Si los viejos propietarios de la tierra, sin creer que ésta pudiera subir mucho más, ni con el tiempo, eran refractarios á las más seductoras ofertas, los negociantes extranjeros, en general, consideraban que entrando á especular, no se debía comprar sino propiedades de renta, casas bien alquiladas y no terrenos baldíos que no producían, ni podían producir nada, sino una vez edificados.

Andrés les contestaba que eso ya era colocación de dinero, pero no negocios, y que operando así, no se ganaría nada; mientras que cualquier terreno sin edificar, al momento se volvía á vender duplicando la plata, y más si era terreno grande y en los suburbios, para poderlo dividir y vender en lotes. Y él y los demás llegaban á exclamar con verdadera convicción, pasando por delante de algún terreno baldío bien encerrado entre casas: «¡Qué lindo terreno!» mientras que las casas que lo rodeaban, por bien edificadas, nuevas y de buena renta que fuesen, no les llamaban la atención.

El crédito seguía fácil. Andrés, para comprar cualquier terreno, si no le alcanzaba el dinero disponible, se presentaba en uno de los bancos donde tenía cuenta corriente y pedía diez, veinte mil patacones en descu-

Digitized by Google

bierto: «No hay inconveniente,» le contestaba el señor Wanklyn: «Bueno;» le decía el señor Carabassa y de la escribanía se iba á casa del rematador, á preparar en seguida la fiesta de la liquidación.

Sucedía que anunciado el remate, y antes de verificarse, se presentaban ofertas de algún otro especulador para tomarlo por su cuenta, y Andrés soltaba la presa con gran utilidad y con cierto sentimiento, ó no la soltaba, cuando se creía seguro de ganar mucho más.

Hubo remates épicos: quintas antiguas, plantadas y edificadas en los tiempos coloniales, en todos los arrabales de la ciudad, al Norte, al Sur, al Oeste, veían cada domingo sus venerables cercos de tuna rodeados de gente llegada de todas partes y por todos los medios posibles de locomoción, en tranvía, á pie, á caballo, en volanta, para disputarse á fuerza de pesos—de pesos papel, decía con una mueca de profundo desdén, un rematador, retacitos chicos de terrenos grandes, para edificar en ellos el humilde casucho en propiedad que da al que ha sabido economizar algunos de esos pesos *papel*, la independencia grande del alquiler mensualmente matador.

Una tienda grande de campaña, una mesa, una silla, un banquito; otra mesa con algunas docenas de cerveza Bieckert; y gallardetes y banderas, las mismas del Carnaval y del 25 de Mayo, y cohetes y bombas, á veces una banda de música, y el rematador subía sobre el banquito, con el martillo en una mano y el plano en la otra, y mientras su secretario tomaba asiento en la silla para redactar las papeletas, pronunciaba un vehemente y entusiasta discurso, oración fúnebre de la propiedad otrora señorial que iba á hacer volar en fragmentos, saludo también á la fecunda invasión de pequeños propietarios que se la iban á repartir.

Digitized by Google

Las ofertas pronto se cruzaban; las esquinas de calles por hacer eran disputadas á guiñadas y á gritos por los futuros almaceneros, ávidos de establecer su casa en buen sitio del nuevo barrio. Y sobre las calles ya frecuentadas, futuros bulevares de la ciudad en fermentación de progreso, se pagaban precios locos:

Dos mil pesos moneda corriente, por ejemplo, la vara de frente por todo el fondo (cincuenta á setenta y cinco varas en general), en la calle Santa Fe, entre Andes y Azcuénaga, algo como 3,50 pesos curso legal de hoy la vara cuadrada! Es cierto que quien hizo esa compra, un confitero francés de exquisita ciencia en la fabricación de pasteles, enriquecido en su oficio, se arruinó con ella y algunas otras por el estilo. Con sólo poder esperar treinta y tres años más, habría podido liquidar á 70 pesos la vara cuadrada; pero treinta y tres años es toda una vida, y ¿quién puede esperar toda una vida?

Probablemente pensaba como tantos otros, volver á vender sus lotes á los ocho días ó á los dos años, duplicando el capital. ¡Ay de nosotros! por ligero que marche el progreso, casi siempre corre más ligero aún la vida humana; y basta que el espejismo fatal haga ver á destiempo lo que puede llegar á ser el país para provocar más de un traspié mortal.

No hay cosa peor para la buena dirección de los negocios, que la imaginación, las ilusiones, el entusiasmo, y de esto nace la innegable superioridad para ganar pesos, de cualquier bolichero sobre cualquier poeta. Uno ve las cosas como son, el otro las ve como quisiera que fuesen.

Andrés estaba muy entusiasmado, y las primeras ganancias, de inesperada cuantía, que logró, hacían hasta cierto punto, excusable su entusiasmo. Empeza-

Digitized by Google

ba á comparar los precios de la tierra en Europa con los que valía en la República Argentina, y la diferencia era tan grande que cualquier compra podía realmente parecer pichincha, con tal que siguiese acudiendo la inmigración.

Los terrenos grandes en la capital empezaban á escasear, ó más bien los vendedores: pedían disparates ó se negaban en absoluto á ceder sus propiedades. Misia Mariana, por ejemplo, poseía en Almagro una gran quinta donde le gustaba ir, en verano, á pasar una temporada. Más de una vez, especuladores atrevidos hicieron que corredores hábiles, fuesen á verla para ofrecerle grandes precios por la quinta; pero una vez por todas, había dado orden de no admitir á ninguno más, á nadie que fuera á hablarle de semejante asunto.

Bastante fastidiada estaba ya, decía, con ver surgir por todos lados, alrededor de su quinta, casas, cuando antes ni una sola había que le tapase la vista; ahora ya no podía ni siquiera ver el campo, como antes; estaban edificando cada día más casas, y chalets, y quintitas, y puras paredes se veían entre la arboleda.

La pobre señora, muy anciana ya, murió poco tiempo después, más asustada que admirada de los progresos de la ciudad; cuando se llega á cierta edad, forzosamente se tiene más apego al pasado que anhelos de un porvenir que no se alcanzará á ver, y hubiera de buenas ganas suprimido todos los tranvías de la calle Rivadavia y todos los edificios nuevos que habían venido levantándose por todas partes ante el paisaje acostumbrado, compañero de sus ojos desde que aprendieron á ver.

En sus últimos días había manifestado varias veces á Andrés su satisfacción por haberlo vuelto á ver en

Digitized by Google

Buenos Aires, y más de una vez también le dijo como en otra ocasión:

—Se vuelve siempre á la República Argentina. De ello he visto mil ejemplos.

No fué el único acontecimiento del año en la familia, la muerte de misia Mariana, pues había tenido lugar algún tiempo antes el casamiento de Manuela, hermana de Josefina, á los 18 años, con uno de los hijos del señor García, rico negociante en géneros; y este casamiento no dejaba de ser para Josefina, seis años más vieja, algo como una pequeña desazón; pero su carácter firme y sereno le permitía sobrellevar sin aparente esfuerzo penas tan livianas, y decía, riéndose, á los que hacían alusión á los perpetuos aplazamientos de su propio enlace:

—Sólo empezaré á desesperar cuando se case Concepción.

Concepción, su hermana más joven, sólo tenía entonces doce años. El primero de abril, fecha fijada de común acuerdo para el casamiento, había pasado como los demás, pero aseguraba Andrés que sin falta el mes próximo se haría.

Viendo cuán difícil era ya encontrar en la ciudad á precios posibles terrenos grandes para dividir en lotes, pensó que en los alrededores, aun á cierta distancia, con tal que fuese sobre una línea férrea, algo se podría hacer. No quería, por supuesto, comprar campo para guardar, á pesar de los consejos de don Matías y de don Luis, pero pensó que bien podía hacerse de un campo grande para dividirlo. Veía que todos seguían queriendo quintas para veranear, y pensó en formar en algún punto propicio, sobre algún ferrocarril y donde se pudiese conseguir una estación nueva, todo un pueblo, con su correspondiente egido de solares, quintas y

Digitized by Google

chacras. Compró con ese objeto una legua cuadrada de 2.700 hectáreas en el ramal de Merlo á Lobos, recién entregado al servicio público, entre las estaciones Las Heras y Zapiola. El campo lindaba con la línea férrea y la situación era muy ventajosa, pero desgraciadamente toda la parte que tocaba á la vía era de terreno muy bajo, muy anegadizo, casi un bañado; sin embargo, allí mismo había que delinear el pueblo, y como Andrés poco sabía de campo, por no haberse interesado nunca mayormente en ello, no pensaba que fuese dificultad insuperable. Resolvió, en consecuencia, prescindir de la calidad del suelo; hizo trazar un soberbio plano donde figuraban pintadas de colorado una iglesia que era casi una catedral, y una escuela magnífica; la plaza pública, pintada de verde, admirablemente adornada de jardines y arboleda, rodeada de calles anchas y plantadas también de árboles, era de un aspecto seductor. Cuatrocientos solares amplios, repartidos en las cincuenta hectáreas de que constaba el pueblo, ofrecían á los interesados terreno adecuado para casas de negocio y de familia y para quintas de veraneo; y en las mil hectáreas divididas en quintas, podía entrever la imaginación de los futuros pobladores todo un paraíso de árboles frutales y de huertas de verdura. Quedaban para las chacras como mil seiscientas hectáreas, divididas en quince lotes para agricultura; pero Andrés pocas esperanzas fundaba en la venta de esas chacras que quedaban retiradas del pueblo, y por consiguiente de la estación, estación futura, por lo demás, completamente futura, aunque también figurase en el plano pintada con sus accesorios de galpones y depósito de agua, pues solicitada por él á la administración del ferrocarril del Oeste, le habían dado, si no una negativa rotunda, por lo menos muy pocas

Digitized by Google

esperanzas, por lo bajo del terreno donde la quería ubicar.

La verdadera especulación, el gran golpe para él, era la venta de los solares y quintas, pues por poco que relativamente subiese cada lote, los lotes eran tantos que importarían entre todos un capital.

Los planos impresos en varios colores, un *tour de force* de la industria gráfica porteña de entonces, eran espléndidos. Verdes, rojos, amarillos, chillaban hasta hacer llorar; los avisos enormes en todos los diarios duraron quince días, y desde por la mañana del domingo fijado para la venta, una banda de música recorrió las calles de la capital anunciando el remate para la una p. m., en el Teatro de la Alegría, Chacabuco, entre Victoria y Potosí, de los solares, quintas y chacras del gran pueblo de Villa Colón.

A las doce el teatro estaba lleno, y á la una en punto, tomando la palabra don Adolfo Bullrich, ya rey indiscutido de los rematadores, pronunció un inspirado y elocuente discurso que dejó á la concurrencia tan ablandada que no tuvo que alzar el martillo para dejarla subyugada del todo, y presa de una fiebre loca, gracias á la cual se disputaron los presentes, á precios nunca vistos, los solares esquinas á la plaza (!) y los con frente á la estación (!), ó situados en la calle principal. De los compradores, muy pocos por supuesto, se habían costeado á ver el terreno; con el plano les bastaba, y mil pesos un solar, para poner un almacén al lado de la iglesia, en la misma plaza del pueblo, les parecía una ganga que, sólo en un país nuevo que no se conoce á sí mismo, se puede encontrar. Las quintas también consiguieron precios regulares, sobre todo las más cercanas á la estación, pero para las chacras no hubo comprador y tuvo Andrés que quedarse con ellas

Digitized by Google

para no sacrificarlas, pues apenas alcanzó la única que se vendió á tres ó cuatro veces su precio de compra.

Con todo, el negocio era brillante y alentador. Que daban todavía muchos solares sin vender, por falta material de tiempo, y unas cien quintas de las doscientas cincuenta existentes en el plano.

Andrés quiso dar otro remate al mes en el mismo terreno, pero había llovido bastante, y á pesar de los anuncios ruidosos, del tren expreso, del lunch bombásticamente ofrecido, la fiesta resultó todo un fracaso

El tren paró en el mismo sitio de la proyectada estación, pero nadie, ni el rematador, ni el mismo Andrés, ni ninguno de los concurrentes trató de llegar hasta la tienda de campaña bajo la cual se debía servir el lunch. Se hizo el gesto de empezar el remate en la misma vía del ferrocarril; el rematador habló con fingido entusiasmo, se mostró dispuesto á aceptar cualquier oferta para liquidar—dijo;—pero no hubo oferta alguna. Los compradores anteriores que habían aprovechado el tren gratuito para visitar sus solares, quedaban desconsolados al ver que estaba debajo de una ligera capa de agua todo el terreno; que donde debía edificarse la iglesia, asomaba sus flores violetas un duraznillal lozano, y que no había ni que pensar en formar en semejante bañado, el pueblo del hermoso plano multicolor.

Las quintas estaban en mejor terrreno, pues á las pocas cuadras de la vía iba subiendo éste hasta formar á lo lejos una loma, donde quedaban situadas las chacras. Andrés habia llevado al remate al joven Emilio Zavaleta, hermano de Josefina, que ya tenía entonces sus veinte años, y ayudaba á su padre en la administración de sus estancias. Era bastante conocedor en campos el muchacho, y cuando vió el aspecto general

Digitized by Google

de lo que había comprado Andrés para formar su pueblo y su egido, sospechó que si el bañado únicamente servía para criar ranas, la loma debía ser inmejorable para cualquier cosa, y mientras la concurrencia aburrida, el rematador indiferente y Andrés algo entristecido, esperaban la hora en que el tren tenía que llevarlos otra vez á Buenos Aires, pidió prestado su caballo á un paisano y fué de un galope á inspeccionar la loma. Volvió encantado: era todo un trebolar y un cardal, un campo flor, sin desperdicios y aseguró á Andrés que las mil quinientas hectáreas que le quedaban allá, no las debía vender nunca á ningún precio, pues eran por su calidad y su situación como para hacer una invernada jefe.

Andrés recobró algo de su buen humor con la noticia, pero no pensaba hacer negocios de hacienda, y le hubiera gustado más encontrar para el campo los compradores de chacras al precio con que había soñado.

A los pocos días, y mientras se ocupaba de la realización de otros dos negocios grandes que había hecho, uno en Núñez, pasando Belgrano, otro en una quinta grande, al Sud de la ciudad, sobre la calle Caseros, á inmediaciones del cementerio del Sud, Andrés pudo comprobar que ya empezaba á aflojar algo el crédito. Efectivamente, los banqueros principiaban á juzgar que esta especulación se iba haciendo muy desenfrenada y que bien podría conducir á un cataclismo. Vió que al tratar esos dos nuevos negocios, sin haber podido liquidar el anterior, había cometido una imprudencia.

Lo que le quedaba de Villa Colón, la mayor parte, en realidad, se hubiera pagado casi enteramente con lo poco vendido, si todos los compradores hubiesen escriturado; pero muchos de ellos, cuando hubie-

Digitized by Google

ron visto el terreno, prefirieron perder la seña entregada en el acto de la compra á pagar el resto, y de muy bueno que parecía el negocio se había vuelto mediocre.

Andrés, asimismo, había comprado cuatro manzanas de terreno al Sud, con intención de rematarlas en seguida. Había pagado la mitad al contado, pero no pudo encontrar dinero para el resto, y dejó hipotecada en manos del vendedor la otra mitad, pagadera con el mismo producto de la primera. Organizó el remate como tan bien lo sabía hacer; pero parecía que el desaliento empezaba á cundir entre la multitud de los compradores. El dinero escaseaba; los interesados, por este motivo y también por cierta intranquilidad política que empezaba á hacerse sentir, parecían haberse retirado. A pesar de los esfuerzos del rematador, muy pocos lotes se vendieron, y Andrés quedó con el clavo; pues ya que no se vendía con facilidad y gran utilidad un terreno en esas condiciones, se volvía forzosamente clavo. A pesar de estar situado sobre el bulevard Caseros ¡qué bulevard! lleno de pantanos inverosímiles, intransitable, sino á fuerza de bueyes, el terreno quedaba invendible, y no había más que tener paciencia. Pero esto de tener paciencia cuando los intereses corren, y pronto, ni para ellos van á alcanzar los fondos disponibles, ni siquiera el crédito, fácil será el decirlo, difícil el poderlo hacer.

Andrés se iba á encontrar en una situación muy difícil. Había hecho al principio muchos negocios brillantes, pagando muy baratos terrenos que en seguida volvió á vender á precios elevadísimos; después, entusiasmado, había, como todos, seguido con las compras á precios muy altos de terrenos difíciles de vender, y ahora se encontraba con puros terrenos de im-

Digitized by Google

posible realización, lleno de compromisos, debiendo mucho dinero en los bancos, con hipotecas cuyos intereses lo devoraban vivo, en una palabra, al borde del abismo.

En Núñez había entrado en una sociedad formada para la creación del parque Saavedra y la venta en lotes de grandes terrenos que lo rodeaban.

Obra magna y prematura, basada, como tantas, en cálculos de fantasía sobre los progresos casi instantáneos del país y el aumento de su población. La sociedad gastó mucho dinero en encauzar el arroyo, en formar un parque, en plantar árboles, etc.; pero antes que los trabajos estuviesen bastante adelantados para halagar al público, asomaba la crisis, se cerraba el crédito y todo tenía que quedar abandonado hasta mejores tiempos.

Fué entonces cuando á Andrés se le ocurrió ofrecer á otro especulador cambiarle lo que le quedaba en Villa Colón de solares y de quintas por alguna otra propiedad. Un especulador no puede permanecer en la inacción; tiene que hacer negocios, y cuando ya no hay plata, ni crédito, ni valores buenos ó malos que negociar ó liquidar, llega á figurarse que peor sería no hacer nada que hacer transacciones aun inútiles. Aquel á quien se dirigía Andrés, estaba ya también en el terrible declive de la ruina total, pero hubiese, por tal de hacer negocios, cambiado la Catedral por la casa del Congreso y la Aduana por la Casa Rosada. Calculó ó creyó que podría vender de á poquito esos lotes, que una vez había visto conseguir tan buenos precios, y ofreció á Andrés en cambio de ellos tres leguas de campo, pero allá, lejos, á ocho leguas del Azul, donde

Digitized by Google

era casi imposible vender, pues siempre se temían invasiones de indios. Había comprado esto con intención de dividirlo también en chacras ó pequeñas estancias, pero ¿quién iba á comprar tan lejos mil cuadras ó dos mil? Para el especulador no valía la pena; para el poblador era muy poco también, y sobre todo muy expuesto, de modo que habían fracasado sus tentativas de remate y no sabía qué hacer con el dichoso campo, pues á ningún precio lograba venderlo.

Andrés consultó con don Matías, le explicó su situación, y éste le contestó que, sencillamente, era quizás la salvación para él, en el presente--le dijo,—y en el porvenir. Le hizo comprender que esos campos todavía despreciados, pronto, con la llegada del tren al Azul, se verían libres del peligro de los indios, que se podría trabajar en ellos en excelentes condiciones, y que seguramente tomarían entonces gran valor.

Le dejó entender que si quería trabajar de estanciero, lo ayudaría en todo lo que pudiese, y que en su concepto era seguramente lo mejor que tenía que hacer.

—Pero — preguntaba Andrés,—¿serán buenos esos campos? ¿Servirán para algo?

—¡Oh! deben ser campos de pasto duro, no hay duda; pero con el tiempo y el pisoteo de los animales se han de componer. Tómelos, no más; me parece una buena operación.

Andrés hizo, sin mayor convicción, el cambio con el otro; clavo por clavo, mejor era tener un campo de tres leguas de extensión, aunque fuera en el desierto, que algunos lotes de solares y quintas en un pueblo que nunca existiría. Se quedaba con las chacras, á las cuales su comprador no daba mayor valor, gustándole sobre todo, los terrenos para edificar. ¡Infeliz!

Digitized by Google

Cuando Emilio Zavaleta supo el negocio, felicitó sinceramente á Andrés, diciéndole que quedaba armado como para hacerse un gran estanciero, con campo afuera y una invernada cerca de la ciudad, que era todo un tesoro.

***

Desgraciadamente este negocio no podía impedir que Andrés quedase todavía muy comprometido y sin recursos disponibles. Había tenido que acudir á prestamistas de toda laya para hacer frente á los intereses de la hipoteca sobre la quinta del Sud, y á los trabajos de embellecimiento del parque de Saavedra. Entre comisiones, sellos, escrituras, intereses al 12, al 15, al 18 por 100, iba comiéndose todo lo que hasta entonces había ganado y pronto acabaría con lo que le quedaba de capital. Vender, aun perdiendo, y mucho, la quinta aquella y los terrenos de Núñez, era cada día más imposible. y veía con terror llegar el día en que le ejecutarían sus acreedores, sacrificándolo hasta dejarlo tullido.

No veía forma de salir del pantano; volaban los días como saben volar cuando les persigue un vencimiento; y solamente los que han pasado por aquellos trances pueden comprender lo que sufría Andrés. Y sufría doblemente; no tanto por la pérdida de lo que le había quedado de su capital, pues al fin se sentía capaz de levantarse otra vez trabajando, ni por sus ilusiones frustradas y por el fracaso de sus ambiciones juveniles, cuanto por la vergüenza de su situación frente á su prometida y su familia, y más que todo, naturalmente, por la pérdida, al parecer irremisible, de la felicidad soñada.

Digitized by Google

En su desconsuelo, que casi rayaba en desesperación, acudió á su amigo Ernesto Zavaleta, con quien se querían, hacía muchos años ya, como verdaderos hermanos que siempre habían pensado serlo algún día. Ernesto era abogado y, á pesar de su juventud, ocupaba en el foro argentino un sitio expectable. Serio, profundamente instruido, gracias, en gran parte, al amor á los libros que le había inculcado cuando muchacho, el mismo Andrés, de una honradez intachable, resistente á los peores roces de un ambiente harto dudoso, iba formándose una clientela importantísima, más por la calidad de las personas y la valía de los asuntos, que por su cantidad.

Lo fué á ver Andrés de preferencia al mismo señor Zavaleta ó á don Matías, por la mayor confianza que entre ellos reinaba, y para evitar que pudiesen creer que iba en busca de auxilio material, lo que estaba muy lejos de su pensamiento, como también porque, por su misma profesión, podría quizá darle algún consejo salvador.

—Mi querido Ernesto—le dijo,—lo vengo á ver como amigo, como hermano y quizá también un poco como cliente. Mis negocios andan mal. La restricción súbita del crédito y la consiguiente paralización de los negocios en tierras, en un momento en que estaba comprometido en grandes operaciones, me matan si no encuentro un medio de prorrogar las ejecuciones que me amenazan, hasta que mejoren las circunstancias y me permitan liquidar sin pérdidas exageradas. Estoy convencido de que las tierras no tardarán en volver á subir y de que, muy pronto estaré otra vez parado, pero para esto, es preciso que no me sacrifiquen hoy. ¿Cómo puedo hacer para evitarlo, para ganar tiempo?

Digitized by Google

—¿Cuál es exactamente su situación?—preguntó Ernesto.

Andrés tomó un pedazo de papel, un lápiz:

—Es muy sencilla—dijo; - tengo,—y apuntaba,—mil quinientas hectáreas de chacras en Villa-Colón que valen, á cincuenta cada una, setenta y cinco mil pesos; tres leguas del Azul á ochenta mil, son doscientos cuarenta mil; ciento veinte mil varas al sud de la ciudad, á tres pesos: trescientos sesenta mil, y mi parte en los terrenos de Núñez que valen, por lo bajo, quinientos mil pesos y llegarán á valer, con el tiempo, dos millones, pero, que pongo por trescientos mil. Total: novecientos setenta y cinco mil pesos.

—¿Y debe?

—Debo una hipoteca de ciento ochenta mil pesos sobre la quinta del Sud, y cerca de trescientos mil pesos sobre los terrenos de Núñez. Total: cuatrocientos ochenta.

—¿A qué interés?

—Esto es lo que más me embroma; tengo deudas á 12, á 15 y hasta 18 por ciento anual.

—Pues, mi amigo Andrés - le dijo Ernesto,—usted tiene en los ojos un lente de aumento que lo va á llevar, si no se lo quita, y pronto, al precipicio. ¿Cómo puede usted creer que va á vender á tres pesos la vara, terrenos que hoy no pueden valer más de un peso, si lo valen?

—Pero los he pagado yo á tres pesos, hace poco, y para venderlos á seis.

Ernesto miró á Andrés con una sonrisa algo socarrona y de repente exclamó:

—¡Sabe que son admirables ustedes los extranjeros! Cuando llegan, todo lo desprecian; la tierra, especialmente, no puede tener valor y comprarla, á cualquier

Digitized by Google

precio, sería la ruina, primero porque sería atarse al país, y después porque... porque sí. Un buen día, ven que sube el precio de esa tierra, y al momento se les abren los ojos y empiezan á comparar, á encontrar que está á precios tirados, y que, con la inmigración que viene llegando, mañana, ó pasado á más tardar, va á valer como en Europa, y se entusiasman hasta volverse locos. No se dan cuenta del tiempo que necesita para poblarse como en Europa, una manzana en la ciudad, una legua en el campo. Lo que, por mucho tiempo todavía, abundará más, en la República Argentina, será la tierra, créame. Tomará valor, no hay duda, pero más despacio de lo que á usted le parece; y si, de vez en cuando, pega brincos hacia adelante, también los pegará hacia atrás.

—Pero, Ernesto, mire que he visto también á muchos argentinos tan entusiastas como yo, y la mayor parte de mis negocios de tierras los hice con argentinos.

—Serán argentinos de poco capital, deseosos de enriquecerse ligero, como usted, y que se dejan embaucar por los primeros éxitos. Pero los que tienen buenas propiedades de renta, casas en la ciudad ó estancias, esos poco especulan ó nada. Tienen fe en el porvenir del país, pero no creen en esas alzas repentinas que todo se lo llevan por delante, sobre todo á los especuladores que, como usted, mi querido Andrés, compran terrenos que, en vez de producirles renta, les cuestan intereses.

—Entonces, ¿qué opina usted? ¿Cuánto vale lo que tengo, á su parecer?

Ernesto se fijó un momento en los cálculos de Andrés y dijo:

—Usted encuentra que tiene todavía una diferencia

Digitized by Google

á su favor de medio millón de pesos moneda corriente; pues yo creo que debe tasar así su haber: setenta y cinco mil sus chacras de Villa-Colón que son realmente muy buenas y fácilmente vendibles; ciento cincuenta mil, sus tres leguas del Azul, que no se sabe si sirven ó no, y son de difícil venta, aun á este precio; ciento veinte mil pesos, sus ciento veinte mil varas...

—¡No diga! hombre; pues así, ¡claro! no tengo más que suicidarme.

—No, Andrés, no; no diga disparates, pero usted verá que no valen más.

—¿Y los terrenos de Núñez?

—¡Oh! eso, amigo, ¡es el gran clavo! Póngale cien mil pesos, y gracias; pero yo no se los compraría ni á ese precio.

Andrés estaba aterrado; tomó las cantidades indicadas por Ernesto y dió con un total de cuatrocientos cuarenta y cinco mil pesos, de los cuales deduciendo los cuatrocientos ochenta mil que debía, quedaba con déficit de treinta y cinco mil pesos, en vez de tener un sobrante de cuatrocientos noventa y cinco mil.

Quiso protestar; dijo que eso era pura fantasía; que si, á más de los centenares de miles de pesos de utilidad probable que había él mismo rebajado, tenía todavía que rebajar otro tanto del mismo precio de costo, sería que la tierra no valía nada en el país.

—Puede ser que vuelva á valer, algún día, lo que usted la ha pagado. Si puede esperar veinte años... pero con intereses al 18, me parece difícil.

—Entonces—dijo Andrés confundido,—¿qué hago?

—Mi consejo es que liquide á cualquier precio—si puede,—sus terrenos en la ciudad y en Núñez, y que si no le alcanza para pagar todo, hipoteque por el saldo sus chacras y sus tres leguas.

Digitized by Google

—¿Y después? ¿con qué trabajo, para vivir primero y para pagar los intereses de la hipoteca?

—¡Pero hombre! con los mismos campos. Hágase estanciero.

Andrés quedóse un gran rato pensativo. Probablemente la perspectiva de hacerse estanciero en la frontera, pues era entonces realmente frontera la región donde estaban situadas sus tres leguas, le parecía poco halagüeña, á él que siempre consideraba que su amigo Poncet, estanciero en las Flores, vivía como quien dice en el desierto; pero otra cosa también había, más grave, más penosa, que lo tenía abrumado en dolorosos pensamientos. Más quizás que para hablar con Ernesto de sus negocios, iba á consultarle sobre su situación respecto á Josefina.

Había prometido á doña Antonia que cualquiera que fuera el éxito de sus negocios, el casamiento tendría lugar el 1.° de abril; y ya habían pasado los meses hasta acabarse el año; había seguido pidiendo prórrogas, como si se tratara de un vencimiento comercial con el cual no hubiese podido cumplir, y en vez de mejorarse su posición, de tal modo había ido empeorando que le parecía desesperada, sobre todo después de haber oído á Ernesto.

Su amor hacia Josefina no había hecho más que crecer; más que nunca consideraba que no había en el mundo otra mujer con quien pudiese ser feliz y era, por consiguiente, para él, la desgracia suma el tener que renunciar á ella; pero le parecía que era su deber devolverle su palabra en las circunstancias actuales. Se consideraba arruinado, y el remedio indicado por Ernesto, de hacerse estanciero en lo que consideraba, no sin alguna razón, entonces, como los confines del mundo civilizado, aunque fuera posiblemente eficaz pa-

Digitized by Google

ra su propia salvación, no hacía más que hacer imposible su unión con Josefina.

Y se decidió, después de mucho vacilar, á explicárselo á Ernesto.

—Son ideas del otro mundo—le contestó éste;—ideas de gente sin energía, que se considera perdida cuando momentáneamente se encuentra en dificultades; ideas europeas, amigo, no americanas. El terror á la pobreza es uno de los peores consejeros del hombre, pues le hace cometer muchas vilezas. Reaccione, Andrés, reaccione. Usted tiene, lo saben todos, el valor que llamaré físico, no vaya á perder el valor moral.

Andrés fué á encerrarse en su escritorio, y se entregó á un estudio prolijo de su situación, acostumbrándose poco á poco á considerarla sin el lente de aumento cuya presencia la había señalado Ernesto.

Entre las cifras que él tenía por exactas y las tasaciones que éste le había dado, la diferencia era como de la vida á la muerte; se negaba á admitir como fundadas las apreciaciones de Ernesto; sólo consentía, en sus cálculos, en hacer rebajas fuertes, tratando de convencerse á sí mismo de que si se había hecho ilusiones, no eran ellas tan grandes que se tuviesen que derribar todas. Y sin embargo, tenía que confesar que todos los remates últimos, los suyos y los ajenos, habían fracasado completamente y que ninguna tentativa de venta particular, aun sin ganar casi nada, había tenido éxito.

Cuando recorrió de una ojeada la lista abrumador de sus vencimientos, se sintió estremecer y resolvió hacer un nuevo esfuerzo para librarse del peligro. Mandó buscar al mejor corredor que conocía, un señor Teodoro Morales que le había metido uno que otro clavo, irrefutable demostración de su relativa habilidad, y que también le había quitado otros en excelentes con-

Digitized by Google

diciones. Le dijo que, dispuesto á liquidar, para irse á Europa— pues siempre el vendedor cree necesaria alguna mentira para calificar el sacrificio que deben suponer que está haciendo, y en boca de Andrés, no era del todo mentira,—dejaría su quinta del Sud, las 120.000 varas á cuatro pesos, y todos sus terrenos de Núñez por los trescientos mil pesos que sobre ellos adeudaba.

Estuvo á punto de ofrecer también en venta, sus chacras y su campo, pero se detuvo, acordándose de lo que, primero Emilio, y después Ernesto y don Matías le habían dicho de ellos; y sin que, por supuesto, tuviera ni la más remota idea de ir á vivir tan lejos ni hacerse estanciero, sintió como una advertencia secreta que le aconsejó conservar aquello como recurso supremo.

El corredor conocía muy bien y en todos sus detalles ambos negocios; también conocía el estado de la plaza. Sabía que toda clase de propiedad que no produjese renta era casi imposible de vender, que los bancos habían no sólo restringido, sino cerrado el crédito para todo lo que era especulación; que el Banco Hipotecario de la Provincia, muy juiciosamente manejado entonces por su fundador el señor Balbín, reducía sus tasaciones; que por lo demás, las cédulas habían empezado á bajar en la Bolsa, de tal modo, que venderlas era ya para el que las había conseguido, una gran pérdida, y miró á Andrés, no con los ojos llenos de contento de un corredor á quien prometen una gran comisión fácilmente realizable, sino al contrario como quien hubiera preferido no encargarse de tan peliaguda misión.

Andrés, viéndolo tan callado, inquieto, le preguntó con consciente disimulación:

—¿No le parecen suficientes esos planos?

—¡Oh! sí, sí—contestó Morales, con una entonación

Digitized by Google

de desgano que fué para Andrés la confirmación implícita de todo lo que le había asegurado Ernesto.

—¿Le parece que será difícil vender?

—Pero, señor Sterner; usted está en plaza lo mismo que yo, y bien conoce la situación.

Y era cierto, en el fondo, que Andrés conocía como Morales y como nadie la situación; y bien la conocía antes de ir á ver á Ernesto, y no ignoraba tampoco antes de oirlo decir por otros, que todo lo que tenía era invendible, por lo menos sin sacrificios ruinosos; pero si, para creer en la más inverosímil noticia de dicha, el hombre casi no se acuerda de indagar nada, antes de creer en su desgracia, aunque la vea con sus ojos, tiene que preguntar á otros si es cierta.

Con todo, Morales se fué con los planos, datos, condiciones, etc.; y durante algunos días, renació la esperanza en el espíritu de Andrés. Pero, una tarde, volvió el corredor, trayendo otra vez los documentos y declaró á Andrés que era absolutamente inútil tratar de vender los terrenos, en aquel momento.

Cuando usted habla á un capitalista de terrenos - le dijo,—da vuelta las espaldas y huye. Ya no quieren saber nada de terrenos los que tienen dinero, ni para prestar con hipoteca; sobre casas, todavía; ó campos muy cercanos y muy conocidos, algo dan, pero poco y á precios usurarios. En cuanto á los especuladores, todos quieren vender, pero ninguno piensa en comprar. Espere tiempos mejores, no hay más remedio.

Andrés comprendió que había sonado la hora de la derrota, y que si lograba hacer el sacrificio que más ó menos le había indicado Ernesto, se podría considerar dichoso.

Para ello bien veía que no había mucho tiempo que perder, y lo fué á ver en seguida; le contó el resultado

Digitized by Google

de sus esfuerzos, pidiéndole lo ayudara á salir, á cualquier precio que fuese, del penoso tranco, salvando siquiera el nombre.

—Y después, ¿se hará estanciero?

—¿Serviré?

—¡Cómo no! aprendiendo; ¿y se casará?

—¡Hermoso partido para que todavía me busquen! ¿Con qué vivimos?

—Trabajará.

—¡Oh! en cuanto á eso, no hay duda. Pero ¿alcanzará mi trabajo?

—¡Ya lo creo!

—Bueno, entonces, convenido.

—Hoy mismo voy á ver lo que se puede hacer.

Andrés, fuera de raras excepciones, había seguido, durante todo el tiempo que duraron sus operaciones en tierras, haciendo sus visitas diarias á la familia de Zavaleta, pasando todas sus noches en conversación con Josefina. Esta siempre paciente y resignada, pero no de resignación del todo silenciosa, no dejaba de preguntar á Andrés, sonriéndose, si pensaba esperar para casarse á que tuviesen cincuenta años. Se burlaba con discreción, pero no sin sal de las ideas de Andrés sobre la vida. Encontraba muy bien que, siendo francés, no hubiese ni siquiera hablado de dote, pero encontraba que sus aprensiones para formar familia eran completamente divertidas, en un país donde la vida material era tan barata y tan fácil.

—No necesitamos millones para establecer nuestra casa—le decía.—Si no podemos ir á pasear á Europa, esperaremos; pero creo que para nuestro casamiento, ya hemos esperado bastante. Voy á acabar por creer que tiene á alguna otra por allá.

Protestaba Andrés.

Digitized by Google

—Mire que me están haciendo mil bromas. Ya pasó el primero de abril, y van pasando los días y las semanas, y no hay motivo para que también pasen los meses y los años. Casémonos, Andrés. De antemano acepto todas las consecuencias de su situación, cualquiera que ésta sea; pues las burlas que me hacen me empiezan á fastidiar, porque no sólo á mí van dirigidas sino que también á usted alcanzan.

—Es que tanto hubiera querido, Josefina—contestaba Andrés,—llevarla á usted á Francia, en seguida de habernos casado.

—¿Qué importa esto? Iremos cuando se pueda.

Explanaba la contestación de Andrés, sin que él mismo casi lo supiera, el misterioso y nunca definido debate trabado en su ánimo, desde el primer día, entre su amor por Josefina y el amor á la patria lejana. Hubiera querido reunirlos ambos, sin sacrificar nada de uno al otro, y para esto se empeñaba en adquirir los medios de llevár á Josefina á su tierra, como incomparable conquista. Habría vuelto con ella á la Argentina, á menudo quizás, indulgente vencedor, pero conservando así íntegras las dos bases de su felicidad, su amor y su patria.

Las circunstancias iban resolviendo de otro modo; sus esfuerzos habían sido vanos: bien veía que no podría llevar á Josefina á Francia, y que se tendría que conformar con quedar suavemente encadenado por ella á la Argentina. Había venido á conquistar y quedaba conquistado; conquista sin lágrimas, por lo demás, sin rebeliones posibles contra tan gentil tirano, en prisión amada ya casi á la par de la que á Josefina reservaba, poblada de amigos, de hermanos, pronto.

Y vino á borrar el último amago de vacilación que todavía hubiese podido suspender por un momento su

Digitized by Google

determinación, la noticia, desde mucho tiempo temida, del fallecimiento de su vieja madre. Fué para Andrés un gran dolor, uno de esos dolores duplicados por el pesar tardío de no haber hecho todo lo humanamente posible para cumplir con un deber sagrado. Se reprochaba no haberlo dejado todo para ir á Francia, á los seis meses, como se lo había prometido al salir. Lloró, lloró mucho y probó con delicias el inefable placer de ser consolado.

Hubieran podido temer los que tanto criticaban las mil demoras del casamiento, que el luto le sirviera de nuevo pretexto para aplazarlo otra vez quién sabía hasta cuándo. No dejó don Luis de hacerlo entender; pero pronto vieron que, al contrario, Andrés más bien parecía dispuesto á apresurar las cosas. Sin duda, su reciente luto impedía que se hiciera en seguida la ceremonia, pero él mismo decía que no era esto obstáculo para hacerla al mes, por ejemplo, con tal que fuese sin ostentación, lo que, por lo demás, cuadraba bien con el estado vidrioso de sus negocios.

Es que la muerte de su madre había ido á cortar el último vínculo material que todavía lo ligaba á su patria. Ya no poseía allá familia alguna, fuera de esos parientes que sólo esperan, en Europa, la muerte de los tíos de América, para ver si es cierto lo que cuentan; y sentía que en Buenos Aires, en la República Argentina, estaba ya su verdadera, su única familia...

***

Ernesto, investido de los amplios poderes de Andrés, quien, tácitamente, había consentido en quedarse en último caso, con sus dos campos gravados con el importe del déficit previsto, y en trabajar de estanciero,

Digitized by Google

una vez arreglado todo, consideró que ni un minuto había que perder. Efectivamente; la crisis arreciaba. El abuso del crédito había traído sus acostumbrados efectos: todo lo que subiera por las nubes se volvía para los infiernos, y la política que ya lo iba perturbando todo, apresuraba el movimiento. La situación comercial era terrible; amenazaba un cataclismo. Vender, aun á precios relativamente tirados, le pareció á Ernesto de todo punto imposible, y pensó que lo mejor sería tratar directamente con los acreedores de Andrés, cediéndoles los mismos terrenos que les servían de garantía.

Fué á ver primero al vendedor de la quinta del Sud; era un hortelano italiano que había comprado, hacía cinco años, aquel terreno de cinco cuadras y un tercio para plantar verduras, pagándolo á razón de tres mil pesos moneda corriente la cuadra, ó sean diecisiete mil pesos. Andrés, alucinado por los resultados de varias compras hechas por él en parajes algo parecidos, un poco engañado por la división hábil hecha por un corredor avezado, de las cinco cuadras de veintidós mil quinientas varas en doce *manzanas* de diez mil, pensando él también poder sacar otro precio con dividir y vender á tanto la vara de frente, compró las doce manzanas á treinta mil pesos cada una. Era una verdadera locura, pero hubo entonces muchas otras así —el mal era realmente epidémico,—y se encontró, después de pagar ciento ochenta mil pesos al contado, con una deuda hipotecaria de otro tanto.

En seguida, había hecho imprimir planos con división en lotes y había tratado de vender en remate. Los precios no correspondieron á los que imaginara conseguir; se suspendió la venta, pero fué más imposi-

Digitized by Google

ble, por supuesto, encontrar comprador en venta particular.

El hortelano, ensoberbecido por el gran negocio que había hecho, bien pensaba que Andrés nunca le podría pagar con el producto del mismo terreno, los ciento ochenta mil pesos de la hipoteca y se disponía á ejecutarlo para volver á poseer su quinta y á cobrar algo de ñapa, cuando recibió la visita del doctor Ernesto Zavaleta.

El doctor le dijo que iba en representación de Andrés, para manifestarle la imposibilidad en que se encontraría éste de abonarle el importe de la hipoteca. El hortelano, por supuesto, contestó que lo haría ejecutar, y que de cualquier modo había de alcanzar á cubrir la deuda la venta del terreno, y mucho más, agregó. Ni él, ni Ernesto ignoraba por cierto, que no había la más remota esperanza de que así fuera; pero no quería el uno demostrar el ardiente deseo que lo dominaba de recuperar su quinta, ni el otro su esperanza de aprovechar ese deseo para que Andrés no perdiese más que lo ya pagado, sin tener todavía que pagar alguna suma crecida.

—Es que, le voy á decir - contestó Ernesto;—para mí no hay duda que el terreno vale mucho más que la hipoteca, pero una ejecución cuesta; dura, á veces, años, y como el señor Sterner está, se puede decir, arruinado, haciéndolo ejecutar, usted corre el riesgo de que los gastos judiciales le vengan á quitar, á más del sobrante, buena parte de la misma hipoteca.

—No puede ser—exclamó el hombre;—una hipoteca en cualquier país del mundo, se ejecuta en seguida de ligero.

—En esto, señor, permítame que le diga que está usted perfectamente equivocado. Aquí puede durar años

Digitized by Google

la ejecución. Yo soy el abogado del señor Sterner; ni él, ni yo queremos que usted quede perjudicado, y por esto mismo he venido á verlo para ofrecerle una transacción que evite demoras, pleitos, gastos... y pérdidas al fin y al cabo.

—¿Y cuál es la transacción?

—Usted se queda otra vez con la quinta, devolviendo sólo cincuenta mil pesos de lo que ya cobró, y chancelando, naturalmente la hipoteca.

Los ojos del hombre relampaguearon de gusto; pero aseguró á Ernesto que por ningún precio se quedaría otra vez con el terreno; que lo había vendido para irse á Europa y que lo único que quería era su plata.

—Es que su plata, no la va á tener, por los gastos que le dije. No puedo yo prescindir de defender á mi cliente y si usted lo ejecuta, tendré, á pesar mío, que hacer durar las cosas hasta que repunten los terrenos.

El hortelano se defendió vigorosamente; se hizo tan bien el desinteresado respecto á la posesión de la quinta, que por un momento, dudó Ernesto de que pudiese conseguir la transacción que quería; y sólo después de mucho pelear y de dar por levantada la sesión dos ó tres veces, acabaron por convenir que el hortelano devolvería veinte mil pesos de los ciento ochenta mil que ya había recibido, dando por chancelados con la hipoteca, los intereses adeudados.

Andrés perdía ciento sesenta mil pesos, pero quedaba libre de un compromiso que le hubiese podido atar por toda la vida, si se lleva á cabo la ejecución. Era una victoria en la derrota.

Quedaba por arreglar lo de los terrenos de Núñez,

Digitized by Google

Andrés debía por su parte á la sociedad vendedora alrededor de trescientos mil pesos, y cuando Ernesto le aseguraba que él no daría cien mil por lo que allí tenía, estaba muy en lo cierto. Asimismo, á fuerza de luchar y de discutir, consiguió desempantanarlo por el traspaso de su parte, estimada en doscientos mil pesos, y una hipoteca por cien mil en sus tres leguas de campo.

Se podía estimar dichoso Andrés de no haber zozobrado del todo, en esos negocios de tierras tan brillantes, al principio, tan peligrosos y ruinosos, al fin. Quedaba con veinte mil pesos líquidos, sus chacras y sus leguas, hipotecadas éstas, por cien mil pesos: un total neto de ciento cuarenta y cinco mil pesos: veintinueve mil francos, ¡después de haber podido creerse dueño de medio millón! A los ocho años de haber venido de su tierra para hacer fortuna, se encontraba más pobre de lo que era al salir, y, todo esto para aprender que en América presenta la especulación los mismos peligros que en todas partes, y que si enriquece á bien pocos hombres, arruina á muchos.

Con todo, ya que gracias á los esfuerzos de Ernesto, había quedado, en un mes, liquidada su situación, podía ahora respirar, libre ya de la tortura punzante de los vencimientos siempre renacientes y de esa sensación de ahogo que durante varios meses tanto lo había hecho sufrir. Su resolución era definitiva; había prometido y cumpliría su promesa; dejaría á un lado el comercio, la especulación y todos estos negocios que en una ú otra forma, engañan con el espejismo de la fortuna cercana y dejan ruinas y sinsabores sin cuento, por uno que otro éxito más ó menos legítimo. Iría á vivir al campo, se haría criador; vería si era cierto lo que hacía años, durante su primera tra-

Digitized by Google

vesía, decía su compañero de viaje, el señor Alvarez, y lo que después, varias veces, le había repetido don Matías, que, en América, solamente la tierra recompensa el trabajo, con la condición de poblarla y tenerle fe.

Por ahora, no tenía más que pensar que en casarse con Josefina. Por su luto y por su relativa pobreza, no sería muy lucida la ceremonia, pero por ningún motivo ni pretexto hubiera consentido en que se demorase. Y como todos estaban conformes en ello, se apresuraron los preparativos. Los regalos que podía ofrecer á Josefina tampoco serían de tanto precio como lo hubiera querido, pero en la joyería de Fabre, había muy lindas joyas, cuyo perfecto gusto salvaba la relativa modestia de su valor intrínseco. Por lo demás, no faltaron los regalos, y la novia era demasiado querida por todos para que no se empeñase cada cual en ofrecerle algún recuerdo, de esos que si no siempre son muy útiles, por lo menos son de bastante valor para no tirarlos así no más, en cualquier rincón. Sin duda, si la crisis no hubiese sido tan recia que hasta al más rico molestaba, los regalos hubieran sido todavía más abundantes y más valiosos, pero asimismo quedó Josefina con más brillantes, objetos de plata, pañuelos de encaje y abanicos, de lo que, modesta como era, necesitaría en toda su vida.

La ceremonia, entonces puramente religiosa, pues todavía no existía el Registro civil, tuvo lugar en la casa del señor Zavaleta que vivía entonces en la calle Suipacha, entre Piedad y Cangallo. La casa, llena de flores, presentaba el aspecto primaveral que conviene para esos casos, y los jardines ya célebres de Dordoni, Basset y otros, quedaron despojados de sus más preciosos adornos para dar á la fiesta el debido realce.

Digitized by Google

Sólo los miembros de la familia asistían, con algunos amigos íntimos: y después que el sacerdote los hubo unido para siempre, los desposados fueron á embarcarse en el tren que los debía llevar á la estancia de don Matías, en Mercedes, la más confortable, la más cercana, la más cómoda en fin, para pasar esta luna de miel tantas veces diferida.

***

Y ya que tantas veces la habían diferido, bien la podían hacer durar, y la hicieron durar tres meses largos, como compensación del tiempo perdido. Andrés, libre de pesadillas, voluntariamente olvidado del pasado, de sus penas y de sus trabajos infructuosos, mirando sin recelo y casi desafiando el porvenir, totalmente entregado á su amor, no tenía más pesar que el de haber sacrificado, inútilmente en parte, tantos meses de felicidad.

Josefina saboreaba, sin pedir más, su dicha tan ansiosa y largamente esperada. Confiaba en su duración. Sabía que cerrados ya para Andrés los caminos dorados que lo hubiesen conducido otra vez á Francia, y á ella con él, no pensaría ya en ellos por mucho tiempo; y mientras tanto se elaboraría la red invisible con que pensaba detenerlo sin remisión en la Argentina, red florida, liviana, tejida con la misma fibra suave, amorosa de sus corazones, en el ambiente de simpatía, de tranquilidad y de patriarcal mansedumbre que los rodearía.

Soñaba, y soñaba también Andrés, ahora, con una vida sin ambiciones, que se deslizaría sin más ruido que el arroyo que apenas susurra su canto y corre entre muchas flores y uno que otro abrojo, inevitable,

Digitized by Google

y sembrado quizá á veces por él mismo en sus riberas, pero no á sabiendas, siquiera.

Dos motivos, á más del gusto intenso que experimentaban en su delectable soledad, los detenían en la estancia de don Matías. Primero, Andrés, antes de empezar á trabajar por su propia cuenta en su campo del Azul, tenía que aprender el oficio.

Lo ignoraba, se puede decir, casi totalmente; tan poco sabía de cuidar vacas como de cuidar ovejas; los mil detalles de la práctica pampeana le eran desconocidos, y por sencilla que parezca, no deja de tener sus complicaciones, basada como está, en el conocimiento casi instintivo del instinto de los animales. Hay que aprender á conocer, á distinguir ligero las marcas y señales y familiarizarse con ellas, á juzgar el estado de los animales con una simple ojeada, para calcular lo que se puede vender y á qué precio; contar la hacienda no se aprende tampoco de una sola vez. Es preciso ser bastante de á caballo, si no para competir con los gauchos, por lo menos para evitar el ridículo ante sus ojos, pues así se pierde mucho de la autoridad, si no del prestigio que debe tener un patrón. Hay que entender de aguadas y de pastos, y saber manejarlos como es debido; los trabajos del campo son muy diversos y un patrón tiene que saber dirigirlos todos con acierto ó prudencia, tanto en el corral y el rodeo, un aparte ó una hierra, como una esquila ó la construcción de un galpón ó de un alambrado.

Andrés comprendía cada día más que todo lo tenía que aprender; pero no perdía ocasión de ponerse al corriente de todo. Se había hecho amigo con el mayordomo del establecimiento, un buen criollo de poca instrucción, pero de muchos conocimientos prácticos y que, á pesar de su reserva nativa, tenía gusto en

Digitized by Google

enseñarle todo cuanto podía. Y Andrés iba tomando á esa vida activa tanto cariño que le parecía imposible que no fuera fruto de algún poderoso atavismo. Cuando se tiene cariño á una ocupación, difícil es que no se llegue á prevalecer en ella, y realmente Andrés iba volviéndose criollo hasta las uñas.

El otro motivo que detenía en la estancia de don Matías á la simpática pareja, era la revolución. Don Matías había pedido á Andrés que se quedara, por si las comisiones le llevaban demasiada gente ó demasiados caballos, en cuyo caso ayudaría al mayordomo á hacer las diligencias necesarias para defender en lo posible sus intereses, mientras él hacía lo mismo en su establecimiento de San Pedro.

De cualquier modo, con la revolución, Andrés no hubiese podido hacer nada en su campo, pues el primer movimiento había tenido lugar justamente en el Azul, donde el 24 de febrero de 1874, el general Rivas, oriental de nacimiento, pero general argentino, se había sublevado contra el Gobierno Nacional, llevando consigo hacia Buenos Aires todas las tropas de la frontera del Sud que estaban bajo su mando. Inmensos arreos de caballos fueron el primer resultado de ese movimiento, y Andrés pudo celebrar su suerte por no haber iniciado todavía sus trabajos, pues es algo más que probable que para empezar, hubiese quedado á pie y sin peones.

El día siguiente, en Villa Mercedes de San Luis, el general argentino Arredondo, oriental de nacimiento, seguía el ejemplo del general Rivas y tomaba el mando de las fuerzas nacionales allí acampadas, después de haber muerto á su jefe el general Iwanorvsky.

La situación del país, ya mala de por sí, se volvió inaguantable, y Andrés pudo ver que de no haber li-

Digitized by Google

quidado sus negocios antes, estaría completamente fundido, y sin remedio.

Mientras se desenvolvía ese drama político, y correteaban de un lado para otro las fuerzas de la revolución, sembrando indiada y gauchaje por la Pampa, deshechos é inútiles, millares de caballos arreados á la fuerza de sus querencias, donde se quedaban á pie los hacendados, Andrés, fuera de algunos sustos sin importancia, seguía tranquilamente trabajando en su nuevo oficio. Por los diarios que se recibían con regularidad, pues la guerra estaba circunscripta en una zona alejada de la ciudad, desarrollándose en la frontera, casi siempre, desde el Azul hasta Junín, desde el Sud hasta el Oeste, con una que otra incursión, sin resultado práctico, hacia el centro de los terrenos poblados, podía seguir la marcha de los acontecimientos. Como la política interior siempre lo había dejado bastante indiferente, no entendía muy bien el alcance de la lucha. Extrañaba que el general Mitre cuya personalidad siempre había sido para él emblema del patriotismo argentino, se hubiese puesto al frente de una revolución dirigida contra el Gobierno Nacional, y más contra el gobierno de Sarmiento, su propio sucesor, elegido en paz y que parecía hombre de bien. Es cierto que bien sabía que la revolución tenía por principal motivo el fracaso de la candidatura de Mitre á una segunda presidencia, fracaso causado por la inesperada alianza de los otros dos candidatos, Alsina, porteño, y Avellaneda, tucumano, hecha á favor de este último. Según parece, había dado lugar la elección á muchos fraudes, y el partido mitrista, por esto, se había levantado en armas. A Andrés no le parecía motivo suficiente para turbar así el país, porque había oído decir que los fraudes electorales no eran es-

Digitized by Google

pecialidad de un partido, ni tampoco lo habían sido de esas elecciones, pues en todas había habido siempre, y seguía habiendo. Confusamente, como buen gringo inocente que para esas cosas había quedado, entendía que, más que todo, había en esto, un resto de rivalidad entre el porteñismo y el provincianismo y que si la provincia de Buenos Aires había permitido que Sarmiento, un sanjuanino, fuese elegido, no podía tragar dos presidentes provincianos así seguiditos. Alsina, doctor, general y ministro de la Guerra, cuya figura enérgica, con su gran nariz aguileña y sus ojos penetrantes, había predominado en toda la contienda, le había impuesto su conclusión electoral, renunciando su candidatura á favor de Avellaneda; es que más, en el fondo, anhelaba la gloria de librar de los indios á la República, como general en jefe, que presidir desde la poltrona presidencial los destinos de la patria. El lía que, según una caricatura del periódico «La Presidencia», había cubierto con el inmenso tubo de copa alta y de alas angostas y chatas con que solía coronar su cabeza melenuda y su huesuda estatura de gaucho fornido, al pequeño candidato Avellaneda trepado en una silla, delicado, bien peinado, con la barba ensortijada, y tan gran orador como de poca talla, ese día, había trocado Alsina definitivamente el histórico tubo por el kepis del general en campaña, y quizá más larga de lo que él mismo pensara, la dinastía nacionalizadora de los presidentes provincianos.

Andrés no era ni mitrista, ni alsinista, ni avellanedista; no era porteño, ni provinciano, y aplaudió con toda su alma las victorias de las tropas del Gobierno en la Verde y en Santa-Rosa, nada más que porque devolvían la tranquilidad al país. En las familias de Zavaleta y de Alonso, los mitristas estaban en mayoría,

Digitized by Google

pero no eran fanáticos, y en vez de llevar juicios extremos en pro ó en contra de los hombres y de los hechos, se limitaron, y con razón, á celebrar la magnanimidad del general Mitre por haberse rendido al coronel Arias, en Junín, después de la Verde, para evitar mayor derramamiento de sangre argentina, cuando todavía hubiese podido, pero sin resultado probable, seguir la campaña.

Pocos días después, el 7 de diciembre, la batalla de Santa-Rosa, en Mendoza, hacía surgir en el horizonte de la política argentina al coronel Julio A. Roca, quien, desde el primer día, daba por la oportuna y esfumada desaparición del general Arredondo, su prisionero, la nota de su afición á las soluciones sin violencia, pero soluciones, asimismo.

***

Acabada la guerra, volvieron Andrés y Josefina á Buenos Aires. Habíase convenido que durante un mes, Andrés acompañaría á don Luis y á don Alejandro á los corrales de abasto para conocer los negocios que ahí se hacían, y una vez establecido, aprovechar sus mil quinientas hectáreas de campo flor, tan á propósito para invernada, como lo merecían. Después dejaría á Josefina—y con esto empezaba lo verdaderamente arduo de su programa de recuperación,—con su familia, é iría al Azul, á tomar posesión de sus tres leguas y empezar á poblarlas. Para esto, necesitaba un capital que, por supuesto, no tenía y que, con la crisis que, á pesar de la paz relativa reinante en el país, pues el pequeño motín del 28 de febrero de 1875 y el incendio del Salvador no habían sido más que la exagerada explosión popular (contraproducente por lo de-

Digitized by Google

más, pues sólo había dado origen á un movimiento de compasión... y de suscripción á favor de sus víctimas), de la ira general contra la nunca saciada ambición de estos humildes servidores de Jesús, reinaba todavía, hubiera sido bastante difícil, por no decir imposible de conseguir sin el apoyo y la ayuda moral de los parientes de su señora.

Había presentado al Banco de la Provincia una solicitud por cien mil pesos moneda corriente, con la firma de su suegro señor Zavaleta, y se los concedieron con amortización anual de 10 por 100. Este sistema de facilitar á gente honrada y trabajadora capitales en préstamo, con amortizaciones reducidas, verdadera comandita, prestaba en ese tiempo, tanto al país como á los favorecidos, incalculables servicios. El Banco Hipotecario también ayudaba mucho, pero no prestaba sino á los que ya tenían propiedades, y si bien les facilitaba los medios de hacerlas valer, exigía una garantía real; el Banco de la Provincia—cuyo fundador, Vélez Sarsfield, acababa justamente de morir,—con el atrevimiento inconsciente del padre que presta á sus hijos, adelantaba fondos, á veces importantes, pero generalmente bien calculados según el crédito personal del deudor, sin más garantía que dos firmas, con amortizaciones fáciles de llevar y aplazadas, á menudo, con una liberalidad nunca desmentida.

Las innumerables personas, ciudadanos y extranjeros, que debieron, en la República Argentina, su fortuna á la ayuda del Banco de la Provincia en aquellos tiempos en que no se sacrificaba todavía todo á la política, se acordarán agradecidas de él y lamentarán el triste fin que más tarde le cupo lo mismo que al Banco Hipotecario.

Al ver de qué modo lo habían salvado de la ruina in-

Digitized by Google

minente y con qué liberalidad y confianza lo ayudaban todos, ¿cómo no hubiera Andrés abrigado para la Argentina y para los argentinos el debido cariño? En este país había encontrado muchas otras cosas que las que había venido á buscar en él, y se confesaba á sí mismo y confesaba á los demás que esas cosas eran de mucho mayor precio que la fortuna con que había soñado. Tampoco perdía ocasión de afirmar que en ninguna parte del orbe, un extranjero hubiese encontrado semejante ayuda; ya no era esto hospitalidad, era mucho más.

Don Luis se exaltaba, al oirle hablar así; no trataba, por supuesto, de disimular su satisfacción, ¿cuándo hubiera tratado de disimular nada? y le daba, al contrario, ruidosa expansión. No se recordaba, ni tampoco podía recordarlo, pues nunca lo había sospechado, que en los primeros tiempos de la llegada de Andrés al país, sus modales con él hubieran podido muy bien apartarle para siempre de la sociedad porteña, y que si en vez de dar, por suerte, primero con don Matías y su señora, y con Josefina, no hubiera tenido más trato social que con él ó hijos del país de su catadura, seguramente, no hubiese simpatizado con ellos. Ahora, por una especie de reacción como la que produce en un cuadro la sombra al hacer resaltar la luz, el genio, los modos de ser y de hablar, las mismas salidas más atrevidas y, á veces más hirientes de don Luis, parecían á Andrés necesarias, indispensables al ambiente. Comprendía que si los hombres muy cultos de este país tan nuevo, y, al fin y al cabo, todavía contados, representaban el adelanto de la civilización en todos sus refinamientos, don Luis era muestra genuina del verdadero espíritu nacional, lleno de agudezas, de comparaciones á cual más justa, de esa ironía tranquila

Digitized by Google

que corta sin esfuerzo como el cuchillo del hombre de campo, de apodos que son todo un poema, de frases—de una sola á menudo,—que resumen en escorzo poderoso, mejor que cualquier esfuerzo de estilo, alguna profunda observación, ó que de modo tan magistral y tan gráfico pintan la actitud de un animal ó un aspecto singular imprevisto de la Naturaleza, ó un estado del alma, que se le queda á uno incrustado en el cerebro para siempre. Andrés encontraba entre su propio espíritu de parisiense, chacotón y perforante, y el de don Luis una semejanza de hermanos, y, si peleaban entre sí, era siempre con las uñas recogidas y casi del todo tapadas.

Fueron un encanto para ambos los paseos matutinos á caballo por los corrales, donde Andrés se hizo de muchas relaciones entre los consignatarios y demás gente, reseros y capataces, que forman el personal tan especial de ese negocio fundamental de la Pampa, la venta de animales gordos.

Completó allí sus conocimientos campestres, en frutos y animales, aprendiendo también, y más que todo, para sus futuros negocios, cómo se compran *colas*, animales flacos ó cansados, momentáneamente invendibles y que, llevados á alguna invernada cercana y bien pastosa, se reponen en poco tiempo, engordan y dejan plata.

Ya llegaba para Andrés el día temido de su viaje al Azul, temido, pues todo bien pensado, fácilmente se comprende que conservase ciertos recelos contra la idea de ir á poblar ese campo. Personalmente ignorante todavía de la campaña lejana, para él conservaba intacto todo su misterio de Pampa sin recurso, de desierto sin fin, y lo único que sabía era que los indios rodeaban de un círculo de terror toda la región

Digitized by Google

ganadera. Desde 1866, año de su llegada al país, había tenido ocasión de oir hablar de ellos muy á menudo; y si no había prestado mayor atención al relato de sus fechorías, es que sabía que desde muchos años no podían llegar á la capital; pero también sabía que el Azul era punto casi fronterizo y por lo tanto muy al alcance de sus malones; y esto ya hacía que se interesara bastante en sus movimientos para dejar de confundirlos, como hasta hacía poco lo había hecho, con los de los simples caudillos que, en diversas regiones de la República, eran igualmente rémora de todo progreso.

Conservaba un vago recuerdo de que, en el mismo año de su llegada, habían hablado mucho los diarios de una gran invasión en Río IV.°; pero para él Río IV.° era un punto tan desconocido que no le había hecho mayor caso. También entonces hablaban de movimientos subversivos en las provincias, la Rioja, Córdoba, Santiago y de indomables caudillos: los Taboada, Varela, Peñaloza (a) El Chacho; después habían sido invasiones de indios-gauchos en Mendoza y de Tobas en Santiago y, en el 69, otra vez, de indios en Río IV.°

Más tarde había leído en «La Tribuna» las interesantísimas cartas del coronel Lucio Mansilla, (1) comandante de la frontera Sud de Córdoba, relatando su atrevida visita á los Ranqueles y con diecinueve hombres solamente, con los cuales permaneció en los toldos durante todo un mes, á su cacique Mariano Rosas, pero no le habían dado mayores ganas de entrar en relaciones con esa dudosa gente; sobre todo que poco después, y hacía de ello apenas dos años, en 1872, el famoso Cal-

(1) Ver «Una excursión á los indios ranqueles.» Biblioteca de LA NACIÓN.

Digitized by Google

fucurá había invadido, en la provincia de Buenos Aires, los partidos de Alvear, 25 de Mayo y 9 de Julio, sembrando la desolación y la ruina en inmensa zona. Cierto es que el general Ignacio Rivas, ayudado por otro indio no menos famoso que Calfucurá y que pronto debía volver á las andadas, como tigre mal amansado, Catriel, lo alcanzó en Carhué y recuperó ochenta mil vacunos, dieciséis mil yeguas y treinta cautivos; pero el mismo número de los animales recuperados daba á Andrés una idea poco halagüeña de los resultados posibles, en un establecimiento de campo situado tan cerca de la frontera como iba á ser el suyo.

Es que nadie todavía podía prever que eran estos los últimos estertores del poder menos formidable que tenebroso, pero, con todo, temible, de los seculares dueños de la Pampa, que habían por tanto tiempo, opuesto su barrera, al parecer infranqueable, á la civilización y al trabajo. Y todavía debían, antes de que los fueran á buscar y á destruir en sus mismos toldos, y cuando Andrés ya estaba empeñado en las tareas de su nueva profesión, dar á toda la campaña dos ó tres terribles sustos; pues el 75, después de dos invasiones seguidas en el Oeste, rechazadas por el coronel Lagos, tuvo lugar la famosa sublevación del mismo Catriel, que convocando á Namuncurá, Baigorrita, Pincen y algunos caciques chilenos, vino con cinco mil lanzas hasta el pueblo de Lincoln, donde les quitó el general Winter, en el fortín Lavalle, ciento setenta y cinco mil vacunos, treinta mil yeguarizos y cuarenta mil ovejas.

Antes de la salida de Andrés, tuvieron todos que despedirse de Rodolfito, casado él también, pero desde ya tres años, con una hija de un estanciero Ibarra, y que iba á Francia á completar sus estudios médicos para adornar con algo más de ciencia teórica y prácti-

Digitized by Google

ca su título de doctor, y pocos días después, tomaba Andrés el tren para el Azul, llevando su equipaje de poblador del desierto, gruesos ponchos, un buen recado y dos valijas repletas de ropa.

Josefina no dejaba de estar bastante inquieta sobre la suerte que la aguardaba allá; pero el tren ya llegaba al Azul; el campo quedaba á ocho leguas del pueblo, lo que se puede llamar cerca, en la Pampa. Lo dejó embarcarse sin esos lloriqueos de mujer que sólo sirven para ablandar las voluntades, y Andrés salió al fin, como hombre resuelto que va á encarar el destino, en condiciones que hubiesen podido ser peores. Para un criollo, no hubiera sido tampoco gran hazaña, fuera de la penosa separación de su mujer, pero no hay duda que él, extranjero, que no había visto, del campo, sino regiones muy pobladas, podía creer en peligros siempre posibles en lo desconocido.

Nunca había viajado por la línea del Sud. Ahora que se había hecho más conocedor en campos, vió que por esta parte, eran muy diferentes de los del Oeste y del Norte. A las dos ó tres horas de tren, había visto que la mayor parte eran campos muy bajos, anegadizos muchos, y que no tenían punto de comparación, como fertilidad, con los hermosos campos de Mercedes y de San Pedro.

De Altamirano adelante, había muchas extensiones de pajonales, de esa paja matosa que sirve para hacer los techos y—con barro,—las paredes de los ranchos, y que por eso se llama paja de embarrar, paja útil, como se ve—en pequeña cantidad,—pero que poco mantiene á los animales y detiene el agua de las crecidas muchos meses, con gran detrimento para el hacendado. Y casi todos los campos estaban cubiertos con esa paja.

Digitized by Google

No le dió esto muy buena opinión de lo que iba á encontrar en sus dominios y cuando cruzó todo el partido de Las Flores y vió que todavía era peor, quedó bastante desanimado. Se compuso algo al llegar al Azul, viendo que los terrenos parecían algo más altos, quebrados por lo menos y de mejor apariencia.

El pueblo del Azul le produjo buena impresión y se sintió reconfortado del todo al ver que vivían en él muchos franceses Lacoste, Dhers, Riviére y otros muchos que no tardaron en ofrecérsele para lo que pudiese necesitar, cuando se reunieron por la noche en el hotel donde había bajado, para hacer su habitual partido de billar.

Estaba conversando con uno de ellos y pidiendo datos sobre su campo, datos que varios le habían suministrado ya con la mayor inexactitud, pero con mucha benevolencia, cuando se abrió la puerta del salón y apareció un vasco, de barba tupida, de boina, pito, poncho pampa y botas, con el rebenque colgando de la muñeca. Miró maquinalmente Andrés, cruzóse la vista de éste con la del recién llegado, y ambos quedaron un rato observándose con atención. De repente, se adelantó el vasco hacia Andrés, le tendió la mano con cordialidad, diciéndole:

—¿No me conoce, don Andrés?

—Hombre, sí y no—contestó éste.—Lo conozco, pero no me acuerdo dónde nos hemos visto.

—¡Así me gustan los hombres—exclamó el vasco,—que á uno le salvan la vida y después no se acuerdan siquiera! Pues yo, señor, me acuerdo y me acordaré siempre que le debo el estar aquí, á su disposición para lo que se le pueda ofrecer.

—¿Usted había sido Elordy?—dijo entonces Andrés.

Digitized by Google

—¡Bien me parecía que lo conocía, pero tiene tanta barba ahora!

—Sí; es que ya pasaron ocho años desde que usted me pescó. Entonces éramos los dos unos muchachos, no más.

—¡Mira qué bagre!—dijo uno, riéndose, y comenzaron á pedir el cuento, y el vasco, á contarlo más bien diez veces que una; tanto que Andrés, en un momento, quedó hecho un héroe y considerado por todos con una simpatía tanto más preciosa para él cuanto que en esos momentos necesitaba de todos.

Una vez calmada la natural curiosidad de los presentes y después que le hubieron reiterado sus deseos de servirle en lo que pudiesen, Andrés se sentó en una mesa aparte con su amigo Elordy, y éste le contó su historia la que, aunque el buen vasco la alargara con cierta complacencia hasta en sus detalles de menos interés, se podía resumir en pocas palabras, pues venía á ser la historia de muchos hombres trabajadores é inteligentes que, pobres y resueltos, llegan de la tierra donde vegetaban á la República Argentina, para encontrar en ella la patria de elección que todo se lo da para que lo aprovechen, enriqueciéndose y enriqueciéndola.

Había trabajado algún tiempo en los tambos de los suburbios de la capital, después se fué al campo, conchavándose, aprendiendo, economizando, acriollándose, y ahora era dueño de tres mil ovejas; arrendaba campo á unas diez leguas del Azul, muy barato, por supuesto, más que todo porque, estando todavía todo muy despoblado por allá, aprovechaba en grande los campos ajenos. Había perdido algo, cuando la última revolución,

Digitized by Google

pues los indios mansos aprovecharon la oportunidad para arrearle casi todos sus caballos y le carnearon unos doscientos animales gordos, pero eso no era nada y pronto se rezarciría. No se había casado aún, porque vivía un poco á lo nómade, mudando de campo á menudo, según la conveniencia.

—Pero, ¿y usted? seré curioso – dijo de repente Elordy, interrumpiéndose;—¿por qué casualidad está por estos pagos?

—Hombre – contestó Andrés,– vengo á ver un campo que tengo, á ocho leguas de aquí, en dirección á Sierra Chica...

—¡A Sierra Chica! ¡A ocho leguas! Pues, entonces— interrumpió Elordy,—debemos ser vecinos.

—No diga. ¡Qué suerte sería para mí!

—¡Y para mí, don Andrés! pues ya sabe que no tengo mayor deseo que el de tomar desquite de lo que hizo por mí, aunque sé que me será imposible tomarlo del todo; pero siquiera en parte, me gustaría poder serle útil. ¿Cómo piensa ir hasta su campo?

—No sé todavía, pues recién llego y aunque conversé con algunas personas, no conozco á nadie de veras, ni tengo más datos que un plano que traigo en la valija.

—¿De qué extensión es el campo, y dónde queda exactamente?

—Es un lote de tres leguas que forma la parte sud de un campo de doce leguas, mensurado hace dos años por el agrimensor Martínez y que pertenecía á un señor Acosta.

—Mensurado hace dos años, Acosta, parte sud, ¿no hay una laguna Las Toscas?

—Justamente, y figura en el plano; la única, por lo demás.

Digitized by Google

—Entonces ya sé. Conozco los mojones. Faltan algunos, pero sé dónde estaban. Lindo campo; hay varias lagunas, á más de Las Toscas, y dulces, en general. Tiene una parte baja, como media legua, algo más, pero tampoco es mal campo y le será de gran alivio en tiempo de seca. Todo el resto es muy bueno. Queda como á nueve leguas de aquí, y campo por medio con el que arriendo.

—¿Cómo podría ir?—preguntó Andrés.

—Mañana, si quiere, lo llevo. Ya acabé lo que tenía que hacer. Temprano ensillamos, y en cuatro horas, sin apurar, estamos allá. ¿Tiene montura?

—Sí, tengo mi recado; pero ¿caballos?

—Tengo mi tropilla en una quinta cerca donde paro también; le traeré caballo, y la llevamos á la pasada.

—Pues, amigo Elordy: ya queda usted desquitado, como dice. Mire que para mí es una gran suerte haberlo encontrado; confieso que me sentía algo perdido, y ahora ya es como si estuviese en mi casa.

—No tanto, no tanto, don Andrés; aquí hubiese encontrado á cualquiera que le hubiese servido. Lo que sí me gusta, es que á mí me haya tocado, y trataré de servirle lo mejor posible.

***

Para Andrés Sterner, el haber encontrado en el Azul y tener por vecino á Elordy era una de esas ventajas que no se pueden apreciar en su justo valor, porque no cuestan dinero, pero que no por esto dejan de representar un platal. Poco vale el hombre en el pesierto, y pronto queda desamparado, aun teniendo recursos, y más, naturalmente, si como Andrés lo hubiese debido hacer, tiene que luchar sin más apoyo

Digitized by Google

moral que el propio valor contra todo un ambiente que lo «desconoce.»

—Ahora usted va á ser mi salvavidas, Elordy, como lo fuí yo durante un rato.

—¡Oh! pero usted sabe nadar solo; yo no sabía.

—En el agua, sí; pero en la Pampa, ¿quién sabe cómo hubiera andado solo?

Los caballos del vasco eran buenos y en buen estado; el día era lindo, fresco, un hermoso día de otoño incipiente, y sin pensar hicieron las nueve leguas, cruzando campo, pisando pasto y flores, embriagándose Andrés con el aire puro de esta Pampa aún inviolada, desierta, majestuosa. Se sentía todo un hombre; ya lo atraía esa soledad que tanto horror antes le causara. Sentía que esta era vida útil, la que se emplea en subyugar la tierra indómita, en enseñarle á ser fecunda, á obedecer al hombre; y fácil le parecía renunciar por un tiempo á todos los refinamientos de la vida de ciudad, de la vida pueblera, como decía su compañero.

Pero, cuando llegaron á la cueva, pues no se le podía dar otro nombre, donde vivía Elordy, le pareció que lo primero que tendría que hacer, en su campo, era una casita, un rancho si se quiere, pero habitable, y preguntó al vasco si nunca había pensado en edificar siquiera una piecita para vivir. Elordy le dijo que no le haría cuenta, pues casi cada año se mudaba de sitio, y el secreto del éxito para él era tener siempre las ovejas en campo bueno y holgado; que para esto, cuando donde se hallaba, empezaba á mermar el pasto se mandaba mudar á otra parte, consiguiendo así pariciones insuperables y más capones gordos que cualquier estanciero.

Fué la primera vez que Andrés, hablando como le habían hablado á él otros, tantas veces, aconsejó tam-

Digitized by Google

bién á un extranjero que se radicase de veras en el país, comprando tierra, pero no para especular, sino para poblar. Todavía, por cierto, no podía asegurar que sólo la tierra en la Argentina, daba la fortuna, pero confusamente sentía ya que así debía ser, pues su crédito muerto había renacido de aquellas propiedades, de tan poco valor relativo, que le habían quedado, casi por casualidad, en su desastre.

—¿Por qué no compra tierra, más bien que andar siempre vagando?—preguntó Andrés.

—¿Y con qué? si no tengo plata.

—Venda ovejas.

—¡Vender ovejas! eso si que no ¡y para comprar tierra, cuando hay tanta que, si quisiera, ni un peso de arrendamiento pagaría! Don Andrés, ¿en qué piensa?

—Entonces le parece que hago mal en querer poblar esas tres leguas.

—¡Ah! eso es otra cosa; usted no puede andar como yo, rodando; pero para ganar pesos, es mejor tener ovejas que tierra. Y así, ¿quién sabe si algún día no vuelvo otra vez á ver los Pirineos?

Andrés encontraba en el vasco las mismas ideas suyas de antes: ganar plata y mandarse mudar, dejando —¡ingratitud!—abandonado el país hospitalario para volver á la tierra natal.

Estos sentimientos, ya se habían modificado en él completamente; desde que resolvió trabajar en el campo, en el campo de su propiedad, no pensaba casi nunca en volver á la patria ausente; pero todavía el amor á la patria adoptiva, no estaba bastante arraigado para que se atreviese á combatir en otro las ideas que hasta hacía poco lo dominaban. Para poderlo hacer, necesitaba pruebas de que eran falsas, como se lo habían asegurado, y estas pruebas no las podría

Digitized by Google

encontrar sino en el éxito de su empresa. Se calló pues, reservando para más tarde insistir ó desistir.

Con Elordy revisó palmo á palmo su campo; reconoció sus mojones, aprendió á orientarse, eligió el sitio para plantear el casco del establecimiento y los primeros puestos; calculó cuántas vacas, yeguas y ovejas podían holgadamente caber en la estancia, y regresó al Azul para comprar materiales de construcción, mientras Elordy se encargaba de tratar con gente de por allá para la construcción de un buen rancho de dos piezas con techo de paja, y un galpón con techo de junco.

Pocos días después llegaban las carretas de bueyes fletadas por Andrés, con la madera para el edificio, los corrales, alambrados, etc., y también volvía del Azul él mismo, con una buena lista de animales en venta, vacunos, yeguarizos y ovejunos que, de varias partes, le habían ofrecido.

Las ovejas de doce á quince pesos, abundaban; es cierto que las mejores no daban arriba de diez á doce arrobas de lana cada cien, pero se podían mejorar, comprando en Buenos Aires algunos de los carneros que se empezaban á introducir, ó en Las Flores, en la cabaña El Rosario de Chas.

Las vacas se podían conseguir, al corte, alrededor de cincuenta pesos papel, vacas criollas, malas como la hiel, bravas, ariscas, cornudas, pero con buenos corrales de palo á pique y buenos gauchos para cuidarlas y trabajarlas, esto no importaba. Y había que comprar vacas á la fuerza, porque aquellos no eran todavía campos muy buenos para ovejas. En cuanto á las yeguas, no era tampoco difícil encontrarlas, pues había por todas partes manadas para vender. A pesar de tener todos campos de sobra, ya algunos estancieros

Digitized by Google

empezaban á juzgar que la yegua poco da y que mejor era tener más vacas.

Andrés quiso hacer él mismo sus compras de hacienda, pero acompañado por Elordy. La dificultad era encontrar á quién confiar los intereses del vasco y la vigilancia de la construcción, durante su ausencia; pero donde hay un vasco, ¿cómo no va á haber otro para hacerle un servicio? Elordy pudo arreglarse con un vecino, compatriota suyo, para cuidarle sus majadas; y en la estancia dejó Andrés á un criollo muy formal y baqueano de todos aquellos trabajos, para vigilarlos, prometiéndole ponerlo de capataz, si cumplía á su gusto.

No tardaron muchos días por lo demás, pues pronto hubieron comprado y mandado con los peones necesarios las mil vacas que quería comprar Andrés para empezar. No se podía tampoco alargar mucho, pues con cuatro mil ovejas más y algunas yeguas, ya se le acabaron los pesos del préstamo.

Suerte que todo le fué bien, y esto gracias á Elordy que lo salvó de un terrible clavo que estaban tratando de meterle, con una gran majada, de notable apariencia, tentadora... y llena de sobeipé. Solo, Andrés, sin la menor duda, la hubiese comprado. Muchas veces, es bueno contar con algún pobre agradecido.

Andrés pasó en su establecimiento «La Josefina» tres meses sin volver á la ciudad; tres meses de verdadero destierro, de trabajo arduo y de vida dura, durante los cuales su único placer fué escribir á su mujer cartas de ardoroso cariño y leer las que de ella recibía. Algunos libros había llevado, recibía diarios; en ellos veía que la crisis comercial no había cesado, á pesar de la tranquilidad del país, que los bancos quebraban, que todo parecía á punto de derrumbarse. Bendecía su suerte; no tener negocios en semejantes momentos, cons-

Digitized by Google

tituye per sí solo una fortuna y la gozaba de veras. No tenía mayores inquietudes por sus vencimientos, pues ya tenía noticia que de Francia iba á recibir alrededor de seis mil pesos, residuo líquido de la muy buena fortuna que, en otros tiempos, había tenido su familia, y ya quedaba perfectamente al reparo de otros golpes de la suerte. Pensaba, con esto, librarse de la hipoteca que pesaba sobre sus campos, por lo menos en parte, y en fin desahogarse hasta poder respirar á sus anchas.

No era la fortuna soñada en sus días de ambición; era algo mejor: la tranquilidad asegurada. Lo único por resolver, y á la verdad no carecía de importancia el caso, era lo referente á su vida de familia. La separación, para recién casados, es un verdadero sufrimiento que si bien se podía soportar durante tres meses, por la necesidad de plantear y organizar el establecimiento, no podía convertirse en regla general.

Cuando volvió Andrés á la ciudad, empezaba á apretar el frío, y no pensaba salir otra vez al campo sino en la primavera. En sus cartas á Josefina, durante su estadía afuera, varias veces le había hecho discretas alusiones á la posibilidad de vivir, algún día, juntos en la estancia; pero no se hubiera animado á pedírselo, pues consideraba lo triste que le podría parecer semejante vida.

De cualquier modo, había que esperar que se poblase algo más, y también habría que edificar primero una buena casa. A Josefina no le disgustaba el campo, con tal que hubiese posibilidad de vivir más ó menos como la gente; era valerosa, no tenía esos temores irreflexivos de que sufren tantas mujères, y le parecía que, protegida por su esposo, sería capaz de arrostrar cualquier peligro. Y con Andrés, á medida que se acercaba el día

Digitized by Google

de su salida, menudeaban más las conversaciones al respecto, haciéndose ya proyectos; y más porque también se acercaba el momento en que iba á completarse la familia con un vástago, y les parecía más dolorosa una separación de que tuviesen que padecer tres seres.

No faltaban personas amigas ó de la familia que asegurasen que así, al contrario, podría Andrés alejarse con más sosiego y que Josefina no sentiría tanto su ausencia, ya que quedaría acompañada. No eran ellos de ese parecer. Andrés decía que así sufriría él doblemente, pues la separación sería doble, y Josefina decía que sufriría mucho, ella también, al gozar sola de las monerías y de los progresos de la criatura, ó por los sustos, tan frecuentes, que los hijos causan á las madres en los primeros tiempos de su vida.

Nació el mesticito. Había salido más á la madre que al padre, á lo menos, en el color. Andrés era rubio, Josefina morena, y se conocía que el muchacho sería como ella. En su honor, lo llamaron José.

Don Luis se moría de contento; es misión especial de los solterones viejos retozar alrededor de los potrillos.

—¡Ahora sí que se le remachó el clavo al gringo! —decía palmoteándo á Andrés en el hombro,—ya se ha hecho estanciero, ha comprado campo, se ha casado con una criolla, y es padre de un argentino. ¡Adiós Francia! ¡se acabó Francia! Mire, Andrés, ya no tiene más remedio que tomar carta de ciudadanía argentina.

—¿Y por qué?—contestaba Andrés.—No hay duda que, hoy más que nunca, quiero á la Argentina como á mi propio país, y que la patria de los hijos tiene que ser para el padre una segunda patria; pero siempre será para él «la segunda.» El amor á la tierra en que hemos nacido y en que hemos pasado los años de la

Digitized by Google

niñez ocupará siempre en el fondo de nuestro corazón un sitio que no se le puede, ni se le podrá quitar jamás. Puede uno, obligado ó no, por la necesidad de conservar el puesto con que lo honraron ó por mera convicción, tomar carta de ciudadanía, y considerarse, y ser todo un ciudadano del país adoptivo, sin por esto rebajar su carácter; pero aunque quiera, no borrará nunca el nuevo título al anterior. Trabajará en pro de esa segunda patria; la defenderá, la glorificará, hasta sufrirá por ella, sin que por esto desaparezca el recuerdo tierno, el amor filial á la otra. No se queje de ello la patria adoptiva; el que á ella se diese, creyéndose por ello obligado á renegar de la otra, sería ciudadano de poca valía.

Ese sentimiento nato, indestructible, del amor á la tierra natal, y á todo lo que de ella sale, es tan profundo que nunca celebrarán los ciudadanos nativos de un país, con la misma sinceridad de entusiasmo y de amor propio satisfecho, la obra material, intelectual, ó artística, producida en su suelo, aun en su honor ó en su provecho, por un extranjero, por nacionalizado que sea, que si fuese de algún conciudadano de nacimiento; ni siquiera para una victoria libertadora ó para una generosa donación, será tampoco del todo igual el agradecimiento.

Todo amor es algo celoso.

Restablecida que estuvo Josefina, volvió á la estancia Andrés, llevándose materiales para edificar una casa más confortable y cómoda que la que ya tenía. Sería rancho también, pues era difícil encontrar quien cortase ladrillos por allá y más aún albañiles, pero rancho confortable y abrigado. Habían resuelto con Josefina que pasarían allí toda la buena estación, quedándose en la ciudad, en casa del señor Zavaleta, durante

Digitized by Google

los cuatro meses del invierno; así podría Andrés dedicarse con ahinco y asiduidad á hacer de su establecimiento una estancia de primer orden.

Es que ya sabía para quién y con qué objeto trabajaba; ya no era para satisfacer ambiciones vagas, ó deseos de grandeza, sin más horizonte que una vida opulenta, sino para asegurar el porvenir de seres de su nombre, que empezaban, tiranos queridos, á surgir en su camino.

***

A pesar de haber mejorado mucho la situación de Andrés, no por esto estaba todavía exenta de peligros y dificultades. Había podido chancelar la hipoteca que gravaba sus campos, pero los gastos de instalación, la compra de hacienda, la organización del establecimiento exigían mucho dinero; y el crédito, entonces era nulo, se puede decir, en todas partes y para todos. La estancia apenas daba para los gastos, y era urgente reducirse en todo para poder hacer frente á los vencimientos del Banco de la Provincia y las necesidades del establecimiento y de la vida. En estas circunstancias fué cuando pudo Andrés apreciar en todo su valer las condiciones de la compañera á quien había elegido.

Josefina, acostumbrada á la vida sin lujo, pero cómoda que entonces era la de las familias pudientes en la capital, se amoldó con la mayor tranquilidad á vivir en la soledad pampeana, en un rancho de techo de paja, rodeada de muebles adecuados á la casa, de una sencillez absoluta. Su padre, aunque dueño de dos estancias, nunca había consentido en vivir en ellas, y menos con la familia; de vez en cuando, iba por al-

Digitized by Google

gunos días, cuando era de toda urgencia, pero nunca se quedaba más de lo estrictamente necesario para poner en orden las cosas, arreglar cuentas y dar al mayordomo sus instrucciones. Sin embargo, parecía que hubiese en algunos de sus hijos una especie de atavismo campestre, pues su hijo Emilio sólo soñaba con el campo y no era feliz sino en la estancia, lo que por lo demás había tenido sobre la administración de los bienes paternos la más benéfica influencia, pues el muchacho era activo, enérgico, observador y progresista. Había leído mucho; con Andrés había estudiado el francés, lo que le permitía ponerse al corriente, en los mil libros de ese idioma de propaganda universal, de muchos métodos aplicables, en el país, á la hacienda y á los cultivos, y entre los dos cambiaban ideas, se ayudaban para ponerlos en práctica, y se enseñaban mutuamente las cosas de sus respectivas tierras.

Josefina, lo mismo que Emilio, desde el primer día de su presencia en la estancia, pareció haber nacido en ella. Se interesó en todo lo que se refería á los animales y á la tierra, y se dedicó con amor á amenguar en lo posible la rudeza de aquella vida, introduciendo en ella todo lo que pudiera hacerla más amable y llevadera. Andrés, aunque extranjero y seguramente muy civilizado, más se había preocupado, hasta entonces, de conseguir novillos gordos y numerosos corderos, que de rodear su vida de ciertas delicadezas que en el campo cuesta conseguir y no son del todo indispensables para un hombre solo. Sin embargo, había mandado de Buenos Aires bastantes plantas y llevó consigo, en la primavera, semillas de legumbres y de flores, y cuando fué á instalarse, en el verano, con la señora, hizo trazar un jardín y una huerta lo mejor que pudo, por jardineros improvisados que nunca habían

Digitized by Google

entendido sino de plantar repollos y sembrar maíz.

Pronto, bajo la vigilancia y dirección activa de Josefina, hubo en aquella huerta toda clase de verduras, en el gallinero huevos en abundancia, y pollos para comer, y anduvieron vagando pavas con sus crías. Aumentó el número de las lecheras y hubo leche para hacer manteca. La cocina limpia y habitable, casi exenta de humo, á pesar de ser el combustible habitual la acostumbrada leña de oveja, les suministró una comida poco diferente de la que se les servía en Buenos Aires, y poco á poco, sin mayores erogaciones, consiguieron organizar una vida relativamente confortable, por lo menos muy soportable para gente como ellos, sana, robusta, para quien vivir se había hecho el principal goce, sin que los vanos placeres sociales fuesen ya, en ninguna forma, indispensables á su felicidad.

Resultaba, al propio tiempo, una economía enorme de esta vida, pues en el campo, la existencia sin ser miserable, como creen muchos, forzosamente, no requiere las costosas erogaciones del lujo superficial é inútil que exige la ciudad; y venían á punto las economías pues las catástrofes continuaban. En ese año 1876, el curso forzoso había señalado el apogeo de la crisis, pero mejorando provisionalmente la suerte del productor, y Andrés pudo darse cuenta por experiencia propia de lo bueno que era ser argentino ó asimilado en tierra argentina; los productos del suelo se vendían á oro y al contado, y aprovechaba el hacendado el premio del oro para reducir en mayor escala sus deudas—á papel, — en los bancos ó en plaza. Con comprar tierra, con poblarla, con producir carne, cuero y lana, se había puesto del buen lado.

Desgraciadamente, en 1877, se produjo una inundación terrible de la cual sufrió mucho toda la campaña

Digitized by Google

del Sur. Toda la parte anegadiza del campo de Andrés quedó cubierta de agua el invierno entero y parte del verano, reduciéndose lo aprovechable á las lomas más altas, y pereciendo bastante hacienda por falta de pasto. Las pérdidas no eran irreparables, pero comprometían asimismo los pagos de interés y amortización que tenía que seguir haciendo al Banco de la Provincia. El desastre, por lo demás, había sido general en la campaña, pero mucho más aún en los partidos limítrofes del Azul, todos muy bajos y anegadizos; y en los del Vecino, de Rauch, de Pila, de Las Flores, de Ranchos, de Dolores y algunos otros había sido toda una ruina. Estancias de cincuenta mil ovejas quedaron con cinco mil; tanto que, hasta el mismo Gobierno de la Provincia, se conmovió y resolvió mandar hacer estudios preparatorios de desagües. Han pasado desde entonces cerca de treinta años y sólo hace dos que se han empezado los canales entonces proyectados. Es que es obra magna y bastante costosa, y con el sistema empleado de hacer pesar sobre una sola generación todo el costo de ella aunque deba prestar servicios á larga serie de generaciones, se ha dificultado y demorado enormemente su construcción.

Andrés, como todos, esperaba que los desagües se harían en seguida y darían á esos campos, destinados á ser, una vez drenados, de asombrosa fertilidad, un valor considerable. Pudo ver, una vez más, que en esta vida, no andan siempre las cosas como uno quiere y se tuvo que contentar con leer en los diarios, cada vez que llovía fuerte, sentidos artículos sobre los dichosos desagües, y comprobar que después de los años de grandes crecidas, se renovaba la agitación; que el Gobierno publicaba algunos datos sobre los estudios hechos y los trabajos proyectados, y que hasta se llegaba á plan-

Digitized by Google

tar estaquitas, como en 1883, y á empezar á cobrar el correspondiente impuesto como desde 1890. Mientras tanto seguían, siguen y seguirán muriendo animales á millares, en esos campos anegadizos, por un valor ampliamente suficiente para costear diez veces, y veinte, la construcción de los canales.

Mal que mal, pudo Andrés juntarse con bastantes pesos para hacer frente á sus compromisos, y fué á Buenos Aires, á asistir á las bodas de su sobrinita, Edelmira Alonso, señorita ya de 19 años, que se casaba con el doctor Olivero, juez en lo civil, hijo de un negociante muy amigo de Andrés. Así iban entrando uno tras otro, en la gran senda de la vida matrimonial todos los jóvenes allegados de Andrés Sterner, y eran ellos y sus hijos, innumerables pronto, y amados todos, como los mil hilos delgados y fuertes que lo ataban á la patria adoptiva.

Fué también en esa misma época que nació su primera hija. Rubia como él, ésta sin un rasgo de Josefina, á primera vista por lo menos, era una de esas argentinas de nueva ralea que de criollas no tienen más que el lugar de su nacimiento y la mezcla de la sangre, y vienen á irradiar el luminoso rayo de sol de sus cabelleras de oro, entre las hermosas tinieblas de las cabelleras de azabache.

Mientras estaban en la ciudad, oyó hablar Andrés, en todas partes, de la conquista del desierto empezada por Alsina, y lamentar que la enfermedad hubiese detenido en su empresa á ese hombre enérgico que todavía juzgaban todos como el único capaz de poner á raya á los indios. Por lo menos, su expedición era, desde Rosas, que acababa de fallecer el 14 de marzo del 77 en Southampton, á los 84 años, el más poderoso esfuerzo que se hubiese hecho contra ellos.

Digitized by Google

La famosa zanja rápidamente cavada ya, de Trenque-Lauquen á Guamini, bajo la dirección del ingeniero francés y distinguido escritor, tanto en castellano como en su idioma materno, Alfredo Ebelot, había desconcertado bastante á los salvajes. Remolineaban los malones, al llegar á ella, y tan ímprobo hubiera sido para esos hombres desprovistos de toda herramienta tapar el foso para pasar, que durante algunos meses bastó éste para contenerlos. Pero las inundaciones impidieron seguir los trabajos; la vigilancia, á pesar de los fortines multiplicados, se hizo menos activa, y, en varias partes muy arenosas, donde el viento mueve los médanos, pudo ya pasar la indiada y volvió á cobrar tal osadía que casi se lleva, un buen domingo, á toda la comitiva de un rematador audaz, el señor de La Serna, á quien se le había antojado llevar á su concurrencia hasta Olavarría, para vender chacras en el mismo terreno.

La muerte de Alsina, ocurrida el 29 de diciembre de 1877, no debía sin embargo interrumpir mucho la obra empezada por él, pues el general Roca tenía desde tiempo atrás formulado un plan más amplio de lucha contra el indio, por el cual lo debía arrollar hasta el Río Negro, como primera etapa. Ese plan expuesto por su autor al doctor Alsina, había parecido á éste sino impracticable, por lo menos prematuro; pero lo debía reasumir el general Roca y llevarlo á cabo con admirable rapidez y calculada audacia.

Bajo su enérgica y sabia dirección, todos los jefes de fronteras unieron sus esfuerzos, obrando cada uno en su región, pero ligados entre sí por comunicaciones constantes. El territorio de la Provincia de Buenos Aires ya quedaba exento, se puede decir, de grandes indiadas. Los caciques Manuel Grande y Tripailao se ha-

Digitized by Google

bían sometido, lo mismo que Ramón Cabral y Catriel; el hermano de este último, Marcelino, había sido tomado en el Río Colorado; Namuncurá y Baigorrita vencidos ya en Poitagüe por el coronel Rudecindo Roca habían quedado bastante deshechos por el comandante Freire y por el general Lavalle; lo mismo que Epumer Rosas, cacique de los Ranqueles, por Racedo; mientras que Villegas, en Trenquelauquen, había dispersado las fuerzas de Pincén. Eran estos, en su mayor parte, los resultados de la campaña iniciada por Alsina y seguida por los varios jefes de frontera durante todo el año 78, bajo las órdenes del general Roca en su calidad de ministro de la Guerra.

Pero no estaban todavía del todo reducidos esos caciques, y retirándose con los restos de su gente, todavía podían hacer inhabitable todo el Sud, para los cristianos. Había pues, que acabar con ellos, y á esto salió para el desierto el general Roca, el 16 de abril 1879, pudiendo, un mes después, el 25 de mayo, hacer, flamear la bandera argentina en la isla de Choele-Choel, en el Río Negro, libre ya de la presencia del salvaje.

Y del Río Negro á la Cordillera y á todas partes, las tropas de línea empezaron á perseguir hasta rendirlos, todos los restos de las tribus otrora más numerosas y bravías.

Cayul, en Cochi-Có se rindió á Winter; y el general Conrado Villegas formando tres columnas y dándoles cita en el Nahuel-Huapi, con un mes de plazo, plantó la bandera al pie de los Andes, el día fijado, 9 de abril del 81.

Nanumcurá sólo se sometió en 1884, mientras se entregaban, en Ñorquin y Paso de los Andes, los últimos indios.

Digitized by Google

Quedaba conquistado el desierto, pero para llevar á cabo este trabajo de Hércules, se necesitaron naturalmente fondos, y la República extenuada por la larga crisis comercial de que todavía se sentían colazos, difícilmente hubiese podido costear la expedición con sus recursos ordinarios. Se había tenido entonces la idea de vender... á entregar, á pesos 10,000 en papel, ó sean 400 pesos en oro la legua de dos mil quinientas hectáreas, parte de las tierras que se iban á conquistar. Era un empréstito garantizado por victorias futuras, y por tierras desconocidas, bastante mal reputadas en general, y vilipendiadas por los mismos exploradores, agrimensores y sabios que hablaban de ellas, casi unánimemente en términos tales que era preciso cerrar los ojos y los oídos para decidirse á soltar los pesos. Y por esto mismo, quizás, tuvo más éxito dicho empréstito entre la gente pueblera, la cual no entendiendo de campo, tomaba los títulos como billetes de lotería, que el alcanzado entre los mismos estancieros, quienes, no queriendo campos malos, los despreciaron.

Era preciso tener realmente fe, y una fe casi ciega para entrar en el negocio; y hubo ministro del mismo Gobierno Nacional á quien, casi por fuerza, hicieron tomar veinte leguas, y más tarde debió á ese condado, pagado con repugnancia, una gran fortuna.

Andrés, por cierto resabio de especulador quizás, ó por sentirse ya pampeano hasta la médula, desde el primer día hasta habló de vender la camisa para comprar siquiera un lote de cuatro leguas; y, cosa rara, encontró entre los mismos parientes y allegados de su mujer, una resistencia loca, ¡como si pudiera ser una ruina emplear mil seiscientos patacones en un campo de cuatro leguas!

—Pero eso no es campo, hombre—le decía don Luis,

Digitized by Google

—ni lo será nunca. Primero ¿quién sabe cómo le va á ir al señor Roca con los indios? y después, la Pampa no es tierra; es arena, pedregullo. ¿No ve que el mismo Alsina, no quería pasar de Trenquelauquen, del límite de la provincia? Si ya es pura arena, allí mismo. ¡Cómo será más adelante! no servirá para nada. No se meta, hombre, no se meta.

El mismo don Matías aprobaba á su hermano.

—Creo—decía,—que emplear dinero en esas tierras, aunque las conquisten, es por lo menos una imprudencia. Nadie las podrá poblar; volverán los indios, y será plata perdida.

—¿Y por qué no las van á poblar?—preguntaba Andrés.—Yo me animo á poblar las que compre.

—Pero ¿no ha leído usted lo que dice Burmeister de esas tierras? Afirma que son impropias para toda clase de cultivo. ¿Y no ve lo que dice Sourdeaux, el ingeniero que fué á medir la región de Bahía-Blanca, que fuera de muy pocos lotes, todo esto es absolutamente inservible?...

—¡Caramba! si no lo convence lo que dicen esos hombres, uno francés, el otro alemán, es que usted extranjero, tendrá más fe que nosotros mismos, los argentinos, en nuestro país.

—¡Oh! pero si ustedes siempre son los primeros en desacreditarlo. Todo lo que es inferior lo llaman criollo: oveja criolla, vaca criolla, violeta criolla, etc., para ustedes no sirve sino lo *importado*. Si les quieren meter algún clavo de la industria nacional recién nacida, no tienen más que asegurarles que es importado, y allá va la plata; ¡y si supieran lo que fabrican en Europa *para la exportación!* Es lo más natural, por eso, que crean que su tierra no sirve; y puede ser, al fin y al cabo, que sea cierto, no he visto las que vende el Go-

Digitized by Google

bierno, pero por lo que observé en «la Josefina», creo que no son tan malas esas tierras nuevas como las pintan. Y, miren, á pesar de todo lo que me digan ustedes y los demás, voy á hacer como mi peluquero, monsieur Manet, y comprar cuatro leguas; ¡y quién sabe si no compro ocho!

—Está loco—dijo don Luis.

—Vea, de todos los franceses á quienes conozco, creo que es el único que tenga razón, él y dos ó tres más que dicen que han comprado también algunos lotes. Uno de ellos tuvo, para suscribirse por cuatro leguas al empréstito, que esconderse de la mujer, y recibió, cuando ella lo supo una felpa de primera. Otro empleó así lo que acababa de sacar en la lotería; éstos son los cuerdos, á mi parecer. Lo bueno es que de los que así compran, ninguno es hacendado; ninguno entiende nada del campo; son todos tenderos, pequeños comerciantes que nunca han salido más allá de Morón. Colocan sus ahorros. ¡El ahorro francés! la gran fuerza de mi país.

—Sí, siempre dispuesto á colocarse en alguna empresa dudosa, con tal que no sea francesa; por eso será que aquéllos han comprado tierra argentina, pues de otro modo, ¿cuándo?

—Y puede ser muy bien que sea cierto—confesó Andrés.—Pero, entonces ¿por qué no la compran ustedes que son argentinos y tienen dinero disponible?

—¡Si no sirven esas tierras, hombre!

Andrés compró cuatro leguas, ubicándolas lo más cerca que pudo del Azul, y le vinieron á resultar en el partido de Guaminí.

Muchísimas leguas de las que habían cedido las provincias de Córdoba, San Luis y Santa Fe, para ayudar al Gobierno Nacional en su obra de conquista, queda-

Digitized by Google

ban todavía disponibles, lo mismo que las pertenecientes á la nación, que debían formar, más tarde, los territorios del Río Negro y de la Pampa. Las más buscadas eran las cedidas por la Provincia de Buenos Aires, por ser más cercanas, por el mismo prestigio de la provincia y de su Gobierno, hasta entonces muy formal y muy honrado. Casi nadie quería las que habían cedido las provincias en el Sud de su territorio, y á todos parecía muy expuesto, realmente, dar por uno de los innumerables cuadritos de cuatro leguas cada uno, pintados en el mapa especial, sin ninguna indicación todavía de lo que podía ser allí el suelo, arena, monte, ciénaga ó sencillamente pampa desierta—todo menos campo fértil, según entonces creían que era lo que es hoy la región de la alfalfa,—mil seiscientos buenos patacones oro, aunque fuera en cuatro plazos.

Andrés hubiese comprado más, sin las reiteradas amonestaciones de los que le rodeaban, pero no lo hizo por no reñir. También es cierto que esto le dificultó bastante el pago de sus otros vencimientos; pero, á tirones y como pudo, se las compuso.

—Todo lo vence la fe—decía,—y hemos de salir á la orilla.

Las críticas que, de parte de don Luis, de don Matías y de su suegro, le había valido su compra, tuvieron un lindo punto de apoyo en la indiferencia momentánea del público hacia aquellos campos nuevos, una vez realizada la conquista definitiva del desierto. Parecía que los que habían dudado del éxito, y eran muchos, le ponían mala cara, cuando estaba conquistado.

No alcanzaban las haciendas dejadas por los pasados malones de los indios á los estancieros fronterizos para poblar tanta tierra; y pocos eran los que se hubiesen atrevido á ir á poblarla. Lo cierto es que pasaron algu-

Digitized by Google

nos años antes de que el pueblo argentino se diera cuenta de lo que para él valía la conquista llevada á cabo con tan reducido gasto, tan pequeña pérdida de vidas y en tan poco tiempo, por el general Roca. Era como si vagara todavía por aquellas soledades el fantasma del enemigo legendario de la civilización argentina, siempre renaciente desde tiempos inmemoriales, á pesar de la persecución sin tregua que le hicieron los generales de la Republica... secundados por los proveedores.

Y fué tal, durante un tiempo, esa indiferencia, que llegaron á venderse á la par y hasta con descuento, lotes de los campos comprados á razón de cuatrocientos pesos fuertes la legua cuadrada ¡dieciséis centavos oro la hectárea!

***

Es que también, si la crisis local iba ya cediendo en parte, otros países vecinos de la República Argentina—Chile y Perú,—pasaban por momentos realmente terribles, y confundiendo, como siempre, en una sola todas las naciones de la América del Sud, los recelosos capitales europeos no se hubiesen atrevido á embarcarse para este continente á ningún precio, mientras durase la guerra chileno-peruana.

En 1879, habían empezado las hostilidades entre Perú y Chile, aliados, hacía pocos años, contra España, y pronto tuvo también que entrar Bolivia en la trifulca, como aliada del Perú. Desde el mes de mayo hasta el 8 de octubre, fecha en que, después de una de las defensas más heroicas que consigna la historia, cayó en poder de los chilenos el «Huáscar», habían sido la nota saliente de la guerra, la única se puede decir, las hazañas de ese pequeño crucero peruano que, mandado

Digitized by Google

por el almirante Grau, cuya gloria queda encima de cualquier calificativo, hundió la «Magallanes», capturó el «Rimac» bombardeó Antofagasta, torpedeó á la «Covadonga» y peleó en Iquique con la escuadra chilena entera, escapando á toda persecución, presente á la vez en todas partes, hecho un verdadero buque-fantasma... con cañones.

Pero tenía que sucumbir, algún día. ¡Pobre «Huáscar»! Muertos casi todos sus defensores, los sobrevivientes, heridos, no pudieron hundirlo con bastante rapidez para evitar que los chilenos se apoderaran de él, y tuvo, poco después, que servir para bombardear los mismos puertos peruanos. Parecía el fetiche del Perú, pues una vez desaparecido no hubo más que desastres para ese país; bombardeos y batallas desgraciadas se sucedieron, hasta que después de las de Chorrillos y Miraflores, cayó en poder del enemigo la misma capital.

Esto era en 1881. Se firmó la paz; pero todavía puede uno preguntarse si de ese tratado, nunca ejecutado en lo que concierne á las provincias peruanas de Tacna y Arica, no surgirá algún día otra conflagración.

Andrés siguió trabajando con mayor empeño que nunca en su estancia, mejorando rápidamente sus haciendas con la compra de buenos reproductores, aumentándolas también lo más que pudo, pero sacando, asimismo, apenas para hacer frente á sus compromisos. Eran tiempos difíciles para los criadores. Todavía no había entrado, en aquellos tiempos, la idea de que con cultivar la tierra, se obtendría más. Todos creían y repetían, y á fuerza de oirlo decir Andrés también pensaba que así debía de ser, que los campos nuevos sólo se mejorarían con el pisoteo. Bien veía que las pocas cuadras que había sembrado de alfalfa daban mucho pasto, con que alcanzaba á mantener, invierno y

Digitized by Google

verano, sus animales finos; pero también veía que la semilla costaba muy cara, que no había peones para segar y emparvar, y también hay que confesarlo, estaba como los demás, cegado por la rutina ambiente. En cada cerebro hay partes de luz y partes de sombra, y el ojo más penetrante no sólo no lo ve todo, sino que á menudo se le escapa lo mejor, como si fuera ciego por un tiempo ó para ciertas cosas. Todavía no había sonado la hora del despertar; la tierra dormía, contentándose sus pobladores con mantener en ella sus animales; faltaban algunos años, meses, más bien dicho, para que inmigrantes ignorantes, esclavos del arado, viniesen á enseñar á los pastores orgullosos y soñolientos el camino de la fortuna.

Los frigoríficos no existían aún, las graseríaa estaban todas fundidas, la lana valía poco, la leche no era producto, la carne se tiraba, los novillos se morían de viejos, el estanciero sufría y sus esfuerzos resultaban inútiles. Era como para preguntarse, en aquellos años 1878, 1879, 1880, si había sido provechoso conquistar nuevas tierras ya que lo que se criaba en las anteriormente pobladas no tenía salida.

Con todo, la vida del matrimonio se deslizaba suavemente, como la de los pueblos felices, sin historia. Los únicos acontecimientos capaces de quebrar momentáneamente la apacible monotonía de esa vida, eran el nacimiento de los sucesivos hijos que casi cada año, iban á aumentar la población de la estancia y darle mayor alegría. Ya en el 80 tenían cuatro, tres varones y una mujer, y cuando se anunció el último, no pudo menos Andrés que decir á Josefina:

—Pero, ¡che! ¿hasta cuándo?

—¡Bah!—contestó la esposa, la madre, estrujando á besos á uno de los chiquilines á quien estaba vistiendo

Digitized by Google

risueño, en camisita, y cosquilloso;—como dice monsieur Poncet: *il y a de la place ici!*»

Fué entonces cuando Rodolfito Zavaleta volvió de Francia, después de haber completado sus estudios de médico y de cirujano en los hospitales de París. Volvía hecho todo un sabio, al mismo tiempo que todo un profesional práctico y experto; se habían desarrollado allá, en todo su esplendor, sus facultades despertadas apenas por la enseñanza forzosamente incompleta todavía que, á pesar de su dedicación, podían dar los escasos é insuficientemente preparados profesores argentinos de entonces. Volvía con los dos hijos que se había llevado, como si para los mismos argentinos, fuera el aire de Francia desfavorable á la procreación.

Habían cambiado, por supuesto, con Andrés una correspondencia seguida, pero más llena de noticias que de apreciaciones, y éste estaba algo impaciente por conocer la opinión que podía traer Rodolfo, de su tierra y de sus compatriotas.

No los habían podido ir á recibir, porque Josefina estaba todavía algo delicada y, por otra parte, querían que fuese él con la familia á verlos en su estancia y á pasar con ellos algunos días de campo, en su cada vez más querida Tebaida.

Apenas se hubo desocupado de sus quehaceres familiares y sociales en la capital, Rodolfo, feliz por lo demás con ese pretexto para alejarse del entonces incandescente foco de una política de la cual poco se preocupaba ya, después de hallarse tanto tiempo alejado de ella, tomó el tren y en algunas horas estuvo en brazos de su hermana amada y de su mejor amigo, Andrés. No dejó de quedarse algo sorprendido de lo completa que había llegado á ser la transformación de este último. Para él y para su señora, que acababan

Digitized by Google

de pasar seis años enteros en París, más aún quizás porque no se podían desprender de los encantos intelectuales y materiales de la gran ciudad que por la necesidad que sintiera Rodolfo de profundizar más los arcanos de su profesión, esa vida solitaria en una estancia lejana, durante meses, era un verdadero suicidio.

En los primeros momentos, no llegaban á comprender que Andrés y Josefina hubiesen podido renunciar con tanta abnegación á la vida cómoda y confortable de la ciudad, para enterrarse vivos, decían, en semejante desierto.

Andrés se unía á ellos para celebrar la abnegación de Josefina, por haber consentido voluntariamente á secundarlo al campo, pero suplicaba que no se mentase la suya, pues, de por parte, no había tal abnegación; le gustaba esa vida de tranquila labor; rodeado de sus hijos, con su mujer al lado, aquello era un paraíso, aseguraba; paraíso de pocos encantos materiales, es cierto... y todavía de pocos árboles, pero también libre de toda clase de tentaciones.

Rodolfo y su señora tenían que confesar que nada les faltaba de lo que hace fácil la vida material y que las criaturas gozaban de una salud exuberante; pero, sin teatros, sin reuniones, sin paseos, decía la señora; sin bibliotecas, sin movimiento intelectual, agregaba Rodolfo, debe de ser vida aburrida.

—No tenemos tiempo de aburrirnos—contestaba Andrés.—Josefina tiene muchísimo que hacer con los niños, con sus gallinas, con la gente, con las ocupaciones que ella misma se crea; y yo tengo las manos llenas, le aseguro.

Muy pronto se dió por convencido Rodolfo de que, con mucho en que ocuparse, ninguno de los dos se podía

Digitized by Google

fastidiar y empezaba á encontrar que la misma contemplación de la Naturaleza, la tranquilidad tan completa de la Pampa, podían ser elementos de felicidad, cuando de repente se vió obligado á consagrar al goce de ellas algún tiempo más de lo que había pensado.

Estalló súbitamente otra revolución. El 4 de junio de 1880, el presidente Avellaneda (después de declarar rebelde al Gobierno de Buenos Aires, porque el gobernador Tejedor, candidato desgraciado á la presidencia, vencido que fué en los comicios por el general Roca, armó á la población de la ciudad á pesar de la prohibición constitucional,) emigraba con todo el poder ejecutivo y demás autoridades y empleados nacionales á Belgrano, sitiando de hecho á la capital.

Durante cerca de dos meses quedaron interrumpidas las comunicaciones entre la capital y la campaña, y Rodolfo y su señora tuvieron á la fuerza que impregnarse hasta más no poder de esa atmósfera pampeana, tan distinta de la que habían respirado durante seis años en tierra extraña; tan absolutamente argentina, tan empapada del olor al terruño que les volvía á hacer entrar otra vez la patria por todos los poros; tanto que cuando se embarcaron en el tren para volver á Buenos Aires, Rodolfo dijo al oído á Andrés:

—Pues, amigo; serán ustedes los padrinos; que demasiado lo merecen.

Más que de la nueva revolución hablaban Andrés y Rodolfo de Francia, de París, de Europa, de aquellos mundos lejanos que son como el sol de cuya masa luminosa se desprende la materia con que se vienen formando esos pueblos nuevos de América.

Sin reserva admiraba Rodolfo la acumulación de riquezas materiales, científicas, artísticas, industriales de monumentos, de obras de arte, de instituciones de

Digitized by Google

todo género que constituyen allí—herencia de muchos siglos, siempre aumentada,—la base de la vida. Ponderaba la vitalidad con que Francia, después de tan terribles desastres, se levantaba de lo que sus vencedores habían creído un montón de ruinas; decía á Andrés todo el bien que pensaba de los hombres de ciencia que pudo conocer allá y con quienes trató continuamente. En todos ellos había encontrado un celo, un laborioso ardor, que parecían realmente tener su origen en las mismas desgracias de la patria.

Todo se estaba rehaciendo á gran prisa; la instrucción pública destruida como á sabiendas por el Imperio, renacía por todo el territorio y en todas sus manifestaciones; el ejército, no de pretorianos ahora, sino de ciudadanos armados para la defensa del suelo, estaba ya organizado en un pie que podría dar que pensar á sus ambiciosos vecinos; las finanzas parecían haber sufrido apenas por la enorme extorsión de que fué víctima el país, gracias á una fuerza de producción y á una ciencia del ahorro extraordinarias; y si bien parecía todavía muy lejana la realización posible del sueño de «revancha» acariciado por la nación entera, no debería considerarse como mera utopía, á no ser por ciertos signos de amenazadora decadencia que por desgracia obscurecían el horizonte.

El peor de todos era la diminución continua, aterradora de los nacimientos. Todos los estadistas estaban conformes en afirmar que siguiendo así, pronto quedaría la nación francesa reducida al cuarto ó quinto rango de las potencias europeas. Su ejército, forzosamente mermado, no podría, al cabo de cierto número de años, resistir al empuje del solo ejército alemán, siempre más numeroso; ni el valor, aun admitiendo que fuese superior, ni la mayor perfección del armamento,

Digitized by Google

que creía podría conseguir Francia, podrían suplir la diferencia en el número. Menos batallones era la consecuencia fatal de la falta de acrecentamiento en la población.

Pero consideraba Rodolfo que empezaban á asomar otras consecuencias no menos terribles de ese apocamiento constante de la natalidad; la producción industrial mermaría pronto y no podría ya luchar contra la de los demás pueblos; la misma campaña buscaría en vano brazos para su cultivo. Un país que ya no cuenta con suficientes hombres para defender su suelo, tiene forzosamente que renunciar á toda expansión en otros países, y acabada la expansión se acaba la influencia, la influencia material, primero, y hasta la intelectual. Andrés tuvo que admitir que diariamente se notaba el decrecimiento en las relaciones de Francia con la Argentina. Poco se oía hablar francés ya en las calles, los bazares—hasta los mismos pertenecientes á franceses,—no vendían sino artículos alemanes; las librerías no despachaban, como antes, por centenares todas las novedades literarias francesas; muchas casas importadoras habían desaparecido sin ser reemplazadas; pocos negocios importantes de utilidad pública se realizaban con capitales franceses. Los ingleses, los italianos y los alemanes se apoderaban cada día más del mercado, debiendo quedar los franceses eliminados con el tiempo. Hasta en la instrucción pública se empezaba á notar un movimiento parecido; los maestros franceses, antes tan buscados, iban dejando el sitio á ingleses y alemanes. Se sentía una especie de retraimiento voluntario, de encogimiento en una raza antes tan vigorosa, tan expansiva, tan sembradora de ideas y de iniciativas entre la humanidad.

—¿A qué atribuye usted, Rodolfo, esa marcha atrás?

Digitized by Google

—preguntaba Andrés, emocionado como si preguntase por la salud de un ser querido, atacado de in curable enfermedad.—¿Será consecuencia de la guerra? no querrán ya las madres criar hijos para que se los maten. ¡Fué tan terrible la última!

-No creo que sea eso—contestó Rodolfo.—Más bien atribuiría la diminución de la natalidad y todos los males que de ella provienen, y muchos otros también, como ese decaimiento, cada día mayor, de la iniciativa personal y nacional, al afán que, por instinto tiene cada francés, de ver su vida asegurada con el menor riesgo posible, desde la niñez hasta la muerte, mediante una renta grande ó chica, pero de pago fijo, un empleo seguro ó una pensión. Los padres franceses se figuran que es para ellos incoercible deber asegurar á los hijos una situación *pecuniaria* en este mundo; los niños nacen con la correspondiente idea de que con ella pueden contar; que se les debe por el solo hecho de haberlos procreado un dote, primero, una herencia, después; y los padres, toda la vida, trabajan y se afanan para cumplir con esa obligación postiza y como de ella fluye la necesidad de dar á cada uno de los hijos una situación más ó menos igual á la de los padres, éstos—y fácilmente se comprende,—limitan, cada vez más, el número de sus herederos, y lo limitan tan bien que el hijo único llega á ser la regla, no solamente en la ciudad, sino también en la campaña, donde en muchas partes, la división extrema de la propiedad obligaría á emigrar á los que viniesen después.

El inglés, el alemán crían hijos sin contar: y terminada la instrucción que pueden proporcionarles, los sueltan por esos mundos de Dios, á poblar, á conquistar, con necesidades que llenar por único haber. El italiano los cuenta menos aún, no les da mayor instruc-

Digitized by Google

ción y también los vuelca, innumerables, por todas partes, especialmente en la Argentina. Trabajan de peones, bajo las órdenes del inglés, más orgulloso y más preparado para mandar y dirigir las obras emprendidas con capital de su tierra, mientras que el alemán negocia, vende, compra, y gana dinero. El español, acostumbrado á colonizar, deja su país, por no poder ganarse la vida en él, y, en la Argentina, se hace otro hombre, adelanta y se enriquece.

El francés ya no necesita salir de su tierra, pues no alcanza á poblarla; en ella vive opíparamente, como para dar envidia á los vecinos; los productos de su suelo son exquisitos y se los consume; los de su industria son perfectos, pero muy poco trata de imponerlos ya en otros países. Cierra cada vez más sus puertas á la producción extranjera, sin querer darse cuenta de que esto mismo atrofia la suya porque muchas puertas también se le cierran. El cebo de la renta suele ser fatal á sus economías. En vez de arriesgarlas en su propia tierra ó en otros países, en empresas audaces pero que manejadas por él mismo serían fructíferas, las entrega con toda confianza á quien le ofrezca, con buenas palabras, el mayor rédito; y las pierde, muchas veces, en empréstitos turcos, españoles ó... rusos y en canales de Panamá y otros. La riqueza de Francia, á mi parecer, es enorme; pero es pletórica, y por esto expuesta á los mismos cataclismos que la salud de una persona muy sana que no se mueve bastante. Esto de no tener más perspectiva, más anhelo que la herencia paterna y el dote de la prometida, mata en la juventud toda cualidad de viril y noble empuje, y la ambición única de los padres de asegurar á sus hijos el dote funesto y la herencia que exime del trabajo, matará la misma nación.

Digitized by Google

Andrés al oir á Rodolfo exponer con toda la moderación y la sinceridad de la imparcialidad más completa, esas desencantadoras opiniones, quedábase sumido en la más angustiosa aflicción. Si á los diez años de la guerra y de sus desastres, se podía pronosticar ya semejante decadencia, á pesar de las apariencias de vitalidad intelectual y material que la cubrían, no había duda de que, al cabo de cierto número de años, el eterno enemigo de Francia, enriquecido y fortalecido, tentaría con éxito casi asegurado una nueva invasión. Encontraría, sí, más resistencia que en 1870; sus victorias le costarían caro, pero si aun vencido, y por el solo peso de la superioridad numérica de sus huestes, podía penetrar, invadir, ocupar esas tierras ya casi sin habitantes, ¿qué sería de Francia?

El que está lejos del objeto de su amor se forja temores fácilmente. Rodolfo trató de calmar en Andrés el verdadero dolor que, con sentimiento, veía que le había causado. Tuvo palabras felices de aliento que fueron á dar justito en el blanco de las ilusiones que también conserva siempre latentes en el corazón el que mucho quiere.

—No se desespere, Andrés—le dijo.—Todavía han de reaccionar sus compatriotas. Pronto conocerán su engaño y volverán á rodearse de hijos, y éstos á dejarse de dotes y de herencias y de renta segura y de puestos en el Gobierno, para lanzarse á poblar su rica campaña y las propias colonias de Francia, y los países nuevos, como el nuestro. Con unos cuantos ejemplos como el suyo, seguramente se compondrán. Todavía veremos irradiar en la República Argentina el genio francés, que tan bien iluminó al mundo con su gran revolución; y será bienvenido, siempre, en medio del mercantilismo sin ideales que nos agobia.

Digitized by Google

—Puede ser—contestó Andrés;—puede ser; no sólo puede ser, ¡será! pues siempre, hasta de sus cenizas, Francia ha sabido renacer, más fuerte, más grande.

***

En 1881, ya pensó Andrés que podría empezar á poblar sus cuatro leguas de Guaminí. La dificultad era encontrar un hombre de confianza á quien mandar allá; hacienda tenía bastante para formar un primer rodeo que se dejaría aumentar hasta que hubiese facilidades de comunicación. Pensaba que quizás Elordy consentiría en ir, y le habló de su proyecto. El vasco no decía que no, pero tampoco decía que sí, por haber oído hablar pestes de todos aquellos campos. Entonces se le ocurrió á Andrés organizar con él un viajecito de exploración. Ya no presentaba esto ningún riesgo, había poblaciones donde remediarse, aunque estuviesen algo esparcidas por el campo; y á más, con llevar buenos caballos y buenas maletas con muchas provisiones, no había mayor peligro. Elordy consintió, pues siempre estaba dispuesto á hacer lo que le pedía Andrés y no le disgustaba, en el fondo, ver por sí mismo lo que, en realidad, podían valer aquellos campos; pues esto de irse más afuera era para él una perenne tentación.

Andrés llevó á Josefina y á los niños á Buenos Aires, pues aunque hubiese ella consentido en cuidar la estancia durante la ausencia de su esposo, no le pareció muy prudente dejarla así sola; y á los dos días de su vuelta al Azul, emprendía la marcha con Elordy y dos peones, arreando una numerosa tropilla de buenos

Digitized by Google

caballos que, en tres días, sin apurarse, los llevaron al mismo campo.

Experimentó Andrés, durante ese viaje, pero con mayor intensidad que cuando iba del Azul á su campo, la misma sensación de peculiar gozo que ya conocía, y que da el pisar tierras vírgenes, vestidas aún con su primitivo manto de pastos sin refinar, grandes pajas y tupidos fachinales, con su fauna incauta que todavía casi no huye del hombre: zorros que despacio se deslizan entre las matas, observando de reojo; venados que se paran para mirar; avestruces que sólo disparan después de haberlo pensado bien; perdices que se encogen en la senda como para esperar el inevitable cañazo que las destina al puchero del viandante.

Una que otra majada encontraron por el camino, lo mismo que algunas puntas de vacas, traídas por los primeros que desde los campos de adentro se habían atrevido á mudarse; y, según parecía, no les podía ir mejor, pues las ovejas retozaban que daba gusto, disparando á todo correr al menor grito, sin quedarse atrás una sola, mientras que las vacas, con las panzas llenas, seguían en su pacífico ramoneo.

Elordy se iba entusiasmando.

El aspecto de las tierras vírgenes entusiasma siempre, y todo explorador es un entusiasta nato.

Lo que hacían entonces Andrés y él, más bien era paseo que otra cosa, y asimismo, las sensaciones vivísimas, de goce agudo, que experimentaban les podían hacer comprender lo qué serían las de los verdaderos pioneers que, desde muchos años, ya no faltaban en la República Argentina.

Había entrado, en efecto, en muchos espíritus amantes de lo ignoto, el legítimo deseo de conocer la propia

Digitized by Google

patria, para divulgar al mundo sus enormes pero latentes riquezas; y comprendiendo también el Gobierno Nacional que su deber era fomentar y favorecer tendencias tan provechosas para el país, había costeado varias expediciones.

En 1872, Martín Guerrico reconocía la desembocadura del Río Negro, y Bejarano sus nacimientos en la Cordillera; en 1873, Fed. Melchert levantaba el mapa de una gran zona del Sud y del Oeste de la Patagonia; en 1876, el Dr. Francisco P. Moreno, en su primera exploración, llegaba al Nahuel-Huapi, mientras Napoleón Uriburu penetraba en el Chaco. Ramón Lista, en 1878, descubría el Río Belgrano, en la Cordillera, y en el mismo año, Obligado organizaba otra expedición al Chaco.

Estas expediciones no estaban, como se comprende, exentas de peligros; y lo demuestra ampliamente la aventura del Dr. Francisco P. Moreno que, en 1880, en su segunda exploración, estuvo á punto de verse arrancar nada menos que el corazón - indispensable, habían decretado los adivinos del cacique Sahihueque, para apaciguar á su dios. Pudo, por milagro, escaparse con sus compañeros; y construyendo en Collón-Curá una balsa con la que bajaron el correntoso Limay, durante seis días y seis noches, llegaron, al mes, entre mil peripecias y las penurias que se pueden imaginar, á Bahía Blanca.

Desde 1881, fueron aún más frecuentes, naturalmente, las expediciones, tanto terrestres cuanto marítimas y fluviales, en todas las regiones del país. Los indios ya no existían sino en las tierras más apartadas de la República, y sólo en pequeñas agrupaciones, desanimadas, pobres, sin fuerza ya para resistir un ataque de gente bien armada.

Digitized by Google

Entonces fué cuando Carlos Moyano reconoció el curso de todos los ríos patagónicos; cuando Augusto Lasserre, jefe de la Paraná exploró el Golfo Nuevo, y los de San Antonio y de San Matías. Su antiguo compañero de armas, el almirante Solier, se dedicaba ya á estudiar las pesquerías del lejano Sud, arrostrando, durante meses de azarosa navegación, en una lancha de cuarenta toneladas, todos los furores de aquellos mares caprichosos.

El italiano Bove reconocía parte de las costas patagónicas; y el atrevido marinero de Patagones, Piedrabuena, arrancaba á la Tierra del Fuego y á la Isla de los Estados sus últimos secretos.

En 1882, debía Crevaux morir en el Pilcomayo, asesinado por los indios Tobas, y salía en su busca la expedición Fontana, seguida, el 83, por la de Ibarrota, que también más tarde dejaría sus huesos por aquellas regiones. En el Sud, el general Rufino Ortega limpiaba de indios mil doscientas leguas del Neuquen; el general Villegas encontraba el antigno paso de Bariloche; Ramón Lista llegaba al Chubut; Moreno descubría en San Juan incomparables riquezas paleontológicas, con las cuales fundaba, se puede decir, el Museo de La Plata, y toda una escuadrilla argentina iba á tomar posesión de todos los puertos de los mares del Sud.

***

—Sabe, patrón—exclamó de repente Elordy,—que estos... que estos campos no son tan malos como los pintan algunos. Son algo arenosos, y hay médanos que son campo perdido, por ahora, y hasta que se compongan; pero en esos mismos médanos suele haber lagunas muy dulces y duraderas. Además, los bajos es-

Digitized by Google

tán lindísimos; la tierra negra abunda y creo que sólo le falta población y pisoteo para volverse una gran cosa.

—¿Y por qué no compra usted algunas leguas? Elordy?—contestaba Andrés, insistiendo en una idea que, hacía días, había insinuado ya al vasco.

—¿Qué voy á comprar, si no tengo plata?

—Venda ovejas; véndalas todas, si es preciso, pero compre campo y, de algún modo, lo hemos de poblar en sociedad.

—Si compro campo, ya no voy á poder volver á mi tierra nunca—objetaba Elordy;—las ovejas me dan dinero con su lana, sus capones; poca, pero en fin algo, y el día que las quiera vender, las vendo en seguida y me junto con los pesos y me voy si quiero. Ya tengo diez mil, y hay tanto campo desocupado todavía, según veo, que las puedo aumentar, por muchos años aún, sin pagar grandes arrendamientos.

—Antes hubiera yo pensado lo mismo—dijo Andrés;—pero he cambiado de opinión; y aunque comprar tierra, hasta ahora, me haya producido más mal que bien, estoy convencido de que es el gran porvenir, el único, en este país; pero no comprarla como mercadería para especular, sino para guardarla, poblarla, mejorarla y sacar de ella los productos que sólo da la tierra.

Cuando llegaron al campo que era propiedad de Andrés, fué algo trabajoso encontrar los mojones, ó por lo menos, uno de ellos, que pudiese servir de guía para encontrar los demás. Por suerte hallábase establecido en el mismo campo, en una cuevita tapada con tres chapas de fierro de canaleta, al pie de un médano, un gaucho boleador de avestruces, baqueano de toda la región, que había asistido á las operaciones de mensura hechas por los agrimensores oficiales, y pudo indi-

Digitized by Google

carle á Andrés, con relativa exactitud, las líneas de su campo. Y recorriéndolo durante cuatro días en todo sentido, pudieron ver que era, todo bien considerado, un espléndido lote de tierra. Había en él, por supuesto, un poco de todo: terrenos demasiado altos y arenosos, pero también planicies fertilísimas, de pastos tupidos y variados, donde crecían las yerbas silvestres más apetecidas por la hacienda, con una lozanía admirable. Había lagunas de agua relativamente dulce, algunas, otras demasiado salobres para ser utilizables, pero cuyas aguas claras daban realce al paisaje. Y Andrés, cuando recordaba lo que valía la tierra en su patria y lo que representaría allá semejante extensión comprada por él en mil seiscientos pesos, casi no podía creer que fuera cierto.

Volvió con la resolución firme de comprar más y de hacer comprar á todos cuantos se convenciesen de que allí estaba la fortuna segura, en un porvenir cercano. En Buenos Aires indagó de quiénes eran los lotes linderos con el suyo, y pudo encontrar á algunos de los dueños; pero pedían éstos ya doce mil pesos papel por legua. Asimismo le pareció poco y compró ocho leguas, cuatro para él y cuatro para Elordi. Este se resistió todavía, por fórmula, á vender ovejas para pagar el campo, pero tanto insistió Andrés que cedió el vasco; y ese día hubiera podido decir que, por la segunda vez, Andrés le daba la vida.

Quedaba Elordy con muchas ovejas todavía, unas cinco mil, y las arreó para sus cuatro leguas, donde, á sus anchas, iban á prosperar, volviendo después á hacerse cargo de las mil vacas que Andrés mandaba como primer plantel para la nueva estancia.

Tuvo Andrés más trabajo para convencer á su suegro, á don Matías y á don Luis de que también debían

Digitized by Google

emplear algunos pesos en hacerse dueños de unas cuantas leguas en la Pampa, que lo que le había dado Elordy. Asimismo consiguió, gracias á los datos bastante fundados que les podía suministrar, que comprasen cada uno un lote de cuatro leguas, en las inmediaciones de las suyas. Ernesto no había esperado tanto y ya tenía sus ocho leguas desde 1877, esperando tranquilamente que adquiriesen valor para hacer algo de ellas. Emilio las había ido á revisar; estaban en el partido de Bahía-Blanca y eran muy buenas, según afirmaba.

Estas compras eran tanto más necesarias cuanto que se iba aumentando la familia por todos lados: Edelmira Alonso ya se había casado, y se iba á casar Julia, y todos estos matrimonios nuevos se rodeaban á su vez de retoños, y sería algún día imposible que tanta gente encontrase colocación en la ciudad.

Cierto es que la ciudad, capital ya de la nación, desde el día 6 de diciembre de 1880, parecía querer tomar un vuelo tal de ensanche, que pronto haría caber en el municipio á toda la República. De esto fácilmente se podía dar cuenta Andrés, ahora que con frecuencia tenía que ir á Buenos Aires, para comprar ó vender hacienda en los corrales. Había resuelto establecer á su familia en la ciudad, para pasar el invierno, y mandó edificar una agradable casita de campo en su invernada de Villa-Colón, establecimiento que vino á ser para él, como se lo había predicho Emilio, toda una fortuna. Era un campo de primer orden, de esos que apenas necesitan descansar para llenarse de pasto, y mandaba tropa sobre tropa, tanto de lo que compraba como de lo que de «La Josefina» podía tener disponible, haciendo rápidamente pesos con la transformación de novillos flacos en novillos gordos.

El acuerdo entre los partidos políticos que, duran-

Digitized by Google

te tantos años habían estado peleando, fué para la República como el alba de otra era de prosperidad que en todo se manifestaba, particularmente en el engrandecimiento de la capital y en su progresiva transformación. El intendente don Torcuato de Alvear, con arranques de juvenil energía, abría horizontes de progreso urbano hasta entonces desconocidos. Su primera obra en ese sentido, obra como de pataleo rabioso en la senda del progreso fué la destrucción, en dos noches y un día, en 1883, de la famosa Recoba Vieja, expropiada por el Gobierno y echada abajo para hacer de las dos plazas entonces existentes una sola digna de la fecha que conmemoraba y del porvenir de la primera ciudad de América del Sud.

Debía, poco después, en vísperas de retirarse, y como para dejar su marca, hacer lo mismo con el Departamento de Policía que parecía querer obstruir, por mucho tiempo con sus desmanteladas paredes y su aspecto de juzgado de paz de campaña, la soñada Avenida de Mayo. Las obras de salubridad, cloacas y aguas corrientes, reclamadas ya estas últimas por el vecindario en 1856, empezadas y llevadas á cabo de 1867 á 69 por John Coghlan, entregadas al servicio público en ese año, durante la gobernación del Doctor Emilio Castro, de venerada memoria, con el depósito de la plaza Lorea, capaz de suministrar 6.500 metros cúbicos de agua por día; vueltas á ser emprendidas, en 1871, por Bateman; suspendidas en 1877, por falta de fondos, porque los dos millones de libras del empréstito especial levantado en 76, habían sido empleados un poco en muchas otras cosas, iban á seguir, aunque penosamente, el curso, interrumpido durante seis años, de su construcción, gracias al contrato Devoto.

Es que la capital ya era ciudad de 300.000 almas: la

Digitized by Google

inmigración aumentaba diariamente, y de las provincias del interior era un aluvión continuo de huéspedes hambrientos que venían con la esperanza, á menudo fundada, de poderse saciar con alguna migaja del benévolo presupuesto nacional.

Todo esto, por supuesto, fomentaba de nuevo la especulación.

El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, por su parte, tenía, como consecuencia de la revolución del 80, que hacerse de otra capital. Desalojado el Gobierno Nacional por su mismo huésped, de su propia casa, no podía andar vagando; hubiera podido, es cierto, elegir para establecerse, alguna ciudad ya importante de la Provincia: San Nicolás, Mercedes, ó cualquiera otra, ó mejor que ninguna, Bahía-Blanca, el primer puerto marítimo de la República; pero según parece, no lo permitían así los resabios de la política porteña, y para esto había que situar la nueva capital provincial en una posición amenazadora para la flamante capital nacional. De modo que, en parte por esto, en parte porque la edificación en pleno desierto, de una suntuosa ciudad, con cien palacios, espléndidos relativamente á lo existente en el país, y puerto y todo, daba lugar á negocios de todo género, se cometió la locura de sacrificar á esa creación... genial todos los recursos habidos y por haber de la desgraciada Provincia de Buenos Aires.

¡Corrió la plata! llenó los huecos insondables de muchos bolsillos hasta entonces vacíos, los hizo rebalsar, hasta los hizo reventar; creó el torrente de la especulación en sus riberas instituciones locas, como el Banco Constructor de la Plata, la Territorial y cien otras; para todas había suscritores; se arrebataban las acciones; los terrenos subían á mil por cien, en un

Digitized by Google

momento, á pesar de la obligación de edificar. Y se edificaba, no más; surgía una ciudad verdadera, opulenta al parecer, con monumentos grandiosos, calles espaciosas, avenidas anchas, dispuestas todas en diagonales, para poder llegar á cualquier punto de la ciudad en un mínimun de tiempo.

Los particulares, para cumplir con la ley de concesiones de terrenos, edificaban también á gran prisa, y aquella hubiese llegado á ser una verdadera ciudad modelo, si su situación demasiado cercana á Buenos Aires no la hubiera condenado al fracaso.

Se habían figurado que por su lujosa edificación, La Plata atraería á la mitad de la población de Buenos Aires; que la emigración obligada de todos los empleados, de cualquier rango que fuesen, de la administración provincial, bastaría para poblar la nueva ciudad. Era uno de esos errores colosalmente ruinosos que se pueden perdonar á un simple particular, porque soporta sólo sus pasajeras consecuencias, pero sin excusa en un gobernante, que, manejando intereses públicos, compromete en sus traspiés no sólo el presente sino también el porvenir. Bien se pudo comprobar esto con la edificación de La Plata en tan desacertada ubicación, pues han pasado los años, desde su fundación en 19 de noviembre de 1883, y siempre queda la ciudad tan triste, tan desierta, que ni los mismos gobernadores pueden resolverse á observar la rigurosa ley de domicilio obligatorio en ella, dictada y renovada en varias ocasiones, para todos los funcionarios, autoridades y empleados provinciales.

Se piensa ahora hacer de ella con el concurso—¡ironía de la política!—del Gobierno Nacional, la ciudad universitaria por excelencia de la República. Se hará cómo nol y francamente parece predestinarla á ser un

Digitized by Google

centro de estudio el mismo silencio que en sus calles reina, fuera de las tres ó cuatro horas de la tarde habilitadas por los que, de *la Ciudad*, de la capital federal, de Buenos Aires, van á tramitar algún asunto en las oficinas ó tribunales de la provincia.

***

La prosperidad, al renacer en todo el país, si bien traía consigo, como siempre sucede en países nuevos, cuyos progresos no andan sino á saltos, peligros graves para los que, entusiasmándose, abusaban del crédito fácil y se lanzaban con demasiada vehemencia en especulaciones arriesgadas,—por otro lado afirmaba en bases más anchas las fortunas edificadas por el trabajo y el capital personales, en tierras propias, como la de Andrés y también las de su suegro y de los tíos de su señora.

Se empezaba á hablar de exportación de animales en pie para Europa y de carne congelada. No era más que un principio, cuyos efectos no podían hacerse sentir muy eficazmente aun, pero que bastaba para aumentar el valor de las tierras de estancia y de las haciendas.

Reinaba en el país en esos años de 1884 y siguientes, una paz tan profunda, que algunos probablemente descontentos por no haber podido calzar con algún puesto, llamaban en pomposo desahogo verbal ó escrito: varsoviana, como si se pudiese comparar con una paz conseguida á fuerza de matar y de ahogar en sangre la voz del pueblo, la paz argentina de entonces, fraternal absolutamente y basada en acuerdos políticos que permitían á la minoría la expresión amplia de sus reivindicaciones y anhelos.

Digitized by Google

Sin duda, la invasión de la capital por innumerables provincianos pobres y ambiciosos, era cada día mayor, y sus modales... provincianos no dejaban de ser tema de conversaciones irónicas de parte de los primitivos ocupantes. El antagonismo instintivo no podía haber desaparecido todavía del todo, pero iba disminuyendo por la misma fuerza de las cosas. Puestas en buena exposición, á toda la luz del sol, las plantas más raquíticas, muchas veces se desarrollan que da gusto, y así iba sucediendo con la cantidad de jóvenes... y viejos provincianos que venían, desde sus remotas y tranquilas moradas, á calentarse y dorarse con la irradiación de un Gobierno sumamente favorable para ellos.

Y esto mismo era, de parte de dicho Gobierno, un acto más de su gran política nacionalizadora que, en un número relativamente reducido de años, logró borrar casi del todo la distancia que separaba de los porteños á los demás argentinos.

Los ferrocarriles se multiplicaban y se extendían mientras tanto, cada vez más, uniendo entre sí á las capitales de las distintas provincias y á todas con la capital de la República, fomentando, con la comunicación continua y rápida, las relaciones entre todos esos hermanos que apenas se conocían y aun no podían haber aprendido á quererse.

Andrés pudo comprar en la ciudad, en 1882, antes que los precios hubiesen alcanzado alturas exageradas, un buen terreno en la calle Bella-Vista, que, pocos años después, iba á ser la Avenida Alvear, é hizo construir un modesto chalet, rodeado de jardines, desde el cual abarcaba la vista el río, los parques en formación de la Recoleta, y parte del Paseo de Julio, casi un desierto todavía, cruzado por ferrocarriles.

Digitized by Google

Ahí vivía feliz, entre su esposa cada vez más querida y sus hijos que seguían creciendo y multiplicándose. Sus ausencias eran frecuentes, por necesitarlo así la administración de sus establecimientos, pero cortas. Todos los días iba á los corrales, á caballo; cada semana, por lo menos una vez, iba á la invernada, y, de cuando en cuando tomaba el tren para el Azul y llegaba á la estancia, regentada por su cuñado Emilio, á quien había habilitado y que la dotaba de los elementos más modernos; de allí también, á veces, armaba viaje para llegar hasta la estancia de Guaminí, bautizada por él «Francia» y dirigida por su amigo Elordy, con tanto acierto y tanta suerte que se iba volviendo «manantial» como decía el vasco.

Bajo la celosa vigilancia de este hombre activo, prosperaban juntas la estancia de Andrés y la suya propia, y se iban poblando las dieciséis leguas que este mismo, su suegro don Matías y don Luis habían comprado.

Venía á formar todo un verdadero condado, cuyo rédito permitía á sus dueños sostener en la ciudad, la vida, si no lujosa, por lo menos confortable y algo patriarcal todavía, á que estaban acostumbrados.

Cada día veía más claramente Andrés la verdad de lo que le solía repetir á bordo, durante su primer viaje, el señor Alvarez, de que sólo la tierra enriquece, en estas repúblicas nuevas, pero que sólo enriquece al que se consagra á ella del todo, sin querer acordarse de volver á su patria. Ya rico, hubiese podido, justamente, con lo que producían sus estancias, sus tierras, volver á Francia y vivir bien allá, pero ni pensaba en hacerlo. La tierra le había dado lo que el comercio y la especulación le habían negado, y casi le hubiera parecido ingratitud el deshacerse de ella, para llevar á

Digitized by Google

otra parte la familia formada, creada en la República Argentina. Su personalidad tenía, cada vez más, que borrarse ante la personalidad creciente y cada día más exigente de sus hijos en conjunto y de cada uno de ellos en particular.

De vez en cuando se había hablado, como en broma, de hacer un viaje á Francia, para ver si se encontrarían mejor; pero pronto cambiaba la conversación.

Don Luis solía traer ese tema, para él mismo ya sin peligro, nada más que para dar cancha á su espíritu burlón y titeador.

—¡Che!—le decía de repente á su ahijado Luisito, uno de los hijos de Andrés, criatura de cinco años y rubio como el padre,—¡che! franchuté, ¿cuándo te vas á tu tierra?

—No soy francés—contestaba el muchacho;—soy argentino.

—Mentira—decía el tío:—vos sois rubio; aquí no queremos gente alazana. Andate á Francia, no más.

No *tiero*—contestaba Luisito, corriendo á guarecerse entre las faldas maternas, medio enojado, y haciendo pucheros;—yo me *tedo ati* con mamá—y dando vuelta la cabecita hacia Andrés, agregaba como después de haberlo pensado bien: y con papá.

Y todos se reían, y se sonreía Andrés, entre resignado y orgulloso; orgulloso porque, al fin y al cabo, siempre le gusta á un padre que sus hijos tengan la conciencia neta y firme de lo que quieren ser. Andrés era de espíritu demasiado amplio para tratar de imponer á sus hijos, nacidos de madre argentina, en suelo argentino, otra nacionalidad que la que les ofrecía la ley de la tierra natal y materna. Les enseñaba á querer á Francia, á admirar su genio y las producciones de sus grandes hombres; los obligaba á hablar y á leer en

Digitized by Google

francés; recibía para ellos las mejores revistas adecuadas á sus diversas edades, para que se familiarizasen con el idioma y el ambiente de la patria que él no podía, ni quería olvidar; les ponderaba lo hermoso y rico que era su territorio, pequeño si se compara con el de la Argentina, inmenso, al parecer, por la admirable variedad de sus productos, variedad aumentada por el ingenio de sus laboriosos habitantes; regado por infinidad de ríos grandes y pequeños, pero ni demasiado grandes, ni demasiado pequeños, como muchos en la Argentina, y repartidos por todo el país, como para que no hubiera en él ninguna región sin agua, ninguna con demasiada; donde alternan las planicies y las montañas, las llanuras cultivadas y los bosques hermosos; á los mayores les hacía conocer, explicándoselas en sus detalles, las bellezas literarias de las obras clásicas; bellezas fundadas en los sólidos cimientos del estudio, edificadas con los materiales indestructibles de la inspiración y del pensamiento, adornadas en su forma con las delicadas prendas del arte; pero les infundía, al mismo tiempo, la fecunda idea de hacer aprovechar algún día y en la medida de sus fuerzas, al país de su nacimiento, á la patria de su elección, todos los conocimientos que se empeñaba en hacerles adquirir.

Algunas veces, el mayorcito, José, que ya tenía sus nueve años, expresaba, al ver algún grabado sugerente, al leer alguna historia, un vehemente deseo de conocer todo aquello.

—¡Debe ser lindo el país de papá! ¿Por qué no vamos á verlo?—decía.

—Pronto hemos de ir—contestaba el padre,—¿no es cierto, Josefina?

—Cuando se pueda, ¡cómo no! pero ya sabes que por ahora...

Digitized by Google

—Es cierto; y de ningún modo se puede, pues tengo mucho que hacer aquí todavía. Pero, no tengas cuidado, Pepito; cuando seas más grande, cuando tengas dieciocho años, si todavía no podemos ir, te he de mandar allá.

Josefina siempre estaba ó criando, ó en estado interesante, como para dar á los que afirman que la raza gala ha dejado de ser proficua, un formal y repetido montís. Por otra parte, todavía le gustaba más, en el fondo, quedarse en Buenos Aires; no pensaba que hubiese mayor peligro en que, una vez en Francia, Andrés se negase á volver; pero asimismo, le parecía que podría apoderarse de él alguna súbita tentación de quedarse y prefería evitarla; consideraba que, por segura que pareciese la presa, no había que exponerla aún á riesgos desconocidos.

Por otro lado les hubiera sido difícil irse; la situación de Andrés era ya excelente y su haber había aumentado tanto que bien podía llamarse fortuna; pero era preciso consolidarla más; los gastos eran grandes, aun sin moverse; y ponerse en viaje con una familia tan numerosa hubiese sido peligroso. Muchos eran los que aprovechaban la era de prosperidad que atravesaba el país para irse á Europa; colocaban en cédulas hipotecarias, de ocho por ciento de interés, sus capitales, después de liquidar sus tiendas, sus casas de negocio, sus haberes de todas clases, y se iban á «vivir de rentas,» realizando algunos el sueño dorado de toda una vida de trabajo y de economía.

Se encontró Andrés, un día, con el viejo Lambert, de Montevideo; había liquidado sus negocios y venía á Buenos Aires, á colocar todo su capital en cédulas de la Provincia. Estaba loco de alegría el viejo. Al fin, se iba de un país donde por nada había querido radicarse

Digitized by Google

nunca; no había hecho gran fortuna; pero esto, por las continuas revoluciones del Uruguay. No se había casado; seguía yendo y volviendo, entre Francia y América; pero, asimismo, en realidad, estaba casi siempre en Montevideo. Con todo, conservaba su vieja idea; no comprar fincas en América, no dejarse *engatuzar*, hacer fortuna negociando y mandarse mudar; y se mandaba mudar el hombre, después de haber negociado mucho, sin haber hecho fortuna, y llevándose todo en títulos que, sin que se acordara, no representaban más que fincas, pero fincas ajenas.

Pocos años después, debía volver el desgraciado, casado en su tierra, á destiempo; arruinado por el derrumbe de las cédulas, trayendo á su mujer, víctima desterrada y condenada, sin saber por qué, á sufrir las consecuencias de los errores del viejo testarudo y á morir, lo mismo que él, en tierra extranjera; extranjera de veras para ella, pero para él extranjera únicamente porque había querido mantenerse extranjero hasta la muerte en ella.

Andrés no le había contado á Lambert su situación personal; por lo demás, no lo hubiera podido hacer, pues éste estaba tan alborotado por el gozo de irse definitivamente—como lo creía,—á su tierra, y tan poco le interesaba lo que pudiera ocurrir á los demás, que no le hubiese dejado decir dos palabras seguidas. Estas salidas, este éxodo general no le daban envidia; no sólo estaba bien y á sus anchas en la patria adoptiva, sino que también tenía la convicción de servir á la otra más eficazmente, haciendo lo que hacía, que yéndose á derramar en ella dinero, como tantos otros.

Y á más de sus negocios, y de los demás inconvenientes que hubiesen impedido su viaje, en caso de ha-

Digitized by Google

berlo querido hacer, otros acontecimientos le hubiesen puesto trabas. Uno tras otro, se casaban los muchachos y muchachas de la familia; Concepción Zavaleta, Adolfo Alonso y otros más, y ninguno hubiera permitido que Andrés, el gran amigo de todos, faltase á la ceremonia.

Desgraciadamente, no pueden ser todos alegres los acontecimientos de la vida, y á fines de 1884, tuvieron el dolor de perder á don Rodolfo Zavaleta, el suegro de Andrés, llegado á los 68 años de edad, sin haber—se solía decir de él,—causado nunca á nadie el menor disgusto.

Dejaba una regular fortuna en campos, casas y hacienda; pero sus numerosos hijos convinieron en que no se abriría testamentaría hasta que acabase sus días doña Antonia. Esta, por supuesto, era mujer guapa, llena de salud y bastante libre de achaques, en sus 58 años, para poder hacer esperar, mucho tiempo, su herencia; pero no hubo hijo, ni siquiera yerno, capaz de exigir su parte. Todos tenían alguna posición y todos, de cualquier modo, sabían que siempre, en caso de necesidad, encontrarían amparo en la casa familiar.

Eran todavía costumbres de aquellos tiempos, en ciertas familias que habían conservado intacto el espíritu patriarcal; y Andrés, á quien por lo demás, gustaba ese modo de ser, pensaba que, en su tierra, nadie hubiese hecho semejante sacrificio; y también pensaba que en la misma Argentina, venía aproximándose el momento en que los sentimientos estrechos, mezquinos, egoístas del viejo mundo, empezarían á prevalecer.

Digitized by Google

***

Seguían los años de gloria. El presidente Juárez Celman, elegido sin oposición seria, bajo la alta protección de su comprovinciano y pariente, el general Roca, había, al empezar su período presidencial, el 12 de octubre de 1886, encontrado el país en una situación de prosperidad no ya sólo renaciente sino creciente. Por desgracia, su cortedad de vistas, y el afán de gozar del círculo de codiciosos que lo rodeaba, le impidieron darse cuenta del peligro que entrañaba para el país esa misma prosperidad. Cegado por las adulaciones de sus interesados favoritos, se creyó omnipotente. Renegó de su creador ausente el general Roca, que descansaba entonces en Europa, y por el resbaladizo camino del derroche—como lo escribía entonces un periodista de la oposición, en el estilo sencillo y sin pretensión de la época,—sus manos inexpertas enderezaron á todo correr el carro del Estado hacia la zanja del desastre.

Lo ayudaron eficazmente en la provechosa tarea, en conjunto y cada una por su cuenta, todas las reparticiones públicas, lo mismo que los Gobiernos provinciales y las Municipalidades. Reinó pronto, en todas partes, la inmoralidad y corrupción más completas, y para los adictos incondicionales al poder, al *unicato* del presidente, parecía éste haber abierto las puertas de un palacio encantado.

La Aduana, para ellos, no tenía tarifas, y los bancos les entregaban el dinero á manos llenas. Bastaba la recomendación de algún encumbrado personaje para gozar de un crédito que hubiese envidiado el más honra-

Digitized by Google

do y acaudalado comerciante. Se citaba entre mil, el caso de un pobre coronel que, no teniendo más haber que su sueldo, había solicitado del Banco Nacional, á instigación y ejemplo de varios amigos, la cantidad de veinte mil pesos. Una tarjeta presidencial bastó para que, con su sola firma, consiguiera el hombre lo que pedía, con la amortización mínima de cinco por ciento por trimestre.

El coronel era un soldado honrado á carta cabal, pero no sabía absolutamente lo que es el dinero; siempre había vivido sin preocuparse del mañana, tan incapaz de endeudarse como de ahorrar. Cuando, á cambio de su letra aceptada, le entregó el cajero los veinte mil pesos, apenas descontados por el trimestre de interés adelantado, experimentó una sensación de temor que, en un campo de batalla, le hubiese avergonzado: pensó en retroceder.

—¿Y qué diablos voy á hacer yo con tanta plata?— dijo al empleado.

Este, comprendiendo la situación del ingenuo cliente, le aconsejó que llevase lo que pudiera necesitar, depositando el resto con mayor interés de lo que le cobraba el Banco, pero á plazo fijo de 90 días. El coronel, feliz de verse así aliviado de su inquietud, accedió agradecido; se llevó mil pesos, y le dieron, por el resto, un documento en forma.

A los ocho días, volvió al Banco y preguntó si no podría sacar de su dinero unos cinco mil pesos. El apetito se le había desarrollado, despacio todavía, mientras comía, saboreándolos, los mil primeros pesos. Hubo que anular la letra, hacer otra, pagar nuevos sellos; y como viera el coronel que aquello era toda una historia, acabó por retirar de una vez toda la cantidad; se la metió en el bolsillo, sin contar, y se fué.

Digitized by Google

Se fué, y nunca lo volvieron á ver en el Banco, ni tampoco los intereses, ni el capital.

¡Y cuántos otros así! pero, fatalmente, tenía que traer esto las consecuencias previstas hacía tiempo por los hombres juiciosos—muy pocos, á la verdad,—que habían sabido mantenerse apartados del torbellino arrebatador de la especulación. Era difícil esto, pues tanto se hablaba de las fortunas repentinas levantadas del día á la mañana, de los centenares de miles de pesos concedidos por los Bancos Hipotecarios, Nacional y Provincial, éste especialmente sobre propiedades hasta entonces casi sin valor y transformadas en un mes, sobre el papel, en «centros agrícolas,» sin habitantes y sin agricultura, que el menos ambicioso se dejaba llevar de la mano por corredores avezados hacia el antro de los negocios.

En el antro, en la Bolsa llamada de Comercio, hervían en avispero los valores de todas clases.

El espíritu nacional de empresa, dormido hasta entonces, se había despertado de golpe.

Y ¡qué despertamiento! tan violento como súbito; en el solo año 87, habían nacido más de cincuenta sociedades anónimas, con ochenta millones de capital: entre otras, el Mercado de Frutos, el Banco Popular, el Teatro Colón, la Colonizadora de Córdoba, la Fábrica Nacional de Calzado, la Refinería Argentina, el Banco Alemán, el Banco Francés, el Teléfono, que siquiera eran de las que, por sus bases y sus elementos, representaban un adelanto para el país y sobrevivieron al terrible terremoto de la crisis de progreso de donde habían salido; pero muchas otras, con 200 millones el 88, 500 millones el 89, de pura especulación, hasta de pura imaginación, fueron á agregarse á las ya fundadas,

Digitized by Google

en los años anteriores, nada más que para aumentar la mole del derrumbamiento final.

Todo ayudaba á fomentar el espíritu de especulación: el Congreso daba á quien las pidiese concesiones, sin contar; y concesiones serias, con un interés mínimun de 5 por 100 garantido por la Nación, ¡llegando el 89, á 440 millones de pesos oro la suma de dichas concesiones! La Municipalidad, concedía tranvías, y las emisiones de cédulas hipotecarias, provinciales y nacionales, aumentaban sin cejar, llegando á representar diez veces el valor real de las propiedades dadas en garantía.

La especulación en tierras, activada por estas numerosas concesiones de vías de comunicación, de las cuales muchas por suerte debían quedar en la nada, por este riego continuo de cédulas hipotecarias y por la llegada de una inmigración europea considerable—120.000 en 1887, 300.000 el 88, con la ley de pasajes subsidiarios, daba á la propiedad un valor ficticio pero siempre creciente. Era una hinchazón general, continua, aumentada sin cesar por el movimiento febril de los negocios; cualquier terreno cambiaba de manos varias veces en una semana, duplicando cada vez su valor nominal, sin más motivo que su cambio de dueño.

El Banco Constructor de La Plata, y otros, fundados para especular en tierras, veían sus acciones subir hasta las nubes, duplicarse, casi sin aflojar, y cuanto más crecían en número más subían. Era una locura general que no podía concluir sino por un cataclismo, pero mientras todo iba remontando, el gozo era grande.

Parecía no poder alcanzar su límite nunca la suba de ciertas acciones; y el 88 y 89 todavía, hasta por los meses de septiembre y octubre, todo siguió á las mil maravillas, en la Bolsa... de Comercio, para los especu-

Digitized by Google

ladores grandes y pequeños, levantándose más y más fortunas, con las Catalinas á 300, el Banco Nacional á 345, el Banco Constructor á 142, y otros valores por el estilo.

Llevaba la batuta de la desafinada orquesta el señor Carlos Schweitzer, fundador del famoso Banco Constructor de La Plata, manejando como á títeres á los más atrevidos especuladores, aplastando también á los que se le querían atravesar, hinchando las acciones de la institución fundada por él, enriqueciendo á sus secuaces con desdoblarlas antes que reventasen; risueño, impenetrable, erguido en su pequeña estatura de judío rubio, rizado y narigón, inmóvil en su gran sobretodo, bajo su sombrero de copa, al pie de una columna, donde acudían, en tropel ininterrumpido, los corredores, á solicitar órdenes, á dar datos, á traer contestaciones. Era rey; rey de un momento, como son casi siempre los reyes de la Bolsa; y en su sien trazó, como tantos especuladores, el último apunte, con una bala.

Una fiebre de lujo rastacuereante, verdaderamente sud-americana, se había apoderado de gobernantes y particulares.

—Quiero que quede terminado el nuevo Teatro Colón antes que se acabe el período de mi presidencia, —había declarado enfáticamente el primer magistrado de la República, como si el Teatro Colón hubiese sido la piedra angular de la misma existencia de la Nación.

De París venían maestros tapiceros, á embellecer con las últimas producciones de su arte los palacetes edificados á todo costo por los flamantes magnates de la improvisada riqueza argentina. Los coches más lujosos, los muebles más costosos llegaban por cargamentos. Los grandes costureros y joyeros de ultramar

Digitized by Google

no daban abasto á los pedidos de Buenos Aires; el comercio de artículos de lujo estaba en su apogeo.

En la capital, don Torcuato de Alvear, hostilizado en sus proyectos personales de embellecimiento, no siempre inspirados en realidad por impecable gusto, como lo empezaba á demostrar su inmoderado amor á ciertas grutas horribles y castillos de tierra romana con que adornó varias plazas, se había retirado, reemplazado por el doctor Antonio Crespo, quien contrario á la apertura de la Avenida de Mayo y partidario de las avenidas diagonales, no pudo, asimismo, impedir que se abriese la primera en 1887. En el mismo año, se inauguraban los trabajos del puerto Madero, sin darles, es cierto, mayor actividad; seguíase dragando el Riachuelo y cavando el puerto de La Plata.

Todas estas obras y muchas otras empezadas ya ó proyectadas, necesitaban capitales enormes, y sin embargo no se había puesto en explotación ninguna extraordinaria veta de oro ó de diamantes, ni pozos de petróleo, ni minas de carbón; apenas dos millones de hectáreas en toda la República, se habían dedicado á la agricultura; la exportación de animales y de frutos había aumentado bastante, pero no todavía en proporciones mayores, y la industria nacional apenas nacía. El oro subía, al contrario, de un modo amenazador, llegando á 150 en diciembre 1887, y las finanzas de la provincia de Buenos Aires estaban ya derrumbadas; pero no parecía esto producir efecto alguno en el ánimo de los gobernantes.

Al contrario, se habían inaugurado con entusiasmo otras obras públicas de gran aliento: vertiéronse torrentes de champagne para celebrar el principio de los trabajos en el Dock Sud de la capital; el puerto de San Nicolás parecía un hecho; y no había casi pueblo

Digitized by Google

situado en el Río Paraná ó en la costa del Atlántico que no aspirase á ser, en poco tiempo más uno de los principales puertos de la República.

Todo era gozo, alegría, derroche y buena vida. El gran remedio era emitir papel á torrentes, y como si no pudiese empapelar bastante ligero á la República el solo Banco Nacional de la capital, se dictó una ley por la cual pudieron emitir también con la garantía de los respectivos Gobiernos, las sucursales del Banco en las provincias. El baile se hizo fandango; hubo millones de papel nacional garantidos por la provincia de Jujuy y la de San Luis; fué la gran feria de los Bancos libres.

La emisión fué enorme, inundadora; y hasta llegaron ciertas provincias insaciables, encontrándola todavía escasa, á aumentarla fraudulentamente. Para mejorar las cosas, y hacer bajar el oro que, naturalmente, se iba á las nubes, el ministro de Hacienda don Wenceslao Pacheco no encontró nada mejor que vender en la Bolsa el oro depositado en garantía por los bancos emisores; y como la situación empeoraba, trató de hacer plata, apelando á la venta de más concesiones de ferrocarriles garantidos, á la cesión por pesos 17.500.000 de las obras de sanidad; y como todo fracasaba, porque los ingleses ya no querían dar más oro, se pensó que otro ministro sería más feliz, ó más hábil, y se llamó á don Rufino Varela. Pero ni su prohibición de vender oro en la Bolsa, ni la misma clausura de ésta, ni la tentativa vana de vender en Europa 24.000 leguas de tierras fiscales, á pesos 2 oro la hectárea, y de rematar lotes de los terrenos ganados sobre el río por el puerto Madero, pudo hacer nada, ni tampoco sirvió la suspensión de varias obras públicas y de la emisión de cédulas, ni la amortización decretada

Digitized by Google

de cien millones de billetes, ni tampoco otra tentativa de empréstito; todo fué inútil y renunció Varela, vencido, como había renunciado su antecesor.

En semejantes situaciones, los hombres poco pueden y sólo el tiempo y el obscuro trabajo de la parte sana de la nación, de la que sigue produciendo sin especular, son los que consiguen cerrar las heridas hechas al crédito público por el despilfarro y la mala administración.

Inútilmente abundaron entonces las concepciones geniales en materia de finanzas; no sólo los ministros, sino también los gobernadores y los intendentes municipales elucubraron bases y condiciones de empréstitos nuevos y de emisiones de letras, bonos ó vales; y hasta se citaron almaceneros que emitieron tarjetas y latas acuñadas; las compañías de tranvías emitieron redondelitos de goma y popularizaron los pagos en estampillas postales.

Llegó el momento en que del oro de los empréstitos sucesivos contratados por el Gobierno Nacional y las provincias y desparramado locamente en gastos inútiles y de lujo, no quedó nada en las arcas oficiales; pero la deuda era grande y había que pagar en oro los intereses; veinticinco millones de pesos en oro hubo que mandar á Europa para ello, y daba tristeza ver volver intactos á Inglaterra, por el mismo vapor que los había traído, los mismos cajones de libras esterlinas que todavía llegaban, saldo de algún empréstito anterior ó de alguna otra pasajera fuente.

Y subía el oro, y la miseria crecía; Juárez Celman bien tuvo que empezar á comprender todo el peligro de la situación. En todas partes y siempre las épocas prósperas inducen á los pueblos á preocuparse poco de sus derechos y de sus deberes políticos; pero cuando la

Digitized by Google

vida se hace difícil, pronto también se levantan y reclaman. Con el oro á 230, eran simples quejas; cuando subió á 300, fué la crisis inevitable. Se levantó la «Unión Cívica» con un meeting de 20.000 hombres, tanto más imponente cuanto más pacífico, meeting de «resistencia y de protesta.»

Se habló por fin de reducir los gastos, de tomar medidas de economía y se cambió el Ministerio. Para que nadie estorbase la aplicación de las reformas prometidas, se retiraron las candidaturas, prematuras por lo demás, á la presidencia futura, de Roca, Cárcano y Pellegrini, y se dejó que don Francisco Uriburu, hombre resuelto y enérgico, pusiese en práctica las ideas que traía al tomar posesión del ministerio de Hacienda. La principal medida que inmediatamente tomó fué la de exigir en oro la mitad de los derechos de Aduana.

La esperanza popular había hecho bajar el oro de 315 á 255; pero bien se veía que siempre eran, con otros hombres, los mismos medios; que no por haberse cambiado los ministros cambiaría la situación; aumentar los impuestos, encarecer más la vida, á nadie le pareció remedio suficiente. Por otra parte, el comercio estaba paralizado; la inmigración no sólo no venía, sino que se marchaba; la propiedad quedaba inmovilizada; el crédito estaba muerto, la renta disminuía, los Bancos estaban poco menos que arruinados, y en presencia de la falta absoluta de recursos, se aumentó la emisión. El oro volvió á 300, y fué general el enojo; los descontentos de la política que hasta entonces eran pocos, se volvieron legión; y el partido *radical*, el partido que en todos los países del mundo, con ese ú otros nombres existe y se renueva siempre cuando subiendo al poder, se vuelven oportunistas los radicales de ayer, pudo contar con el apoyo moral del pueblo

Digitized by Google

entero. Este estaba realmente cansado de ver con qué desfachatez había robado toda aquella gente, aprovechando escandalosamente cualquier asunto ó negocio de interés público, cloacas, puertos, canales, edificios, empréstitos, armamentos, para cobrar de los concesionarios ó empresarios comisiones que, más enérgicamente, llamaba *coimas* la opinión.

La revolución se convertía en «el más santo de los deberes,» y cuando, en medio de la crepitación de la fusilería y el estampido de los cañones, surgió entre las almenas del vetusto Parque, reemplazado hoy por el Palacio de Justicia, la intransigente figura del doctor don Leandro Alem, erguida, ascética, algo quijotesca también, se sintieron oprimidos los ánimos de todos los habitantes de la capital, ciudadanos y extranjeros, al ver que la ejecución no había estado á la altura del pensamiento y que, en vez de atacar, la revolución se defendía. Fué vencida ésta materialmente, pero arrastrando en su caída al bochornoso régimen imperante de despilfarro y de incondicionalismo, y pudo el pueblo, ocho días después, cantar, acompañándose de un alegre *pan francés*, el desde entonces histórico: ¡Ya se fué!

Aleccionado por sus desgracias del 74, calmado también un poco por la edad y más por sus responsabilidades de padre de familia, Andrés había resistido victoriosamente á todas las tentaciones y solicitaciones de corredores y amigos que querían, á la fuerza, darle participación en mil negocios y empresas, á cual más maravillosa. Siguió impertérrito el camino que se había trazado, mejorando sus haciendas, trabajando de estanciero únicamente, y utilizando su crédito para ayudar á sus ahorros y comprar más campo.

La *crisis del Progreso* había tenido consecuencias fatales para la generalidad, y el país, bajo todo punto de

Digitized by Google

vista, había sufrido y seguía sufriendo mucho por las mismas; su descrédito llegó á su apogeo en Europa, cuando el Krach Universal obligó á los Gobiernos de provincia y al nacional á suspender el pago de los intereses de sus deudas. El Banco Hipotecario y el Banco de la Provincia de Buenos Aires, al suspender sus pagos, causaron la ruina de miles de familias, europeas especialmente, y de modestos comerciantes de la capital y de la campaña, que les habían confiado sus pequeños ó grandes ahorros. Con el oro á 300 y á 350, las cédulas hipotecarias y los bonos del Banco de la Provincia al 25 por 100 de su valor escrito, pudieron resucitar, librándose de sus enormes deudas con algunos pesos casi sin valor, muchos de los grandes deudores, por no decir saqueadores, de los Bancos; y los acreedores, ellos, no recibiendo ya nada, ni teniendo siquiera la esperanza de ver nunca un peso de sus capitales volados, tuvieron que conformarse, liquidar por la cuarta parte de su valor, y algo menos, los certificados y cédulas que les quedaban, y volver á trabajar para comer.

Una sola cosa continuaba inquebrantable: la tierra, el campo; y, desde el primer día, así lo había comprendido Andrés. Podría tener sus alternativas de suba y de baja, pero fuera de los dichosos Centros Agrícolas, no tomarían verdadero valor de especulación, sino sólo de explotación, las estancias y los campos... juiciosos.

Muchas obras, de las emprendidas en el furor de especulación que se había apoderado de los ánimos, habían fracasado, y el mismo Teatro Colón debía, durante más de diez años, enseñar al transeunte entristecido los melancólicos andamios de sus interrumpidas paredes; pero, por otro lado, habían seguido adelantando otras, las de verdadera utilidad, sostenidas por capitales ex-

Digitized by Google

entero. Este estaba realmente cansado de ver con qué desfachatez había robado toda aquella gente, aprovechando escandalosamente cualquier asunto ó negocio de interés público, cloacas, puertos, canales, edificios, empréstitos, armamentos, para sobrar de los concesionarios ó empresarios comisiones que, más enérgicamente, llamaba *coimas* la opinión.

La revolución se convertía en «el más santo de los deberes,» y cuando, en medio de la crepitación de la fusilería y el estampido de los cañones, surgió entre las almenas del vetusto Parque, reemplazado hoy por el Palacio de Justicia, la intransigente figura del doctor don Leandro Alem, erguida, ascética, algo quijotesca también, se sintieron oprimidos los ánimos de todos los habitantes de la capital, ciudadanos y extranjeros, al ver que la ejecución no había estado á la altura del pensamiento y que, en vez de atacar, la revolución se defendía. Fué vencida ésta materialmente, pero arrastrando en su caída al bochornoso régimen imperante de despilfarro y de incondicionalismo, y pudo el pueblo, ocho días después, cantar, acompañándose de un alegre *pan francés*, el [illegible] entonces histórico: ¡Ya se fué!

Aleccionado po[illegible] racias del 74, calmado también un poco po[illegible] más por sus responsabilidades de padre d[illegible] drés había resistido [illegible] riosamente á t[illegible] ciones y solici[illegible] corredores y [illegible] norían, á la f[illegible] ticipación en [illegible] y empr[illegible] ravillosa. S[illegible] trazado, m[illegible] ciero ún[illegible] dar á su[illegible]

La c[illegible] tales p[illegible]

Digitized by Google

dades; su descrédito llegó
cando el Krach Universal
provincia y al nacional
reses de sus deudas. El Banco
de la Provincia de Buenos Aires
gos, causaron la ruina de
especialmente, y de muchos
tal y de la campaña, que
queños ó grandes ahorros
cédulas hipotecarias y los
vincia al 25 por 100 de su
citar, librándose de su
pesos casi sin valor, mu
por no decir saqueados
res, ellos, no recibiendo
la esperanza de ver mu
lados, tuvieron que
ta parte de su valor,
cédulas que les qu
comer.

Una sola cosa co
el campo; y, desde
dido Andrés. P
de baja, pero fu
no tomarían ver
de explotación
echas obr

Digitized by Google

tranjeros que no tenían por qué preocuparse en lo mínimo de los movimientos alocados de los efímeros valores de Bolsa, ni siquiera de los del papel moneda, sino para aprovecharse de sus hundimientos, y cambiar con ventaja sus libras esterlinas. Por ejemplo, y entre otras muchas, había vuelto á seguir su marcha adelante, suspendida varias veces por desgracias financieras, pleitos, etc., la línea del Pacífico. Con los estudios hechos desde 1873, por el ingeniero Luis Huergo, en medio de repetidos ataques de los indios, rechazados con esa energía serena de que, en todos los actos de su vida, dió siempre prueba ese argentino de gran valor, aplazada su construcción durante años, pudieron en fin los hermanos Clark hacerla llegar á Villa-Mercedes de San Luis.

Construida, gracias á la culpable complicidad de los ingenieros nacionales que la recibieron, con una economía de terraplenes que debía, en 1887, hacerla destruir por una inundación algo fuerte, fué restablecida por una compañía nueva, formal y rica, que hizo de ella uno de los elementos más importantes de la riqueza del país.

Andrés, cuyo capital aumentaba cada año en regular proporción, resolvió ir á conocer también tierras del Oeste, de las cuales pocas personas hablaban y que todavía por simple ignorancia y desidia de sus ausentes dueños, seguían despobladas y consideradas como de poco valor. Asimismo, habían subido bastante de precio, y los diez mil pesos papel, de la antigua moneda, que á su primer comprador había costado, en 1877, cada legua cuadrada de 2500 hectáreas, se habían transformado en otros tantos pesos nacionales; aunque estos últimos no hubiesen conservado su valor escrito de un peso oro, ó cien centavos oro, contra los cuatro que

Digitized by Google

sólo valían los pesos antiguos, y á pesar de los doscientos y más, por ciento, de agio, que disminuían su valor, siempre representaba ese precio de diez mil nacionales una suba enorme, en la proporción aproximativa de diez veces el costo primitivo.

Andrés pudo comprar á ese precio cuatro leguas, en la parte meridional de la provincia de Córdoba; la tierra le pareció muy buena, de superior calidad para agricultura, y pudo ver por lo demás, que los ensayos hechos ya por algunos de los escasos pobladores de la región estaban dando, tanto para el trigo como para la alfalfa, excelentes resultados. El agua era en general fea, salobre, pero no tanto que no la pudiesen aprovechar los animales; este inconveniente, tan general en las tierras nuevas de la Pampa, decrece con la población y no puede, por consiguiente, ser considerado como vicio redhibitorio para el éxito de los cultivos y la prosperidad del agricultor en esas comarcas.

***

Se empezaba á hablar bastante de agricultura en todo el país. Siempre los criadores habían sembrado en sus estancias algunas cuadras de maíz y de alfalfa pero con una mezquindad, una parsimonia que no tenía por excusa, excusa imbécil hay que confesarlo, más que el costo de la semilla y la escasez de la mano de obra. Principiaban muchos á comprender que se debía seguir el ejemplo dado por los colonos de Esperanza en Santa-Fe, del Baradero en la costa del Paraná, y de Olavarría en el sud de Buenos Aires, y sembrar trigo. Ya conocían que la tierra de la Pampa en toda su extensión, á pesar de las manifestaciones erróneas, hechas desde sus laboratorios por sabios paten

Digitized by Google

tados, era perfectamente apta para la agricultura, en todos sus ramos, y que no había motivo para no aprovechar lo que, tan generosamente, dispensaba la Naturaleza al esfuerzo del hombre.

El movimiento, en sus principios, fué lento, como se comprende, pero fué ganando terreno poco á poco, invadiendo comarcas todavía completamente abandonadas, preparando, para un cercano porvenir, la explosión de una prosperidad que desgraciadamente, no parecía querer fomentar aún el nuevo Gobierno Nacional.

Lleno de confianza en la habilidad y sobre todo en la reconocida energía del nuevo presidente, doctor Pellegrini, investido del poder supremo, como vice-presidente de la República, por la renuncia del doctor Juárez-Celman, Andrés Sterner había aplaudido, con el pueblo apiñado bajo los balcones de la Casa Rosada, las vehementes palabras, llenas de indignación contra el Gobierno caído, y de promesas para el porvenir, pronunciadas por el nuevo mandatario, al tomar posesión del poder.

La situación financiera del país estaba sin duda muy comprometida, y el crédito argentino amenazado de un grave descalabro; era difícil encontrar los recursos inmediatos necesarios para hacer frente, en el extranjero, á los compromisos de la nación; pero la situación económica no presentaba tan mal aspecto: la producción era normal y aumentaba en halagadoras proporciones; la agricultura, con su trigo, su maíz y su lino, sembrados ya en gran escala, ofrecía á la exportación contingentes hasta entonces desconocidos y siempre crecientes; los frigoríficos eran ya cuatro y llegaban al máximum de su elaboración; las exportaciones de ganado en pie no tenían trabas de ninguna es-

Digitized by Google

pecie y tomaban incremento; se podía, pues, esperar la terminación pronta del terrible estado de crisis en el cual se debatía desde tanto tiempo el país.

Pero duraron poco las ilusiones: no solamente no empezaba todavía la deseada liquidación de la crisis, sino que cada día se hacía peor y más violenta. El oro había bajado en 70 puntos, momentáneamente, pero pronto volvió á subir con más fuerza que nunca y alcanzó cotizaciones todavía desconocidas. Difícilmente podía ser de otro modo: la deuda externa era de 122 millones, la interna de 160, la municipal de 24; circulaban 254 millones de cédulas provinciales; las provincias adeudaban 200 millones, y se exportaban veinticinco millones de pesos oro anuales, nada más que para el servicio de la deuda pública en Europa.

La única ayuda del Gobierno era la casa Baring Brothers que le había abierto un crédito de 3.500.000 pesos; y esta casa suspendió pagos. Otra vez, se valió el Gobierno del triste recurso de la emisión, y el oro subió á 350; y se impusieron los fósforos, el alcohol, la cerveza, las sociedades anónimas extranjeras. Estas gritaron, pero con más razón gritaba el pueblo al ver sus gastos de vida recargados con los impuestos internos y con el peso de los derechos de Aduana, pagaderos ya todos á oro.

La exportación tuvo que abonar el 5 por 100 de derechos, los Bancos particulares el 2 por 100 de sus depósitos, y se prohibieron otra vez las operaciones á oro.

Todas estas medidas sólo sirvieron para crear desconfianza, promover el retiro de los capitales europeos y agravar la situación con un pánico que llevó el oro á 385.

El Gobierno Provincial había cedido, por cuarenta y

Digitized by Google

un millones de pesos oro, el ferrocarril del Oeste á una compañía inglesa; pero no pudo asimismo salvar el Banco de la Provincia, ni el Banco Hipotecario, que suspendieron el pago de sus cupones éste, de sus depósitos el otro. El Banco Nacional hizo lo mismo, viendo caer á 30 sus acciones, que habían estado, en 1889 á 352; las acciones de las «Catalinas», sociedad de depósitos fiscales en terrenos ganados sobre el Río, de 400 á que habían subido, estaban á 5.60 en julio del 91.

La crisis se volvía caos; cinco Bancos particulares, corridos por sus depositantes que retiraron, en pocas horas, 60 millones de sus arcas, cerraron la puertas; el Gobierno decretó una moratoria general de 90 días; ¡el oro llegó á 460!

De la Bolsa habían virtualmente desaparecido los valores; ninguno se cotizaba. Habían llovido, durante año y medio, casi diariamente, decretos, leyes, reglamentos económicos y financieros, todos dictados para tratar de aminorar el desastre, y se puede asegurar que tan atinados habían sido que cada uno de ellos tuvo por resultado inmediato conmover la plaza, en vez de aquietarla, y hacer más aguda la crisis.

Fué también entonces, noviembre 1891, cuando sobre tantas ruinas se fundó el Banco de la Nación, empezando sus operaciones con el oro alrededor de 400.

Andrés, como extranjero, seguía voluntariamente alejado de la política activa, pero ya no se despreocupaba en absoluto de ella, como en otros tiempos.

Había aprendido á conocer bastante bien, con una imparcialidad iluminadora, á los hombres y las cosas de la República. Sin afiliarse á ningún partido, seguía con interés las manifestaciones y los actos de todos ellos; y lo mismo que su alejamiento de Francia le permitía discernir con una nitidez acrecentada por la au-

Digitized by Google

sencia de detalles, las grandes líneas de los destinos, algo sombríos al parecer y á pesar de una prosperidad material deslumbradora, de su patria y de su raza, su prescindencia de toda participación activa en la política argentina le dejaba toda libertad de espíritu para juzgar, aprobar ó criticar *in petto* la dirección, muchas veces tan errada, que los poderes públicos daban á la marcha de la patria de sus hijos. Sentía ver que, en tan admirable país, se volviese todo pura política; que la codicia de los dirigentes impidiese á menudo, ó por lo menos estorbase siempre, el vuelo majestuoso, imponente, á no ser ella, del progreso argentino, en todas sus manifestaciones. Desencantado, había visto una vez más que los gestos oratorios y los elocuentes discursos no son siempre los grandes actos que uno se figura, y que sus mismos autores creen que son.

Lo mismo que antes, más aún quizá, gobernar había consistido en seguir emitiendo papel y aumentando los derechos de Aduana, con el pretexto, esta vez, de favorecer á los industriales; política de capitalistas insaciables, que mata al obrero necesitado para ayudar al patrón rico, y que, con el tiempo, llevaría á la lucha de clases, con su séquito de huelgas, de violencias y de perturbaciones sociales.

Andrés pensaba que la única industria digna de protección en la Argentina, sería, por mucho tiempo todavía, la industria agrícola y ganadera. Pensaba que fomentar con una protección, exagerada hasta la insensatez, la industria fabril y sobre todo ciertas industrias que no hacían más que elaborar materias primas de otros países ó dar forma á materias ya fabricadas en otras partes, era sencillamente detener en la capital federal, ya harta de población obrera y parásita, á los inmigrantes que, por todos los medios, y particular-

Digitized by Google

mente poniendo á su disposición las tierras públicas, hubieran debido desparramarse por el territorio de la República, para desarrollar sus riquezas naturales.

Pero también en esto, y más en esto todavía que en cualquier otra cosa, habían impreso su sello de codicia los terribles amigos de los gobernantes, esterilizando en gran parte, por su voracidad en apoderarse de las tierras fiscales, los resultados que hubieran podido dar á la colonización de la Pampa su conquista sobre los indios y su repartición juiciosa y paulatina á hombres capaces de cultivarla. Las leyes de tierras, en sus continuas modificaciones de forma, seguían siendo lo que siempre habían sido en el país, fuesen provinciales ó nacionales; conservaban los mismos eternos rasgos que hacían de ellas, en su letra, leyes liberales, destinadas á conseguir una equitativa repartición de las tierras fiscales entre pobladores de verdad, que las explotasen personalmente, con sus familias y con su pequeño capital, con el arado ó con hacienda; y en la aplicación, leyes favorecedoras del latifundio sin límite, apenas enriquecedor á fuerza de años, para sus inútiles poseedores, y ruinoso para el verdadero progreso, el progreso sin crisis del país.

Todo, naturalmente, es relativo, y si los lotes de una, ó dos, ó cuatro leguas cuadradas que concedía el Gobierno no se podían llamar todavía latifundios, en un país como la República Argentina donde existían y existen aún enormes extensiones de tierra despoblada, esa designación convenía á las propiedades de varios centenares de leguas, de que sabían apoderarse algunas personas por demás protegidas, juntando tantos lotes como nombres podían presentar, no por supuesto de pobladores, sino de amigos, parientes y otros testaferros. Los mismos legisladores preparaban entre sí la

Digitized by Google

fácil combinación: solicitar en compra del Gobierno tales y tales lotes para colonizar, ubicados en tal ó cual región, presa designada de antemano; y una vez presentadas y en trámite las solicitudes de los privilegiados y precavidos, compacto el grupo, de repente se votaba la ley, dándole la menor publicidad posible, vendiendo, á precios á veces irrisorios, las tierras ya solicitadas, á los mismos solicitantes que *se acogiesen á la presente ley;* ¿y cómo no se iban á acoger ya que para esto lo habían mandado sancionar?

A pesar de todo, á pesar de las especulaciones descabelladas, de los sobresaltos políticos y financieros, de las ruinas, de la estricta aplicación de malas leyes ó de la mala aplicación de leyes buenas, de las flaquezas de los hombres ó de sus ímpetus á veces peores, la República Argentina progresaba, y renacía poco á poco su vitalidad, momentáneamente quebrantada por esa crisis terrible. Es que detrás de las fuerzas dirigentes, todavía defectuosas por su preparación insuficiente y su falta de abnegación patriótica, hay siempre todo un pueblo de trabajadores, venidos á América para enriquecerse y que, enriqueciéndose, fundan la verdadera prosperidad material del país. No se ocupan de política, no la entienden; con tal que el juez de paz no los embrome demasiado, y que el comisario de policía y los cuatreros los dejen trabajar, que los impuestos no resulten por demás exorbitantes y que los fletes sean llevaderos, se contentan con empujar su arado por la tierra nueva, cada año más lejos; y con este trabajo paciente componen, arreglan lo que la política destruye ó perturba.

En política, poco á poco, los dirigentes habían conseguido eliminar «La Unión Cívica» y restablecer, en todo su exclusivismo, el partido autonomista nacional,

Digitized by Google

el P. A. N.; pero, pronto, y por esto mismo hubiese renacido la lucha, si el general Roca, aprovechando la vuelta de Europa del general Mitre, no hubiese hábilmente puesto bajo la egida del venerable patriarca de la política argentina la proclamación de un completo acuerdo.

Les gustó poco á los radicales; á los radicales no les puede gustar ningún acuerdo, pues en todas partes, su papel es conspirar... y sufrir. Y no tardaron en conspirar y en sufrir. No admitían que prescindieran de su partido con la fórmula presidencial: Luis Sáenz Peña—Uriburú, que eliminaba á sus candidatos, Alem ó Irigoyen; y en seguida, se creó,—¿quién la creó? vaya uno á saber—una situación de alarmas que pronto dió con los principales jefes del partido radical en los pontones, mientras se hacía tranquilamente, en su involuntaria ausencia, la elección de electores.

Pero, dejemos la política. Socialmente, progresaba la Argentina, con el amor al lujo, suscitado por el pasajero furor de derroche que había como envuelto y arrastrado á todo el país; durante una serie de años se había insinuado, en pequeñas, pero eficientes dosis, cierto refinamiento del gusto. En medio de los mil artículos de pacotilla importados con el nombre de objetos de arte y aceptados como tales por la mayor parte de los que, de la noche á la mañana, creían haberse vuelto poderosos, llegaba también á estas desconocidas playas una que otra pintura ó escultura traída por extranjeros que, por algún motivo, venían á instalarse en el país, ó por comerciantes demasiado audaces, precursores generalmente inoportunos para sus propios intereses, de un progreso todavía por nacer.

Algunos argentinos de elevada cultura, entre ellos el elocuente tribuno doctor Aristóbulo del Valle empe-

Digitized by Google

zaban á formar modestas pinacoteras, trayendo de Europa ó deteniendo en el país, comprándolas, algunas obras de mérito. El arte nacional daba sus primeros vagidos, mamarracheando todavía como podía, en sus salas del Ateneo, y hasta de la Colmena, improvisadas en el edificio á medio fracasar, como tantos otros, entonces, del Bon Marché, por sociedades de jóvenes, de escasos recursos y de mucha buena voluntad, algunos de ellos dotados de verdadero talento, que, para desarrollarse, sólo necesitaban de otro ambiente, de profesores y de modelos. No debían éstos tardar mucho en tomar su vuelo hacia las grandes ciudades de Europa, para ir á perfeccionarse en los talleres de los más ilustres maestros franceses, y volver á la tierra natal para echar en su seno fecundo las primeras semillas del arte argentino. Entre ellos, Eduardo Sívori y Eduardo Schiaffino, revelador, el primero, de las bellezas naturales, hasta allí despreciadas, de la Pampa; inimitable pintor el otro, de las sugestivas y melancólicas fisonomías femeninas criollas, merecen, entre todos, el título de precursores, aun después de Pueyrredón, cuyas obras, pintadas á mediados del siglo XIX, quedaron, durante más de treinta años, casi ignoradas, á pesar de su doble mérito pictórico y nacional.

En el modo de vestir, especialmente de las mujeres; en la edificación y en el mueblaje de las casas, en la comida, en los modales sociales, en todo se notaba una transformación completa. Los ferrocarriles, con la crisis, habían prorrogado muchos de los avances y ramales proyectados, pero asimismo, algo como 15.000 kilómetros estaban hechos, otros estudiados y prontos á llevarse á cabo, al primer síntoma de bonanza; los vapores á Europa se habían multiplicado, aumentando sus viajes á tal punto, que bien se podía decir que no

Digitized by Google

había, en la semana, un solo día en que no saliera, por lo menos, un trasatlántico; las obras de saneamiento de la ciudad seguían como podían entre los socotrocos de contratos hechos y deshechos, de empréstitos devorados antes de haber llegado su importe, y se trataba de suministrar á la población urbana trece millones de metros cúbicos de agua al año. Los trabajos del puerto Madero y sus calles de acceso iban adelantando, entregándose ya al servicio la Dársena Sud, lo mismo que los de la Avenida de Mayo; y á pesar de la paralización en que se mantenía todo lo proyectado y hasta todo lo empezado, se sentía como una atmósfera de renuevo, sino próxima, por lo menos no muy lejana.

La capital federal, aumentada en 1888 con los partidos de Flores y Belgrano, lo que le daba una población de 500,000 almas, era cruzada en todo sentido por cerca de cuatrocientos kilómetros de tranvías. Su transformación paulatina moral y material, de vieja aldea colonial en gran capital moderna, seguía su curso, contra viento y marea; por un lado, los doscientos periódicos que en ella se publicaban atestiguaban su incipiente vitalidad intelectual y la plantación de numerosos árboles, en todas las calles cuya anchura lo permitiera, modificaba poco á poco su aspecto, haciéndola, á la vez, más alegre y más higiénica. Se cambiaban por plátanos coposos, entresacados de la Avenida de Palermo, donde estaban por demás apretados, las palmeras plantadas por don Torcuato en la plaza de la Victoria, y que más le daban, en verano, aspecto de desierto caldeado por el sol que de fresco oasis, y, en invierno, de un estepa siberiana dotada, por algún capricho de la Naturaleza, de vegetación tropical.

Los teatros se multiplicaban: se inauguraba la Opera de la calle Corrientes, edificada por don R. Cano,

Digitized by Google

para llenar el interinato del Teatro Colón, desterrado por el Banco de la Nación de la plaza de la Victoria á la de Lavalle y sin concluir todavía; se edificaban las salas del Onrubia y del Odeón, antes Variedades, del señor Bieckert, el primer fabricante de cerveza establecido en Buenos-Aires, y dueño, como su vecino y compatriota, don Adrián Prat, el fabricante de paños, de magnífica fortuna bien ganada por su trabajo y duplicada por el enorme valor que, con los años, adquirieran los grandes terrenos ocupados por sus fábricas; en «Teatro San Martín,» se metamorfoseaba el «Skating Ring» de la calle Esmeralda, tan de moda durante unos cuantos años, y Forlet fundaba, en la calle Maipú, el Casino que debía dar á otros la fortuna que, tantas veces, había dejado él escapar de sus manos demasiado generosas.

En 1889, por la última vez en Buenos Aires, cantaba la Patti, en el Politeama, donde Coquelin, Judic y Sarah Bernhardt debían al año siguiente, hacer apreciar el arte dramático francés, llenando de gozo á Andrés Sterner que, desde muchos años, no había asistido á semejante fiesta intelectual.

También en 1890, mientras se trasladaba á la calle San Martín la vía del tranvía á Belgrano que afeaba la de Florida, instalábase en el Teatro Nacional de la misma, la tropa infantil del señor Rico que nos ha dejado valiosísima herencia, en la hoy eximia intérprete de papeles criollos, del mismo apellido.

La Municipalidad era pobre, pero un decreto cuesta poco, y se decretó la construcción del Palacio Municipal que no pudo edificarse sino varios años después; la Casa de Gobierno también se edificaba despacio, con los recursos escasos de aquellos tiempos de crisis: se empezaba la grande é indispensable obra del catastro muni-

Digitized by Google

cipal; el coronel Calaza organizaba los bomberos, estrenados con siete amagos de incendio en los teatros, en un solo año, quemándose del todo el «San Martín» recién edificado; y el doctor Donovan empezaba á hacer de la policía de Buenos-Aires el selecto cuerpo que ha llegado á ser hoy.

Las crisis, á veces, por no decir siempre, traen consigo mejoras: el precio del oro, los derechos formidables, las lecciones de la miseria que alejan las ideas de lujo, hicieron que la industria nacional, encontrando á quien vender á precios relativamente altos, sus todavía defectuosos productos, se desarrolló rápidamente, hasta conseguir en la Exposición de París, el 89, algunos de los 600 premios otorgados á la Argentina y pronto solicitó de la respectiva oficina numerosas patentes de invención, llegando á fabricarse ya en el país muchos artículos de primera necesidad que siempre, hasta entonces, se habían traído del extranjero. No eran en general, por supuesto, de primera calidad, pero se vendían como «importados» y esto bastaba. Por la falsificación ó la imitación, siempre y en todas partes, debuta la industria.

En la campaña seguía la evolución agrícola, sin que por esto, y bien al contrario, se dejase de lado la mejora de las haciendas, y se fundaba en Santa Catalina la primera escuela agronómica. El ferrocarril del Oeste extendía sus rieles hasta Trenque-Lauquen; el puerto de la Ensenada abría sus diques á la navegación y se decretaba la construcción del de Bahía-Blanca, muy necesario para abrigar los nuevos buques con que, paulatinamente, se aumentaba la escuadra argentina en formación, bajo la dirección del almirante Solier.

Las terribles perturbaciones financieras y políticas porque acababa de pasar la república, habían sacudi-

Digitized by Google

lo hasta sus cimientos muchas fortunas y posiciones, entre ellas naturalmente las de los hombres más emprendedores con que contaba el país; pero no por esto quedaba destruida la falanje, y hasta algunos de los mismos que más golpeados habían sido, seguían con empeño si bien con menos ímpetu, aleccionados por la experiencia, la tarea de promover para levantarse, nuevas empresas de progreso.

Aleccionados también habían quedado los oficiales comprometidos en la revolución salvadora del 90. La amnistía, naturalmente y según inveterada y noble costumbre argentina, había sido general y completa; hasta recuperaban sus grados dichos oficiales; pero también tendrían que esperar bastantes años, antes de conseguir ascensos, pues éstos habían llovido en tal cantidad sobre los pocos que permanecieron fieles al Gobierno Nacional que estaba repleta la plantilla, para mucho tiempo. A palos se aprende; y alguna vez, tenían que aprender que si el primer deber de un Gobierno es mantener el orden, el primer deber del ejército es obedecer al Gobierno, por impopular que sea.

La liquidación comercial de la crisis se hacía paulatinamente, poco favorecida por las circunstancias; pues las perturbaciones causadas en los negocios por los movimientos bursátiles del oro, provocados por una especulación criminal más que por motivos serios, arruinaban al productor; tenía éste que comprar siempre, de cosecha á cosecha, todo lo que necesitaba, á precios aumentados bárbaramente por el agio que sabían mantener los interesados durante todo el invierno; y los mismos sabían juntar sus esfuerzos, en momento oportuno, para hacer bajar el oro y comprar tirada la cosecha. El comercio interior sufrió las consecuencias de ese modo de obrar, pues el productor acabó por no

Digitized by Google

oder pagar al pulpero, ni éste al almacenero por mayor. Se vieron caer casas antiguas, de fuerte capital y de honradez absoluta, entre ellas, la de Antonio y Jaime Vázquez, los dos hermanos amigos y protectores de Andrés, cuando éste llegó á Buenos Aires.

Pudo entonces retribuirles los grandes y desinteresados servicios que, en otros tiempos, le habían prestado, facilitándoles un arreglo honroso con prestarles la garantía de su firma. Más de una vez habían, en el curso de los años, conversado de la situación respectiva, en la Argentina, del comerciante y del estanciero, y más de una vez, al ver el camino recorrido por Andrés Sterner, sin mayores tropiezos, sin más fatigas que las de las viriles faenas del campo, asentían en que había tenido razón de dejar á un lado las falsas promesas del comercio para ir á poblar la Pampa.

Vino á empeorar la situación del agricultor y del comerciante la aparición de la langosta que, durante once años seguidos, debía talar los campos de una gran parte de la República; plaga terrible que, á pesar de esfuerzos muy serios para destruirla, consiguió empobrecer, sino arruinar, á media campaña.

También hubo amagos de revolución, de desquite radical, durante la corta presidencia de don Luis Sáenz Peña, y todo esto junto hizo que pareciera agotada toda fuerza productora. La inmigración se había reducido hasta ser insignificante; las importaciones, lo mismo, y era un espectáculo desconsolador ver tan caído un país tan rico. A muchos les parecía que era el fin del mundo, que nunca jamás se volvería á levantar; que su crédito estaba perdido para siempre; que la República Argentina hallábase á punto de caer en las garras de sus acreedores; y los mismos argentinos eran, como siempre, los primeros no sólo en confesar,

Digitized by Google

sino en ponderar su impotencia para llegar á formar una verdadera nación, desesperando de poder plantear jamás una administración formal.

Andrés se encontraba rodeado de argentinos, viejos, y jóvenes, sus parientes la mayor parte de ellos, y todos parecían haber renunciado á creer en el porvenir de su patria; y si alguien, de vez en cuando, trataba de excusar las faltas cometidas, diciendo que era cosa natural en un pueblo joven, contestaban exagerándolo todo, que nunca se podría conseguir en la Argentina elecciones sin trampa, Congreso ilustrado, administración económica y justicia correcta; y Andrés era el que se tenía que enojar, para hacerles comprender que todos estos eran males pasajeros que poco á poco irían—iban ya,—desapareciendo.

—No renieguen ustedes—les decía,—del porvenir grandioso de su patria. Puede que al querer caminar demasiado ligero en la vía del progreso, hayan dado algunos tropezones, pero todo se ha de componer, se va componiendo. Dejen que se agiten los politiqueros, los financistas; más que el bien del país, siempre buscan, es cierto, el negocio que los ha de enriquecer; pero ellos pasan, con sus intrigas y sus combinaciones, y el país queda; turbado ó pacífico, trabaja y produce; lentamente ó volando, adelanta; y los mismos que quisieran manejarlo á su antojo tienen que seguir su marcha de progreso, contentándose con aprovechar aclamaciones de admiración que de ningún modo les van dirigidas.

***

Andrés Sterner, á menudo, en la conversación, solía exclamar:

—Es interesantísimo este país; aquí vive uno en

Digitized by Google

medio de perpetuas transformaciones, es un espectáculo continuo, lleno de peripecias que embelesan: es la lucha victoriosa, pero no sin combates, del progreso y de la civilización, en todas sus formas, contra las fuerzas pasivas, más bien que hostiles, de un desierto fértil y de costumbres añejas más rezongonas que peleadoras.

Bien se daba cuenta de que no sólo las cosas cambiaban de aspecto y hasta de naturaleza, sino también las personas, él mismo en primera línea; y no tenía dificultad en confesarlo. No desconocía que sus ideas, sus sentimientos, sus afectos se habían modificado, ni tampoco podía ser de otro modo, después de tantos años pasados en un ambiente que, desde casi el primer día, lo había sido profundamente simpático. Hasta preguntaba, á veces, qué diferencia podía existir entre un argentino de 25 añes de edad y él, que ya tenía de residencia en el país los veinticinco años de mayor actividad, de mayor vigor de su vida, durante los cuales había formado una familia numerosa, y criado en el porvenir de esa su patria de adopción una fe ciega, habiendo, por su trabajo, contribuido á aumentar, en la medida de sus fuerzas, su prosperidad, mejorando sus tierras, predicando el progreso con el ejemplo.

Lo único que le podrían reprochar los argentinos, sus compatriotas de elección, se puede decir, sería no haberse internado con ellos en el obscuro dédalo de su política interior. Es que esta política en su manifestación capital, primordial, las elecciones, estaba manejada por manos absolutamnte criminales, á su parecer, lo que no le permitiría nunca, aunque fuese ciudadano, comprometerse en ella. Bien le decían los mismos que falseaban el voto, que el deber de todos es votar, que si los extranjeros se naturalizasen y vo-

Digitized by Google

tasen, todo cambiaría y se compondría; pero pensaba que, por un tiempo todavía, y mientras no se reformasen, no sólo ciertos detalles absurdos de la ley electoral, sino las mismas costumbres electorales, arraigadas en todo el país, era inútil y hasta nocivo ir á los atrios á hacer el papel de Cristo, ya que no le convenía el de Judas.

Así como en la ciudad y en la campaña, los edificios modernos tomaban el sitio de las casas anticuadas derruidas, y los cultivos provechosos el de los pastos primitivos así también alrededor de Andrés, en la familia de su señora, los constantes esfuerzos del tiempo derrumbaban continuamente, para volver á edificar. No faltaban materiales; y bien se podía desprender, de vez en cuando, una roca del peñasco y rodar al abismo sin que, por esto, perdiese nada de su mole.

Los casamientos atraían al círculo familiar nuevo contingente, y pronto lo aumentaban los nacimientos. La colmena principal conservábase hospitalaria, y en su mesa, cada año más larga, se complacía en recibir á sus hijos y á sus nietos doña Antonia Alonso de Zavaleta.

En 1890, Andrés tenía ocho hijos, lo que en su tierra, decía él, le hubiera valido, con una irrisoria recompensa del Gobierno, la irónica compasión de sus compatriotas. Asimismo, no pensaba todavía pedir la jubilación, pues sólo tenía 45 años, y su excelente salud, conservada por la vida activa que había llevado, le permitía tener mayores esperanzas. Josefina, á pesar de haber criado ella misma á sus hijos, sabía conservar algo del bizarro aspecto de la juventud; no había vacilado por lo demás, en ser una de las primeras en sacrificar á las modas francesas el chalón y demás ata-

Digitized by Google

vios criollos de añeja elegancia; y la misma mantilla á la española dormía, hacía tiempo, en su caja, sin que nadie se acordase de sacarla á la luz del día, más que, de vez en cuando, alguna de las muchachas, para disfrazarse con ella.

Con la pavimentación que mejoraba día á día, con el paseo de Palermo puesto ya de moda, en el parque embellecido sin cesar desde Sarmiento y poblado de millares de árboles por el ingeniero francés Carlos Thays, la volanta se había hecho de uso agradable; con la Opera donde tenía su palco, y mil otras atenciones sociales de beneficencia, Josefina y sus hijas, que eran tres—contra cinco varones, — pasaban fuera de casa una buena parte de sus días. De noche, seguían, como de costumbre, las amables tertulias familiares, más concurridas cada vez, á pesar de existir para ellas tantos nuevos centros de reunión en las familias que se habían creado; y en ellas se podía conocer que si bien se iban modificando, hasta perderse, las costumbres patriarcales de otros tiempos, el amor á la familia todavía templaba ciertas ambiciones prematuras, y que las pequeñas envidias y los grandes rencores, que tan fácilmente nacen y cunden entre parientes, raras veces alteraban profundamente las relaciones entre los que, directa ó indirectamente, formaban el grupo cuyo centro seguía siendo doña Antonia Alonso de Zavaleta.

Pero doña Antonia, muy afectada por la muerte de su esposo, había quedado desde entonces muy molesta, enfermiza, y á los 65 años, en 1891, falleció, siguiendo de cerca á su hermano Alejandro. La falanje de los viejos se iba extinguiendo; cedía el paso á otros que ya también llamaban «viejos» los jóvenes; con esa familiaridad criolla, algo chocante para los europeos recién llegados, aunque no sea más, por fin, que

Digitized by Google

una expresión de cariño, verdadera ó inoportunamente protector, según sale de la boca de un hijo, hombre ya hecho y derecho, ó de la de un muchacho incapaz todavía de protegerse á sí mismo; y estos viejos recién enrolados eran el mismo Andrés y su señora. Andrés protestaba. No quería que lo llamasen todavía viejo, y protestaba también en nombre de Josefina, incitándola á la resistencia común. Pero Josefina no era presumida, y á pesar de su hermosura de cuadragenaria, algo majestuosa, pero que todavía llamaba la atención en cualquier parte, se sentía tiernamente conmovida, más bien que enojada, cuando oía á sus hijos hablar cariñosamente de sus «viejos.»

Y pasaban tan rápidos los años, en esta suave felicidad, que el título de *viejo* empezaba á cuadrar muy bien con las canas que arreciaban en la frente ensanchada por los años de Andrés Sterner. Ya llegaba á los cincuenta; su hija mayor Juana entraba en los diecinueve, y entraba en ellos bajo el florido arco triunfal de un amor compartido. Luis, hijo de Antonio Vázquez, había cambiado con ella las breves, suaves y decisivas palabras que bastan para ligar entre sí, para siempre, dos corazones sinceros. Y una vez que Josefina supo la noticia, sospechada por supuesto, de antemano, y la hubo comunicado á su esposo, á quien, por otra parte, no tomó mayormente de sorpresa, éste se apresuró á decir á su hija:

—«Mira, mi querida Juanita; no hagan ustedes como hicimos nosotros; hoy por esto, mañana por aquello, hemos perdido muchos años de felicidad. Una demora trae otra. No pierdan tiempo para ser felices; hagan su nido en la primavera.

Y tan bien se siguió este consejo que á los 51 años

Digitized by Google

en 1896, Andrés era abuelo; y su primer nieto, nacido algunos meses antes que su nuevo tío, el noveno hijo del *viejo* lo consagró más argentino que sus propios hijos. En los labios bondadosos de Josefina vagaba una leve sonrisa, como de triunfo; la conquista se había afianzado más y más; era completa ahora; y soñábase personificando á su patria, la Argentina, la cual deja creer á los que vienen hacia ella que la van á conquistar; á veces, que la van á despojar y llevarse, ingratos, lo que de ella puedan arrancar, y que á golpes, ó con espejismos dorados é ilusiones rosadas, ó también con mil favores bien reales, los envuelve, los detiene y se los guarda.

La testamentaría de los suegros de Andrés, á pesar de ser ocho los herederos, era bastante valiosa para dejar á cada uno de ellos un gran lote de campo ó una regular suma de dinero; los campos no habían subido mucho en los últimos años, á pesar de la laboriosa tranquilidad del país, con que se iban rehaciendo los capitales deshechos por la famosa y terrible crisis de progreso, pero ese mismo trabajo de latente reconstrucción preparaba un porvenir más halagüeño. Las grandes rémoras, en todo ese período y durante la tranquila y juiciosa presidencia del Dr. Evaristo Uriburu, fueron la invasión anual de la langosta que hacía mermar en gran escala las cosechas agrícolas, trigo, maíz y lino, y el desarrollo de la *lombriz* en las ovejas que redujo en una proporción considerable el rinde de ese elemento capital de la riqueza argentina.

Andrés, cansado de perder, casi todos los años, toda la parición de sus majadas, se dedicó entonces con entusiasmo y casi exclusivamente á la cría de hacienda vacuna, y poniendo al frente del establecimiento que

Digitized by Google

había empezado á formar en su campo del Sud de Santa-Fe, en la región predilecta, al parecer, de la alfalfa, á su hijo mayor, José, hizo sembrar allí con espléndido éxito, miles de hectáreas de trigo mezclado con semilla de la maravillosa planta, consiguiendo así, casi siempre, que la cosecha de trigo le pagase los gastos de la transformación en ricos alfalfares de sus campos de pasto puna.

José, su hijo mayor, había hecho los primeros estudios bajo su dirección, aprendiendo así el francés con perfección y adquiriendo muchas nociones generales por demás dejadas á un lado en las escuelas argentinas; después había seguido los cursos del Colegio Nacional, pero su vocación era el campo y no la contrarió el padre, feliz de encontrar en él al mejor ayudante que pudiera desear.

Andrés Sterner habría deseado mucho poder mandar á sus hijos á Francia, para que conocieran el país paterno, y le tomasen, conociéndolo, el merecido cariño. Siempre por supuesto, sin perder para ello ocasión, había tratado de infundírselo, ponderándoles su grandeza moral y su poderío material, su admirable situación física, los hermosos dotes naturales de su suelo, los grandes hechos de su historia, el número infinito de sus grandes hombres, la influencia civilizadora tan decisiva de su revolución sobre la marcha de la humanidad, el esplendor de sus ideas irradiadas en el orbe por la pluma de sus escritores; pero el servicio militar, largo y pesado, obligatorio para los hijos de franceses nacidos y criados en países que también los reclaman, con todos los derechos y deberes consiguientes, por ciudadanos de la tierra natal, oponía á su viajo á Francia, en la edad más propicia para completar sus estudios, un obstáculo insuperable.

Digitized by Google

Andrés Sterner quería entrañablemente á su patria, pero no se reconocía el derecho de imponer á sus hijos, argentinos de nacimiento por la ley de la tierra en que habían visto la luz, y de corazón, quizá por otra ley natural más imperativa que las leyes humanas, la obligación cruel, absurda de ir, como franceses, que no querían ser, y para ser mandados como nacidos en *países cálidos*, á arriesgar la vida en colonias de clima mortífero como Indochina, Tonkín, Senegal ó Madagascar, para defender en aquellos países exóticos una bandera que no era la suya, por digna de veneración que la considerasen.

Y lo mismo que todos los franceses que, en la República Argentina, se encontraban en su misma situación de padres de argentinos, Andrés Sterner sentía que el Gobierno de su patria lastimara sus verdaderos intereses al prohibir virtualmente la entrada á su territorio de estos jóvenes, extranjeros en realidad, pero por fuerza profundamente amigos de Francia, poniéndolos en la situación á la vez triste y humillante, de tener que preferir, para completar sus estudios, otros países europeos y americanos, hasta la misma Alemania.

Más de una vez había tenido ocasion de agitar ese tema con algunos de sus compatriotas, y hasta con los representantes diplomáticos de Francia; y las conclusiones á que se llegaba, naturalmente, variaban según las condiciones en que se encontraba el interlocutor. Los funcionarios, por deber profesional, mantenían incólumo el derecho de Francia, sin querer confesar, por supuesto, por patente que fuese, el profundo daño que se le infligía, privándola sin compensación de la activa propaganda moral que á su favor hubiesen hecho estos sus medio-hijos en la Argentina, donde hubiera debido tener ella, lo mismo que Inglaterra, Italia, Es-

Digitized by Google

paña, y pronto Alemania, una *colonia* siempre creciente, de más provecho que cualquiera de las oficialmente establecidas en países tropicales. Y bien decía Andrés, sin compensación, pues muy pocos eran relativamente, los hijos de franceses, nacidos en la Argentina, dispuestos á cargar con doble servicio militar para conservar los derechos de una ciudadanía que les importaba menos que la del país de su nacimiento.

Los célibes empedernidos, los casados sin hijos y hasta á veces, los padres, franceses ambos, de hijo único, toda gente ágil para los viajes y la vuelta definitiva á la tierra natal, defendían también con cierto ardor los derechos de Francia á reclamar por suyos é imponerles sin restricción los deberes militares á los hijos de franceses nacidos en la Argentina; pero los demás, sobre todo los casados con argentinas, afincados en la República y padres de familias numerosas, rechazaban de plano semejante pretensión, y reconocían á sus hijos, siquiera, el perfecto derecho de optar por la nacionalidad de su elección. Cuestión tanto más seria cuanto que chocan en ella amores propios encontrados más que verdaderos intereses materiales, y prejuicios de nacionalidad que cálculos de contingentes de guerra; desdén irreflexivo, por una parte, de una nación veinte veces secular hacia la pequeña hermana lejana de tan poca edad; orgullo legítimo de ésta por el camino recorrido en tan poco tiempo y necesidad imperiosa de conservar para sí por lo menos á todos los ciudadanos nacidos en su suelo; cuestión resuelta ya por España con inteligente criterio y provechosa liberalidad y que no tardará en serlo por Italia... y por Francia.

***

Andrés, calculando que á medida que aumentaba el

Digitized by Google

número de sus hijos, debía aumentar la extensión de las tierras en que, á su turno, se pudieran multiplicar, seguía comprando campo. Con tal que la tierra fuese buena, poco se fijaba en el precio, ni mucho tampoco en la situación más ó menos lejana. A los precios que todavía se pagaba la tierra en la República Argentina, ahora que nadie podía sostener que fuera inútil para la agricultura, consideraba que toda la Pampa, siendo de pan llevar, no tardaría en valer mucho más; que las vías férreas no podrían detenerse donde habían llegado, y que, de año en año, sus ramales cubrirían todo el país, dando valor inesperado todavía á las regiones más remotas. Sobre todo que, con la tranquilidad política, se había reanudado la marcha del progreso, pero, esta vez, de un progreso juicioso, racional, basado en la producción del país siempre en aumento.

Se sentían, de vez en cuando, sobresaltos; la langosta no había hecho todavía su última invasión, á pesar de que mermaba cada año; la cuestión de límites con Chile, á pesar de los numerosos tratados que la daban por definitivamente concluida, nublaba á ratos el horizonte nacional; la inmigración era momentánea, se puede decir; venían de Europa trabajadores, en gran cantidad, á levantar la cosecha y, como golondrinas, con el invierno se iban, llevándose los altos salarios ganados en pocos meses de trabajo; pero quizás era para enseñarlos á sus compatriotas, como la paloma del arca de Noé su rama de olivo, en señal de la renaciente prosperidad de esta tierra de promisión. La crisis todavía se mantenía algo aguda; pero se iban cerrando poco á poco y cicatrizando muchas heridas, mientras la agricultura seguía tejiendo sin cesar con el oro del trigo maduro la rica tela que pronto debía acabar de taparlo todo.

Digitized by Google

En 1898, murió doña Edelmira Vázquez de Alonso, la excelente esposa del gran amigo de Andrés, don Matías, cuya benévola y eficaz protección y cuyos útiles consejos nunca le habían faltado, desde el día, remoto ya, que se habían conocido á bordo. Aunque no tuviera más de 64 años, ya eran muchas las familias procedentes de ella y que dejaba enlutadas el fallecimiento de dicha señora, pues sus seis hijos estaban casados, habiéndolo hecho el último, Arturo, hacía ya varios años; Arturito, como cariñosamente, le decían todavía todos, á pesar de sus 36 años y de la incipiente escasez de su muy cuidada cabellera de hombre refinado por la vida de la ciudad, muy diferente de la ruda y espesa melena campestre del tío Luis.

Y un año más tarde, falleció también el mismo don Matías, á los 72 años.

—Se van, amigo, los viejos—dijo melancólicamente en esta ocasión don Luis á Andrés;—y ya casi voy quedando para muestra. ¿Será porque no me casé que habré podido aguantar? Pero ya se está volviendo fastidiosa la vida, cuando uno llega á mi edad. Esto de tener uno á cada rato que ir á la Recoleta, á acompañar á los que ha querido, para volverse á su casa, cada vez más solo, rodeado de puros jóvenes que casi no lo conocen, es por demás triste.

—Se hubiera debido casar, tío Luis. Así lo rodearían jóvenes que lo conocieran. Pero usted nunca quiso. Ha hecho mal.

—¡Bah! ¡Tengo tantos sobrinos! ¿Para qué quiero hijos?

Andrés, entre sí, pensaba que esto podía ser un consuelo, pero que si él no hubiese tenido hijos, bien hubiera podido tener mil sobrinos, sin que la Argentina se apoderase de él como lo había hecho. Sentía que

Digitized by Google

por muchos sobrinos que tenga uno y por mucho que los quiera, ese amor, libre de las responsabilidades de la paternidad, no hubiera bastado para hacerle renunciar á su patria.

La situación general del país mejoraba lenta pero constantemente. El general Roca, llamado por segunda vez, en 1898, á la presidencia de la República, no prometía, según su propia expresión, hacer milagros, pero trataba por la más juiciosa de las políticas, la de la pacificación interior y exterior, de permitir que todas las fuerzas vivas del país cooperasen conjuntamente y sin obstáculo al desarrollo de su renaciente prosperidad.

El fantasma de la guerra proyectaba, de vez en cuando, desde la Cordillera, la sombra de sus aterradoras amenazas sobre la Argentina. Esta, empobrecida por la tremenda crisis financiera de la que todavía no estaba libre del todo, tenía, para poder, en un caso dado, cómo hacer frente á cualquier emergencia, que gozar, antes de todo, de una paz interior inalterable. Los rencores eran grandes todavía y las diferencias entre el viejo localismo, cosquilloso y mezquino, y el nacionalismo cada día más poderoso, difíciles de zanjar.

Los provincianos, dueños de todos los puestos oficiales, de ordenanza á ministro, dominaban ya completamente en la capital federal, cabeza todavía de poco cerebro, demasiado grande y siempre creciente del inmenso cuerpo, fofo éste, flojo y sin población suficiente. Y la capital era también la gran fortaleza, el centro de todas las fuerzas de la nación, el receptáculo de todas sus riquezas, el foco de donde irradiaban la voz de mando y la fuerza que la hacía obedecer. Las veleidades de predominio de la provincia de Buenos Aires y de las personalidades de carácter inferior

Digitized by Google

que manejaran sus destinos, la habían arruinado; su puerto sin movimiento, su capital sin población, nunca podrían prevalecer contra la gran capital federal y su puerto magnífico. Los recursos del Gobierno Nacional le permitían ahora auxiliar, con este ó aquel pretexto, beneficencia ó instrucción pública, vialidad ó canalización, á las provincias del interior, hasta las más lejanas, con subsidios que, poco á poco, las iba despertando de su letargo secular, y así cundía en ellas el progreso moral y material bajo mil formas; entraba la vida en su organismo soñoliento; la agricultura, en todas ellas, progresaba rápidamente; las industrias nacían embrionarias todavía, pero con brillante porvenir; las vías férreas seguían multiplicando sus comunicaciones civilizadoras, y más que todo unificaba y concentraba todas las fuerzas progresistas de la nación el acuerdo tácito, definitivo, con reconciliación casi incondicional de los dos grandes partidos, de los dos únicos, en realidad, que, con veinte nombres distintos, se habían disputado siempre el poder: el porteñismo y el provincialismo, cuyos emblemas seguían siendo las dos figuras culminantes: Mitre y Roca, á quien hará la posteridad debida justicia, por que ambos han contribuido á constituir la nación argentina y á hacerla unida y fuerte.

Otra obra de gran alcance, como resultado práctico, en el orden financiero fué, en 1899, la ley que vino á suprimir los movimientos desordenados del oro, ley salvadora, cuyo principal promotor fué en el Senado el Dr. Pellegrini. El oro, con la baja precipitada de su premio hacia los 200, iba, de continuar así, á completar la ruina del productor nacional. La campaña y el comercio interior no hubiesen podido resistir una baja repentina más acentuada, sin ver sucumbir las po-

Digitized by Google

cas cosas que todavía quedaban en pie, después de varios años de continuos sobresaltos, calculados todos para exprimir, hasta agotarlos, todos los recursos del trabajador argentino, criador, agricultor ó comerciante, en provecho exclusivo del exportador extranjero. Era la revancha de los tiempos pasados que había conocido Andrés á su llegada, y durante los cuales había sufrido con las costumbres comerciales argentinas, tan leoninamente favorables entonces al productor indígena, tan duras para el negociante de ultramar.

Hoy, estanciero, incorporado como tal al gremio de los productores nacionales, no podía sino aclamar esa ley que fijaba por un tiempo siquiera el valor del papel con relación al oro. El precio de 227.27 ó 44 por 100 de su valor escrito, era bastante arbitrario, á pesar de los cálculos ingenuos á fuerza de rebuscados que decían haber hecho sus autores, pero era una barrera, un atajadizo insuperable para la codicia de los exportadores, y esto bastaba para excusarlo todo.

***

La vida de una nación, lo mismo que la vida humana, así corre entre acontecimientos graves ó nimios, terribles ó festivos, crueles ó benignos, tiene sus temporadas de fiebre y de salud, de regocijo y de tristeza, de trabajo estéril y de inesperados éxitos; odios la cruzan y amores, lutos y fiestas, ilusiones, entusiasmos y desencantos, arrebatos de confraternidad exaltada con algún vecino, y ventarrones repentinos de belicosos rugidos; ovaciones delirantes y motines iracundos; peleas, combates, batallas y perdones, acuerdos y abrazos.

Y por apacible que sea un día, no faltará en algún momento, una nube en su cielo; y por feliz que sea

Digitized by Google

una vida, no dejará de conocer también sus momentos de llanto. Andrés y Josefina, llegados á esa altura de la vida, rodeados, después de las zozobras amargas de los principios y de la larga lucha del trabajo tenaz y paciente, de todo el bienestar con que habían podido soñar, dueños todavía, en su madurez, de una salud que les prometía muchos días de vida, sólo tenían un pensamiento, un anhelo: criar y educar á sus hijos con esmero, con amor. y sobre todo conservarlos todos. Pero nunca permite la suerte que se realicen todos los deseos del hombre, y tanto más hay que desconfiar de ella cuanto parece haberse olvidado, por un tiempo, de mezclar lágrimas en el dulce néctar de la felicidad.

Andrés estaba por acabar el inventario anual de sus bienes, campos y haciendas, y después de contar en las cincuenta mil hectáreas de campo que en varias partes tenía, treinta y tantas mil vacas y bastantes miles de ovejas, había ido con su tercer hijo, Matías, muchacho de 17 años, estudiante ya de primer año en la Facultad de Derecho, á la invernada, para hacer un recuento de las existencias. Sucedió que una mañana el muchacho, al correr de puro gusto y nada más que para retozar, un novillo que se había cortado y disparaba, pegó una rodada terrible, al poner la mano su caballo en una cueva de peludo, y antes que pudiese levantarse, se le venía encima con todo su peso el animal hecho un pelotón. Ahí quedó, con la espina dorsal quebrada, muerto.

Describir el dolor de Andrés y de Josefina es inútil; no comprenderán todos, y más los que hayan sufrido una desgracia igual; común, al fin, vulgar, corriente, una de estas desgracias con que, á cada rato, puede uno ser sorprendido y que si no destrozan del todo la vida, la hieren, la dejan para siempre como desgarrada

Digitized by Google

por un recuerdo tan vivaz que entristecerá hasta las sonrisas futuras. Lo único que puede cicatrizar en parte semejante llaga es la existencia de muchos otros hijos, y Andrés en medio de su pena, pensaba con compasión en sus numerosos compatriotas que sólo quieren tener un hijo ¡infelices! para dejarle toda su fortuna. Hasta se acordó de un matrimonio francés venido á la Argentina con idea de volverse pronto á su tierra, y que habiendo perdido su hijo único, había resuelto quedarse definitivamente en Buenos Aires, cerca de la tumba en que, con el ser querido, yacían todo el pasado, todo el presente, todas las esperanzas del matrimonio para siempre desamparado.

Es que la tumba de un hijo es un vínculo más fuerte con la tierra adoptiva que la de los antepasados con el país natal. Josefina tenía por consuelo el espectáculo de la numerosa familia que, más que nunca, la rodeaba de cariñosas atenciones, y Andrés sin resignarse, pero para aminorar su dolor, se entregaba con más ahinco á sus quehaceres, viajando de una estancia á la otra, del Azul á Guaminí, de Guaminí á la invernada, visitando sus grandes campos del sud de Santa Fe, comprando hacienda, vendiendo, activo como un joven, aunque ya tuviese 56 años y no lo apremiase necesidad alguna de ganar dinero. Su fortuna era grande, más grande cada día, creciendo paulatinamente y sin esfuerzo á la par de la riqueza del país.

Sin embargo, en aquel año de 1901, si bien la tranquilidad interior era casi completa, apenas turbada por insignificantes conmociones locales en ciertas provincias, y en la capital, por los primeros amagos del socialismo naciente, forzosamente desviado del camino de las muy justas reivindicaciones obreras hacia manifestaciones intempestivas provocadas por cabecillas

Digitized by Google

anarquistas, ó más bien dicho por vividores egoistas, todavía no había entrado el país en la era tanto tiempo esperada de un renuevo de verdadera prosperidad.

La langosta había cesado sus invasiones y el oro sus oscilaciones, igualmente perjudiciales ambos á la producción agrícola; pero la inmigración todavía se mantenía alejada, en parte por la promulgación de la arbitraria ley de residencia, peor redactada quizá que mal pensada, pero cuya aplicación, en manos de ciertas autoridades, podría ser una amenaza constante para todo extranjero, y sobre todo por los rumores siempre renacientes de inevitable guerra con Chile.

La cuestión de límites estaba en su período agudo, y á pesar de todos los pasos conciliatorios dados por la cancillería argentina, en varias ocasiones, solemnes algunas, como la visita del presidente general Roca al presidente chileno en Punta-Arenas, las dos naciones hermanas, de tan comunes recuerdos de primera edad, con sus glorias y sus sufrimientos, bajo la misma bandera de la independencia, parecían cada día más á punto de venirse á las manos.

Ambas empleaban, al mismo tiempo que todas las vivezas de su diplomacia, para sacar de la otra alguna ventaja ó ganar tiempo, todos los recursos materiales de su crédito interior—pues hacía tiempo que había desaparecido el otro,—haciendo empréstitos patrióticos y estirando hasta el gravamen su capacidad impositiva. Y todo era poco en la Argentina, para improvisar un ejército capaz de hacer frente al ejército chileno, tan aguerrido—decían,—por su lucha contra el Perú, por su última y encarnizada guerra civil, y por la educación que desde hacía mucho le estaban dando los jefes importados de Alemania.

Por suerte, la Argentina es un manantial de mucha-

Digitized by Google

chos guapos, de inteligencia natural de muy fácil desarrollo, con quienes, en pocos días, teniendo buenas armas, se pueden hacer buenos soldados; las armas no faltaban y acudieron los hombres. En pocos meses, hubo bastantes regimientos adiestrados, de porte tan marcial y tan bizarro que, por cierto, no parecían recién formados de reclutas bisoños, para, si no tranquilizar al país, por lo menos darle confianza en sí mismo y en la eficacia probable de sus esfuerzos.

Andrés tenía á Luisito, su segundo hijo, de veintidós años de edad, en la Guardia Nacional. El muchacho, digno hijo del antiguo soldado de 1870, había sido de los primeros en enrolarse, entusiasmado con la idea de pelear; y al ver desfilar por la Avenida de Mayo, ya en vía de hacerse un hermoso bulevar moderno, un día de fiesta nacional, el batallón donde sentaba su hijo plaza de cabo, compuesto de los mozos más altos y fornidos de la capital, prorrumpió en aplausos que, por supuesto, no tardaron en hacerse unánimes.

Es que realmente eran gallardos los mozos, marchando casi como veteranos, erguidos bajo el peso de las armas y de la mochila, rodeando la flamante bandera, bordada por las aristocráticas manos de sus hermanas y de sus madres. Sentían vibrar sus corazones al unísono de las simpatías ardientes del pueblo que los aclamaba; se hinchaban de orgullo de ser sus defensores, llamados á morir por él.

Y, pasado el batallón, caído el entusiasmo belicoso del desfile, apagados en lontananza los arrebatadores acordes de la banda militar, se hundía en tristeza el espíritu de Andrés. Recordaba de repente lo que era la guerra; la había visto de cerca, sí, con sus ruinas, con sus lutos, con sus desastres y sus devastaciones. Y pensando en sus hijos, en ese que acababa de pasar

Digitized by Google

airoso, sonriente, marcando el paso de la victoria soñada, en plena visión ilusoria de incruentos laureles; en el otro, el mayor, José, ocupado allá, en el Azul, en instruir en el manejo de las armas á un batallón de la guardia nacional de campaña—«¡Dios nos libre!»,—murmuró.

Recapacitaba, libre ya de entusiasmo, y sin querer pensar, por otra parte, en el sacrificio personal que podría importar para él y para los suyos la guerra que se preparaba, lo que podría ser, durar y costar semejante locura. Locura, pero también cuestión de honor, pensaba. La Argentina podía ser generosa, ceder algo de su territorio, benévolamente, á sus hermanos más pobres y menos favorecidos que ella por la Naturaleza; pero no podía admitir, ni de hermanos, exigencias á mano armada, sin defender el patrimonio legado por sus antepasados, su herencia, aun casi despoblada, pero no por eso menos suya.

Temía Andrés la guerra, por mil motivos, como cualquier hombre sensato; sentía su alma conmovida frente al pavoroso problema; pero mientras algunos extranjeros—no muchos, digámoslo, hasta diríamos muy pocos,—sólo temblaban por sus intereses, él se sentía presa de una angustia peculiar, la misma que había experimentado en 1870, al primer anuncio de la guerra franco-prusiana, aun antes del primer combate. «¡Dios nos libre!»—volvía á repetir como vislumbrando el cúmulo de desgracias que sobre el país podría traer el conflicto; pero, si era necesario, si ninguna concesión decorosa lo podía conjurar, mentalmente hacía, desde luego, el sacrificio de cuanto poseía, y hasta se sentía, por momentos, bastante rejuvenecido para ayudar él también á defender... la patria; sí, la patria, pues sin renegar de la otra, bien podía llamar

Digitized by Google

así á la tierra hospitalaria en donde había vivido lo mejor de su vida, cerca de cuarenta años, y más en el día del peligro.

Y el peligro era grande; tanto mayor cuanto que bien sabía Chile que no hubiera podido la Argentina, aun victoriosa, sacar ninguna ventaja de una guerra con ella, mientras que ella, podría duplicar su exiguo territorio.

El gobierno dedicóse á asegurar la paz, preparando la guerra, sin descanso y con mano firme hasta el último día.

No era cosa fácil, pues si en tierra mucho faltaba, era peor en el mar, y la escuadra chilena, probada ya en tres guerras, parecía muy superior á la argentina. Con las finanzas empobrecidas, con el crédito extenuado ¿de dónde? ¿Cómo se hubiese podido aumentar el número de buques? Antes que los talleres ingleses pudieran entregar los que estaban construyendo, la guerra estaría en su apogeo; pero supo el general Roca conseguir de Italia inesperado número de buques de guerra que ya hicieron inclinar demasiado la balanza á favor de la Argentina para que á Chile le fuese posible conservar, ni por un momento, las esperanzas de aplastarla.

Desde el día en que llegó á Bahía-Blanca el último de los cuatro grandes cruceros, tan oportunamente cedidos por el Gobierno italiano á su grande amiga la Argentina, hízose mucho más sencilla la tarea de los diplomáticos, y pronto se allanaron las diferencias que tan terriblemente distanciaban á ambos pueblos.

Andrés celebró con la alegría que se puede concebir tan salvadora combinación. Por cierto, la pobreza del Tesoro Nacional había llegado á un estado cercano á la miseria, y no faltaron entonces financistas alarmados

Digitized by Google

que criticaran la compra de aquellos buques inútiles—decían,—aquella ferretería invendible; y también criticaban la construcción acelerada y á todo costo del ferrocarril estratégico al Neuquen, con que se aumentaban todavía las dificultades del Tesoro.

Tuvo Andrés, en ese tiempo, que sostener discusiones inacabables y acérrimas con un joven compatriota suyo, de buena familia, un señor Didier, que venía como él mismo, en otros tiempos, á buscar fortuna en la Argentina. Y también como él, entonces, el señor Didier, juzgándolo todo de un punto de vista absolutamente europeo y superficial, condenaba semejantes imprudencias, irregularidades culpables como la de atribuir á nuevas compras de armamentos los fondos destinados á la Caja de Conversión, fundada para valorizar el papel. Andrés calmaba su indignación y trataba de hacerle comprender que todo, todo era mejor que la guerra.

—Pero, si no quisiesen la guerra no comprarían más buques—afirmaba el joven.

—Justamente para impedirla á todo trance, se compraron esos buques—afirmaba Andrés.

—O para hacer negocio—contestaba el otro con cierta acritud irónica, basada probablemente en todo lo que había oído contar de manejos anteriores.

Pero, esta vez, medio se le enojó Andrés y le aseguró que en esos momentos harto solemnes para el país, juraría que nadie, ó por lo menos ningún argentino, sería capaz de ensuciarse las manos con lo que era, se puede decir, la misma vida de su patria.

—Así son—agregó,—todos estos recién llegados; juzgan sin conocer; miran apenas y se figuran que saben. Tienen, en general, para todos los países que no sean

Digitized by Google

el propio, el mayor desprecio; y sobre todo no pueden creer que también sean patria estos países nuevos, que ni saben siquiera en qué parte del mapa se encuentran. Los Sud-Americanos les parecen capaces de todo y cuando dejan de tratarlos de salvajes, les achacan ingenuamente los más odiosos crímenes. ¡Es absurdo!... —y dejando de repente caer la cabeza y deteniéndose un rato:—Así he sido yo también—confesó sonriéndose.

—¡Ah! pero usted ha cambiado mucho, señor Sterner.

—Sí, he cambiado; y usted también cambiará, si llega á radicarse en la Argentina, como lo hice yo.

—¡Oh! yo no, señor; ¡qué esperanza! he venido aquí á hacer fortuna y mandarme mudar en seguida.

—Sí, ya sé; yo también. Pero de los que conozco, sólo han hecho fortuna de veras los que han resuelto quedarse. Sería indiscreto darle consejos al respecto; pero fíjese bien y usted conocerá la verdad: Lo único que le quiero decir es que, á medida que pase el tiempo, se interesará usted más en las cosas del país y lo apreciará mejor. Antes, el que llegaba desdeñaba, despreciaba, sin tratar de entender; hoy lo bueno salta demasiado á la vista para que no tenga ya al llegar, un pequeño gesto de aprobación alentadora. Después viene la crítica, pero mezquina, tonta, pues la acompaña la indiferencia más completa para todos los grandes intereses del país, políticos, morales y materiales, como si sólo valiera, nada más que por haberla traído á América, la pequeña persona del recién llegado. Poco á poco, por suerte, el ambiente se apodera de él; ve que todo esto progresa, y lo empieza á interesar el libro que leía maquinalmente, con los ojos, sin penetrar su sentido; principia á comprender, á abarcar el conjunto, á distinguir los detalles, á juz-

Digitized by Google

gar con equidad, á aprobar muchas cosas, á querer mejorar muchas otras, á presentir el porvenir grandioso, después de las ímprobas penas de un pasado, no siempre sin gloria, y del presente precario. Podrá, por un tiempo, desconocer el valor relativo de los diversos partidos en lucha y de los personajes que los manejan, mucho más ahora que, las mismas luchas intestinas, las dificultades exteriores felizmente salvadas, y los progresos materiales, han tenido por resultado, el de estrechar el vínculo nacional entre todas las provincias, falta ya la verdadera causa de los disturbios profundos de antaño, el resabio separatista, la gran plaga hispano-americana. Pero pronto se dará cuenta de que, por pequeños que sean, en su mayor parte, esos personajes, y mezquinos sus propósitos, todos quieren, en el fondo, una patria unida, grande, fuerte y próspera. No tienen, es cierto, la gran mayoría de ellos, más plataforma que su interés ó ambición personal; no son en general, ni libre-cambistas ó proteccionistas, ni liberales ó clericales, ni conservadores ó reformadores, son candidatos y nada más, con partidarios que toman por única divisa su apellido; pero no por esto dejan de querer á su tierra, con rabia si se ofrece, y al que mucho quiere mucho se le puede perdonar.

—¡Qué lata! amigo Andrés—exclamó don Luis,—quien oyendo, desde la salita vecina, hablar de política, se había acercado despacito á disfrutar lo que más en la vida le gustaba.—Pero, no hay que hacer, Josefina, nunca pasará de gringo tu marido; todavía le falta mucho para entender de política criolla.

*
* *

La paz quedaba asegurada. Puesta en manos del

Digitized by Google

Gobierno británico la solución definitiva de la cuestión y, para mayor seguridad, la misma demarcación de límites entre Chile y la Argentina, ya era imposible todo fracaso ulterior, pues no podía haber ocasión de rozamiento entre las dos rivales; y al ruido de armas que, durante dos años, había tapado la voz del progreso, sucedía el sordo murmullo de las mil fuerzas latentes de la República, preparando sus elementos de pacífico combate.

La Argentina, después de haber dado al mundo ese gran ejemplo de la predilección por la paz de una de estas naciones sud-americanas, de tan belicosa reputación, tenía por delante todo un porvenir de tranquila prosperidad. Se celebró el tratado con Chile con efusivos y fraternales festejos, y Buenos Aires estuvo de fiesta una semana entera, agasajando á sus huéspedes con magnificencia. Gastó el Gobierno, en esa ocasión, bastantes miles de pesos, quizás un centenar ó dos, quizás más; pero de muy buenas ganas se gastaron: eran pocos, al lado de los centenares de millones que hubiera costado al país la temida guerra.

Y, poco á poco, la Argentina, volvía á emprender su marcha veloz con vía libre. No se producían todavía grandes movimientos, pero todos los adivinaban cercanos.

La inmigración aumentaba paulatinamente; el valor de la tierra empezaba á crecer y los precios, ya subidos, al parecer, de veinte, treinta mil pesos la legua, en regiones algo remotas de la Pampa, empezaban ya en 1902, á trocarse por precios de diez de quince, de veinte pesos la hectárea; y este solo cambio de unidad acrecentaba rápidamente el valor de la propiedad rural.

Los campos relativamente cercanos á la ciudad, se

Digitized by Google

veían solicitados á sesenta, ochenta, cien pesos la hectárea, y Andrés podía calcular que sus tres leguas del Azul, pronto, muy pronto, valdrían un millón de pesos, y casi no se atrevía á calcular el monto de su fortuna total; le parecía algo como un sueño, y cuando recordaba los esfuerzos sin éxito de sus principios, y comparaba los resultados ópimos de su paciencia sufrida con lo negativo de sus empeños pasados, experimentaba esa alegría grande, pero algo humillante, del que, teniendo cierta nobleza de alma, siente deber su fortuna á un billete de lotería, sin haberla podido conseguir con su trabajo.

En 1903 se encontró por casualidad, en Buenos Aires, con su viejo amigo Poncet, á quien hacía años que no había visto y que ignoraba la vida de Andrés, durante tan largo tiempo. Este se lo contó todo y Poncet lo felicitó con efusión por haber tomado el único camino bueno en la Argentina. El, una vez casado, se había quedado en su hoy magnífica estancia de Las Flores, sin pensar ya siquiera en volver á su tierra. Su familia también era numerosa; fiel á su antiguo aforismo que, riéndose repetía: «Il y a de la place, ici,» había tenido diez hijos, á cual más criollo, aunque supiesen todos hablar francés, bastante bien. Lo mismo que Andrés Sterner, sentía no poder mandar á algunos de ellos, los más inteligentes y mejor dotados, á hacer un viaje á Francia para completar sus estudios, pero el servicio militar que allá exigirían, y seguramente en condiciones de excepcional dureza, era obstáculo infranqueable.

—¿Qué le vamos á hacer, amigo?—decía.—Puede el hombre amar á dos países, pero llenar en ambos, obligaciones como las del servicio militar, es imposible. Mis muchachos son argentinos y no se atreva nadie

Digitized by Google

á decirles que no, porque se pondrían como gallitos enojados; tres de ellos han hecho su servicio en la Guardia Nacional, sin rezongar y dispuestos á todo; los llamaron porque se nos venía encima la guerra con Chile; esto de pedirles hoy que vayan también á conquistar el Sudán para Francia ó á pelear con Alemania, no me parece propio. ¿No podrán ir allá? es de sentir; pero irán á otra parte, y quien pierda más, al fin y al cabo, será Francia, en todo sentido, y así será, mientras se empecine en ideas de otras épocas.

—Se acabará por arreglar—contestó Andrés, sin mayor convicción; y cambiando de tema, preguntó á Poncet si había visto á alguno de los antiguos conocidos

—A pocos—le dijo;—pues casi no vengo á la ciudad He comprado veinte leguas en la Pampa y las estoy poblando con los muchachos; de modo que tengo que ir á menudo á vigilar los trabajos. Va bien; la tierra es buena; hemos tenido muy buenas cosechas y estamos alfalfando dos leguas, para empezar. Con el tiempo, será una fortuna.

—No hay duda—contestó Andrés, y le contó lo que, por su parte, había hecho y seguía haciendo.

—¿Quién sabe—agregó,—si á los compatriotas que han seguido dedicándose al comercio, les habrá ido tan bien?

—Lo dudo mucho—dijo Poncet.—Ultimamente encontré á Labarre, que desde 1870 tiene una casa introductora de trapos, y me contó que le fué bastante mal, en ciertas épocas, y que al fin y al cabo nunca ha llegado á hacer realmemte fortuna. Su capital ha aumentado, pero no en proporción ni lejos, con lo que esperaba; sin embargo ha trabajado con mucha prudencia, y sabemos que no es tonto. Me dió, por lo demás, datos curiosos sobre la suerte que cupo á varios de nuestros conoci-

Digitized by Google

dos. La casa de Barral ha ido pasando, como usted sabe de mano en mano, y sigue con suerte, bien administrada, y gracias sobre todo á que ha concretado sus negocios á la Agencia Marítima; pero creo que es la única. Casi todas las otras, importadoras las más, han liquidado, y más bien mal que bien. Regnier que introducía vinos, se fué á Argelia; Deville, cuya especialidad eran los sombreros, se fundió; Desmoulins, el armero, está haciendo fortuna en Francia, vendiendo cocinas económicas; Lemoine tuvo la suerte de dejar su negocio de barraquero, el día que le ofrecieron más plata de la que había perdido en sus compras de lana por la barraca, edificada en un magnífico terreno que, por casualidad, se puede decir era suyo, pues casi lo habían obligado el 75, á tomarlo en pago de un crédito.

Parece que ya no hay sitio aquí para el comercio francés.

—Volverá; volverá. El proteccionismo le ha hecho mucho mal, pero han de comprender allá que es mal sistema el encogerse entre las cuatro paredes de su casa, en vez de competir con las demás naciones. Asimismo el ejemplo de Lemoine es otro argumento convincente para mí de que, en este país, sólo la tierra enriquece, y que el comercio en general, pues, como en todo, hay excepciones, ofrece más peligros que probabilidades de ganancia definitiva. Ya ve; ¡cuántas veces lo hemos visto desesperado por haber perdido en sus lanas! y todo, al fin, lo vino á recuperar con el mismo terreno de la barraca.

—No es el único. Acuérdese las fortunas que les ha valido á los saladeristas su expulsión de Barracas por la Municipalidad, después de la fiebre amarilla. Apestaban la ciudad con su olor á hueso quemado, y las aguas con sus porquerías, pero ganaban siempre, no

Digitized by Google

con las tropas de hacienda que beneficiaban, pues bastó que obligados á desalojarlos, vendiesen sus inmensos terrenos de la costa del Riachuelo, para realizar fortunas; y de los que todavía tengan parte de ellos, no le digo nada.

—Siempre es así en la República Argentina; y nunca en ella, se debe trabajar, pudiendo, en terreno ajeno, menos todavía por supuesto, siendo agricultor ó estanciero, pues lo que á éstos enriquece de veras, no es la cría ni la siembra, sino el aumento del valor del suelo.

Poncet y Andrés se separaron, prometiéndose recíprocas visitas á sus establecimientos, una de esas promesas algo vagas que poco se cumplen, pero que con las facilidades ofrecidas por las múltiples y bien organizadas vías de comunicación que cruzaban por todas partes el territorio de la República, y diariamente alargaban su recorrido, resultaban de muy posible realización.

Las mismas estaciones principales de la capital habían tenido que ir modificando fundamentalmente sus vías de acceso á la ciudad. La circulación de vehículos y de gente, en las calles, había aumentado demasiado para que se pudiese seguir admitiendo, casi en el centro de la capital, vías férreas cuyo movimiento también había centuplicado. La estación *provisoria* de chapas de hierro, construida en el Paseo de Julio, frente á la calle Piedad, en 1870, era, bajo el nombre de estación *Central*, punto de salida y llegada de casi todas las líneas principales de la República: Rosario, Córdoba, Tucumán, el Pacífico, el Norte, el Sud, La Plata daban á dicha estación, de tan cómoda situación, un movimiento enorme de pasajeros. Pero estorbaban realmente las vías que de allí salían, ocupando dos cuadras de ancho, entre el río y el Paseo de Julio, echando á per-

Digitized by Google

der todo un posible paisaje de jardines, en el largo trayecto desde *Central* hasta la Recoleta; por otra parte, cruzaban el paseo de Colón, las vías del Sud, en viaducto de hierro hasta la Casa Amarilla, con su ruido de trueno, al pie de las casas edificadas frente á la playa de toscas, punto de cita de todas las lavanderas de la ciudad. Primero desapareció dicho viaducto, arrancadas de cuajo sus gruesas columnas, para dar sitio al rellenamiento de todos los terrenos que ocupaba, ya ganados sobre el río por la construcción del puerto Madero, y transformados hoy en hermoso jardín; y como andaba maleando la administración del ferrocarril del Norte, á quien pertenecían la estación *Central* y las vías que de ella salían para el Retiro, y peleaba con el Gobierno Nacional y la Municipalidad, porque no le hacía cuenta sacarlas y quería ganar tiempo, se hizo sentir en ella la mano poderosa del destino; y en 1899, se incendió la dichosa estación, sin que le fuera permitido, como al Fénix de la fábula, renacer de sus cenizas. Y desde entonces, poco á poco, se compuso y se alargó, y sigue alargándose hasta la Recoleta, el Paseo de Julio, verdadero paseo ahora, lleno de árboles y de céspedes, dando al que llega por primera vez á Buenos Aires, otra idea de la ciudad que la que le podían dar la vista del antiguo muelle, de la vieja estación y de las vías férreas adyacentes.

El viaducto del Rosario, aunque tan malamente se interrumpa en el mismo bulevar Santa-Fe, por una de esas aberraciones municipales inexplicables que perjudican á media población, durante medio siglo, y el del Pacífico, ya en construcción, desahogarán sin tropiezo el cada vez más enorme tráfico de esas líneas; y si la desaparición de la pequeña estación *Central* debía obligar á los pasajeros á cruzar toda la ciudad, en bus

Digitized by Google

ca de su punto de salida: Once, Constitucion, Casa Amarilla, Retiro ó Palermo, los tranvías eléctricos pronto los facilitarían mucho la tarea.

¡Los tranvías eléctricos! otra maravilla que, en cinco años, debía producir, en la ciudad de Buenos Aires, una transformación sólo comparable, aunque en proporciones muchísimo mayores, á la que en ella produjeron los tranvías á sangre.

***

La famosa crisis del progreso ya se debía dar por terminada. No la podían hacer renacer gastos hechos en adelantos puramente debidos al esfuerzo de la producción, y si todavía los grandes especuladores trataban de proporcionarse pingües ganancias con negocios todavía inoportunos, de conversión y unificación de la deuda pública, la opinión, muy bien aconsejada, hacía fracasar el negocio y, en las elecciones siguientes, volver á su casa, como simples ciudadanos, á los que lo habían preparado á costa del desprestigio nacional, ofreciendo dar en garantía y someter á la vigilancia extranjera las entradas de la Aduana.

Por lo demás, ningún acontecimiento interior ni exterior hubo, en aquellos momentos, que pudiera comprometer, en ninguna forma, el renacimiento de la prosperidad nacional. La guerra anglo-boer que entonces se desarrollaba, había, por lo contrario, abierto un nuevo mercado para las mulas, el maíz, la harina, los novillos, los carneros y el pasto de la Argentina; la guerra de Cuba, entre España y Norte-América, tuvo por inmediato resultado la llegada de numerosa inmigración española; fenómeno bien natural, al fin y al cabo, y sólo los militaristas empedernidos y los mili-

Digitized by Google

tares, de teniente arriba, en todos los países del mundo, no entienden que los pobres paisanos prefieran venir á sembrar trigo é criar ovejas en un país hospitalario, á ir á sembrar sus propios huesos, sin esperanza alguna de cosecha, bajo climas mortíferos, para la mayor gloria, no de la patria, sino de algún tilingo coronado y el mayor provecho de los proveedores.

El oro, siempre cuajado por la ley en su valor arbitrario de 227.27, empezaba á abundar y la consiguiente y correspondiente emisión de papel facilitaba toda clase de negocios y de empresas. Las concesiones caducadas resucitaban y se llevaban á cabo; otras nuevas se tramitaban, y de Europa acudía á la Caja de Conversión, no sólo el oro de las cosechas, cada vez más considerables, de la carne de los frigoríficos, que se iba por cargamentos innumerables y de la lana que, debido á la sequía terrible de Australia, había duplicado de valor, sino también los ingentes capitales que acudían á emplearse en la República en hipotecas, en compras de campo, en empresas y obras de todas clases.

La elección absolutamente pacífica del futuro presidente de la República, don Manuel Quintana, anciano de perfecta corrección y porteño, y del vice, doctor Figueroa-Alcorta, un cordobés de intachables antecedentes, elección sabiamente calculada para dar á la vez momentánea satisfacción á quienes todavía pudiesen exigir un presidente porteño, y á los provincianos muy serias esperanzas fundadas en la edad avanzada y en la salud notoriamente arruinada del titular, infundía en el país y en el extranjero completa confianza en la tranquilidad política. Y la tranquilidad política es, en estos mundos sud-americanos físicamente tan ricos, moralmente tan mal conceptuados, la condición capital, única, casi, del progreso

Digitized by Google

Pero también, ¡qué progreso! 1904 fué para la República Argentina el punto de arranque de un vuelo colosal hacia las brillantes regiones de la prosperidad material. Sus cosechas abundantes y siempre crecientes, vendidas á precios altos; la exportación de todos sus productos, trigo, maíz, lino, lana, carne, cueros, etc., solicitada hasta el paroxismo; trece millones de hectáreas cultivadas, que dan lugar á una fiebre agraria cuyos resultados inmediatos son una suba extraordinaria, en todas las regiones del país, de la única unidad ya mentada, la hectárea, de diez á veinte, á treinta, á cincuenta, á ochenta, á cien pesos, en pocos meses; las fortunas naciendo de la tierra, de su propiedad, y multiplicándose como las espigas, del suelo sembrado; una lotería en la cual son tantos los premiados que hasta sobre los pobres cae un granizo de plata.

La inmigración acude en tropel. De todos los países asolados por la guerra, por la miseria, por las persecuciones, por los cataclismos naturales, ó repletos de población emprendedora, boers, turcos, rusos, judíos y finlandeses, calabreses y gallegos, dinamarqueses y alemanes, vienen amontonados en los numerosos y grandes vapores que tanto llenan el puerto Madero que resulta pequeño.

Y como cada cual, casi trae su capitalito, á fuerza de muchos pocos aumentan el raudal nacional de metálico. Las vías férreas los llevan, en bandadas, á todos los rincones de la República. No siempre salen muy adaptados al clima de la región en donde los dejan caer y les gustaría poder, á veces, á los de la Patagonia permutar con los de Misiones; pero lo principal es poblar y dejar pegados en la capital los menos que se pueda. Así cunde la colonización desde el Chaco hasta la Tierra de Fuego, de la Cordillera al Atlántico, y no hay

Digitized by Google

provincia que no reciba su contingente de trabajadores, más ó menos dóciles, más ó menos laboriosos é inteligentes, más ó menos hábiles ó inexpertos, pero todos igualmente candidatos á los sueldos elevados y á la buena comida. ¡Viva América! ¡viva la República Argentina!

A don Luis ya no le va gustando mucho que su tierra se convierta así en patria de tantos gringos. Primero, le agradó, lo mismo que á todos, ver que llegaba mucha gente trabajadora, lo que facilitaba los trabajos de á pie, en las estancias, y el servicio doméstico en la capital, dando, al mismo tiempo, valor á la tierra. Pero ya consideraba que venían demasiados y de razas por demás distintas de la criolla.

—Nunca van á ser argentinos—decía,—todos estos judíos rusos y ¡qué sé yo! que se casan entre sí; no quieren hablar cristiano, no quieren ser soldados; con el tiempo, va á ser un barullo de todos los diablos, y los argentinos tendrán que volver á conquistar su propia tierra... si pueden.

Andrés no podía negar que también consideraba con cierto temor, á este respecto, la llegada de tanta gente extraña del todo á las costumbres materiales, morales y políticas del país y á su idioma; y pensaba que era de toda necesidad que el gobierno nacional tomase medidas atinadas para acriollar, argentinizar siquiera, las generaciones venideras. Y la escuela, la escuela primaria, nacional, severamente obligatoria, en todas estas colonias, le parecía lo más indicado para conseguir tal objeto.

Confesaba que á veces, al oir á algunos argentinos ilustrados criticar, con ciertos visos de razón, el abuso que se hacía, en las escuelas y colegios argentinos, de lo que algunos llamaban la mitología argentina, había

Digitized by Google

dicho como ellos; hoy afirmaba que era imprescindible en la escuela argentina la educación patriótica; que había que infundir á la fuerza y por todos los medios posibles, la veneración de los próceres de la Independencia nacional y de los creadores de la patria á todas las criaturas nacidas en suelo argentino, de estos padres inmigrantes, venidos de todas las regiones del orbe, en busca del pan cuotidiano, de la libertad, de la paz, de la vida fácil, de la fortuna. Al nacer, debían tener por idioma principal, si no exclusivo, el idioma nacional, y ser saturados hábilmente de cantos argentinos, de anécdotas argentinas, de historia argentina, de grabados argentinos que celebrasen el suelo y el cielo argentinos, y los maravillosos productos argentinos y la ciudadanía argentina; debiendo empaparse de orgullo el pequeño alumno de la última aldea de la provincia de Salta ó de Jujuy con los esplendores de la capital federal y la magnitud del puerto de Bahía-Blanca, lo mismo que estar siempre dispuesto á ponderar con entusiasmo la riqueza tropical de las provincias del Norte ó la hermosura de los lagos andinos el alumno de las escuelas de Buenos Aires.

A medida que se va diluyendo, entre tantas otras, la verdadera sangre criolla, más urgente se hace el devolverle su intensidad de argentinización, y el medio más eficaz para ello, es una primera educación bien dirigida, en este concepto.

***

De los inmigrantes que se van al interior á trabajar la tierra para tratar un día de adquirirla, muchos se enriquecerán y bendecirán el país. Pero desgraciadamente queda en la capital una multitud de ellos, lo que no debería permitir el Gobierno Nacional. Estos,

Digitized by Google

fácilmente se vuelven parásitos que pronto, en su mayor parte, se quejarán de su suerte y maldecirán á la República Argentina. Hoy, en este año bendito de 1905, todo va bien: aumenta el encaje de la Caja de Conversión y con él aumenta la circulación de papel á razón de pesos 2.27 por un peso oro. Buenos Aires pronto tendrá un millón de habitantes y pronto se habrán juntado cien millones de pesos oro; la prensa canta gloria. Pero á los precios actuales, el trabajador ya no puede comprar tierra; sus economías no alcanzarían y por lo demás, poco puede economizar, pues, sin que por esto los sueldos hayan aumentado, la vida ha encarecido en demasía; tanto, que apela, de vez en cuando á la huelga, cosa fácil y divertida cuando abunda el trabajo y sobran ahorros, pero mala seña para cuando se descompongan las cosas.

—Hay hinchazón, no hay duda; pero al fin y al cabo ¡ese oro es nuestro!—exclamaba un día Andrés, en una de sus mil discusiones con el joven comerciante Didier, que si bien aprovechaba hasta más no poder, para ganar pesos, la bonanza en que navegaba la Argentina, tenía sus dudas de que pudiese durar así toda la vida. —Es el fruto de nuestro trabajo, el importe de nuestras cosechas, no proviene, como en otras épocas de que demasiado me acuerdo, de empréstitos. Esta no es plata prestada, amigo, es plata del país.

—Sí - contestaba el señor Didier, que aunque joven todavía era hombre muy versado en economía política y en ciencia comercial, habiendo cursado altos estudios especiales en Francia, antes de viajar por Inglaterra y Alemania para hacerse todo un comerciante de moderna laya;—sí, pero la emisión de papel, si sigue en esta forma, traerá inevitablemente una crisis, y esto aún en plena prosperidad aparente.

Digitized by Google

—Quizás tenga usted razón. Pero la podrían evitar fijando definitivamente el valor del peso oro á 44 centavos y restableciendo algún día y en alguna forma la conversión—insinuó Andrés.

—¡Ah capitalista!—exclamó riéndose Didier.—Está dejando asomar la punta de la oreja.

—¿Por qué? ¿Qué ganaría yo con esto?

—¡Lo que es el instinto! Usted ha visto subir de golpe, inflarse diremos, el valor nominal de sus numerosas y grandes propiedades, de diez á cien, por la emisión continua de papel tanto ó más que por el aumento de la inmigración y de los cultivos, y de la prosperidad del país, aunque ésta sea la causa indirecta de la emisión. Sus pesos, representados por campos que diariamente suben, se han multiplicado á lo loco: pero con pesos papel, y como pueden sobrevenir dos ó tres años de malas cosechas, le gustaría mucho que esos pesos fuesen de oro; siempre sería una garantía más contra la mala suerte. Pero usted no se acuerda de los pobres que viven de su trabajo y seguirán pagando sobre el pan que coman el premio de 127.27 que quedaría para siempre pesando en el precio de todo. Que sirva para aumentar el valor de sus propiedades le gusta; pero los desheredados tendrán que pagarlo sobre sus consumos. Mire, señor Sterner; el curso forzoso es un impuesto; ya lo han pagado en parte, pues he oído decir que el oro valió hasta 460, creo; no hay más que un medio legal y leal de volver á la conversión, es el de hacerla á la par.

—¡Oh! ¡pero si se quita la barrera de 227.27, el país se va abajo; el estanciero, el productor queda arruinado!

—Han sufrido el curso forzoso durante ya muchos años; dejen bajar el oro paulatinamente, un punto por mes, por ejemplo, durante diez años, tomando por

Digitized by Google

supuesto medidas de detalle que habría que reglamentar, y llegarán á asentarse en bases inconmovibles el crédito del país y la fortuna particular, la suya, don Andrés.

—Puede ser—dijo éste;—puede ser; no me parece tan mal; pero se necesitaría mucha paciencia, y los argentinos son muy nerviosos. Si mi tío Luis estuviese aquí, lo trataría de gringo, á la fija.

—Pues insisto en que sería lo único justo que se pudiera hacer.

***

Efectivamente, la fortuna de Andrés Sterner se había hecho considerable y tomaba giro de hacerse mucho mayor aún. En los dos años últimos—y seguía como nunca el fenómeno, después de breves momentos de descanso,—las tierras habían ido tomando un valor que algunos encontraban exagerado y otros no, porque lo comparaban—algo equivocados en esto, pues la tierra saca una gran parte de su valor de lo rápido de su población,—con el de la tierra en Europa y en Estados Unidos, calculando que todavía era grande la diferencia.

Lo cierto es que cinco millones de pesos era, poco más ó menos, lo que en 1905 podían valer los campos de su propiedad que, entre todos, no habían alcanzado á costarle más de cuarenta á cincuenta mil pesos.

Su misma casa de la calle de Bella-Vista, con la transformación casi milagrosa de la gran ciudad argentina en indiscutible capital de Sud-América, había tomado inesperado valor. La calle Bella-Vista situada en la misma orilla de la barranca del Río de la Plata, casi desierta todavía cuando hizo edificar en ella su

Digitized by Google

casa, había tomado el nombre de Avenida Alvear, recordando el ilustre apellido de donde habían salido el general Carlos María de Alvear, director supremo en 1815 y el intendente Torcuato de Alvear de quien hemos tenido ocasión de hablar; pero al tomar ese nombre, se había hecho la vía aristocrática por excelencia de la capital, bordeada de villas espléndidas y de palacetes, pavimentada con madera, una de las primeras, centro de todas las grandes fortunas y de todas las elegancias, constantemente cruzada por los carruajes y ahora por los automóviles de toda la gente rica de Buenos Aires.

Por lo demás, los progresos de la ciudad habían sido constantes, á pesar de las crisis sucesivas.

Cada Intendente había tratado de dejar de su efímero paso por la Administración de la Comuna el mejor recuerdo posible y el más duradero. El doctor Crespo puso en práctica la excelente idea, casi genial, en su sencillez, (1) de dedicar á cada manzana de la ciudad cien números exactamente; el señor Seeber, hombre progresista y emprendedor, pero acosado por la pobreza del Tesoro Municipal, y no pudiendo costear embellecimientos, obligó á los propietarios á retirar á cinco metros de la línea, en los bulevares, todo edificio nuevo que construyesen, haciéndoles perder así, sin compensación alguna, una gran parte de sus terrenos, pero quitando también, al mismo tiempo, á las aceras, la salvadora sombra de los edificios. El señor Bunge se contentó con administrar; los recursos eran pocos. El señor Bollini sentó fama de gran barrendero, y todavía lleva el nombre de artillería de Bollini el escuadrón de escobas mecánicas que hace estremecer

(1) Idea primitivamente sugerida al doctor Crespo por el señor don Carlos Campbell y Spano, organizador del Catastro Municipal.

Digitized by Google

en sus camas á los pacíficos habitantes de la capital. Don Adolfo Bullrich, el rey de los rematadores, acostumbrado á blandir enérgicamente el martillo entre gritos y apóstrofes á la concurrencia, luchó victoriosamente contra los grandes bochinches que le armó la Comisión Municipal, y dió á los empedrados de la ciudad un impulso enorme, con lo cual siguió el señor don Aiberto Casares, único ejemplar del Intendente simpático á la vez á la población, á la prensa y á la misma Comisión Municipal; eximio administrador que, sin ruido ni cascabeles, supo barrer, pavimentar, edificar, plantar, alumbrar, mejorar y crear, secundado á las mil maravillas por el ingeniero don Carlos Thays, el director de paseos, del cual ya se puede decir con justicia que encontró á Buenos Aires sin la sombra do un árbol y que la tiene hecha un jardín.

Otros hubo, de menor brillo, sea por su carácter ó por las circunstancias, más ó menos favorecidos por la situación financiera del país, por el aplauso ó los gritos de los diarios, por la actitud hacia ellos de la Comisión Municipal, pero luchando todos con el mismo empeño para hallar definitiva solución á los mismos problemas siempre renacientes: la circulación, cada día más imposible, en los angostos callejones dejados á la República, con tantas otras cosas angostas, por el estrecho genio español, dificultad siempre creciente, á pesar de las múltiples y muchas veces contradictorias ordenanzas para reglamentar *la mano*, el ancho de los vehículos, el número de caballos, etc., y sólo soluble por la abertura de avenidas numerosas, largas, anchas y diagonales que volteen la mitad de la ciudad antes que se acabe de renovar su edificación; la pavimentación, ¿piedra, asfalto, madera?; la incineración de la basura; ¿este horno ó aquel otro? y se sigue, mientras

Digitized by Google

tanto, con la quema en montón; el desagüe de los barrios anegadizos, simple cuestión de tránsito, ayer, hoy, con la población que se extiende, cuestión de vida ó de muerte y de ruina para millares de habitantes; los hospitales, siempre pocos y siempre pequeños, atestados de pacientes y sitiados por otros que esperan su turno; la luz, la luz buena y barata, otra cuestión siempre palpitante; y todos estos problemas, y otros muchos, discutidos y mil veces rebatidos, provisoriamente solucionados, hoy de un modo, mañana de otro, en medio de la eterna agitación, de las eternas trabas y complicaciones de aquel otro problema capital, el del dinero: conseguir empréstitos para las mejoras reclamadas, cuando no para pagar la renta de los anteriores y aumentar infinitamente los impuestos, variándolos artísticamente, para evitar en lo posible los rezongos del público.

Cargo honroso el de Intendente Municipal de Buenos-Aires; pero, como tal, puesto de peligro; cargo de lucha perpetua contra los cocheros exigentes y los carreros groseros, los lecheros defraudadores de la salud de los niños, los viles explotadores de mujeres engañadas, los mendigos pululantes, los barrenderos huelguistas, los basureros inexactos, los panaderos sin higiene, los conventillos asquerosos, los mercados mal olientes y los tambos mal lavados, y las compañías de gas y de luz eléctrica estrujadoras del público, y las de tranvías matadoras de gente; y mil otros enemigos invasores y codiciosos, sin contar el mayor adversario de una administración posible: la extensión continua de esta ciudad inmensa en barrios que apenas poblados todavía, ya reclaman para sí los mismos servicios de limpieza, de alumbrado, de abasto, de vialidad, de todo, que las partes antiguas de la ciudad primitiva.

Digitized by Google

¡Pobre señor Rosetti que acababa de asumir semejante tarea! ¡Cuántas veces sentiría no haberse quedado en París gozando de la vida!

Pero también, cuando Andrés rememoraba la Buenos Aires de antaño, la que había conocido en 1866, al llegar por primera vez al viejo muelle de madera, se complacía en comparar, ayudado por los recuerdos aún anteriores de su señora, las cosas de hoy con las de entonces. Y no podía disimular que los tenía el mismo cariño que siempre se tiene por lo que uno ha visto nacer y crecer.

Era como si hubiese sido un poco suya la ciudad de Buenos Aires, lo mismo, por lo demás, que toda la Argentina; es cierto que al cariño por las cosas se juntaba en su mente el cariño á los seres, á la familia creada, á su mujer, á su Josefina, siempre fielmente amada, que por el largo sendero de la vida, tan escabroso á veces, á veces de suave pendiente en cuestas floridas, lo había acompañado sin cejar en los malos pasos, con ese valor sereno de los corazones realmente fuertes, que suele sostener á los que á su lado podrían flaquear en ciertos momentos. ¡Cuánto había cambiado todo esto, ciudad y campaña, y cómo seguía cambiando! Muchas veces al leer las diaros, diarios imponentes por su enorme y selecto material de lectura, sus telegramas tan completos, el número asombroso de sus avisos, como *La Nación, La Prensa, El Diario* y otros, el señor Didier emitía dudas, encontraba que ponderaban con exceso los adelantos del país y particularmente de la capital; no podía admitir que en tan pocos años, los cuatro ó cinco últimos, hubiese progresado todo tan de golpe.

—No, no se ha hecho todo en ese poco tiempo—contestaba Andrés;—se ha ido preparando paulatinamente

Digitized by Google

el gran salto actual,pero no hay duda de que desde que empezó el siglo XX ha sido rápida la transformación. Es como si de golpe hubiesen caído los andamios que escondían el edificio en construcción. Y se puede decir que todo esto lo debe el país á la era de paz interior y exterior que le abrió la política atinada y juiciosa del general Roca.

—Y también á haber entrado de lleno en el período agrícola—observó el señor Didier.

—Es cierto—asintió Andrés; pero fué consecuencia de aquello, y sin eso no hubiera podido el país sostener los gastos considerables que representan las solas mejoras urbanas; pues los monumentos se multiplican por todas partes; el Palacio de Justicia, que se edifica donde estaba el Cuartel del Parque, borrando las últimas huellas de la última guerra civil, y en el cual vendrán á reunirse todos los tribunales hoy diseminados en veinte casas particulares, con gran perjuicio para el público y mayor peligro para los importantes documentos que en ellos se guardan; el Teatro Colón, enfrente del anterior, que ya se va acabando, después de tantas peripecias, bajo la dirección del arquitecto Dormal, pues queda sólo por hacer la decoración interior, confiada á los más renombrados pintores argentinos, Schiaffino, Sivori, Malharro, de la Cárcova, Ripamonte, Quirós, Fader y otros, y los escultores Irurtia, Correa Morales, Dresco, Alonso, etc.; el Congreso, muy adelantado ya, y varios otros proyectados ó por empezar.

—Lo que quizás ha contribuido más á modificar el aspecto de la ciudad—continuó el señor Sterner,—han sido las plazas y las plantaciones en todas partes: el Paseo de Julio y el de Colón, con los jardines de la Recoleta, que se vienen á juntar con el parque de Paler-

Digitized by Google

mo y el de Lezama, y el magnífico jardín zoológico, paseo predilecto hoy de las familias y de los niños, todo eso constituye el mayor atractivo de la metrópoli, Y no hay duda que con su edificación, cada día más moderna, sus admirables obras de salubridad, sus innumerables tranvías eléctricos, su excelente servicio de asistencia pública, su policía y sus bomberos, realmente muy buenos, y muchas otras cosas, puede Buenos Aires contarse entre las ciudades más adelantadas del mundo.

El señor Sterner, quizá por efecto de la edad, cuando empezaba á soltar el chorro era capaz de seguir un buen rato; pero, como á todos, le gustaba ser interrumpido de vez en cuando, sostenido, más bien dicho, por alguna aprobación ó contradicción siquiera, pues así podía resollar y seguir con más brío. El señor Didier era muy á propósito para esto, pues aunque fuera también bastante conversador, su buena educación hacía que escuchara con atención al señor Sterner y sólo le contestara con oportunidad.

Doña Josefina, como buena esposa, también solía favorecer á su marido con alguna observación adecuada, á veces una breve anécdota del tiempo pasado, ó una rectificación amistosa á algún dato erróneo. En esta ocasión, y como para hacer á sus interlocutores, á sus oyentes, más bien dicho, una ligera advertencia de que podían intervenir si les parecía bien, cesó un momento de hablar el señor Sterner antes de seguir su elogiosa enumeración, á la cual todavía faltaba agregar algo sobre los buzones y el servicio de correos, la cantidad siempre creciente de automóviles, la multiplicación de los museos y de las escuelas, todas edificadas como palacios, y otras cosas que le parecían merecer su admiración; y extrañó que nadie dijera nada,

Digitized by Google

y más que todo, que el señor Didier no aprovechase su momentáneo silencio para deslizar alguna de las críticas que justamente solía hacer del servicio postal y de la instrucción pública en la Argentina, y sólo entonces se dió cuenta de que su hija Mercedes, la segunda, toda una maravilla de hermosura y de bondad, fiel retrato moral y físico de la madre, había entrado á la sala y se ocupaba en servir el té, bajo la mirada embelesada del joven Didier, y que doña Josefina miraba á ambos algo enternecida... y, callándose la boca, miró él también; y se acordó de lo que, cuarenta años antes, le decía el precavido señor Lambert: «No se deje engatusar, amigo, mire que estas porteñas son muy diablos.»

No se hubiera atrevido él á pronunciar semejante blasfemia, pero tampoco hubiera podido negar el poder de seducción de las hermosas hijas del Plata, cuya dichosa víctima había llegado á ser.

Veía sin disgusto que se conservaba la tradición y que las porteñas, aun hijas de extranjero, seguían conquistando pobladores á su tierra; pues no dudaba que Didier, venido, lo mismo que él, para hacer fortuna ligero y mandarse mudar, quedaría, lo mismo que él, ligado á la tierra argentina por los mil inquebrantables vínculos que crean la familia y la posesión del suelo.

***

Didier tenía una regular fortuna personal y su firma comercial estaba demasiado bien planteada para que su casamiento con Mercedes Sterner pudiese dar lugar á suposiciones de cálculos interesados de su parte.

Si, á pesar de sus cien veces expresadas resoluciones de no radicarse en la Argentina, no había resistido ma-

Digitized by Google

yormente á la atracción que sobre él produjeran las cualidades de la joven argentina, era quizás en parte porque también sin sentirlo, se hallaba envuelto ya en los irresistibles efluvios de simpatía hacia el país que se apoderan de tantos extranjeros, venidos á Buenos Aires con el firme propósito de irse pronto, y que en él se quedan ó á él vuelven, después de haberse ido.

Por lo demás, desde algunos años, no sólo acudía á esta tierra de promisión, designada para ser el granero y la fiambrera del orbe, la multitud de los perseguidos y de los hambrientos de todas las regiones de Europa, sino que también, atraídos por la brillante colocación que en la Argentina podían dar á sus capitales, comprando tierra, venían los mismos ricos de allá. Es cierto que también venían con las mismas ideas de sus compatriotas de antaño simples comerciantes, como habían venido Andrés Sterner y muchos otros, y con las que también tenían, al venir de Italia, tantos hombres pobres y trabajadores, en el momento de la cosecha: es decir hacer plata, poca ó mucha, en América, colocando su dinero á interés alto, en hipotecas ó en arrendamiento, ó vendiendo ó alquilando sus brazos y ahorrando el sueldo, pero siempre con el propósito de disparar, cuanto antes, con los bolsillos llenos.

¡Ilusión! ¡ilusión! Fuera de raras excepciones, la Argentina detiene para siempre al que en ella pone el pie una vez, y también fuera de raras excepciones, sólo enriquece al que en ella se queda poblando su suelo, comprando su tierra, guardándola con fe y con paciencia, hasta que el tiempo, con su trabajo y el de los demás habitantes, le haya dado todo su valor. Y mientras espera, forma la familia, se acostumbra al ambiente, al idioma, se lo asimila todo, y también se queda asimilado; y cuando, adquirida de veras la fortuna, piensa,

Digitized by Google

por casualidad, en irse, mucho vacila. Compara lo que lo espera allá, en su tierra natal: parientes lejanos, ó muy jóvenes, á quienes no conoce, á quienes estorbaría con su presencia si volviese pobre, y que tratarán de explotarlo ya que vuelve rico; la soledad que lo abrumará si no lo rodea algún círculo de codiciosos, con las relaciones y las amistades, que forzosamente se habrá granjeado en la patria adoptiva, con la consideración y el aprecio que sin envidia, casi con gratitud, retribuyen al hombre que, por la dignidad de una larga vida en esos países nuevos, consagrada al trabajo, ha sabido elevarse muy por encima de su posición inicial, más que modesta casi siempre, fomentando por su ejemplo y por su mismo éxito el adelanto de la patria adoptiva.

Así pensaba Andrés Sterner; y cuando al terminar ese año 1905 que parecía señalar el apogeo de su fortuna, se le ocurrió proponer á Josefina ir á reunirse en París con la joven pareja que desde varios meses, hacía por Europa su viaje de bodas, era simple curiosidad y ganas de viajar, y también quizá deseo de visitar los sitios donde había pasado su niñez y donde descansaban sus padres, pero no podía entrar en su mente, ni por un momento, la idea de quedarse allá.

Don Luis, con sus setenta años, se conservaba fuerte y decidor; y Andrés, en un momento de buen humor, cuando ya se estaba preparando el viaje á Europa y toda la casa andaba revuelta, abarrotada de baúles á medio llenar, de cajas, de valijas de todas clases y formas, de sillones y almohadas para á bordo, recibiéndolo muy atareado y en mangas de camisa, le gritó de repente:

—Tío Luis, ¿no le da ganas de venirse con nosotros?

—¿Y qué diablos iría yo á hacer en aquella tierra de gringos?

Digitized by Google

—Aprender francés.

—¿Y para qué? Lo que siento es que me lleven á los muchachos. ¿Quién sabe si no me los dejan allá ó si no se quedan ustedes con ellos? Una vez en su tierra, ese franchute es muy capaz de olvidarse de la Argentina y de no querer volver. No te descuides, Josefina.

Pero Josefina podía descuidar. Bien sabía ella que, á los pocos meses de estar en su primera patria, sentiría Andrés la nostalgia de la otra. En una tenía los recuerdos del pasado, tan poderosos mientras los acompañan y los vivifican afectos é intereses del presente; pero vínculos pasivos y sin fuerza, cuando han quedado solos, definitivamente cortados de la cadena familiar.

Andrés Sterner repartía su corazón: entre la patria de sus antepasados y la de sus hijos; á la primera conservaba su amor filial y había dado su sangre; á la otra dedicaba toda su gratitud por la felicidad que le había proporcionado; y para el bien de ambas, aseguraría á los que, en Francia, sufrían penurias ó no encontraban campo suficiente para sus ambiciones, que la Argentina era una segunda patria para todos los hombres de buena voluntad.

Abril 18-1906.

FIN

Digitized by Google

Digitized by Google

DEL MISMO AUTOR

Tipos y Paisajes criollos

1.ª serie:	1 tomo	ilustrado	—20	capítulos..		$ 1
2.ª »	1 »	»	—20	»	..	» 1
3.ª »	1 »	»	—51	»	..	» 2
4.ª »	1 »	»	—52	»	..	» 2

Los Dioses de la Pampa

1 tomo..... $ 1

Cada mate... un cuento

(Cien fábulas de La Fontaine). Traducción libre del francés, 1 tomo..... $ 0'50

Fábulas Argentinas

Un tomo..... $ 0'50

La cría del ganado en la estancia moderna

Manual del estanciero. 4.ª edición..... $ 5

El Manual del Agricultor Argentino

Un tomo de 900 páginas con 205 láminas.. $ 10

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024449437

0 5917 3024449437

Digitized by Google